

AMOR ESCOCÉS
A TRAVÉS DEL
TIEMPO



EL CORAZÓN DE UN HIGHLANDER

TAMARA

Gill

EL CORAZÓN
DE UN
HIGHLANDER

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Postfacio](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

El corazón de un highlander
Amor escocés a través del tiempo, Libro 3
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

El destino los unió... ¿o acaso fue algo completamente distinto?

Los Fae le arrebataron todo al guerrero escocés Boyd Macleod. Maldito y solo, existió durante cien años sin realmente vivir. Hasta que ella llegó. La sassenach es ingeniosa, franca y demasiado hermosa para su tranquilidad. Despierta en él un hambre que no había sentido en... ni siquiera recuerda cuánto tiempo. Ahora, esa hambre no se saciará con nada menos que poseerla —en cuerpo, mente y alma— para siempre.

Maya Harris no tiene idea de qué clase de extraña magia la arrojó al pasado. Lo único que sabe con certeza es que no pertenece aquí. No puede permitirse encariñarse demasiado con Boyd. El poderoso y sensual highlander no es para ella. Pero cuanto más tiempo pasa con él, más difícil se vuelve recordar por qué no debería ceder a su ardiente seducción...

Un río de tiempo fluye entre ellos. ¿Será el amor suficiente para tender un puente? ¿O Boyd y Maya permanecerán separados por las estrellas para siempre?

PRÓLOGO

Castillo de Druiminn, 1410, Escocia

BOYD MACLEOD, jefe del clan Macleod, se erguía frente a su fortaleza, desafiando a los Fae que amenazaban a él y a sus seres queridos. —¡No te la llevarás! —rugió, con el miedo y el pánico amenazando su control. La Reina Fae sonrió con suficiencia ante su arrebato.

Su esposa estaba detrás de él. No podía verla, pero sabía que estaría tan desafiante como él, de pie, alta y orgullosa, con una espada en la mano y dispuesta a morir ese día si eso significaba que los separarían.

No dejaría que se la llevaran. Jamás.

La Reina Fae hizo un gesto hacia Sorch. —Quizás no he sido lo suficientemente clara, jefe Macleod. A la madre de Sorch, una princesa Fae, se le concedió la vida de la niña con la condición de que nos fuera devuelta en su vigésimo quinto año. Después de todo, es mitad Fae y no pertenece a vuestro mundo sucio y antiguo. —La Reina Fae lanzó una mirada despectiva a su tierra, con desdén en su rostro mientras observaba el castillo, la muralla que protegía su torre de cuatro pisos que su padre había terminado de construir a finales del siglo pasado. Era una de las mejores fortalezas de Escocia, y ella se atrevía a burlarse. A ridiculizarlo a él y a su gente.

—No me importa qué trato hayáis hecho. Sorch no os pertenece. Pertenece aquí conmigo. Con nuestra gente.

—No, no es así —dijo la reina, con tono aburrido—. No importa qué hierro empuñéis contra mí, no hará ninguna diferencia aquí. Podría derribaros con un movimiento de mi mano y llevármela de todos modos, arrebataros la vida a vos y a vuestros hombres. —Los ojos de la reina parecieron brillar, y por un momento, Boyd pensó que podría hacer lo que amenazaba antes de aparentemente cambiar de opinión.

—Si no me llevo a Sorch, morirá aquí este día. Siempre cobro lo que se debe a mi gente, pero os concederé algo a cambio, jefe Macleod.

—No quiero nada de vos. No se harán más tratos aquí. Ni hoy ni nunca.

La reina sonrió. Era una mujer hermosa, su largo cabello blanco y fluido brillaba como si hilos de plata estuvieran entretejidos en sus mechones. Sus ojos eran de un azul feroz, tan

antiguos como su tierra, y omniscientes. Un ser poderoso que, aunque vestía largas túnicas blancas que parecían angelicales a quien la mirara, era tan fría como el hielo y su alma tan dura como la roca.

—Boyd —susurró Sorchá detrás de él, aferrándose a su brazo y mostrando las primeras señales de miedo. Demonios, él estaba asustado, aunque nunca admitiría tal debilidad, pero lo estaba. Sorchá lo era todo para él. No podía perderla.

—Aye. —Se volvió, sujetando los brazos de Sorchá—. Todo estará bien, muchacha. No dejaré que te hagan daño.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos, y ella lanzó una mirada en dirección a la reina. —No quiero ir. No soy una Fae. Las historias no son ciertas —declaró su esposa, con la voz quebrándose en sus últimas palabras.

Boyd la atrajo hacia sí, acariciando sus largos cabellos blancos, tan similares a los de la Fae frente a ellos, y sabía que esa afirmación era una mentira. Ella había llegado a él como una joven en busca de marido, sus padres buscando una alianza. Sorchá era de huesos pequeños con rasgos llamativos, etérea, y él había quedado cautivado por su belleza. Se había enamorado de ella en el momento en que la vio. Su único pesar en su matrimonio era la ausencia de un hijo. No importaba cuánto lo hubieran intentado, no habían sido bendecidos con hijos propios.

Manteniendo a Sorchá cerca, desenvainó su espada, sosteniéndola a su lado. Sus hombres, armados y detrás de él, hicieron lo mismo, y el sonido del metal deslizándose contra metal rasgó el aire. Una niebla descendió sobre la tierra, y un viento cortante la acompañó. Una visión ominosa, y podía sentir la alarma de sus hombres, su miedo ante el cambio de los elementos.

—No me decepcionéis, Macleod. Un trato es un trato. Si no obedecéis mi decreto, Sorchá dejará de existir. Si no viene con nosotros ahora, morirá. La elección es vuestra.

No había elección en tal decreto. Su mente rugía de alarma, de odio y de ira. ¿Cómo se atrevía la Reina Fae a hacerle esto a él y a su gente? Si ella quisiera, podría dejar a Sorchá en paz, dejarla vivir su vida aquí con él. Sabía que los Fae eran caprichosos, poco confiables y crueles cuando querían serlo, pero esto... Esto iba más allá de la maldad. No había palabras para tal acto.

—Sorchá es mortal. Llevársela no tiene sentido. Dejadla en paz. Tal vez podamos intercambiar otra cosa, monedas o tierras.

La reina se rio, el sonido haciendo eco por la tierra, burlándose de sus palabras. —No necesito vuestras riquezas, jefe Macleod. La niña debe ser devuelta a nosotros. Su madre ha pagado por sus crímenes de engendrar un hijo con un mortal. Ahora que la niña ha crecido, puede volver con la gente que siempre debió conocer.

—Esta es mi familia. No quiero tener nada que ver con los Fae —gritó Sorchá por encima del viento.

Pero no sirvió de nada. No importaba cuánto suplicaran o qué ofrecieran, nada más que Sorchá los satisfaría. Se llevarían a su esposa y su vida con ella. Porque vivir sin ella era

equivalente a la muerte misma.

La reina levantó su mano, pasándola sobre sus hombres armados. El sonido de metal chocando, de cuerpos cayendo unos sobre otros, llegó a sus oídos, y Boyd se volvió para ver a sus hombres tan quietos como la muerte.

—No os alarméis. No están muertos, simplemente duermen. Una vez que Sorchas esté con nosotros, despertarán. —La reina extendió su mano hacia Sorchas, su confianza en que su esposa iría con ellos avivando una furia dentro de Boyd que había mantenido dormida.

Pero ya no más.

Cargó hacia adelante, levantando su espada. Los ojos de la reina se encendieron cuando llegó a distancia de golpe, pero entonces estaba flotando sobre sus tierras, despojado de su capacidad de moverse.

El rostro de la reina se transformó en algo enojado y descontento. Ya no irradiaba luz y calma, sino oscuridad, su vestido cambiando de blanco a negro, las sedas arremolinándose como un mar embravecido.

—Eso fue innecesario, Macleod, y no puedo tolerar tal insolencia. Ven. —Alcanzó a Sorchas. Su esposa luchó contra la orden, se volvió e intentó aferrarse a los hombres que yacían a sus pies, pero como una fuerza desconocida, fue arrastrada hacia la reina.

El pánico invadió a Boyd, y luchó contra sus cadenas invisibles, el movimiento era como nadar contra una corriente rápida, pesada e imposible de ganar tracción. —Deteneos, por favor, no os la llevéis —suplicaría si fuera necesario. Esta era su esposa, su amor. No podía permitir que se la arrebataran.

—Despídete. No la volverás a ver —la reina tomó la mano de Sorchas, y con horror, Boyd observó cómo su esposa parecía perder todo su miedo, ira y pánico. Su rostro se relajó mostrando las hermosas curvas que él conocía tan bien, que había trazado con sus dedos, que había besado cuando hacían el amor. Su vestido de lana hecho con los colores rojo, azul y verde del clan cayó de su cuerpo y fue reemplazado por una larga túnica blanca y fluida, apenas apropiada para mantener el honor.

—Sorchas será más feliz con nosotros, Macleod, pero te agradecemos tu cuidado hacia nuestra princesa.

Sorchas lo miró, con un pequeño ceño fruncido. —Te amo, Boyd —sus palabras susurradas se las llevó el viento.

—No —rugió—, no os la llevéis. ¡No! —Boyd luchó contra sus ataduras, pero fue inútil. Estaba capturado, suspendido en el aire, y tan inútil como los Campbell.

Los Fae y Sorchas desaparecieron. La reina permaneció, mirándolo fijamente con una sonrisa burlona en los labios. —Ella será feliz con nosotros y vivirá para siempre, pero tú nunca la volverás a ver. Pero no te desesperes, Macleod, pues tengo algo para ti también, tal como prometí.

—No quiero vuestro maldito regalo, arpía —siseó, imaginando cien formas diferentes en las

que le gustaría cortarle la cabeza.

—Si hubieras cooperado, no necesitaría otorgarte nada, pero ahora debo hacerlo. Desafiaste nuestras leyes. Amaste a una Fae y buscaste mantenerla aquí en el mundo humano donde no pertenecía. El castigo debe ser cumplido —dijo ella, sus ojos brillando alarmanamente—. Te maldigo con la inmortalidad. Vivirás tanto como la Fae que tanto valoraste. Una eternidad sin la que amas hasta que tu corazón se llene de otra. Las personas que amas, tu clan y tu familia, envejecerán y morirán, mientras que tú, Macleod serás obligado a observar. Ningún golpe contra ti te salvará de esta maldición. Ni siquiera uno contra ti mismo.

Él nunca amaría de nuevo. Ninguna mujer podría compararse con su esposa. Sorcha era su corazón y su alma. —Acepto la maldición, aunque solo sea para darme tiempo de buscar justicia contra vos —Boyd sintió placer al ver que la reina se sorprendía por sus palabras. Bien, quería insultarla, asustarla, hacerle saber que algún día, fuera en una semana o en mil años, tendría su venganza.

La reina se encogió de hombros delicadamente. —Bueno, entonces, supongo que vivirás para siempre. Abre tu corazón, Macleod, y tu dolor terminará. Lucha contra mí en esto, y morarás para siempre en tu oscuridad, tu angustia y tu resentimiento —y entonces desapareció.

Boyd cayó como una piedra al suelo, haciendo un sonido de *uf* cuando su estómago aterrizó contra una roca. Miró fijamente el lugar donde había visto a Sorcha por última vez, mientras escuchaba a sus hombres recuperar el sentido detrás de él.

Se puso de pie, se volvió para enfrentar a sus hombres, la desesperación lo inundaba. Había perdido a la única mujer que había amado jamás. Su vida. Levantó la mirada y encontró a sus hombres, algunos aún en el suelo, mirándolo como si hubieran visto un fantasma.

—Jefe —jadeó Corey, uno de sus guardias, señalando la cabeza de Boyd—. Vuestro cabello, está blanco.

Boyd agarró un mechón de su cabello y se sobresaltó al verlo. Su cabello castaño rojizo oscuro había desaparecido, y en su lugar estaba el color de los Fae. No pudo hablar, no sabía qué significaba el cambio. O si era simplemente la marca de la maldición ahora en vigor.

El sonido de la risa flotó a través de los árboles, y se volvió, mirando con furia al bosque, sabiendo que la Reina Fae estaba observando, disfrutando de su burla.

—Reíd todo lo que queráis, pero sabed que un día me vengaré de vos. Lo prometo por la sangre de mi propio corazón —gritó, cortándose la mano con su dirk. La sangre se acumuló en su palma y se deslizó por su brazo. Cerró el puño, levantándolo hacia el cielo—. No moriré hasta que vea vuestra cabeza en el suelo. Veremos quién ríe entonces.

La risa se detuvo, y él se dio la vuelta, caminando de regreso al Castillo Druiminn, pasando junto a los rostros atónitos de sus hombres y su personal que continuaba con sus tareas.

Hoy podría haberlo perdido todo, pero mañana era un nuevo amanecer. Un nuevo día para planear, tramar y, finalmente, actuar. Recuperaría a Sorcha, mataría a la Reina Fae, y no moriría hasta haberlo logrado.

CAPÍTULO ÚNO

Castillo Druiminn 2021, Escocia

MAYA HARRIS ESTABA de pie ante las puertas del castillo Druiminn observando cómo autobús tras autobús descargaba a sus numerosos turistas, todos ansiosos y emocionados por su visita a la antigua fortaleza escocesa. Maya se protegió los ojos con la mano y miró hacia el castillo, siempre maravillada por esta propiedad que aún era el hogar del Laird Macleod.

Qué afortunada era de estar trabajando aquí durante el verano y ayudando en las cocinas cuando necesitaban más personal. Con la multitud de visitas cada día, constantemente estaba limpiando después de los turistas. Sin embargo, amaba cada minuto de su trabajo. Solo estar dentro de los antiguos muros, mirando los magníficos retratos de lairds pasados, los tapices, el más antiguo datando del siglo XV, era uno que siempre había captado su atención.

Su empleadora y ama de llaves jefe, la señora Holmes, había afirmado que representaba un enfrentamiento entre el Jefe Boyd Macleod y la Reina de las Hadas a principios del siglo XV. Maya había desdeñado internamente el viejo cuento popular, como mujer inglesa, nacida y criada en Kent, nunca creyó en las supersticiones escocesas. Aun así, el tapiz estaba increíblemente bien conservado y realista. No es que pudiera tocarlo para ver cuán perfecto era realmente, ya que estaba detrás de una pared de metacrilato para evitar que manos sucias y grasientas lo tocaran.

Las suyas incluidas.

Caminó alrededor del costado del castillo, entrando por la cocina que también servía como entrada del personal. Maya saludó al chef Samuel, a Molly y a Heidi, sus dos amigas más cercanas que había hecho en Escocia, quienes estaban almorzando.

—Oh, Maya, te emocionará escuchar lo que tenemos que contarte hoy. La señora Holmes dijo esta mañana que necesita limpiar el metacrilato que cubre los tapices en el gran salón esta tarde —dijo Molly, con los ojos brillantes de emoción.

—Si eres sigilosa y rápida, podrías tocar uno por primera vez. Todos sabemos que estás un poco obsesionada, igual que el resto de nosotros que queremos tocar cosas que no debemos —bromeó Heidi.

Samuel, que había estado de pie amasando, resopló, pero no comentó las palabras de Heidi.

—No me atrevería a tocarlo. La señora Holmes me despediría en el acto, y odiaría perder este trabajo. Me encanta estar aquí —Maya se quitó el abrigo y lo colgó en un pequeño armario antes de sentarse a la mesa—. ¿Acabáis de terminar vuestro turno de la mañana? ¿Seguimos con lo de las copas en Druiminn esta noche?

Cada viernes por la noche, el personal se reunía y tomaba unos vinos o cervezas en el pub local. La semana había sido extremadamente ocupada, con el apogeo de la temporada turística, y todos se habrían ganado su noche de relajación y fiesta antes de que llegara otro autobús lleno de gente mañana.

—No puedo ir esta noche —dijo Molly, con tono abatido—. Estoy en entrenamiento para mi trabajo nocturno en la gasolinera. Es solo de ocho a once cada noche, así que aún podré trabajar aquí, pero significará más dinero para mí, y podré ir a Dubái de vacaciones aún más rápido.

Maya sonrió ante la idea de unas vacaciones en Dubái. Todo ese aire cálido y caliente, las playas, la asombrosa arquitectura y la gente. —Me encantaría viajar allí. Qué lugar tan increíble sería —Un día, Maya se lo prometió a sí misma.

Había tenido muy pocas vacaciones en su vida. Como huérfana, nunca conoció a sus padres, ni siquiera sabía quiénes eran. Por lo que pudo averiguar de los Servicios Infantiles, la habían dejado en la puerta de un hospital en Kent y nunca regresaron.

Sin embargo, su vida no había sido tan terrible. No como lo que tantos otros niños tenían que soportar cuando estaban en hogares de acogida. La habían puesto con gente amable, aunque un poco distraída y no demasiado involucrada, pero al menos nunca la lastimaron.

Había terminado la escuela secundaria, asistido a la universidad y obtenido un título en estudios de medios, pero descubrió después de graduarse que conseguir empleo en ese campo era difícil. Con su dinero agotándose, había visto el anuncio de trabajo de limpieza requerido en una finca de las Highlands durante las temporadas turísticas ocupadas y había aplicado.

En el momento en que había subido desde Druiminn hacia el castillo, viéndolo revelarse lentamente a través de los árboles, se había enamorado instantáneamente y caído bajo su hechizo. Cuando terminara el verano, pediría quedarse o buscaría empleo localmente. Había algo en Escocia que tiraba de las fibras de su corazón y la hacía sentir en casa.

—Solo va porque tiene fantasías de casarse con un jeque rico —bromeó Heidi, sonriendo—. Si logras atrapar a uno, mira si tiene hermanos. Yo podría soportar bastante bien una vida de lujo.

Molly se rio, sorbiendo su lata de refresco. —Oh, lo haré, y puedo encontrar uno para ti también, Maya. Si quieres.

Maya se rio, empujando hacia atrás su silla cuando notó la hora. —Si encuentras un jeque, será suficiente para mí que tú seas feliz —Se dirigió al armario de uniformes y sacó un delantal limpio—. Será mejor que me vaya, el tour de la mañana ya habrá terminado, pero ¿te veré esta noche, Heidi?

Heidi saludó, sonriendo. —Oh, sí, seguro que me verás. Probablemente llegue antes que tú ya que estás trabajando esta tarde, pero te tendré un vino esperando.

—Gracias. Nos vemos, chicas —dijo, caminando hacia un pasaje que conducía al gran salón. Maya encontró a la señora Holmes ordenando a un grupo de hombres que quitaran el metacrilato de varios tapices en el gran salón, su profundo ceño fruncido mostrando su preocupación, sin mencionar que estaba revoloteando sobre el trabajo de los hombres como una gallina madre en pánico.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Maya, poniéndose al lado de la señora Holmes y observando cómo tres hombres trabajaban en el tapiz de las Hadas que tanto le gustaba.

—Oh, Maya, justo la chica que quería ver. Estarás conmigo hoy. Hemos acordonado el Gran Salón, los turistas pueden pasar por el pasillo, pero no pueden entrar. Estoy segura de que no les importará ya que verán la especie de restauración que estamos haciendo. No tiene sentido mirar los tapices cuando no se puede ver el trabajo de aguja real.

—Me encantaría ayudarla. ¿Qué le gustaría que hiciera?

La señora Holmes señaló hacia varios cubos y artículos de limpieza. —Una vez que el metacrilato esté abajo, tendremos que limpiarlo y secarlo a fondo. Los hombres volverán más tarde hoy para volver a colocar el metacrilato, así que no los tendremos esperando a que terminemos, pero intentaremos tener esto hecho hoy.

—Por supuesto —dijo Maya, inspeccionando los artículos de limpieza antes de volverse para observar cómo otro grupo de hombres bajaba el primer panel de Perspex. No era su tapiz favorito, sino otra obra que representaba a una dama mirando el océano desde las murallas del castillo de Druiminn, pero estaba girada hacia el artista, con una sonrisa pícaro en su rostro como si se estuviera riendo de algo que se había dicho detrás de ella.

—Sé que le encanta el tapiz de las hadas, pero este es mi favorito —dijo la señora Holmes, mirando fijamente la obra ahora libre de sus ataduras de plástico. Se había descolorido, por supuesto, todos lo habían hecho a lo largo de los cientos de años desde que fueron cosidos, pero seguían siendo todos tan hermosos.

—¿De quién es este? —preguntó Maya, incapaz de apartar la mirada de la impresionante mujer que les sonreía desde el tapiz.

—Su nombre era Abigail, pero todos en los registros históricos la llamaban Abby. Se casó con Aedan Macleod, el laird aquí en 1601. Se rumoreaba que era de tierras extranjeras, pero nadie sabía con certeza de cuáles. Siempre he pensado que tiene un aire de travesura y conocimiento que no se ve a menudo en pinturas o tapices. Como si supiera algo que nosotros no.

Maya tuvo que estar de acuerdo. La mujer se veía tan feliz, como si el tapiz hubiera capturado un momento en el tiempo, similar a una foto de hoy. —Es muy hermosa. ¿Es la misma mujer del cuadro en la galería de arriba? ¿El grande, sobre la chimenea?

—Oh, sí, la misma. El laird Macleod y Abigail fueron un matrimonio por amor. Devotos el

uno al otro hasta sus últimos días. Él encargó muchos retratos de ella.

Qué hermoso haber encontrado un amor como el que tuvieron ellos y en 1601. No era la época más fácil de la historia para ser mujer o esposa de un hombre con tantas responsabilidades. La historia de Escocia era tan salvaje y dura como las montañas de las Highlands.

—Bien —dijo la señora Holmes, interrumpiendo sus pensamientos—. Basta del pasado, terminemos nuestros trabajos para poder disfrutar de nuestro fin de semana. Sé que desea ir a la taberna y disfrutar de una noche con sus amigos.

—¿Tiene planes para este fin de semana, señora Holmes?

—No, solo un poco de jardinería y limpieza alrededor del patio. Lo habitual.

Maya sonrió a la mujer mayor antes de enjuagar su paño y limpiar el Perspex, asegurándose de que estuviera impecable y libre de manchas. Trabajaron durante varias horas. Las grandes cubiertas rectangulares de Perspex estaban más polvorientas de lo que Maya había supuesto cuando estaban en la pared. Colocaron las que habían terminado frente a los tapices a los que pertenecían antes de que Maya se volviera hacia el último Perspex que necesitaba ser limpiado.

La señora Holmes se puso de pie, agarrándose la espalda mientras se incorporaba. La mujer mayor parecía cansada y adolorida por el trabajo del día. Maya se compadeció de ella. —Puedo terminar este, señora Holmes, si desea irse a casa. Avisaré al personal del laird que me voy y ellos pueden cerrar las habitaciones que tienen abiertas al público.

La señora Holmes no parecía segura, y Maya sonrió, tratando de tranquilizarla. —De verdad, estoy más que feliz de terminar este sola. Me tomará una hora como máximo y habré terminado. Váyase, disfrute su fin de semana y nos veremos el lunes.

—Está en el horario para mañana. ¿Está segura de que no quiere que me quede y termine este? No tengo que volver aquí hasta el lunes.

Maya desestimó sus preocupaciones con un gesto, enjuagando su paño. —No es molestia en absoluto. Me encanta estar aquí, y a esta hora de la tarde, es encantadoramente tranquilo. Casi puedo imaginarme como la señora de la casa, realizando sus tareas.

La señora Holmes se rió, estirando su espalda una vez más antes de arrojar su trapo de limpieza al cubo que tenía al lado. —Me duele un poco, así que si está segura... No quiero dejarla en la estacada.

Maya negó con la cabeza. Si demostraba que estaba dispuesta a hacer un esfuerzo extra mientras trabajaba para el laird durante su temporada alta, tal vez la llevaría a un puesto a tiempo completo. Le encantaría vivir y trabajar aquí a tiempo completo. Sin duda, uno de los lugares más hermosos del mundo. —Para nada. Váyase. Terminaré pronto. Disfrute su fin de semana.

Sin más insistencia, la señora Holmes recogió su cubo y se dirigió a la puerta. —Gracias, Maya. Es usted un verdadero activo para esta propiedad. No puedo agradecerle lo suficiente.

Maya sonrió, deseándole buenas noches a la señora Holmes antes de girar el Perspex y fregarlo. Terminó la última cubierta en menos de una hora, colocándola frente al tapiz para que los hombres la volvieran a colgar mañana. Le tomó solo unos minutos vaciar su cubo y guardar

los productos de limpieza que habían utilizado.

Entró en el Gran Salón, ordenó las sillas, algunos artículos de exhibición que se habían movido durante el trabajo del día, y dejó la habitación en orden antes de salir. De pie en el pasillo central, se maravilló al mirar las altas paredes de piedra, el estrado al final de la sala donde tantos lairds se habían sentado, comido y reído con su gente. Era una sensación mágica. No era difícil imaginar los tiempos antiguos, la gente, la música y las risas que debían haber pasado por estas paredes.

Maya no estaba segura de qué era lo que tenía este lugar, pero sentía que estaba llegando a casa desde el momento en que había llegado al Castillo Druiminn. Que este era el lugar donde siempre debería haber estado. No Kent. No Inglaterra. Sino aquí, la Isla de Skye, las Highlands. Escocia.

Se acercó a su tapiz favorito, estudiando la obra maestra una vez más. Este era muy realista, casi como una foto, y el laird de esta época era tan apuesto con sus rasgos afilados, su complexión digna de un libro de romance. Raramente se hacían hombres así en su época. No es que ella hubiera estado buscando mucho últimamente. Los hombres, en general, habían sido una decepción, y así había decidido concentrarse en sí misma y en nadie más. Hacerse feliz a sí misma antes de intentar hacer felices a los demás.

El castillo estaba silencioso, ni un soplo de viento ni un crujido se escuchaba. Maya frunció el ceño, mirando alrededor del salón cuando un escalofrío le recorrió la espalda. La sensación de que el castillo estaba esperando algo, a alguien, la hizo temblar.

Se cruzó de brazos, abrazándose a sí misma y mirando de nuevo para ver si había alguien cerca. No había nadie allí, y sacudió la cabeza, descartando sus tontas ideas. No le sorprendería encontrar que el castillo estuviera embrujado, pero ella no creía en ese tipo de cosas.

Con un suspiro, volvió la mirada al tapiz, abrumada por el impulso de tocarlo, aunque fuera solo una vez. Si el laird se enteraba, la despediría en el acto, y su sueño de vivir y trabajar aquí a tiempo completo se esfumaría.

Y sin embargo, estaba sola, no había cámaras de seguridad...

Una voz en su cabeza la provocaba, le decía que lo tocara. Que esta era su única oportunidad. Podrían pasar años antes de que volvieran a quitar las cubiertas. Con una necesidad, un anhelo que ardía en todo su cuerpo, extendió la mano, deseando tocar al apuesto laird.

Con voluntad propia, su mano no se detuvo, y entonces, finalmente, la yema de su dedo tocó el tapiz, el hilo de seda suave y terso al tacto. —Hermoso —jadeó en un suspiro. Y entonces todo cambió.

La habitación giró, las voces resonaron, rostros que no podía reconocer aparecían y desaparecían de su vista.

¿Qué me está pasando?

El miedo la paralizó en el sitio. Intentó correr hacia la puerta, pero la habitación giraba cada vez más rápido, haciendo imposible la huida. Algo malo estaba sucediendo, algo que no podía

controlar.

Gritó pidiendo ayuda, pero aunque su boca estaba abierta y su mente gritaba las palabras, ningún sonido emergió. ¡Qué había hecho! ¡Por qué había tocado el tapiz!

Así que así era como iba a morir, fue su último pensamiento antes de que la oscuridad la envolviera, y no quedara nada.

Nada en absoluto.

CAPÍTULO DOS

Castillo Druiminn 1510, Escocia

MAYA ARRUGÓ el rostro cuando el olor a perro mojado la despertó, junto con el hedor a aliento podrido. Entreabrió los ojos lo mínimo para ver dónde estaba. Lo que vio no era en absoluto lo que esperaba.

Un gran lebre, jadeando frente a su cara, la miraba fijamente y le olisqueaba la cabeza. No se movió por miedo a asustar al perro y provocar que reaccionara.

Ya no estaban los suelos de piedra con suaves alfombras Aubusson sobre ellos, y en su lugar había juncos duros y de olor a moho. Se incorporó, mirando alrededor de la habitación, su mente le decía que era el mismo lugar donde trabajaba, las mismas paredes, tarima y chimenea, pero había tantas cosas diferentes también.

Los finos muebles que pulía ya no estaban. Bancos rústicos hechos a mano recorrían la longitud de la sala. En la tarima, una mesa de madera oscura y pulida se situaba frente al fuego en un extremo. Dos grandes sillas de respaldo alto se alineaban detrás.

Voces llegaron a sus oídos, voces de hombres en particular, y el miedo le recorrió la espina dorsal, pero cuando intentó moverse, no pudo. Sus extremidades, como mantequilla y débiles, se negaban a funcionar.

Como en una pesadilla, observó cómo hombres y mujeres entraban en la sala, algunos ignorando por completo su presencia mientras otros le lanzaban una mirada curiosa antes de sentarse.

Una mujer con un vestido gris de lana entró apresuradamente en la sala, un grupo de mujeres detrás de ella, todas cargando bandejas con una gran cantidad de comida. Las colocaron en cada mesa, otro grupo de sirvientes siguiendo a las que llevaban las bandejas y poniendo platos y cucharas de madera.

Una de las sirvientas susurró algo al oído de la mujer mayor, y esta se giró, abriendo los ojos de par en par al ver a Maya.

—Och, ¿y quién eres tú, si se puede saber? —La mujer se paró frente a ella, con las manos en sus anchas caderas.

—Yo, ah —croó Maya, su mente negándose a creer lo que empezaba a pensar que le había sucedido, pero no había otra explicación. Ninguna otra. ¿Acaso había viajado en el tiempo? No había forma de que la señora Holmes pudiera hacer semejante truco y tan rápido, a menos que la hubieran drogado de alguna manera y hubiera estado inconsciente durante días. Eso era poco probable. La señora Holmes era una mujer amable, no una bromista.

—Soy Maya Harris.

Al oír su voz, los ocupantes de la sala se detuvieron y se giraron, mirándola con algo parecido al desdén. Maya cerró la boca, retrocediendo contra la pared y deseando que se abriera y se la tragara por completo. O mejor aún, que la devolviera a casa.

¿Por qué había tocado el tapiz? Estúpida y curiosa tonta.

El tapiz debía haber sido lo que la envió aquí. ¿Podría devolverla a casa? Miró hacia la pared donde colgaba, pero no encontró más que piedra desnuda devolviéndole la mirada. Ni tapiz, ni nada que pudiera ayudarla a regresar a su tiempo. Había varias lanzas grandes y espadas. Tal vez al menos podrían mantenerla a salvo si esta gente se volvía contra ella.

—Eres inglesa. ¿Qué estás haciendo en el castillo Druiminn? No creo haberte contratado como ayuda, así que tengo curiosidad por saber qué buscas aquí, muchacha.

Maya pensó en su respuesta. Tenía que ser cuidadosa. Si la echaban, ¿adónde iría? ¿Qué haría? El castillo debía tener la clave para devolverla a su tiempo, y tenía que quedarse aquí para lograrlo.

—Me caí y me golpeé la cabeza cuando entré en la sala. Viajé aquí desde Inglaterra. Estoy buscando trabajo. —Era todo lo que se le ocurrió decir, y por absurdo que sonara al decirlo en voz alta, poco podía hacer para cambiar su destino—. Lo siento, estoy un poco confundida. —Maya se inclinó hacia adelante, provocando la misma respuesta en la señora mayor que parecía estar a cargo—. ¿Puedo preguntar qué año es este?

El comportamiento de la mujer cambió, y entonces todo sucedió rápidamente después de sus palabras. La mujer mayor se acercó, agarrándola del brazo y arrastrándola fuera de la sala. La llevó a una pequeña habitación que estaba junto al Gran Salón, encerrándolas a ambas dentro. En su tiempo, esto se usaba como un pequeño armario de ropa blanca. Ahora, sin embargo, tenía un propósito diferente. La habitación tenía una ventana y un pequeño escritorio, una vela solitaria ardía sobre el buró con algunos papeles esparcidos alrededor.

—Entonces eres una caminante del tiempo. Bueno, es un placer conocerte, Maya Harris. Hemos estado esperando mucho tiempo tu llegada.

Maya frunció el ceño, su estómago revolviéndose ante lo absurdo de lo que la mujer mayor había dicho. Los últimos quince minutos habían sido los más imposibles de su vida.

—¿Una qué? ¿Qué es una caminante del tiempo? —Nunca había oído hablar de tal cosa, y ciertamente ella no lo era. Nada tan imposible le había sucedido en el pasado. Nada le sucedía en absoluto.

Nada emocionante, de todos modos.

—No eres de nuestro tiempo, si lo he entendido bien. Tu ropa lo demuestra, y tu cabello. Quizás tu piel esté tan limpia y fresca como el día en que naciste, me imagino. Si hubieras vivido en nuestro tiempo, viajando desde Inglaterra como dices, tal cosa no sería posible. —La mujer retrocedió, estudiándola—. ¿De qué época has viajado, muchacha? ¿Qué te trajo aquí?

Maya se mordió el labio inferior mientras su mente luchaba frenéticamente por calmarse.

—Soy del siglo veintiuno. Estaba trabajando en Druiminn, pero en mi época. Yo... —Se frotó la cabeza, sus pensamientos eran un revoltijo—. Toqué un tapiz y luego desperté en la sala de abajo. Eso es todo lo que recuerdo.

—Hmm —dijo la mujer, asintiendo lentamente—. Bueno, que te hayan concedido tal viaje me dice que eres la persona a quien el laird ha estado esperando. Aunque el terco muchacho no lo sepa. —Le sonrió a Maya y un poco de su preocupación se disipó. Parecía una mujer agradable, y parecía estar tratando de ayudarla.

—¿Qué voy a hacer? El tapiz que toqué no está en la sala. Pensé que si lo tocaba de nuevo podría enviarme de vuelta. ¿Sabes de alguno en el castillo? —Maya miró alrededor, sin ver ningún tapiz en esta habitación tampoco.

—No, hay varias pinturas, pero ningún tapiz, no todavía en cualquier caso. Creo que el laird está haciendo uno, pero eso está a varios meses de completarse.

Maya dejó escapar un suspiro frustrado. Esto era desesperante. ¿Y si este laird era cruel y despiadado? ¿Y si no confiaba en ella y la mataba en el acto? Era demasiado joven para morir. Y ciertamente no quería morir por una espada o ahorcada. Oh, Dios mío, ¿ahorcaban a la gente en Escocia en esta época?

—Todo estará bien, muchacha. No tienes por qué parecer tan asustada. Debemos cambiar tu atuendo e inventar una historia sobre tu pasado antes de que el laird te conozca —La mujer mayor frunció el ceño, estudiando a Maya como si fuera una especie de ser de otro mundo—. Soy la señora Fletcher, el ama de llaves principal aquí en el castillo Druiminn. He trabajado para la familia durante muchos años desde que era una muchacha de tu edad o más joven. Un puesto que ha pasado de generación en generación en mi familia desde que el laird perdió a su esposa hace muchos años.

—¿En qué año estamos, señora Fletcher? —presionó Maya, necesitando saberlo tanto como necesitaba aire para respirar.

—Es el año de nuestro Señor, mil quinientos diez, muchacha Maya. Dime, ¿de qué año has viajado?

Se desplomó en una silla cercana, sus piernas negándose a mantenerla erguida por más tiempo.

—¿Cómo sabe que he viajado desde algún lugar, excepto Inglaterra como dije? ¿Es tan obvio que no soy de aquí?

—Oh, he visto y oído muchas historias sobre caminantes del tiempo, los Fae, supersticiones que mantendrían tu linda cabecita despierta por siempre. Sé reconocer a un caminante del tiempo

cuando lo veo, y creo que tú eres una de ellos. Ahora, basta de tonterías. Dime de qué año vienes, y luego podremos decidir qué hacer al respecto, si es que hay algo que hacer. O al menos tratar de entender qué significa que estés aquí.

—¿Tiene que significar algo? —preguntó Maya, con el estómago revuelto por los nervios. ¿Podría alguna vez volver a casa? ¿Volvería a ver a sus amigos? ¿Experimentaría la fontanería interior? ¡Dios mío, ¿qué haría sin un inodoro?!

Observó la habitación. No había luz colgante, ni interruptor de luz, todas las comodidades modernas que el castillo tenía en su época habían desaparecido. Seguramente este tipo de cosas, los viajes en el tiempo, no eran posibles. Y ciertamente no algo que le sucediera a personas como ella. Nunca le pasaba nada extraordinario.

—Es 2021 de donde vengo. Como dije, trabajo en el castillo Druiminn como limpiadora durante la temporada de vacaciones. El laird actual, Richard Macleod, abre su finca y sus terrenos al público para que los visiten —La verdad brotó de ella, sin importar que el rostro de la señora Fletcher palideciera hasta un tono gris mortecino—. Vine a Escocia a trabajar. He visto al laird de lejos, pero aún no lo he conocido. Está felizmente casado y tiene hijos.

—¿Todavía hay un laird en tu época? ¿Quinientos años en el futuro, hay un Laird Macleod? —chilló la mujer mayor, aplaudiendo con una sonrisa en su rostro—. Och, son buenas noticias, muchacha. Significa que nuestro laird, Boyd Macleod, rompe la maldición que lo ha aquejado estos cien años.

—¿Qué? —Maya se puso de pie, alejándose de la mujer mayor—. ¿Está maldito y ha vivido más de cien años? —¿Qué edad tenía este laird? Si tenía más de cien años, debía parecer un cadáver andante a estas alturas. Tal vez se había golpeado la cabeza más fuerte de lo que pensaba. O el ama de llaves lo había hecho. ¿Quién creía en maldiciones? Solo los locos, ¿verdad? Pero entonces, estaba parada en una habitación, había visto gente con sus propios ojos que desafiaba la realidad, así que ¿quién era realmente la persona loca...?

La señora Fletcher extendió su mano de manera conciliadora, tratando de calmar sus temores.

—La edad de Boyd Macleod ha quedado congelada en el tiempo desde que la Reina Fae lo maldijo a encontrar un amor mayor que el que tenía con su esposa. La mujer que le quitaron. Por supuesto, nuestro laird amaba profundamente y nunca ha encontrado a otra, ni lo haría, ya que se ha jurado venganza, no vida. No una vida con otra, quiero decir.

El tapiz, por supuesto. El día en que Boyd Macleod, Jefe del clan Macleod, se enfrentó a la Reina Fae y perdió todo lo que alguna vez había amado.

—El tapiz que mencionas que el laird está haciendo y que llegará en unos meses... ¿Por casualidad representa el día en que perdió a su esposa? —Si tal cosa pudiera confirmarse, y ella tuviera acceso a él cuando fuera entregado, tal vez la enviaría a casa, y esta pesadilla terminaría.

—Creo que ese es el caso, Maya. Aún no está listo, ha llevado años hacerlo, pero esperamos tenerlo aquí para Samhain —La señora Fletcher la estudió un momento antes de decir—: ¿Crees que el tapiz te enviará a casa si lo tocas de nuevo?

—Eso creo —dijo, pero un poco de su esperanza se desvaneció ante la declaración de la mujer. Samhain estaba a meses de distancia, eso si el tiempo se alineaba de la misma manera. Era junio cuando estaba en su época. Tal vez estaba más cerca de Samhain de lo que pensaba.

—¿En qué mes estamos? —preguntó, rogando que la mujer dijera finales de octubre, lo que la situaría justo cerca del momento en que el tapiz podría estar listo.

—Es junio, muchacha.

Maya tragó el nudo que se le formó en la garganta. No serviría de nada desmoronarse en un montón de lágrimas. Había poco que pudiera hacer hasta que el tapiz estuviera listo. A menos que los Fae aparecieran de nuevo y la enviaran a casa.

Se sacó de sus reflexiones abatidas y miró a la mujer mayor. Supuso que debía agradecer a su buena estrella que la señora Fletcher pareciera una mujer agradable. Una con una mente abierta que no la ataría a un poste y la quemaría como bruja simplemente porque apareció una noche en el Gran Salón.

—Mi única oportunidad de volver a casa es permanecer aquí hasta que regrese el tapiz. Solo puedo rezar para que me envíe de vuelta a casa. No pertenezco a esta época. Tengo amigos que se preocuparán por mí. Pensarán que algo terrible ha sucedido.

La señora Fletcher asintió, asimilando las palabras de Maya y encontrándolas razonables.

—Aunque no conozco todos los detalles de los viajes en el tiempo, creo que esto es cierto. Que hayas tocado el tapiz y que te haya enviado aquí solo puede significar una cosa. Tú eres la clave para el futuro del clan. Tú eres el medio por el cual nuestro laird encontrará el amor y la paz.

—¿Yo? —dijo Maya, su palabra saliendo como un chillido. No quería ser el gran amor de ningún laird y ciertamente no de uno que tenía más de cien años. Puaj. Su labio se curvó con disgusto ante la idea de tratar de ganar sus afectos. Ella solo tenía veintisiete años. Si él había sido maldecido hace cien años y ya había estado casado antes de eso, tendría al menos 120 años —. El laird no estará interesado en mí, y yo ciertamente no estoy interesada en jugar este juego. Estoy segura de que otras muchachas escocesas podrían calentar su cama.

La frente de la señora Fletcher se arrugó en un gesto de confusión. —El laird puede tener 127 años, pero no aparenta ni un día más de veinticinco. Conócelo primero y luego ya verás qué piensas. Está acostumbrado a que le ponga mujeres en su camino, pero ninguna ha logrado cautivar su corazón. Tú, sin embargo, querida, creo que podrías ser diferente. La Reina de las Hadas lo maldijo hasta que encontrara un amor más grande que el que tuvo con su esposa. Hemos probado con muchas mujeres de su época, todas enviadas a casa sin daño ni marido. Pero las Hadas no pensaron en una mujer fuera de su tiempo que pudiera ser enviada de vuelta para reclamar el corazón del laird. Podrías ser justo la mujer para romper esta maldición y encontrar el amor mientras estés aquí.

Maya miró fijamente a la señora Fletcher, preguntándose si la mujer mayor había perdido el juicio. Había tocado un estúpido tapiz, eso era todo. Eso no significaba que estuviera destinada a

romper una antigua maldición en una época pasada.

—Ven, muchacha, te instalaremos en tu habitación y te vestiremos. No puedes andar por ahí con esa ropa —dijo, cruzando por su rostro una expresión de desagrado como si su uniforme la ofendiera de alguna manera.

Maya miró sus pantalones y camisa negros, y el delantal blanco que aún llevaba atado por delante. Consideró la idea de salir corriendo, escapar del castillo y sus terrenos, pero ¿adónde iría? No conocía a nadie, y si realmente estaba en 1510, entonces la época no sería segura para una mujer vagando por Escocia.

No, el Castillo Druiminn guardaba la clave para su regreso a casa, o al menos cuando el tapiz estuviera terminado y finalmente colgado en las paredes, así sería. Tocaría de nuevo el hilo de seda y rezaría para que la devolviera a su tiempo. Hasta entonces, esperaría pacientemente y mordería su lengua, rogando poder volver pronto a casa y que todo esto no fuera más que una pesadilla para olvidar.

CAPÍTULO TRES

BOYD ENTRÓ a grandes zancadas en el Gran Salón y se dirigió al estrado. Sus miembros del clan ya estaban disfrutando del festín nocturno. El murmullo de las conversaciones, las risas y las bromas calmaban una parte de su alma y daban sentido a su larga vida, sabiendo que su gente estaba bien cuidada y contenta.

Se dejó caer en su silla, haciendo un gesto a una sirvienta para que le sirviera cerveza.

Había pasado el día en los campos, examinando la cosecha, los cultivos y discutiendo los buenos rendimientos que deberían obtener este año.

Un cuenco de estofado, con aroma a caza, cebollas y ajo, llegó hasta él, y su estómago rugió, recordándole que no había comido desde que rompió el ayuno al amanecer.

Boyd partió un trozo de pan y lo mojó en la comida humeante, absorto por un momento en la delicia de la comida cuando se le erizaron los pelos de la nuca.

Se limpió la boca con el dorso de la mano, mirando por todo el salón. Su gente estaba sentada mirando fijamente el arco que conducía a la escalera de piedra en espiral que llevaba a las habitaciones del piso superior. Boyd frunció el ceño, con un nudo de temor en el estómago ante la idea de que los Fae hubieran vuelto, que la reina misma hubiera mostrado de nuevo su voluble forma humana a su gente después de todos estos años.

Pero no era la Reina Fae. Era su ama de llaves y otra muchacha, a la que no reconocía. Cerró los ojos un momento, suspirando ante la vista de la joven que parecía tan sorprendida como su gente.

Parecía que la señora Fletcher había encontrado a otra mujer para desfilas ante él como una pava real, agitando sus plumas de cola e intentando llamar la atención del pavo real.

Bueno, ya estaba harto de las exasperantes intromisiones de su ama de llaves, y no lo soportaría ni un momento más. La muchacha podía quedarse, por supuesto. Enviarla de vuelta a su familia sin ofrecerle alojamiento por un tiempo sería un gran insulto, pero no haría mucho más para que su estancia aquí valiera la pena.

Hacía tiempo que había renunciado a toda esperanza de tener otra mujer en su vida. Su esposa estaba perdida para él, nunca había intentado visitarlo ni darle esperanzas.

Una pequeña parte de él la odiaba por eso. Sorcha lo había significado todo para él, y sin

embargo, nunca había desafiado a los Fae para intentar verlo. Aunque solo fuera para despedirse como es debido.

Nunca la perdonaría por eso.

Por el rabillo del ojo, vio a la señora Fletcher caminando con la mujer hacia él, y supuso que la depositaría en el estrado para cenar.

Miró fijamente por todo el salón, fulminando con la mirada a su gente cuando continuaron observándolo y su reacción ante la intrusión. La comprensión se dibujó en sus rostros y volvieron a sus comidas, fingiendo al menos no prestar atención a lo que ocurría en la mesa de su laird.

La señora Fletcher se aclaró la garganta, poniéndose de pie frente a él. —Este es nuestro jefe del clan, Boyd Macleod. Laird, esta es Maya Harris. Se quedará con nosotros por un tiempo.

Boyd lanzó una mirada de desagrado a la señora Fletcher antes de volver a comer. —Un placer —murmuró, sin molestarse en mirar a la muchacha. Había visto cientos de ellas a lo largo de los años, los antepasados de la señora Fletcher tan entrometidos y exasperantes como la mujer que tenía delante. A lo largo de los cien años que la familia de su ama de llaves le había servido, también habían intentado servirle mujeres con tanta frecuencia como comidas. Estaba cansado de todo eso.

—Siéntate aquí, muchacha. Te traeré algo de comer.

Boyd masticó su comida, ignorando el dulce aroma que le llegó cuando ella se sentó. Cítricos, pensó, bebiendo su cerveza.

Esperaba que ella no pudiera oler su olor. Después del duro día de trabajo, sabía que apestaría. Debería haberse bañado antes de cenar, pero no esperaba que su ama de llaves produjera otra muchacha para que él la ignorara.

La señora Fletcher trajo un cuenco de estofado y una copa de vino. La muchacha no se lanzó inmediatamente a su comida, sino que fue directamente al vino. Bebió continuamente, y cuando dejó la copa sobre la mesa, el sonido hueco le dijo a Boyd que la copa estaba vacía.

Sus labios se crisparon ante la idea de que le gustara el vino, pero frunció el ceño en su lugar, esforzándose por comer, por terminar su comida para poder escapar y salir del salón y alejarse de la muchacha que tenía a su lado.

—Está usted maldito, dijo la señora Fletcher.

Boyd escupió su cerveza, volviéndose para mirarla, y en el momento en que lo hizo, supo que era un error. Unos ojos azul oscuro lo miraron expectantes, largas pestañas oscuras se abanicaban sobre sus mejillas cada vez que parpadeaba. Nunca había visto nada igual. Quería alargar la mano y tocarlas para ver si eran reales, porque nunca había visto pestañas tan largas como las de la mujer que tenía a su lado.

Sus labios eran carnosos, un poco demasiado exuberantes para su gusto, y sin embargo, su entrepierna se tensó ante la visión de sus labios lujuriosos. Se limpió la boca, mirándola fijamente. Sabía que no había respondido, y sin embargo, las palabras no le salían. Se aclaró la garganta, recordándose que nunca coqueteaba con las muchachas que la señora Fletcher le traía

para que las inspeccionara.

No era un hombre que necesitara una mujer en su vida. Tenía una esposa, y por muy amargado que pudiera estar con Sorchá por haberlo dejado, era un hombre paciente. Esperar otros cien años para tenerla en sus brazos sería una dificultad, pero una que soportaría. No tocaría a otra mujer a menos que fuera la mujer a la que había prometido amar por toda la eternidad.

—Sí, estoy maldito, y si eres una muchacha inteligente, volverás con tu familia y nunca mirarás atrás hacia las tierras de los Macleod.

Ella se encogió de hombros, y sus ojos se desviaron hacia el vestido de terciopelo azul que llevaba. Apretó la mandíbula al ver sus pechos, que subían y bajaban con cada respiración. Era una moza atractiva, y sin embargo no era para él.

Nadie lo era.

—No puedo volver a casa en este momento. De lo contrario, lo haría. Se lo aseguro.

—Es usted inglesa. ¿Qué le hizo pensar en viajar a las Highlands para conseguir marido? ¿No hay ninguno en Inglaterra que le convenga?

Ella se rio, removiendo su comida con una cuchara. ¿Acaso la muchacha nunca había visto un guiso antes? ¿Estaría mal de la cabeza y por eso su familia la había enviado aquí? Era bien sabido en las Highlands que él estaba maldito, un hombre con el que no había que meterse. Todo gracias a las hadas y su reina arpía que habían arruinado su vida, su legado. Sin embargo, a las muchachas no parecía importarles su pasado y continuaban desfilando por sus puertas cuando sus familias se lo permitían.

Ella lo clavó con la mirada. —No importa lo que la señora Fletcher le haya dicho, Macleod, yo no quiero un marido, pero sí necesito que me permita quedarme aquí al menos unos meses antes de regresar a casa. Si me permite quedarme, prometo no molestarlo con la posibilidad de matrimonio.

Él se volvió, mirándola fijamente. ¿Era esto algún tipo de juego que estaba jugando? ¿Estaba tratando de engañarlo para que tuviera una falsa sensación de salvación? —¿No quiere casarse conmigo? ¿Acaso no soy lo suficientemente bueno para usted? —Boyd no estaba seguro de por qué le disgustaba tanto la idea de que la hermosa muchacha a su lado no quisiera su mano en matrimonio, pero le irritaba los nervios. Todas las muchachas deseaban ganar el corazón del maldito Laird Boyd Macleod. Con los años, se había convertido en una especie de leyenda viva, un juego para aquellos que deseaban jugar, aunque nadie ganaba nunca.

Solo las hadas ganaban esta guerra, y él y Sorchá eran los perdedores.

Pero esta muchacha inglesa no quería ganar su corazón. ¿Qué demonios? —¿Un muchacho escocés no es lo suficientemente bueno para su pura y dulce sangre inglesa? —Incluso para Boyd, su tono apestaba a sarcasmo y molestia.

—Nada de eso, se lo prometo. Pero no lo conozco, y no me gusta particularmente que me arrojen a situaciones que no son de mi propia creación. No sé usted, pero me siento

extremadamente incómoda sabiendo que su gente piensa que estoy aquí para ganar su corazón. Preferiría que pudiéramos ser amigos hasta que sea el momento de irme.

La nota suplicante en su voz tiró de una parte de él que creía obsoleta hacía mucho tiempo. Se frotó el pecho, encogiéndose de hombros. ¿Qué importaba lo que esta muchacha quisiera hacer o no? Él no tenía intención de tratar de que calentara su cama. De ocupar su corazón. — Puede quedarse, y le prometo a cambio que no intentaré molestarla de ninguna manera. No quiero casarme con usted más de lo que usted quiere casarse conmigo.

Ella sonrió, suspirando aliviada, y Boyd se quedó inmóvil. Para ser una muchacha inglesa, era hermosa, más que cualquiera de las mujeres que le habían desfilado en los últimos cien años. ¿Qué hacía una mujer de tal belleza sin casarse? Seguramente alguien debería haberla comprometido hace años.

—Está decidido entonces. Seremos amigos y nada más.

Él la miró fijamente, inseguro de si la muchacha estaba cuerda. ¿Qué mujer no quiere que el Laird Boyd Macleod sea su marido? La señora Fletcher le había traído a la única en Inglaterra y Escocia que no lo deseaba.

Su ama de llaves debía estar perdiendo el toque.

Esta pequeña muchacha inglesa era diferente. No estaba seguro de cómo se sentía al respecto en este momento, ni le importaba reflexionar sobre los hechos. Simplemente deseaba comer su cena, beber su buena cerveza y que lo dejaran en paz. Había estado aislado durante cien años. De todas las mujeres que podían acosarlo ahora y arruinar su cena, era esta inglesa. La idea no merecía ser considerada.

Como si su vida no pudiera empeorar más.

Pero acababa de hacerlo.

CAPÍTULO CUATRO

AL DÍA SIGUIENTE, Maya se encontró de pie frente al castillo de Druiminn, contemplando un edificio que apenas reconocía. Ya no estaba la segunda torre, ni las grandes puertas frontales que unían la parte original del castillo con la nueva construcción que aún se mantenía en pie en su época. El puente que cruzaba el río de lento fluir estaba allí, pero era menos ornamentado que el que existía en su tiempo. Había una muralla de piedra que rodeaba el castillo, manteniendo a salvo de caer al mar a quienes miraban hacia el océano.

El océano que se estrellaba contra la parte trasera de las fortificaciones del castillo permanecía sin cambios, al igual que el bosque que se extendía más allá del río. ¿Seguiría allí el pequeño pueblo de Druiminn? ¿Sería tan pintoresco y acogedor como siempre parecía?

Un grupo de guardias pasó junto a ella, con su dialecto escocés cerrado y difícil de descifrar, aunque algunas palabras eran fáciles de distinguir.

Sassenach. Ramera inglesa en busca de un marido rico. La futura novia del laird.

Los miró alejarse, esperando que ninguna de esas cosas se hiciera realidad.

No quería casarse con Boyd Macleod más de lo que él deseaba casarse con ella, aunque fuera uno de los hombres más apuestos que había conocido en su vida.

El tapiz de su época no le hacía justicia. Cuando se puso de pie después de terminar su comida apresurada la noche anterior, ella se había quedado muda de la impresión por su altura.

El tamaño de sus pectorales era suficiente para distraerla, y había bebido demasiado vino tinto para entonces como para dejar de mirarlo descaradamente. Peor aún fue el hecho de que había soñado con él, y no precisamente un sueño inocente. Sino un sueño ardiente y sucio que la hizo sentir más curiosidad por el hombre de lo que debería.

Era un laird medieval. Estaba acostumbrado a salirse con la suya con sus sirvientes, su gente y sus mujeres. Ella no quería ser parte de sus mascotas adoradoras.

Maya se volvió para mirar hacia el bosque, pensando en su sueño. Macleod había irrumpido en su habitación, encontrándola en la cama, aturdida y un poco insegura por haber sido despertada. Él había arrancado las sábanas de su cuerpo desnudo antes de poseerla, reclamando su cuerpo y haciendo tantas cosas traviesas y deliciosas que ella se había despertado acalorada, húmeda y perturbada. Incluso ahora, su piel se estremecía al pensar en su tacto. Había sido

magnífico y más satisfactorio que cualquiera de sus amantes del pasado.

Solo podía agradecer al Señor no haberse cruzado con él en el desayuno. No estaba segura de cómo podría mirarlo de nuevo después de lo que le había permitido hacerle en sus sueños. Lo que ella le había permitido hacerle a él.

Maya se secó la frente, soltando un suspiro frustrado. El castillo de Druiminn de 1510 sería su hogar, al menos hasta que el tapiz estuviera terminado. Tan pronto como estuviera colgado de nuevo en las paredes del castillo, regresaría a su época y toda esta vida habría terminado.

Esperaba que sus amigos no estuvieran demasiado preocupados por ella, aunque sabía que lo estarían. Ya habrían llamado a la policía, y ella habría sido considerada desaparecida, incluso muerta. Sin embargo, ¿cómo explicaría su desaparición cuando regresara? Nadie creería esta historia descabellada si les contara la verdad.

Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar que el tapiz no funcionara. Que incluso estando terminado, podría no ser la clave que la había enviado aquí. ¿Qué haría entonces?

El laird no la dejaría quedarse aquí para siempre. ¿La expulsarían de las tierras para enfrentarse a la vida en la Escocia medieval? Maya no tenía dudas de que estaría muerta en un mes. No estaba hecha para esta época y no sabía nada sobre la supervivencia al aire libre.

—¿Algo te preocupa, muchacha?

La voz profunda y áspera la sacó de sus pensamientos. Maya se volvió para ver a Macleod acercándose a ella, con la empuñadura de una espada asomando por detrás de su hombro. Tragó saliva. Era todo lo que cualquiera podría desear de un highlander escocés: túnica, chal de cuadros sobre un hombro, daga, sporran. Maldita sea, calzas que abrazaban sus musculosos muslos. Diablos, era ardiente.

—Nada en absoluto. ¿Por qué lo preguntas? —Maya se volvió para mirar de nuevo hacia el bosque, esperando que él no notara que su rostro se había acalorado y sin duda estaba manchado y rojo.

—Te estás mordiendo el labio inferior y tenías el ceño fruncido con aire pensativo. — Extendió la mano, deslizando su pulgar sobre su frente, aparentemente tratando de suavizar su piel.

Ella se quedó inmóvil. El aliento en sus pulmones expiró. La yema de su pulgar era áspera y rugosa por el trabajo manual, y sin embargo, sabía en lo más profundo de su ser que le gustaba lo que sentía. Le gustaban sus manos sobre ella tanto ahora como las había disfrutado en su sueño la noche anterior.

El recuerdo de su sueño sucio hizo que su piel ardiera aún más. Maldita sea. Él le preguntaría por su sonrojo a continuación, y entonces sí que estaría en problemas.

—Bueno —comenzó, su mente dando vueltas sobre qué decirle. ¿Cómo explicar su miedo sin decirle de dónde venía? La señora Fletcher no creía que fuera buena idea que él lo supiera, y la mujer conocería al laird y cómo reaccionaría mejor que Maya.

—No puedo quedarme sentada en tu castillo durante los próximos meses sin nada que hacer.

Nunca he sido una persona que se sienta a coser todo el día. —Porque estaba bastante segura, por los pocos libros de historia que había leído en el pasado, de que este era al menos un pasatiempo en el que las mujeres participaban para llenar el tiempo—. Necesito empleo. Tal vez podría ayudarte con el mantenimiento del castillo. ¿O en los jardines? —Haría cualquier cosa si la mantenía ocupada, si evitaba que su mente se centrara en el pensamiento de que estaba a cientos de años de su época y sin posibilidad de regresar allí en un futuro cercano.

Él cruzó los brazos, con las piernas separadas, mirándola fijamente.

—Deseas tener empleo en el castillo como una de mis sirvientas. Eres mi invitada. No podría utilizarte de esa manera. Tu familia me cortaría la cabeza si se enterara.

—No se enterarán, te lo prometo. Pero no puedo estar ociosa durante tanto tiempo. Me volveré loca. Por favor, Macleod. Dame algo que hacer.

Boyd entrecerró los ojos, mirando a la muchacha vestida hoy con un traje de terciopelo verde que era tan atractivo como el azul de la noche anterior, y se le ocurrieron muchas formas de mantener a la moza ocupada.

Había tenido la pesadilla más terrible anoche. Había irrumpido en la alcoba de la muchacha, se había aprovechado de ella, con su aprobación, cabe añadir. Una noche de disfrute, de placer, algo que no sabía que había echado de menos hasta ahora.

Su boca había sido tan enloquecedora como se la había imaginado, y las cosas que había hecho con sus bonitos labios dejaron su miembro duro como una roca. Se había despertado exhausto sobre sus sábanas. Su cuerpo respirando agitada y rápidamente después de poseerla con una necesidad feroz que lo había dejado tambaleándose.

Había salido a cabalgar por las tierras temprano, sin molestarse en desayunar, pero ver a la muchacha de pie justo más allá de las puertas de su castillo, pensativa, con un ceño preocupado en su frente, lo dejó incómodo.

Lo atribuyó a no querer que ninguno de sus invitados se sintiera incómodo, sin importar que en el pasado no le importara en absoluto su comodidad, pero esta moza no quería su mano en matrimonio. Podía atenderla un poco y mantenerse a salvo de su familia, que exigía un matrimonio de prueba.

—No puedo dejar que limpies el castillo. Sería un insulto. Tal vez podrías acompañarme a cabalgar por las tierras de los Macleod una o dos veces por semana. Sé que hay costura que necesita atención. La señora Fletcher me está regañando siempre por el montón creciente.

La muchacha dejó escapar un gruñido de fastidio, y sus labios se crisparon. ¿Le estaba diciendo sin palabras que sus ideas no estaban a su altura? —¿No te gusta mi sugerencia? —preguntó, arqueando una ceja.

—No sé coser, así que reparar tus camisas o pantalones o lo que sea que uses —declaró, señalando su túnica—, tendrá que esperar a un sirviente que pueda arreglarlos. Un paseo a caballo estaría bien, pero tal vez podría trabajar con los caballos, limpiar los establos o ejercitar tus caballos. Tomé clases de equitación cuando estaba en la universidad.

¿Universidad? ¿Clases de equitación? ¿Qué demonios le pasaba a la muchacha? —No sé qué son la universidad o las clases de equitación que "tomaste" —enfaticó con los dedos—, pero no puedo dejar que limpies los establos o trabajes con los caballos. Eres una dama. —Boyd perdió la paciencia con la mujer y se dirigió hacia el castillo—. Tendrás que pasar el tiempo como una dama apropiada, sentada y luciendo bonita. Eso es suficiente.

Unos pasos lo persiguieron hacia las murallas del patio. —¿Sentarme y lucir bonita? Tienes que estar bromeando. No voy a hacer eso. No soy una tonta.

Boyd se giró, y ella chocó contra él, sin haber esperado que se detuviera. Él extendió la mano, evitando que cayera de trasero. Aunque la visión de ella aterrizando sobre su lindo trasero habría sido dulce.

En su sueño, había agarrado su pequeño y rollizo trasero mientras se saciaba. Flexionó sus dedos en su suave piel con cada embestida. Cerró los ojos un momento, apartándola y acomodándola lejos de él, no fuera a ser que la levantara contra la muralla del castillo y saciara una recién descubierta necesidad de compañía femenina.

—No sé qué es tonta. Habla en inglés, mujer. Después de todo, eres inglesa. —La dejó allí de pie antes de que sus pasos lo persiguieran una vez más. Él gruñó.

—Macleod, necesito algo que hacer. Por favor, no me hagas suplicar.

Dejó de caminar, haciendo una mueca ante la nota suplicante en su voz. ¿Qué le pasaba a la muchacha? Ninguna mujer quería empleo, ciertamente no las de buenas familias que eran enviadas por los países buscando maridos.

Maya Harris no parecía encajar en ese molde. De hecho, estaba seguro de que lo rompieron en el momento en que ella nació.

—Muy bien, puedes trabajar en los huertos al otro lado del castillo. Estarás segura allí dentro de las murallas del patio, y cuando estés cansada, puedes sentarte y disfrutar de la vista sobre el mar. No puedes hacer daño allí.

Ella caminó a su alrededor, la sonrisa en su rostro enloquecedoramente dulce. Luego, antes de que él pudiera dejarla allí de pie como la mujer loca que era, ella había echado sus brazos a su alrededor y lo estaba abrazando con una fuerza que no creía que poseyera.

Se quedó quieto, con los brazos atrapados bajo los de ella. Boyd miró alrededor, fulminando con la mirada a cualquiera de sus hombres del clan que sonriera o se riera de la loca inglesa abrazándolo en agradecimiento.

Se liberó de ella, caminando hacia el castillo. —Bien, ya es suficiente, muchacha. Ve a lo tuyo.

Boyd entró en el castillo, dirigiéndose a su solar. Se sacudió la sensación de tenerla contra él, no particularmente aficionado a la sensación de tener a una mujer tan cerca de él.

No a Maya Harris en todo caso. Su cuerpo, amor y afecto estaban prometidos a otra, y no rompería sus votos a Sorcha, sin importar cuán tentadora fuera la idea de Maya en su cama o que su esposa pareciera haber olvidado que estaba casada con él.

Maya no era para él. Nadie lo era.

CAPÍTULO CINCO

MAYA ENCONTRÓ la vida en el castillo Druiminn interesante, por decir lo menos. Su habitación era opulenta, más cómoda de lo que había imaginado, considerando la época en la que había aterrizado. Aunque el retrete era una instalación doméstica a la que nunca se acostumbraría, y no podía esperar a volver a casa para disfrutar de las comodidades modernas del baño.

Se le permitía bañarse varias veces a la semana, aunque parte del personal de la casa la consideraba muy extraña por hacerlo. Trabajar en los jardines era una forma agradable de pasar las horas. En los últimos días, había desmalezado y logrado que las verduras que ya crecían en la parcela se vieran mucho más saludables de lo que estaban cuando empezó. Era una suerte que el castillo tuviera acceso a agua dulce, aun estando tan cerca del océano.

En cuanto al laird, seguía siendo tan esquivo y distante como siempre. Durante la última semana, había cenado con él todas las noches, y sin embargo, rara vez hablaba, y podía contar con los dedos de una mano las veces que se había molestado en mirarla.

No auguraba nada bueno para la amistad que esperaba tener con él durante su estancia. Después de todo, estaba atrapada aquí durante varios meses. Como invitada del laird, muy pocos sirvientes le hablaban. La señora Fletcher era la única que lo hacía con regularidad.

Maya no se rendiría ante la soledad, pero ciertamente empezaba a sentirse aislada y sin apoyo. Sin nadie con quien hablar, uno tendía a reflexionar sobre las cosas de la vida, y ella tenía muchas horas durante el día que no estaban ocupadas con trabajo.

Hoy, en lugar de salir a regar las verduras, atravesó la puerta del castillo y se dirigió a los establos donde se guardaban varios caballos de monta.

Seguramente uno de ellos sería adecuado para ella, no demasiado nervioso o peligroso para montar. Era una jinete competente, pero incluso ella podía ponerse nerviosa si el caballo era muy inquieto.

Llamó a las puertas de madera abiertas que conducían a los establos, y un hombre mayor, con una larga barba gris que cubría la mayor parte de su rostro, salió a saludarla. No podía decir si estaba sonriendo o no debido a su barba, pero sus ojos no eran desagradables, y esperaba que la ayudara.

—Buenos días, señor. Esperaba poder dar un paseo. ¿Hay algún caballo que pueda ensillar

para mí?

Él se tiró de la barba, sus ojos examinando su vestido. Llevaba un vestido, pero también había tenido la suerte de encontrar un par de pantalones secándose cerca de la cocina. Tendría que disculparse con la señora Fletcher a su regreso por haberlos robado.

—¿Deseáis cabalgar por el campo, muchacha? No es seguro.

—Mantendré el castillo a la vista en todo momento. Lo prometo. No iré lejos —cuando él no pareció convencido, se mordió el labio pensativa—. ¿Puede acompañarme uno de vuestros mozos de cuadra? ¿O un guardia? —dijo, mirando detrás de él para ver a varios hombres observando su intercambio.

Él arqueó una ceja, mirando más allá de ella pensativo.

—¡Thomas! —gritó, haciendo señas a un joven alto y fornido para que se acercara. Maya se giró y sintió que sus ojos se abrían ante la vista del joven escocés. ¿Acaso todos los hombres de esta época, en este país, parecían salidos de historias románticas? Por supuesto, había visto a algunos hombres que no encajaban en su idea de lo que era atractivo, pero ciertamente sabía que algunos de los hombres aquí en este clan harían que sus amigas Molly y Heidi prestaran atención.

—¿Llevarás a la señorita Harris a dar un paseo? Mantenla cerca y a salvo. Lleva tu espada y no tengas miedo de usarla.

Maya frunció el ceño, su atención se dirigió rápidamente al joven Thomas y vio que él también llevaba una espada a su espalda como el laird la semana anterior. Seguramente esta época no era tan peligrosa como para que la gente tuviera que cabalgar con semejante armamento. Esta era tierra de los Macleod. ¿Qué tan inseguro podía ser?

—Me mantendré cerca del río —dijo Thomas, pasando junto a ella y ordenando a los mozos de cuadra que ensillaran dos caballos.

En solo unos minutos, estaban trotando lejos del castillo, dirigiéndose río abajo, con el castillo como un gigantesco pilar de poder detrás de ellos.

Maya estudió al hombre, dándose cuenta de que quizás solo tenía poco más de veinte años.

—¿Eres un Macleod? —preguntó, queriendo romper el silencio y desesperada por que alguien le hablara. No solo que la miraran como si fuera una extraña invasora inglesa.

—Soy Thomas Beaton, señorita Harris, pero somos leales al Clan Macleod.

—¿Has vivido aquí toda tu vida? —Quería saber cualquier cosa, realmente, con tal de no tener que escuchar más silencio. Había tenido una semana de prácticamente cero conversación. Maya no estaba segura de poder soportar mucho más de eso.

Él asintió, su atención saltando de un lado a otro como si esperara una emboscada de algún tipo. Cielos, Maya esperaba que ese no fuera el caso. Se suponía que este paseo debía ser relajante y ya se sentía nerviosa, como si debiera tener ojos en la nuca.

Extendió la mano y acarició a su yegua marrón, complacida de que al menos su caballo no pareciera asustado.

—Sí, nací en estas tierras.

—¿Tus padres viven aquí? —preguntó cuando él no dijo nada más.

Asintió una vez más, pero esta vez no se molestó en responderle, y Maya no insistió. Era obvio que el guardia no estaba interesado en hablar, y ella se negaba a parecer desesperada.

Cabalaron durante varios minutos, vagando por las orillas del río de corriente lenta pero profunda. El agua era tan clara que Maya casi podía ver hasta el fondo, incluso en las partes más profundas, con las hierbas fluyendo como cintas al viento.

Thomas comenzó a guiarlos colina arriba, y ella supo que los estaba haciendo dar la vuelta para regresar al castillo. Tenían que pasar por un denso bosque, y tan concentrado estaba en su rumbo, que Thomas no pareció notar a los tres hombres que ella divisó a través de los árboles en un claro.

Tampoco parecieron ellos notarlos a ellos, y Maya ciertamente no iba a decir nada estando tan cerca, y con tres hombres corpulentos contra ella y un muchacho, tendrían pocas posibilidades de sobrevivir si resultaban ser enemigos del Clan Macleod.

Afortunadamente, los caballos no relincharon ni pisaron ninguna rama, y pasaron junto a ellos sin que se dieran cuenta. Tan decidido estaba Thomas a darle el tratamiento del silencio, que ni siquiera se molestó en buscar conversación con ella, lo que habría alertado a los que estaban cerca de su presencia.

Quizás los hombres eran miembros del clan Macleod de todos modos. Tal vez Thomas los había visto pero no consideró necesario notificarles de su presencia.

Regresaron al castillo sin incidentes. Aunque el paseo fue vergonzosamente corto, al menos la había sacado del castillo por cinco minutos.

Thomas se bajó y sostuvo las riendas de ella, esperando que siguiera su ejemplo. Ella se deslizó del caballo, agradeciéndole antes de volver al interior. La señora Fletcher la recibió en el Gran Salón, con los ojos brillantes y despejados.

—Señorita Harris, me alegra ver que ha tenido su paseo. ¿Deseará descansar antes de la cena de esta noche?

Maya notó que las criadas estaban trabajando en el Gran Salón, y se dirigió hacia las escaleras.

—Descansaré un rato. Solo estorbaré aquí.

—Le enviaré un plato de queso y pan. No se me escapa que no comió mucho en el almuerzo.

Maya extendió la mano, agarrando el brazo de la señora Fletcher.

—Simplemente estaba ansiosa por mi paseo. Robé un par de pantalones que usted tenía secando cerca de la puerta de la cocina. Lo siento, pero no me sentía cómoda montando solo con un vestido.

—Ay, ya sabía que lo había hecho, muchacha. No se apure, no me molesta —la señora Fletcher la empujó hacia las escaleras—. Ahora vaya. La veré en un momento.

Maya comenzó a subir las escaleras, con los pies pesados y su progreso lento. De vez en

cuando, una estrecha ventana se abría hacia los terrenos. Al oír los gritos de los hombres abajo, se detuvo para mirar por una de ellas, preguntándose quién estaba gritando afuera.

El aliento en sus pulmones se apretó, su capacidad para respirar se dificultó ante la vista de Boyd Macleod, su escalofriante cabello blanco ondeando en la brisa, la parte superior de sus musculosas piernas revelándose mientras saltaba de su caballo.

Qué hombre magnífico era de contemplar. Qué lástima que su esposa se hubiera visto obligada a marcharse todos esos años atrás. Podía imaginar que la echaba de menos. Si ella fuera su esposa, extrañaría tener ese cuerpo grande y musculoso a su lado cada noche. Suyo para hacer con él lo que quisiera.

Maya se mordió el labio. No era difícil imaginar tener sexo delicioso, caliente y hambriento con él. Apostaba a que nunca sufría por falta de compañeras de cama.

Una risa femenina en el pasillo de abajo le recordó que se suponía que debía volver a su habitación a descansar.

Pronto estaría sentada junto al dios de hombre, Boyd Macleod, y de nuevo él comería, bebería y se marcharía sin mirar atrás. Bueno, ya no más. No podía quedarse aquí, meses y meses, sin tener a nadie con quien hablar. Así que esta noche, el laird hablaría con ella, se comportaría como debe hacerlo un anfitrión, o se encontraría con que su dulce trasero medieval sería reprendido por una inglesa del siglo XXI.

Incluso los highlanders medievales debían tener algunos modales, seguramente.

CAPÍTULO

SEIS

LA SASSENACH atrajo la atención de todos al entrar en el salón para la cena. Boyd la miró fijamente, incapaz de apartar los ojos de la visión que ofrecía. Nunca en su larga vida había visto a una mujer tan hermosa, quizás ni siquiera Sorchá, y eso que era medio hada, pura belleza y luz.

Maya Harris caminó por el borde de la sala, mientras la señora Fletcher permanecía al pie de las escaleras, con una sonrisa orgullosa y maternal en los labios antes de notar la mirada de Boyd y apresurarse a salir de la habitación hacia las cocinas.

¿Qué se traía entre manos esa mujer? ¿Acaso intentaba hacer que Maya fuera más atractiva para él?

Si ese era su propósito, estaba ganando la batalla. No podía apartar los ojos de ella, del balanceo de sus caderas al caminar, de su espalda recta y su piel perfectamente clara. Sin marcas del sol ni de enfermedades infantiles. Por no mencionar que su larga melena oscura estaba semi recogida y rizada esa noche, haciendo que su cuello pareciera más esbelto y ciertamente más besable.

Se removió en su silla, obligándose a volver su atención al ave de caza que estaban comiendo. Sin embargo, era consciente de cada paso de Maya, su corazón latiendo más rápido cada vez que sus pasos la acercaban a él.

Ella se sentó, y el aroma a jazmín lo envolvió. Boyd cerró los ojos y se obligó a no respirar profundamente como un desesperado que no hubiera tenido compañía femenina en años.

No la había tenido, pero eso no significaba que no supiera controlar sus impulsos, deseos y necesidades como hombre. Por la sangre de los dioses, había pasado un siglo negándose a sí mismo por honor y lealtad a una mujer que seguía siendo su esposa. Podría sobrevivir a otra cena.

—Buenas noches, Macleod —dijo ella con esa voz inglesa enloquecedora pero dulce que tenía.

—Buenas noches, muchacha. Espero que hayas tenido un día agradable —ahí estaba, sus obligaciones como anfitrión estaban cumplidas, no hacía falta más intercambio entre ellos. Cogió un panecillo, lo partió por la mitad y lo mojó en la salsa que quedaba de su comida.

—Así fue, gracias. Esperaba que pudiéramos conversar un poco más esta noche. Sé que estás

ocupado, pero estoy sola aquí, y no me avergüenza admitir que me siento un poco aislada.

Sus palabras removieron una parte de él que creía muerta hacía tiempo. Boyd se volvió hacia ella y casi se tragó la lengua al ver la esperanza, la luz suplicante en sus ojos.

Maldita sea. Nunca había sido el tipo de hombre que pudiera herir a una mujer o negarle una petición honesta. Maldijo para sus adentros, pero las palabras que salieron de su boca no fueron de ese tipo.

—Aye, por supuesto, muchacha. ¿De qué deseas hablar? Estoy más que dispuesto a complacerte.

Ella le sonrió, con un alivio fácil de leer en sus facciones. —De cualquier cosa, en realidad. No he hablado con nadie en toda la semana pasada, excepto con la señora Fletcher, pero eso es cuando me entrega un nuevo vestido para usar o me regaña cuando me encuentra trabajando en el huerto.

Claro, el huerto. La había visto inclinada sobre las plantas y había decidido evitar esa parte de los terrenos del castillo hasta que ella volviera a Inglaterra.

—¿Quieres que contrate a una dama de compañía para ti? Tengo una prima lejana que vive en las tierras de los Macleod que podría venir a hacerte compañía.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿De verdad? ¿Harías eso por mí? Me gustaría mucho, pero solo si no la aparta de sus responsabilidades. Puedo sobrevivir si tengo que hacerlo. No quiero ser una molestia.

Boyd se encogió de hombros, sabiendo que Jeane agradecería una estancia en Druiminn. Después de perder a su marido en una escaramuza con el clan O'Cain el invierno anterior, disfrutaría de su papel aquí con Maya. Boyd no tenía duda de que ya habría oído hablar de su nueva invitada y estaría ansiosa por conocerla.

—No le importará. Mandaré a buscarla mañana.

Las puertas dobles que daban al gran salón se abrieron de golpe, sobresaltando a Maya. Boyd frunció el ceño ante la intrusión, pero sus sentidos se pusieron en guardia al ver a Douglas Albany, su jefe de guardias y un aliado de confianza estos últimos veinte años.

—Laird —dijo Douglas, inclinando la cabeza en señal de reconocimiento—. Se ha avistado a tres hombres vestidos con los colores de los O'Cain cerca de donde se cruzan las tierras de los Macleod y los Mackinnon. Llevaban varias cabezas de ganado.

Boyd sintió que su temperamento se encendía ante el maldito clan O'Cain. ¿Es que nunca dejarían de ser una espina en su costado? Cogió su cerveza y la apuró de un trago. —¿El ganado tenía las marcas de los Macleod?

—Aye, así es —confirmó Douglas—. Parece que también se han llevado algunas ovejas.

—Me pregunto si serían los mismos tres hombres que vi en mi paseo a caballo esta tarde. Aunque no creo que pudieran recorrer esa distancia tan rápidamente.

Las palabras de la muchacha inglesa captaron la atención de Boyd, y se volvió hacia ella, sintiendo algo muy parecido a la alarma revolviéndose en sus entrañas. —¿Saliste a caballo hoy?

—Boyd se puso de pie—. ¿Quién llevó a la muchacha Maya a dar un paseo esta tarde? No se os ocurra quedaros callados, o os encontraréis de patitas en la calle. —Aunque no había dicho que no debían alejarla de la seguridad de los muros del castillo, hacerlo sin su aprobación era inaceptable. Podrían haberla matado. Podría haberse caído del caballo, cualquier cosa. La idea de su cuerpo destrozado y frío en la tumba le provocó un escalofrío en la espina dorsal. No podría soportarlo. Ni siquiera por una mujer por la que sentía poco o nada.

Uno de sus prometedores guardias se puso de pie, limpiándose la boca. —Yo la llevé a dar un paseo por el río. Ella quería ir, y no podíamos dejar que fuera sin compañía.

Boyd se volvió hacia ella, clavándole una mirada fulminante. La estúpida muchacha iba a conseguir que la mataran. En cuanto a sus hombres, se ocuparía de ellos mañana. —Querías salir a dar un paseo por la hacienda. Esto no es Inglaterra, sassenach. Aquí acabarás empalada en la punta de una espada, o en la de un hombre, cuando te arrebate la inocencia.

Ella jadeó, poniéndose de pie para enfrentarlo. —¿Cómo te atreves a decirme eso? Estaba perfectamente segura. Thomas tenía una espada, y el castillo nunca estuvo fuera de mi vista. Dios no permita que disfrute de un tiempo fuera de los muros del castillo. No sé cómo alguien puede vivir aquí, encerrado como reliquias sagradas.

Boyd tuvo que estar de acuerdo en cierta medida. Estaban encerrados la mayor parte del tiempo, pero era solo por la seguridad de su gente. El clan, con los ojos muy abiertos y en silencio, observaba su interacción. Boyd les lanzó una mirada fulminante antes de volverse hacia ella. —No volverás a salir de los terrenos del castillo. No es seguro. Ni siquiera para los huéspedes de los Macleod.

Ella resopló ante su respuesta. ¡Resopló! Luego se sentó de nuevo, encogiéndose de hombros delicadamente y haciendo que Boyd viera todo rojo. La muchacha terminaría sobre sus rodillas con el trasero caliente si no respetaba sus reglas.

—No puedo vivir aquí durante meses y solo caminar por el huerto o mirar el océano. Te pedí que me llevaras a visitar los campos, pero nunca lo haces. No seré una prisionera aquí.

—Siempre puedes irte.

Su boca se abrió, formando una O perfecta, y Boyd reprimió el impulso de cubrir sus dulces labios con los suyos. Serviría al menos para callarla. Maldita muchacha por hacer que su sangre hirviera y su temperamento se disparara. —No es seguro para ti aquí. No volverás a salir sin que yo lo sepa o te acompañe. —Se volvió hacia sus hombres del clan—. No quiero volver a oír que sacáis a la muchacha Maya de estos terrenos. Está bajo arresto domiciliario.

—Y un cuerno lo estoy —dijo ella, poniéndose de pie de nuevo y acercándose a su rostro. Su intento de autoridad se perdió un poco ya que la parte superior de su cabeza solo le llegaba a la barbilla.

—Y un cuerno no lo estás. No me desafíes en esto, muchacha, o te encerraré en tu habitación.

—No te atreverías —siseó ella, su dulce aliento rozando sus labios.

Oh, sí que se atrevería. La muchacha inglesa era tonta si pensaba lo contrario. Boyd se inclinó, la levantó y la puso sobre su hombro antes de dirigirse a la escalera. Ella chilló, despotricó contra su espalda, y él le dio una palmada en el trasero como advertencia.

Puede que hubiera permitido que su mano se demorara allí un poco más de lo prudente, pero ¿qué podía hacer? Tenerla en sus brazos, o al menos sobre su hombro, era un giro agradable de los acontecimientos. Ella castigó su espalda con múltiples golpes, varios de los cuales no fueron un mal esfuerzo con su fuerza limitada.

Sus hombres del clan se rieron y gritaron su aprobación mientras él empezaba a subir la escalera de piedra. La muchacha maldijo a su gente con palabras que incluso él nunca había oído antes. Se rió entre dientes, disfrutando inmensamente.

—Deja de sisear, muchacha. ¿No te enseñaron modales cuando crecías?

Ella gruñó, y él sonrió. —Esto es maltrato, y no dejaré de "sisear" por tu trato hacia mí. ¡Ahora bájame!

—No —dijo él, llegando al segundo piso. Caminó por el pasillo hacia la habitación de Maya, entrando en su espacio privado.

Se dirigió a su cama, contento de ver que su habitación estaba bien cuidada. Sus necesidades, al menos en interiores, eran atendidas según su estándar. Una abundancia de pieles de animales yacía sobre su cama, lo que la mantendría caliente por la noche.

Boyd la arrojó sobre la cama, y ella rebotó. Su vestido se subió un poco por su pierna. Podía ver sus rodillas, el contorno de su pierna, la entrada al placer que yacía entre ellas. Si ella notó su falta de decencia por un momento, no lo dijo, simplemente lo miró con furia, con el color subido a sus mejillas.

La visión de ella en la cama, como si estuviera esperando que él se uniera a ella, gateara sobre las muchas pieles, le separara las piernas y se acomodara allí hizo que su miembro se estremeciera.

—Te quedarás aquí —dijo él, forzando su atención lejos de sus atractivas piernas—, hasta que puedas comportarte y no andar por Escocia como si no tuvieras una preocupación en el mundo. No quiero tener que enterrarte, muchacha. Ni explicar a tu familia inglesa cómo moriste en Escocia bajo mi cuidado.

Sus pechos subían y bajaban con sus respiraciones agitadas. Boyd apretó la mandíbula, apartándose de ella y saliendo a grandes zancadas de la habitación, cerrando la puerta de golpe y echando el cerrojo para mantenerla encerrada.

Podía oír sus gritos amortiguados detrás de la madera, y se quedó allí un momento, respirando profunda y calmadamente.

No había tenido una mujer tan atractiva bajo su techo en cien años, ciertamente no una que despertara su interés, que le hiciera desear cosas que ya no tenía derecho a desear.

La carta a su prima calmaría a la muchacha, le daría compañía y, con suerte, la mantendría fuera de peligro. Jeane Macleod estaría aquí para la cena de mañana por la noche, y Maya Harris

ya no sería su problema. Una buena cosa. Para todos.

CAPÍTULO SIETE

EL LAIRD LIBERÓ a Maya a la mañana siguiente, pero con órdenes estrictas de permanecer en el Gran Salón y mantenerse ocupada ya fuera leyendo o cosiendo.

Maya había elegido coser las túnicas del laird que necesitaban reparación, esforzándose por asegurarse de que la ropa quedara en mucho peor estado que cuando se la habían entregado en una cesta de mimbre.

Sonrió al ver el botón que estaba cosiendo en el lado incorrecto de su camisa. Se rio al imaginar cómo intentaría pasarlo por el ojal que también estaba en el mismo lado que el botón.

Le haría pagar por encerrarla como a una prisionera. Había salido a montar a caballo con un guardia armado. ¿Qué tan peligroso podía ser eso?

El sonido de un carro y caballos apartó su atención de la costura. Maya caminó hacia la puerta, mirando hacia el patio mientras un carruaje se detenía. Si es que se podía llamar carruaje a ese vehículo. No era muy elegante. Parecía tener ruedas de madera que sin duda sentían cada piedra y surco del camino. Sin ventanas de cristal, solo persianas atadas en la parte superior.

Una mujer bajó con la ayuda de Boyd, quien salió a recibirla. Su sonrisa y placer al ver a la joven tomaron a Maya por sorpresa.

No lo había visto sonreír antes, y hacerlo dejó sus entrañas hechas un lío ardiente.

Besó la mejilla de la mujer, sus palabras en voz baja, y ella no pudo captar lo que le dijo, pero se rio de lo que fuera. Se volvieron hacia la puerta y vieron a Maya.

El semblante del laird cambió físicamente, toda alegría borrada de sus facciones, y Maya sintió la pérdida de su felicidad hasta lo más profundo. ¿Por qué le desagradaba tanto? Ella sería su amiga si él solo se lo permitiera. No quería nada de él. ¿Qué tan difícil era eso para el hombre?

Él hizo un gesto hacia Maya cuando se pararon frente a ella. —Jeane, esta es Maya Harris. Su familia la envió aquí para una posible unión conmigo, pero desafortunadamente, le he informado a la muchacha Maya que no seremos compatibles.

Maya cerró la boca de golpe, fulminando con la mirada al neandertal escocés. ¿Tenía que ser tan honesto? ¡Tan brusco! Y tan lleno de mentiras.

—No bromees con tu prima, Macleod, no estoy aquí por tu mano, sin importar lo que mi

familia pueda desear —dijo, ya sin tener que mantener la historia de la señora Fletcher sobre por qué había aparecido en Druiminn en primer lugar. No ahora que ella y Boyd habían llegado a un acuerdo la primera noche que se conocieron.

Por mucho que le gustaría tranquilizar aún más a Boyd con la verdad de su llegada aquí, no estaba segura de cómo reaccionaría al saber que ella era del futuro. Incluso con la historia del laird con los Fae. Según lo que decía la historia, él detestaba a los Fae, y con razón. Después de todo, ellos le robaron a su esposa, pero ¿tener a una mujer que afirmaba ser del siglo veintiuno? Él exigiría que se fuera cuando ella no podía hacerlo. No sin el tapiz. Maya tenía pocas dudas de que él pensaría que su presencia aquí era un truco que le estaban jugando los Fae. Entonces detestaría aún más su presencia, y eso equivaldría a estar completamente jodida.

—Es un placer conocerte, Maya. Me encantó recibir la misiva de Boyd para venir y hacerte compañía. —La mujer dejó el lado de Macleod y se acercó a Maya, enlazando sus brazos y llevándola de vuelta al interior del Gran Salón—. Sé que seremos grandes amigas.

A pesar de los modales brutales de Macleod, encerrándola en su habitación por una vez, su sugerencia de traer a su prima lejana para quedarse había sido una buena idea. Según todos los informes, la mujer era de naturaleza dulce, una joven feliz complacida de estar al servicio de su primo laird.

—Eso espero. Me alegro de que estés aquí también. La semana pasada ha sido menos que ideal.

—¿Oh, de verdad? ¿Qué ha pasado? —Jeane la llevó a las sillas donde Maya había estado sentada antes de su llegada.

—No hay nadie más aquí. Aparte de las sirvientas, soy la única mujer. Y sin faltar el respeto al laird, sus habilidades de conversación no son muy fluidas. —Maya trató de ser amable, lo menos ofensiva posible sobre el primo de Jeane, pero Macleod había sido un anfitrión callado y poco comunicativo desde el día que ella llegó.

Le quedaban meses por estar aquí. No podía soportar semanas y semanas sin que nadie le hablara.

Jeane extendió la mano, dándole palmaditas en la pierna. —Bueno, ahora estoy aquí, y puedes hablar conmigo todo lo que quieras. Según la misiva que recibí de Macleod, puedes caminar por los terrenos fuera del patio siempre que él esté presente. Nos esforzaremos por hacerlo cada día.

Maya le lanzó una mirada dubitativa a Jeane. —Dudo que el laird quiera acompañarnos todos los días a caminar. Pronto te dirá que tendrás que quedarte adentro, limitada a la parte trasera del castillo que da al océano.

Jeane arqueó las cejas. —Och, no te preocupes por eso. Nos acompañaré. Sabe mejor que nadie que estar encerrada en un castillo húmedo y oscuro te volverá loca. Nos escoltará, o tendrá dos mujeres causándole problemas. A pesar de toda su fuerza, su poder en esta tierra, Macleod desea paz en casa. Y para mantenerla, caminará con nosotras. No dudes de mi palabra. Ahora —

dijo, aplaudiendo, llamando a una criada de algún lugar detrás de una columna en el salón—. Queremos pan, queso y té.

La criada salió corriendo a cumplir las órdenes de Jeane. Maya sonrió, relajándose en su silla, disfrutando inmensamente de la compañía de la mujer. Estar atrapada en la Escocia del siglo XVI podría no ser tan malo después de todo.

No con Jeane Macleod a tu lado.

Invitar a su prima a quedarse había sido un error colosal. Boyd había hecho todo lo posible durante el último mes para mantenerse lo suficientemente ocupado como para no tener mucho que ver con su prima o su invitada, Maya. Pero esta noche, estaba organizando una hoguera de celebración para agradecer a su gente por su arduo trabajo durante el verano antes de que llegara el frío invierno de las Tierras Altas.

Con los preparativos para la noche de juerga, había logrado mantener a Jeane y Maya ocupadas con tareas, y durante las últimas semanas, no le habían molestado con querer dar largos y molestos paseos por las tierras de los Macleod como un par de tontas retozando.

¿Acaso no sabían que tenía muchas cosas que atender cada día? Su gente no quería que paseara por sus tierras como si no hubiera nada más urgente que hacer que mirar alrededor como un laird pomposo demasiado orgulloso para preocuparse por el funcionamiento de la vida del castillo, las necesidades y deseos de su gente.

Maya debía de haber aprendido esta absurda necesidad de caminar cuando creció en Inglaterra. Ningún escocés de las Tierras Altas se dedicaría jamás a un pasatiempo tan ridículo.

Se bañó y se vistió con una túnica limpia y calzas color canela, ciñéndose el cinturón de cuero y colocando su dirk. Su jubón yacía sobre una silla, y se lo puso, terminando de vestirse con un manto de tartán en los colores de los Macleod sobre su hombro.

Esta noche beberían, escucharían música y disfrutarían de los últimos dos meses de verano. Cuando salió al patio, la música ya sonaba. La gente bailaba, y la hoguera estaba lista para ser encendida.

—Aye, Macleod, ¿nos haría los honores? —gritó uno de sus hombres del clan, sosteniendo una antorcha ya encendida.

Se acercó y tomó la antorcha, volviéndose hacia la estructura de madera a punto de arder en llamas. —Gracias a todos por vuestro duro trabajo y lealtad al clan Macleod. Disfrutad de esta noche, pues hay muchos días de arduo trabajo por delante para hacer que la cosecha de este año sea una de las mejores.

Se elevaron vítores, y Boyd arrojó la antorcha sobre el montón de leña, quedándose allí un momento para observar cómo las llamas se apoderaban, lamiendo la madera hasta convertirse en un fuego rugiente.

Retrocedió, sintiendo el calor del fuego picando su piel. Miró más allá de la hoguera y, a través de las chispas parpadeantes, divisó a Maya. Su apariencia era tan brillante como la noche iluminada por la luna, su piel blanca y resplandeciente bajo el cielo nocturno. Esta noche llevaba

una saya de color rojo intenso, su cabello caía sobre sus hombros, y parecía que habían trenzado flores a través de sus largas y oscuras mechas.

Estaba hablando con Jeane, riendo y bebiendo vino, sus mejillas sonrojadas de placer. Era tan hermosa que por un momento, consideró acercarse a la muchacha y pedirle que bailara. La idea de hacer que el resto de su cuerpo se sonrojara de satisfacción, de placer, amenazaba con debilitar sus rodillas. No podía apartar la mirada, ni podía actuar según la necesidad que crecía más salvaje con cada día que pasaba.

Pasaba la mitad del tiempo evitando a la muchacha para no tener que desearla tanto como lo hacía. Cuando estaba fuera de su vista, podía apartarla de su mente.

Pero esta noche, verla con un vestido tan bonito le hacía dudar de su determinación.

Por qué, no podía comprender, apenas conocía a la muchacha, y sin embargo... Había algo en ella que lo atraía. Oh, no cabía duda de que era hermosa, una joven agradable con un cuerpo que haría babear a cualquier hombre, pero su atracción iba más allá de eso. Estaba fuera de su control. Y eso era lo que más le asustaba.

Estaba casado. Ni él ni Sorchá estaban muertos. Sorchá podía vivir en otro reino, pero eso no cambiaba el hecho de que se había prometido a ella hasta que la muerte los separara.

Actuar según una necesidad, un deseo que llegaba hasta lo más profundo del alma, iba en contra de todo lo que él era como hombre honorable...

Maya miró alrededor del patio, y sus ojos se encontraron con los suyos a través de las llamas. No pasó por alto su ardiente y satisfecha inspección de él. Boyd respiró hondo, calmándose. No la tocaría.

No lo haría.

—Macleod —dijo su jefe de guardias a su lado, apartando su atención de Maya. Un respiro bienvenido que lo calmaría y le impediría fantasear con una sassenach.

—Douglas —respondió—. ¿Estás disfrutando de la hoguera?

—Aye, y disfrutaré aún más de Samhain, pues para entonces todo el trabajo duro estará terminado.

Boyd se rio, asintiendo en acuerdo. —¿Alguna noticia más sobre el Clan O'Cain? ¿Han sido vistos de nuevo en tierras de los Macleod?

—Nay, aún no. Pero no creo que sepan lo que les conviene. Volverán, y cuando lo hagan, estaremos preparados para ellos.

—Matadlos y enterrad los cuerpos. No quiero que regresen a las tierras de los O'Cain. El laird Dougall se dará cuenta bastante pronto de que sus hombres del clan fueron eliminados.

Douglas frunció el ceño, frotándose la mandíbula. —Tendréis problemas si los matamos. Tal vez solo deberíamos herirlos lo suficiente para que no vuelvan por estos lares en mucho tiempo.

Boyd llevaba años luchando contra el clan O'Cain, y estaba cansado de ello. Su larga vida, más de 127 años, era demasiado larga. Estaba agotado de todos los conflictos, los mezquinos robos y las incursiones. Era hora de que adoptara una postura más dura. No permitiría ni podría

permitir que el duro trabajo de la gente de su clan fuera robado sin castigo alguno. El Clan O'Cain necesitaba saber que el Clan Macleod no toleraría sus crímenes.

—Matadlos. Es una orden —repitió Boyd.

Se alejó, hablando con los hombres de su clan y haciendo cumplidos a las muchachas que sabía las mantenían suspirando por él. Si no podía tocarlas, al menos podía mostrar su aprecio con palabras.

—Estáis coqueteando con todas ellas. ¿Se le permite al laird hacer tal cosa?

Maya, muchacha.

Suspiró, preparándose para mirarla. Para contemplar su belleza natural sin el impulso de atraerla a sus brazos y mostrarle lo que sucede cuando las palabras no son necesarias. Había pensado mantenerse alejado de ella esta noche. Diablos, la había estado evitando desde el día en que llegó. Tenerla tan cerca nublaba su mente y su determinación.

—No hay daño alguno en un bonito cumplido para las bellas damas. —Ella se rio y soltó un pequeño grito cuando Thomas se abalanzó detrás de ella y se la llevó para bailar un reel. Boyd entrecerró los ojos hacia el muchacho, sin estar dispuesto a tener a Maya para sí mismo, pero que lo condenaran si permitía que alguien más la tuviera.

Ella regresaría a Inglaterra siendo doncella, o quien la arruinara tendría que enfrentarse a Boyd. Él ignoró la voz burlona en su mente sobre cuál sería su castigo si fuera él quien la arruinara en su cama.

CAPÍTULO OCHO

MAYA SOLTÓ un chillido cuando unos brazos fuertes la rodearon por la cintura y la arrastraron a una danza escocesa alrededor de la hoguera. La noche era simplemente perfecta.

Ni una sola nube en el cielo ocultaba la luz de la luna, el aire olía limpio y fresco, la gente estaba llena de alegría, risas y esperanza. Maya se deleitaba de estar aquí, de haber tenido la suerte de viajar en el tiempo y aterrizar en un lugar que la cuidaba, la protegía y se preocupaba por ella.

Podría haber tenido la mala fortuna de viajar a cualquier época y lugar. La idea no merecía ni pensarse.

Thomas, el joven que la había acompañado en su paseo a caballo el mes pasado, sonreía y reía, enseñándole los pasos cuando sus pies se negaban a cooperar.

No pudo contener la risa estruendosa que se le escapó cuando Thomas fue apartado de un empujón y otro miembro del clan se plantó frente a ella, tomándola de la mano y reclamándola como su pareja de baile.

Este intercambio continuó durante toda la danza. Cuando los músicos se detuvieron y ella también se paró para recuperar el aliento, todos reían por las acciones de los jóvenes.

Todos menos uno.

Maya tomó una copa de vino que le ofreció Thomas, su pareja original, agradeciéndole antes de dar un largo sorbo. Miró por encima del borde de su copa y vio a Boyd, de pie detrás de su gente, con su mirada oscura y hambrienta fija en ella.

Una sensación de conciencia recorrió su cuerpo ante su escrutinio. Parecía disgustado. Furioso incluso, y ella se preguntó por qué.

Ella no era nada para él, habían acordado tolerarse mutuamente y nada más, pero quizás no debía bailar con los miembros del clan. ¿Habría roto alguna regla sobre invitados y sirvientes?

Poco sabía Boyd que en el siglo XXI, ella también era una sirvienta, ni mejor ni peor persona por serlo. No mejor que ninguna de las personas que le servían a diario.

Las reglas de estos tiempos lejanos podían irse al diablo si alguien pensaba que ella dejaría de ser quien era solo por el bien de la propiedad.

Maya se dirigió hacia él, decidida a averiguar por qué estaba tan ceñudo cuando todos los

demás estaban tan felices. Sus ojos la siguieron alrededor del fuego, antes de que ella llegara a pararse a su lado.

—¿No vas a bailar esta noche, Macleod? —preguntó, observando el jolgorio de su clan que continuaba y se volvía más bullicioso cada hora.

—No, no tengo ganas de bailar —no dijo nada más por un momento, pero luego, por el rabillo del ojo, ella lo vio terminar su cerveza y hacerle un gesto a un sirviente para que le trajera más—. ¿Disfrutaste tu baile con Thomas? Si te gusta tanto el muchacho, tal vez pueda persuadir a tus padres para que te dejen casarte con un miembro del clan Macleod. Es un buen muchacho. Te complacerá bien en la cama.

Maya se atragantó con su bebida, sin poder creer que dijera tal cosa. Se volvió hacia él, con las manos en las caderas.

—¿Me complacerá bien en la cama, dices? Una vez me preguntaste si había aprendido modales de niña. Ahora me pregunto lo mismo sobre ti.

Él se encogió de hombros, sus anchos hombros distrayéndola por un momento.

—Al muchacho le gustas. Incluso ahora está observando para ver si puede robarte de debajo de mis narices otra vez.

Maya se volvió y le sonrió a Thomas. Era un muchacho encantador, pero ella tenía veintisiete años, al menos diez más que el chico. Por muy guapo que fuera, esa era una diferencia de edad demasiado grande, en experiencia, incluso para esta época medieval. No era una asaltacunas, al menos no todavía.

Reprimió una risita ante sus propios pensamientos.

—No estoy interesada en Thomas, pero no me negaré el placer de un baile cuando me lo pidan.

—Él no te lo pidió. Te forzó a ello.

Ella encontró la dura mirada de Boyd y leyó interés y confusión en sus ojos. Era un hombre tan extraño, este highlander inmortal. No podía evitar preguntarse si estaba aburrido de todo. Cansado de la vida, después de haber vivido más de lo que le correspondía. Y después de lo que acababa de decir, no podía evitar preguntarse si también era un poco feminista medieval.

—¿Darías un paseo conmigo, Macleod? Me gustaría ver las estrellas desde el lado del océano si me acompañas —el lado opuesto del castillo, lejos del jolgorio y la luz de la hoguera, le permitiría ver las estrellas más claramente.

—Es una noche de luna llena, las estrellas no serán tan visibles.

Maya no había pensado en eso. Pero con una determinación que no sería negada, enlazó su brazo con el de él y lo arrastró.

—Llévame de todos modos.

Sus ojos ardieron al mirarla antes de cubrir su brazo con su mano y dirigirse hacia la parte trasera del castillo. No habló, sus largas zancadas devorando la distancia, y antes de que se diera cuenta, estaban allí. De pie junto al muro de piedra más bajo que se alineaba con la muralla del

castillo que rodeaba el patio. El muro les permitía mirar por encima del acantilado donde se asentaba el castillo Druiminn, protegiendo a quienes podían caer al océano abajo.

—No puedo evitar preguntarme cuántas hogueras has visto. Cuántos miembros del clan has visto envejecer y morir, mientras tú, todo el tiempo, permaneces igual.

Un músculo se tensó en su mandíbula mientras miraba hacia el océano.

—He visto morir a demasiados miembros de mi clan. A mis amigos de la infancia convertirse en ancianos, frágiles y débiles. No le desearía esta maldición a nadie.

Maya bajó la mirada a sus manos, cualquier cosa menos mirar hacia él y ver el dolor grabado en sus facciones. El vacío, la soledad que brillaba en sus ojos esmeralda. Su maldición no sería algo fácil de sobrellevar, incluso si la idea de la inmortalidad pudiera atraer a muchos.

—Para romper la maldición, tienes que encontrar el amor. ¿Por qué no lo intentas? Seguir viviendo esta vida que llevas, ¿no crees que es permitir que la Reina Fae gane? —A Maya sus palabras le sonaban ridículas, pero también estaba en la Escocia del siglo XVI, así que ¿quién era ella para decir qué era verdad o no?

—No puedo amar de nuevo, ni casarme, porque ya estoy casado —se volvió, mirándola fijamente—. No importa cuánto deseo, satisfacción o necesidades personales me digan que disfrute de mi hombría, no puedo hacerlo.

La miraba tan intensamente, con la respiración entrecortada y tan irregular como los latidos de su corazón. Maya se humedeció los labios resacos, mordiendo el inferior mientras le miraba a los ojos, incapaz de apartar la vista.

—¿Aún sientes deseo, pero te lo niegas? —susurró.

—Aye —asintió una vez—. Aún quiero —hizo una pausa—. Mujeres.

El fondo de su estómago vibró. Estaban solos allí, sus voces en susurros y solo para que ellos las oyeran. Nunca se había sentido tan acalorada, su cuerpo anhelando el roce de un hombre con el que no tenía derecho a entrometerse. Un hombre al que apenas conocía, por el amor de Dios.

Pero, oh, Boyd la atraía. Como una polilla a una llama rugiente, quería lanzar su cuerpo al fuego y dejarse quemar. Dejar que él la usara para saciar su necesidad largamente negada.

Una pequeña parte de ella sabía que ser poseída por el highlander sería una noche de sexo salvaje, posiblemente rudo. Nunca había tenido sexo de esa manera, pero no le diría que no a este hombre. No si se lo pedía amablemente.

Pero mientras él estaba de pie junto a ella, con una determinación de mantenerse distante casi palpable, sabía que no haría ningún movimiento hacia ella. Su honor se lo prohibía, y tendría que ser una mujer o una emoción tremenda para hacerle cambiar de opinión. Qué lástima era eso. Que continuara por ese camino, siendo un líder de su clan, un laird, un jefe, y sin embargo no viviera en absoluto.

—Espero que algún día eso cambie, Macleod —dijo ella, dedicándole una pequeña sonrisa.

Un músculo en su mandíbula se tensó y miró por encima de la cabeza de ella, hacia el mar más allá. —No será así.

Maya asintió, sabiendo que con su tono firme, la conversación había terminado. — ¿Volvemos a la fiesta? —le preguntó.

Él asintió y se alejó a grandes zancadas, sin esperar a que ella se uniera. Maya negó con la cabeza. En su época, aún existía el clan Macleod, jefes que vinieron después de Boyd, así que debía romper la maldición, o su esposa regresó y lo salvó de esta existencia interminable. O quizás, la línea venía de otro miembro del clan, Jeane tal vez, pero ella no estaba casada, así que...

Maya no sabía mucho de la historia del clan, aparte de los detalles que había captado desde que trabajaba en el castillo. Pero algo debía suceder para cambiar su vida. El destino de esta gente.

Pero qué, aún estaba por descubrirlo. Tal vez nunca lo haría. Eso si lograba regresar a salvo al siglo XXI y sobrevivir a su tiempo en el siglo XVI.

CAPÍTULO NUEVE

MAYA ESTABA DECIDIDA A CAMBIAR el destino del laird. Después de regresar a la hoguera, no pudo encontrarlo de nuevo, y durante dos días, no apareció por el castillo ni por los alrededores.

Su prima Jeane se preocupó cuando no regresó para cenar la noche siguiente. Al segundo día, les informaron que el laird había salido a caballo con un grupo de hombres la mañana después de la hoguera, pero no sabían por qué. Regresó esa noche, entró a grandes zancadas en el Gran Salón con un grupo de miembros del clan, dejando caer ciervos, conejos y otras presas en el suelo del salón.

Su ama de llaves, la señora Fletcher, estaba muy emocionada por los regalos de carne, aparentemente encantada con la llegada de comida fresca. Ordenó a los sirvientes que recogieran los animales y los llevaran a las cocinas.

Jeane se acercó a Boyd, impidiéndole moverse hacia el estrado, con las manos en las caderas y un ceño feroz en la frente. Cualquiera que mirara a la muchacha escocesa sabría que estaba furiosa.

Maya estaba sentada en la mesa, observando la interacción entre los primos lejanos y disfrutando inmensamente cuando el laird pareció preocupado por el miedo que había causado sin querer.

—Podrías habernos dicho que ibas de caza. Hemos estado atormentados por el temor de que te hubiera sucedido algo. Que te hubieran atacado de alguna manera.

Él extendió la mano para darle una palmada en el hombro, y ella lo apartó de un manotazo. —No intentes hacer las paces. Estoy enojada contigo, Boyd Macleod. Deberías saber que no puedes desaparecer durante días sin decírselo a nadie.

Boyd, harto de ser regañado como un niño, se irguió, cruzando los brazos y acentuando su ancho pecho, que aún lucía la sangre de sus presas.

—No tengo que rendirte cuentas, muchacha. Mis hombres sabían dónde estaba. Deberías haberles preguntado si estabas tan preocupada.

Jeane, un poco desconcertada por su respuesta, entrecerró los ojos. —Le dices a tu familia, a tus invitados cuando vas a perderte en las Highlands. Y sí preguntamos a tus hombres, y fueron vagos en sus respuestas.

La mirada de Maya se deslizó por debajo de la base del manto de Boyd. El laird tenía unas piernas muy hermosas en sus calzas, sus musculosos muslos se tensaban mientras miraba fijamente a su prima. En cuanto a sus brazos, también estaban tonificados y bronceados por el sol. Sus manos eran especialmente grandes. El calor besó sus mejillas al recordar el dicho sobre lo que significaban las manos y pies grandes en los hombres. Durante los últimos dos días, habían regresado sus sueños atrevidos con Boyd. De él haciéndole el amor con una deliciosa lentitud que la dejaba ardiendo y anhelando más. En su sueño, Boyd parecía ser todo un amante y muy versado en cómo satisfacer a una mujer.

Nunca antes había soñado de una manera tan realista. Lo peor era que cuanto más soñaba con Boyd Macleod, más pensaba en él durante las horas del día. Maya se sorprendió pensando en sus manos y en lo que eran capaces de hacer. Como ahora mismo, viendo flexionar sus brazos mientras ayudaba a levantar el ciervo y se lo entregaba a los miembros del clan, con Jeane aún a su lado, regañándolo por su acto de desaparición, no pudo evitar suspirar por lo encantador que era.

Se rio entre dientes, y justo en ese momento, él miró a través de la sala y se encontró con sus ojos. Como una caricia física, pudo sentir su interés. ¿Pensaría él en ella en absoluto? ¿Se preguntaría alguna vez cómo sería besarla? ¿Incluso si eso iba en contra de sus reglas de castidad?

La señora Fletcher se acercó a Maya, llenando su copa de vino. —Ah, mira, mi muchacha inglesa, el laird siente curiosidad por ti. ¿Viste cómo te buscaba, queriendo comprobar que aún estabas aquí?

Maya sonrió a la entrometida ama de llaves, aunque su estómago dio un vuelco ante la idea. —Tu plan no funcionará. No estoy aquí buscando marido, y él no quiere una esposa. Está casado, lo cual estoy segura de que no tengo que recordarte.

La señora Fletcher desestimó sus preocupaciones con un gesto, apoyándose en el estrado y mirando hacia donde Boyd estaba discutiendo y celebrando sus presas. —No puedo evitar pensar que su partida del castillo estos últimos dos días fue para alejarse de ti. Lo tentás, muchacha. Ahora, no quiero que temás que se te vaya a echar encima, porque nunca le haría eso a una mujer, pero si estás abierta a un encuentro, bueno, creo que podrías encontrar un participante dispuesto, sin importar lo que diga para oponerse.

—No soy el tipo de mujer que se acuesta fácilmente con hombres. Normalmente me gusta salir con ellos durante un tiempo primero, señora Fletcher.

La mujer mayor la miró con curiosidad. —No sé qué significa salir, muchacha. ¿Qué tiene que ver salir con ser cortejada por un hombre?

—Todo —Maya se rio—. Salir con alguien en mi época es cortejar. Así que lo que estoy diciendo es que me gustaría ser cortejada un poco primero antes de entregarme a él. —No es que eso fuera completamente cierto. No cuando se trataba de Boyd Macleod, pero nadie más, ni la señora Fletcher ni Jeane, necesitaba saberlo. Había algo en este highlander en particular que

Maya sabía que se entregaría a él. Y probablemente desde el momento en que la besara.

Si alguna vez lograba superar sus propias reglas.

—Bueno, tú espera y verás. He conocido al muchacho desde que era una niña, y a lo largo de los años otros clanes, casas nobles inglesas y escocesas, han arrojado a sus hijas ante él. Nunca antes lo he visto mirar a las muchachas con tanta hambre como te mira a ti. Es un hecho, y uno por el que respondo.

Maya cerró la boca y observó cómo el ama de llaves se alejaba, sirviendo vino a otros. No estaba segura de qué pensar sobre la posibilidad de convertir sus sueños en realidad, pero ¿sería tan malo si ella fuera la que cambiara su destino, la que lo salvara de sí mismo y de su interminable vida de no vivir?

Puede que nunca rompiera la maldición. Puede que él nunca se enamorara de ella, pero al menos durante los pocos meses que estaría aquí, podría divertirse un poco. Después de todo, era una mujer del siglo XXI.

Sería una completa idiota si no intentara acostarse con un tipo tan atractivo. Y además agradable. Sus amigas lectoras de novelas románticas nunca la perdonarían si no lo intentara con ganas.

Y ella tampoco.

Pero ¿cómo volverlo loco, sin dejarle saber que él también la afectaba? Si las palabras de la señora Fletcher eran ciertas... Esa era la cuestión.

No importaba cuántos días Boyd evitara Druiminn, no había forma de escapar de sus pensamientos. Lo atormentaban, día y noche. Incluso en sus sueños, soñaba con ella.

La sassenach de pelo oscuro lo perseguía con su desinterés. Casi se había convencido de que por eso estaba tan cautivado con ella, pero en su viaje de regreso a la propiedad, después de dos buenos días de caza, se dio cuenta de por qué lo fascinaba tanto.

Una parte de él que había enterrado el día que perdió a Sorch a rugía en su interior. Le decía que no dejara marchar a esta muchacha como todas las otras mujeres que habían intentado conquistar su corazón. Le decía que aprendiera a conocerla. Maya le daba lo único que nunca pensó volver a tener.

Esperanza.

¿Estaría ella dispuesta? Eso no lo podía decir, pero no significaba que intentar persuadirla para que se interesara en él no pudiera terminar en una satisfacción mutua hasta que ella decidiera irse.

Suponiendo que ella no fuera la destinada para él. La que, según la profecía de la Reina de las Hadas, rompería la maldición.

Había vivido lo suficiente. Era hora de al menos intentar encontrar a su alma gemela y dejar que su viejo y cansado ser pasara como sus antepasados antes que él.

Lo cual en sí mismo trajo a colación un pensamiento que lo había estado molestando. No desde que Maya había llegado, sino desde años atrás. Si no encontraba el amor, ¿cómo

continuaría su clan? Sin un hijo, no habría más Macleods, y algo le decía que el futuro no sería tan amable con un highlander inmortal como lo era la gente de esta época.

A menudo se hablaba de él, se veía obligado a mentir y afirmar que era el nieto de Boyd Macleod. La falsedad solo lo mantendría vivo unos cuantos años más antes de que vinieran por él.

Vendrían por su vida, que ni siquiera sus propios miembros del clan podrían defender, y cuando no muriera debido a su inmortalidad, tendría que irse. No habría paz en las tierras de los Macleod una vez que los poderosos supieran de su maldición sobrenatural.

Boyd se dirigió al estrado, decidido a pasar algo de tiempo esta noche con Maya. Desde la noche de la hoguera, había susurrado su nombre en sus labios. Sabiendo que sonaba tan dulce como pensó la primera vez que lo escuchó.

Ella lo observó caminar hacia ella, su mirada recorriendo su figura y dejándole pocas dudas de que le gustaba lo que veía. Tales miradas no eran nuevas para él. Muchas de las muchachas de su clan, las sirvientas, observaban cada uno de sus pasos. Con un movimiento de su barbilla, podría tenerlas sobre una mesa o contra una pared, con las faldas levantadas y el placer como único objetivo.

Pero él no quería a esas mujeres. Quería a la muchacha inglesa. La imagen de ella tendida ante él, húmeda y dispuesta, hacía hervir su sangre.

Reprimió un gruñido, sentándose antes de que ella notara su miembro erecto.

—Maya, muchacha —dijo, observándola desde su silla.

Ella le lanzó una mirada divertida. Sin miedo. Sin temor ni timidez. ¿Sospechaba ella sus problemas? ¿Sufría lo mismo que él? La muchacha era tan diferente a cualquiera que hubiera conocido antes.

—Macleod —respondió ella, dejando su copa de vino—. Espero que estés arrepentido por la preocupación que le causaste a tu prima.

Él miró al otro lado del salón, vio a Jeane en el regazo de Gordon Lennox, un miembro de confianza del clan que aún lucía sangre en su túnica al igual que él después de su cacería. Se preguntó si su prima habría encontrado a alguien para reemplazar al marido que perdió en batalla.

—¿No estás tan molesta como Jeane, muchacha? Sería muy decepcionante si no lo estás.

Sus ojos azul oscuro se agrandaron un poco por la sorpresa antes de que ella se riera. El sonido apestaba a incredulidad. —No. No pensé que un hombre como tú estaría ausente por mucho tiempo, y ciertamente no pensé que te matarían. Creo que tu prima ha olvidado que eres inmortal.

Él sonrió con suficiencia. —Aye, creo que Jeane olvida ese hecho también, pero me agrada. A lo largo de los años, ha sido una de mis favoritas, la pariente más cercana que tengo ahora, y no me gusta asustarla. Me disculparé sinceramente por la mañana.

Se quedó inmóvil cuando Maya extendió la mano y tocó su brazo. —Eres un buen hombre,

Boyd Macleod. No importa cuán atemorizante intentes parecer ante las mujeres que viajan aquí para cortejarte.

—¿Cortejarme? ¿Es eso lo que estás haciendo?

Ella se encogió de hombros. —Aunque no quiero casarme contigo, sería una mentirosa si dijera que no te encuentro algo atractivo. Cualquier mujer viva sería ciega si no lo hiciera.

Sus palabras enviaron fuego a correr por sus venas.

—Tú también eres una muchacha bonita, ya que estamos haciéndonos cumplidos. —Dejó que su mirada recorriera su saya, deteniéndose donde sus pechos se elevaban sobre el corpiño con cada respiración. Su cintura era pequeña, la saya acentuaba su figura esbelta.

Sus ojos se encontraron, se sostuvieron, y él dejó que ella pensara lo que quisiera de la mirada que le dio. Un rubor rosado besó sus mejillas, y Boyd tuvo que usar toda su contención para no cerrar el pequeño espacio entre ellos y tomar sus labios. Reclamarla.

Tragó saliva. No había besado a una muchacha en cien años, pero por Dios, quería besar a Maya Harris. Besarla hasta que ella salvara su alma.

CAPÍTULO DIEZ

AL DÍA SIGUIENTE, Maya se despertó temprano y se vistió para encontrarse con Jeane abajo antes de que los miembros del clan entraran en el salón para desayunar. Hoy saldrían de los terrenos del castillo para ir a una poza apartada junto al río que corría frente al castillo Druiminn. Las mujeres locales usaban la poza, resguardada por rocas y árboles, para bañarse y ponerse al día con los chismes locales, o eso le había dicho Jeane.

Tan bien escondida de aquellos que no sabían que estaba allí, era el lugar perfecto para tal actividad.

Maya comió rápidamente las gachas que la señora Fletcher le puso delante, demasiado emocionada para comer mucho más. Habían pasado cuatro días desde que pudo bañarse, y solo su cabello, picando y demasiado grasoso para su cordura, necesitaba un buen lavado.

Lo que no daría por tener champú o un cepillo de dientes en este momento.

Una de las criadas del castillo entró apresuradamente en el salón, mirando alrededor de la habitación antes de localizar a Maya y dirigirse hacia ella. La determinación de la mujer llamó su atención, y Maya se levantó, yendo hacia ella antes de que llegara al estrado.

—Señorita Maya, tengo un mensaje de la señorita Jeane. No podrá acompañarla esta mañana a las pozas. Le ha dado una jaqueca y se siente mal. Me dijo que le dijera que vaya sin ella. Se disculpa por no poder acompañarla.

La decepción apuñaló a Maya. No podía ir sin una acompañante respetable, y la señora Fletcher estaba demasiado ocupada con sus tareas del castillo para tomarse tiempo libre para que Maya pudiera lavarse.

—¿Puedo llevarle algo para que se sienta mejor? No puedo ir sin ella, así que por favor, dígame si hay algo que pueda hacer.

—No hay nada que usted pueda hacer, señorita Maya —la criada hizo una rápida reverencia—. Buenos días.

Maya la vio marcharse. Iría al huerto y recogería algo de jengibre. Las galletas de jengibre hacían que la gente se sintiera mejor cuando estaba enferma. Al menos se suponía que ayudaba a las mujeres embarazadas. Si alguien tenía una jaqueca, fuera lo que fuese, algún tipo de dolor en el cuerpo, supuso Maya, entonces una taza de té de jengibre o galletas seguramente ayudaría.

—Yo te acompañaré a la poza, muchacha Maya. No deberías ir sin mi escolta en ningún caso.

Maya jadeó, sin haber oído a Boyd entrar en el salón. De alguna manera estaba detrás de ella, su voz profunda y áspera haciendo que los pelos de la nuca se le erizaran.

Se negó a temblar o suspirar ante su presencia. No necesitaba que él supiera que le afectaba. Anoche en el estrado se había perdido en sus hermosos ojos verdes, y casi lo besa. Y no en cualquier lugar, sino en la mesa principal, delante de todos sus miembros del clan.

Forzada a volver a la Escocia medieval o no, no estaba aquí para enamorarse de un hombre totalmente fuera de su liga, pero tampoco podía ignorar la atracción que sentía por él. Aparte de sus dos amigas, Molly y Heidi, puede que no tuviera mucho a lo que volver en el siglo XXI, pero eso no significaba que pudiera hacer lo que quisiera aquí. Boyd había estado solo durante tantos años. Necesitaba encontrar a su alma gemela, y aunque sabía que no sería ella, también sabía que la atracción que sentía por este hombre no se parecía a ninguna que hubiera tenido antes.

Maya se giró y observó al magnífico hombre que se cernía sobre ella, deleitándose con su presencia. Su túnica que abrazaba su forma musculosa, el chal de colores del clan arrojado sobre un hombro, y las calzas harían ronronear de placer a cualquier mujer. Sus ojos oscuros y mejillas cinceladas con un poco de vello lo hacían parecer perversamente guapo. Una daga colgaba del cinturón alrededor de su cintura, y apostaría a que el laird tenía un sgian dubh en la media de su pierna derecha.

—Voy a bañarme, Macleod. ¿Crees que sería apropiado que me acompañaras?

—No, a menudo escolto y vigilo a las mujeres que usan las pozas. No es diferente y no será inapropiado si te llevo a ti también. Ve a buscar tus cosas, y te esperaré en el patio.

Maya no necesitó más empujones. Corrió escaleras de piedra arriba, agarró sus cosas y se encontró con Boyd frente al castillo. Salieron por las puertas del castillo y comenzaron a bajar por un pequeño sendero desgastado que conducía hacia el río.

No pasó mucho tiempo antes de que el alto follaje de los árboles dejara una luz moteada sobre ellos, la maleza mucho más húmeda y fresca que en el castillo. El sonido del agua corriendo se oía a lo lejos.

—Solía nadar aquí cuando era un muchacho. La poza es profunda en algunas partes pero poco profunda en otras. Perfecta para bañarse.

—¿No estará fría? —preguntó ella, frotándose los brazos mientras el aire se enfriaba más cuanto más se adentraban en el bosque y más fuerte se hacía el sonido del agua corriente.

—Es un misterio por qué la poza es como es, pero no tendrás frío. Te lo prometo —le lanzó una mirada traviesa, y se le puso la piel de gallina. Maya tuvo la absoluta sensación de que sus palabras tenían un segundo significado.

Solo caminaron un poco más, y el bosque dio paso a un claro de hierba verde, una poza turquesa humeante, casi perfectamente circular en su posición. La poza estaba resguardada por una enorme pared de roca que la rodeaba. Pequeñas flores crecían entre la hierba y en los bordes

inferiores de la roca, dando a la poza el aspecto de un oasis bien cuidado.

—¿El agua está caliente? —jadeó, caminando rápidamente hasta el borde del agua, metiendo la mano para sentirla. Un calor delicioso envolvió su mano. La idea de sumergirse en la poza, bañarse y relajarse durante una hora más o menos era más que emocionante.

—Sí, el agua se calienta desde el subsuelo. Es un fenómeno natural —miró alrededor, frunciendo un poco el ceño—. Me sorprende que no haya nadie más aquí esta mañana. Estoy seguro de que otras mujeres vendrán pronto.

A Maya no le molestaba tener la piscina toda para ella. No estaba acostumbrada a bañarse en comunidad, ni tampoco a que un dios rubio y corpulento la vigilara. Más le valía no intentar echar un vistazo. O quizás a ella no le importaría tanto si lo hiciera.

—Estaré bien sola —lo miró fijamente, sin decir una palabra más, solo esperando a que él se diera cuenta de que estaba esperando que se marchara.

—Yo, eh —tartamudeó, retrocediendo por donde habían venido—. Te esperaré un poco más arriba en el sendero. Grita si necesitas algo, muchacha.

—Gracias. Lo haré —Maya observó hasta que Boyd desapareció de vista, y luego se desvistió rápidamente, colocando su toalla, o lienzos como los llamaban, cerca de la piscina antes de meterse en el agua tibia.

Sumergió la cabeza, saliendo a la superficie y riendo por la maravillosa sensación de tanta agua tibia alrededor de su cuerpo. La bañera de cadera que tenía que usar en el castillo era diminuta y hacía difícil bañarse adecuadamente.

—Así que tú eres la muchacha por la que Macleod se ha interesado. Me pregunto qué haría si te enviara a casa ahora mismo.

Maya jadeó al escuchar la voz femenina detrás de ella. Se giró y sintió que la sangre se le iba del rostro ante la visión de la mujer que estaba de pie en la orilla cubierta de hierba.

No, no estaba de pie. Flotaba, sus pies calzados con zapatillas de seda no tocaban nada más que el aire.

Oh, Dios mío. ¿Era esta mujer un fantasma? ¿Ahora veía gente muerta además de viajar en el tiempo?

—No eres real —dijo, cerrando los ojos con fuerza. Los abrió de nuevo, con el miedo revolviendo su estómago cuando la mujer no desapareció. Simplemente la miraba con ojos plateados parpadeantes, largas túnicas blancas y cabello tan incoloro como el de Boyd.

—¿Quién es usted? —preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho para cubrirse los senos.

El fantasma sonrió, y sin embargo, el gesto no llegó a sus ojos. Permanecieron fríos y distantes. Incluso rodeada por el agua tibia, Maya se estremeció.

—Me conocen como la Gyre Carling, Nicnevin, pero para los de mi especie, me llaman Titania.

¿Su especie? ¿Qué significaba eso? La mujer flotante descendió y se paró sobre la hierba, observando a Maya.

—Eres una mujer hermosa, tan bonita como Sorchá —al mencionar el nombre de la primera esposa de Boyd, los ojos de la mujer parpadearon, como si una luz se iluminara detrás de su iris —. Puedo ver por qué estás encantado contigo.

—Macleod no está más interesado en mí de lo que yo lo estoy en él —mintió, sabiendo muy bien que algunas de las miradas que Boyd le había dirigido significaban que Maya podría llevar su *conocimiento* mutuo más allá. Llevarlo hasta la habitación si quisiera.

La mujer caminó por la orilla, mirando hacia el bosque circundante. —No pensé que Macleod volvería a encontrar el amor. Me sorprende que estés aquí. ¿Cómo es que has llegado a la Escocia del siglo XVI?

Maya frunció el ceño, una voz de advertencia en los recovecos de su mente le decía que no confiara en esta mujer. Que no le dijera nada. —He viajado desde Inglaterra. No soy de ningún otro lugar. Sus preguntas no tienen sentido.

La risa de la mujer resonó entre los árboles, haciéndolos susurrar como si se hubiera levantado un viento repentino. Cuando habló de nuevo, su voz era extraña, entrecortada, y parecía perforar su piel como mil agujas. —No te burles de mí, humana. Sé que vienes de una época cientos de años en el futuro. Necesito saber cómo has llegado aquí.

Maya retrocedió más en la piscina, distanciándose. —Usted es la Reina de las Hadas. Se olvidó de mencionar ese nombre junto con sus otros muchos.

—Volveré.

La mujer desapareció justo cuando Boyd entró corriendo al claro. Tenía su espada en la mano, y el ceño fruncido en su rostro hizo que el miedo palpitara en sus venas.

—¿Dónde está ella? —Su voz rugiente la hizo saltar, y Maya temió tanto a Boyd como a la reina en ese momento.

Maya señaló al cielo porque ahí es donde la mujer se había ido, desapareciendo en el aire.

La Reina de las Hadas. El hada que había maldecido a Boyd por la eternidad ahora estaba interesada en ella. Quería información. Pero, ¿por qué?

Esto no estaba destinado a terminar bien. Nada bien.

CAPÍTULO ONCE

BOYD PUSO a todo el castillo en alerta. Duplicó los hombres que vigilaban los alrededores de las tierras del castillo. Los posicionó en la muralla exterior, con sus arqueros listos para cualquier cosa que se les presentara. Día y noche, tenía guardias al alcance de los aposentos de Maya.

No permitiría que la Reina Fae clavara sus inquietantes, traviesas y arruinavidas garras en otra mujer bajo su cuidado.

Incluso si esa mujer no era la que amaba.

Maya Harris estaba en Druiminn por deseo de su familia. No necesitaban perderla ante la Reina Fae. Recibir noticia de su desaparición o muerte.

Boyd no quería eso en su conciencia. Maya estaría más segura si la devolvía a su hogar, pero la idea de enviarla lejos, de no volver a verla, le desgarraba las entrañas.

Aun así, sería lo mejor. Con pasos decididos, recorrió la distancia hasta su habitación. Después de lo ocurrido en la piscina termal, le había pedido a Maya que permaneciera en sus aposentos el resto del día. Necesitaba tiempo para colocar a sus hombres en guardia y notificar al clan que los Fae estaban causando problemas una vez más.

Llamó a su puerta, escuchó cómo el sonido de sus pies en el suelo de madera crujía mientras ella cruzaba la habitación.

Ella se asomó, abriendo la puerta de par en par cuando se dio cuenta de que era él.

Entró sin ser invitado y cerró la puerta firmemente ante los dos guardias que montaban guardia.

—Tienes que irte, muchacha. Ya no es seguro para ti aquí, y aunque sé que tu familia puede decepcionarse de que no hayas encontrado pareja con el Jefe del Clan Macleod, dormiré mejor sabiendo que estás a cientos de millas de distancia. De vuelta en Inglaterra, donde perteneces.

La sangre se le fue del rostro, y ella trastabilló hacia atrás. Boyd extendió la mano, evitando que cayera. —¿Qué te pasa, muchacha? ¿La Reina Fae te hizo algo antes de que pudiera llegar a ti?

La idea de que Maya fuera usada para la enferma diversión de la Reina Fae le hizo hervir la sangre. No toleraría más dificultades de los Fae. Ni siquiera si le costaba la vida. De todos modos, ya había vivido lo suficiente. Moriría con honor, sabiendo que había salvado al menos a

una inocente del toque malvado de la reina.

—No, la reina no me hizo nada. Pero no puedo volver, Macleod. No tengo nada a lo que volver.

Ella se liberó de su agarre. Caminó hacia una silla junto al fuego y se dejó caer en ella como si la vida la hubiera derrotado.

Él se unió a ella, apoyándose en la repisa de la chimenea. El fuego de turba y madera en la habitación ardía bien, y el espacio era cómodo y cálido. Aunque disfrutaban de días cálidos, el castillo tenía paredes gruesas, frías y húmedas sin los fuegos encendidos durante todo el año.

—Tu familia te recibirá de vuelta. Les escribiré una misiva. Explicaré por qué no somos adecuados. Pero no puedes quedarte aquí. La reina sabe que estás aquí, y su interés se ha despertado. No te dejará en paz ahora.

Maya se acercó, aferrando sus manos. Sus ojos se encontraron con los de él, una luz suplicante ardía intensamente, ¿o eran lágrimas las que veía formándose?

—No puedo volver a Inglaterra, Macleod —negó con la cabeza, mordiéndose el labio—. No soy de Inglaterra. Al menos, no de tu Inglaterra.

Boyd frunció el ceño, sus palabras no tenían sentido. —¿Qué quieres decir? —Un presentimiento de mal augurio recorrió su columna, y estaba seguro de que las siguientes palabras que salieran de su boca no serían de su agrado.

—Por favor, no te enfades conmigo, ni con la señora Fletcher. Ella no sabía qué hacer cuando llegué, y yo tampoco.

—Explícate, muchacha —dijo lo más calmadamente que pudo. Tomó un respiro profundo, suavizó su frente, donde podía sentir que se formaba un ceño.

—No soy de la Inglaterra del siglo XVI. Soy del siglo XXI.

Por un momento, Boyd no pudo hacer nada más que mirar fijamente a la muchacha. Abrió y cerró la boca varias veces, tratando de formar palabras. ¿De qué estaba hablando? ¿Siglo XXI? ¿Se había golpeado la cabeza en las piscinas termales hoy sin que él lo hubiera visto?

—Toqué el tapiz que ahora estás mandando hacer. El que te representa perdiendo a tu esposa Sorchá ante los Fae. Conozco toda esa historia. En mi época, lo toqué y me envió aquí. Aterricé en el Gran Salón, solo para encontrar a la señora Fletcher mirándome como si fuera un fantasma. Supongo que, de cierta manera, lo era.

Su mente daba vueltas con las palabras de la muchacha. ¿Era ella del futuro? Rechinó los dientes, pensando en su llegada, en su rareza. Tenía sentido que la Reina Fae, después de cien años de silencio, mostrara su rostro en sus tierras cuando algo llamó su atención. Una mujer del siglo XXI ciertamente lo haría. La reina quería a Maya, pero con qué fines no podía imaginar. Al menos no todavía.

—¿Qué te pidió la Reina Fae, muchacha? Dímelo. Podría salvar tu vida y la de mis hombres del clan.

Maya se mordió el labio mientras contemplaba su pregunta. Incluso con lo enfadado que

estaba con la situación, la acción hizo que su sangre ardiera en sus venas. La muchacha le había intrigado desde el momento en que la vio, y ahora entendía por qué. Era del futuro. No estaba acostumbrada a su antigua forma de vida. La cultura escocesa, o el habla. Maya estaba fuera de su tiempo. Eso era lo que la hacía tan diferente de todas las otras mujeres que le habían presentado.

—Me preguntó cómo llegué aquí. No se lo dije —añadió rápidamente.

Boyd se alegró de oír que no lo había hecho, pero eso no significaba que la reina no estuviera al acecho, escuchando sus conversaciones.

—No vuelvas a hablar con ella. Te busca por alguna razón, necesita saber esa verdad. Hablaré con la señora Fletcher y le diré que no se lo cuente a nadie.

—Entonces, ¿no me enviarás lejos? Si me haces volver a Inglaterra, me quedaré sin hogar y sin forma de regresar a mi tiempo. Necesito quedarme aquí hasta que el tapiz esté terminado —susurró, mirando alrededor de la habitación como si esperara que la reina estuviera sentada cerca—. Esperaba que cuando lo colgaras en el castillo, si lo tocaba de nuevo, volvería al siglo XXI.

La idea era sensata. Tan sensata como cualquier idea podría ser cuando se discutía sobre viajes en el tiempo. Magia.

—No te enviaré lejos. Confío en que lo que dices es cierto. El hecho de que haya vivido cien años maldito por las hadas es prueba suficiente de que viajar en el tiempo no es imposible. Esperemos que cuando el tapiz esté terminado, puedas regresar a tu época.

Ella le sonrió levemente, y Boyd se dio cuenta de que echaría de menos a la muchacha. Era como un soplo de aire fresco entre los muros rancios del castillo.

—Muchas gracias, Boyd —dijo ella, usando su nombre de pila. Saltó de su silla, lanzándose hacia él y rodeándole el cuello con los brazos.

Boyd se quedó paralizado al sentir las curvas femeninas contra su pecho. Los senos de ella se aplastaron contra él, y el dulce aroma a lirios emanaba de su piel y su cabello.

Olía divinamente, limpia después de su baño en la piscina caliente. Instintivamente, él la rodeó con sus manos, sosteniéndola contra sí.

Se deleitó con la sensación de tenerla entre sus brazos. ¿Cuántos años habían pasado desde que había sentido a una mujer así? ¿Una mujer que quisiera estar con él de esa manera y no tuviera miedo de abrazarlo?

Boyd cerró los ojos por un momento, deleitándose con su abrazo. Había echado de menos tener a una mujer. Extrañaba sus curvas femeninas, sus dulces besos.

Peor aún, deseaba a la mujer que tenía entre sus brazos más de lo que había deseado a nadie antes. Y ahora, pronto, ella se iría. Regresaría a su tiempo, y él no haría nada para impedirselo. La decisión sería de ella, y sabía que la tomaría. Lo dejaría. Lo dejaría en el pasado, donde pertenecía.

Maya abrazó a Boyd con fuerza, negándose a soltarlo, aunque sabía que debería hacerlo. Ya lo había abrazado por más tiempo del que el gesto requería. Pronto pensaría que era una idiota si

no lo soltaba.

El cabello plateado de él le hacía cosquillas en la nariz y olía a hierbas, como si él también se hubiera bañado recientemente. Era inusualmente consciente de los músculos fibrosos que formaban su abdomen. Sus grandes manos que recorrían su espalda y la sostenían contra él. El calor se acumuló en su centro. Respiró hondo, sabiendo que por mucho que negara sus pensamientos, deseaba al hombre que tenía entre sus brazos.

Había pasado casi un año desde que había estado con un chico. Solo habían salido durante dos semanas. Después de tenerla en su cama, no había vuelto a saber de él, el maldito imbécil.

Maya apartó ese pensamiento. Su mente se centró únicamente en lo que Boyd estaba haciendo. Su mano comenzó a acariciarle la espalda, y su abrazo improvisado había cambiado de alguna manera en los últimos segundos.

Ninguno de los dos parecía tener prisa por soltar al otro. Maya se apartó un poco, encontrándose con su mirada. El ardor hambriento y decidido en sus ojos hizo que se le encogiera el estómago. Su pecho subía y bajaba con respiraciones agitadas. ¿Se estaba forzando a contenerse, a no cerrar el pequeño espacio entre sus labios y besarla? Ella quería que la besara. Se lamió los labios en preparación, el calor acumulándose entre sus piernas en una vergonzosa oleada de deseo.

La palabra *por fin* revoloteó por su mente. Lo deseaba terriblemente.

La atención de él se centró en su boca, y ella sintió cómo se tensaba, todos sus músculos poniéndose rígidos. Levantó una mano, apartando un mechón de cabello de su mejilla y colocándolo detrás de su oreja.

—No debería besarte, muchacha, pero no puedo evitarlo —gimió.

Ella se estremeció ante sus palabras, la excitación corriendo caliente por sus venas. —¿Sería tan malo si me besaras?

Una sombra cruzó por sus ojos verdes antes de que diera un paso atrás, distanciándose. —Sí, sería incorrecto de mi parte, iría en contra de mis votos. Lo siento, muchacha. No puedo besarte.

La apartó sin esfuerzo. Sus pies se hundieron en la piel de animal bajo ellos, y se obligó a no seguirlo cuando se dirigió a la puerta.

—Buenas noches, Maya, muchacha. Te veré por la mañana.

Maya no respondió, sin estar segura de poder ocultar la decepción en su tono si lo hacía. Sabía que él estaba librando una batalla interna entre sus deseos y necesidades y su pasado. Estaba casado, sí, pero no había visto a su esposa en cien años. Seguramente, mantener la esperanza de su regreso era una locura.

Un aspecto positivo era que al menos ya no tenía que ocultarle a Boyd quién era. No más fingir que era una noble dama inglesa en busca de marido. Él se aseguraría de que tuviera acceso al tapiz cuando estuviera terminado y entregado, y ella podría volver a casa.

El pensamiento debería traerle alivio, y sin embargo no lo hacía. Si acaso, un vacío se abrió dentro de ella, y dudaba que alguna vez se cerrara de nuevo.

CAPÍTULO DOCE

MAYA ESTABA en el patio del castillo, acariciando a uno de los pocos caballos estabulados en los terrenos del castillo, y hablaba con Thomas, el joven del clan que acababa de llegar después de cabalgar por las tierras de los Macleod, comprobando las cosechas y asegurándose de que no hubiera Fae o clanes enemigos merodeando por los alrededores.

—Te ves muy atractiva hoy, Maya, muchacha. ¿Estás disfrutando tu estancia en Druiminn?

—Así es...

—Es inapropiado hablar con mi invitada de manera tan atrevida —las duras palabras gruñidas detrás de ella la sobresaltaron, y se giró para encontrar a Boyd acercándose a ellos con paso firme, sus ojos duros y entrecerrados fijos en Thomas. El cabello blanco de Boyd estaba recogido a medias hoy, atado lejos de su rostro, con el resto cayendo sobre su espalda.

Instintivamente, Maya se colocó frente a Thomas para protegerlo.

—Lleva el caballo de vuelta al establo y dale una buena limpieza.

Las palabras de Boyd no admitían discusión, pero afortunadamente no intentó lastimar al pobre muchacho.

—Que tengas un buen día, Thomas —dijo Maya, volviéndose con una ceja levantada ante la reacción de Boyd.

—Sin importar lo que me dijiste anoche, Maya, muchacha, para mis hombres del clan, para todos excepto la señora Fletcher, sigues siendo una dama noble inglesa, recatada y apropiada. No empieces a coquetear con mis hombres, o tu disfraz no será más que un recuerdo. Las muchachas escocesas tampoco se tomarían muy bien que conquistaras el corazón del joven Thomas. ¿Entiendes?

Ella entrecerró los ojos, estudiándolo.

—¿Estás celoso?

Él se atragantó, o al menos ciertamente parecía que se estaba atragantando. Quizás con sus palabras, si iba a actuar como un cavernícola.

—No estoy envidioso del muchachito —cerró el espacio entre ellos, su pecho rozando el corpiño de ella. El corazón de Maya latía con fuerza, pero no se atrevió a moverse. Boyd parecía estar al límite, y ella no estaba segura de hasta dónde podía presionarlo antes de que estallara.

Seguramente su reacción al verla hablar con Thomas no debería ser tan volátil. ¿Le habría pasado algo más hoy que lo hubiera alterado? Tal vez la Reina Fae lo había visitado esta vez.

Ella se encogió de hombros, fingiendo desinterés.

—Entonces no cruces el patio como una tormenta y lo regañes por hablar conmigo como si lo estuvieras. No es como si fuera a besarme o algo así. Solo estábamos conversando. Me preguntó si me gustaba estar aquí.

Él gruñó. Una mujer inteligente se alejaría, lo dejaría en paz, pero Maya no pudo hacerlo. Ya fuera que él se mantuviera alejado de ella o no, no podía dejar que pensara que a ella le importaba el rumbo que tomara su relación. Hacerlo le daría poder, y ella no podía arriesgar su corazón de esa manera. No cuando iba a dejar este lugar. Dejar a Boyd en el siglo XVI, donde pertenecía.

En su lugar, le dio unas palmaditas en el pecho, sonriéndole.

—Anímate, Macleod. Pronto me habré ido y no tendrás que preocuparte de que charlé con tus hombres —Maya se rio, rodeándolo, pero él se giró hacia ella, levantándola sin el menor esfuerzo y echándosela al hombro.

Maya jadeó, agarrándose a su espalda para sostenerse.

—Bájame, Macleod. Esto es totalmente innecesario.

El Gran Salón pasó ante su vista, y luego se encontró en el estudio de Boyd, depositada frente a su escritorio. Él cerró la puerta de golpe, su respiración entrecortada, su pecho cincelado bajo la túnica subiendo y bajando con cada respiración.

Y entonces todo cambió.

Maya no tuvo tiempo de pensar en sus acciones, de recordarle que se arrepentiría de besarla, una idea que odiaba. Pero cuando sus labios tomaron los de ella, devorando su boca, su lengua enredándose con la suya, sus manos firmemente contra los lados de su rostro, supo que no diría una palabra. No todavía.

En este momento, no podía hacer nada más que devolver el beso. Tomar todo lo que él le diera y deleitarse en el placer de tenerlo de esta manera.

Él gruñó contra su boca, y ella reprimió un gemido. La mera idea de que ella lo hiciera desecharla la dejaba al borde y necesitada.

Él la levantó, acomodando su trasero sobre el escritorio de madera. No le dio tiempo de pensar en lo que estaba haciendo antes de colocarse entre sus piernas, sus grandes manos agarrando sus muslos y levantándolos sobre sus caderas.

Su cuerpo no se sentía como propio. Si él seguía besándola como si su vida dependiera de su toque, ella podría arder en llamas.

Él también estaba caliente al tacto, su pecho se agitaba contra ella, sus músculos tensos en sus brazos y hombros duros y flexionados.

¿Qué iba a hacer con este hombre? Si él la negaba después de su primer beso, lo declaraba un error, no estaba segura de poder sobrevivir. Poder pasar un tiempo placentero con Boyd mientras

se divertía en la Escocia del siglo XVI haría que su tiempo aquí pasara mucho más rápido.

Se escuchó un golpe en la puerta, y Boyd se apartó bruscamente, mirándola como si le hubieran crecido dos cabezas.

—¿Quién es? —ladró, con voz dura y molesta.

—Soy Douglas. Ha habido otro avistamiento de hombres del clan O'Cain. Cerca del pueblo de Druiminn.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Boyd. Maya se bajó del escritorio, acomodándose el vestido, que se había subido por sus piernas. Boyd la observaba, sus ojos de un verde penetrante. Parecía dividido, como si no estuviera seguro de si ir con sus hombres o continuar lo que habían empezado.

Se decidió por lo primero, girándose y saliendo a grandes zancadas de la habitación. Maya observó en silencio cómo se iba y no pasó por alto la mirada divertida de Douglas antes de seguir a su jefe.

Suspiró, extrañando ya el toque de Boyd.

La puerta del estudio se cerró de golpe, y Maya se quedó una vez más sola.

—Maya, pequeña, en qué traviesa pilluela te estás convirtiendo. Veo que progresas bien con Macleod.

Maya jadeó, corriendo alrededor del escritorio para poner espacio entre ella y la intrusa. Era la mujer de las piscinas termales otra vez, pero esta vez parecía más humana, menos etérea. Ciertamente tenía menos brillo, eso era seguro.

La Reina Fae, al parecer, podía cambiar su apariencia.

—Besar a un hombre no tiene nada de milagroso. Macleod no es el primer hombre que he besado, y no será el último.

La reina sonrió con suficiencia, ladeando la cabeza, estudiándola como si nunca hubiera visto a una mujer humana antes. Como si fuera un gracioso objeto pequeño que uno hubiera encontrado y no supiera qué era.

Se rio, el sonido haciendo eco como si estuvieran en una caverna cavernosa.

—Oh, querida, me caes bien. Y quizás si crees que Macleod no será tu último abrazo, tendré que asegurarme de que así sea.

Tan pronto como había aparecido, se fue de nuevo, desvaneciéndose en el aire. Maya miró alrededor de la habitación, acercándose a donde la mujer se había sentado. Pasó la mano por el espacio vacío, comprobando si realmente se había ido.

Lo había hecho, y su desaparición era tan extraña como sus palabras. ¿Qué quiso decir con lo que dijo?

Maya se estremeció, saliendo de la habitación. Fuera lo que fuese lo que quiso decir, no le gustaba ni el hecho de que asegurara que volvería a ver a la Reina Fae.

Cuándo era la única pregunta.

CAPÍTULO TRECE

BOYD CABALGÓ a toda velocidad hacia la pequeña aldea en las afueras del castillo, justo cuando los O'Cain que se atrevieron a cruzar sus tierras con fines nefastos estaban montando sus caballos. Eran descarados e idiotas, y varios de sus caballos tenían ovejas muertas arrojadas sobre sus lomos, con la sangre de sus gargantas cortadas corriendo por la cincha del caballo. Eso ralentizaría su partida. Los haría más fáciles de atrapar y castigar, estúpidos necios.

Los hombres O'Cain divisaron a Boyd y a los pocos miembros del clan que había llevado consigo. Gritaron para huir, algunos adentrándose en el bosque, otros montando los caballos y huyendo sin su botín de ovejas. No llegarían lejos. Su llegada era justo lo que Boyd necesitaba ese día. Hueso y carne para cortar, para hacer pagar por las frustraciones que aún corrían por su cuerpo después de besar a Maya.

No había tenido la intención de besarla, maldita sea. Estaba decidido a dejarla ir. Mantenerla a salvo hasta que pudiera regresar a su hogar y su época adecuada. No convertirla en su amante. No tomarla para sí mismo. Hacerlo solo haría su partida más difícil.

Haberla besado, haber disfrutado de sus suaves labios, su boca de dulce sabor, los pequeños suspiros y ronroneos que hacía cuando la besaba lo llevaría a la locura si no dejaba de pensar en ello. Era el jefe de su clan. Ella era una simple mujer. No permitiría que tuviera tal poder sobre él, que desviara su mente y lo hiciera reflexionar sobre los aspectos más suaves y emocionales de la vida. Eso no era quien él era. Ya no. Distancia era lo que necesitaba de la muchacha. Pero algo le decía que después de su beso, tal deber sería difícil de mantener.

No podían permitirse volver a besarse. Cada vez que pensaba en la muchacha o se atrevía a besarla, rompía su voto a su esposa, aunque Sorchá lo hubiera olvidado estos últimos cien años.

El dolor apuñaló su pecho por la pérdida de Sorchá, por no poder tener a Maya. Por los hijos que nunca engendraría, la vida normal que le fue negada porque había cometido el error de amar a una mujer mitad Fae.

Aun así, con todo lo que se interponía entre él y Maya, su pasado, su maldición, el futuro que no podía darle, la deseaba, ardía por ella tan intensamente como el sol del mediodía en un paisaje desértico.

Espoleó a su montura al galope, desenvainando su espada y lanzando un grito de batalla

mientras acortaban la distancia entre ellos y los O'Cain. Lucharían este día, y tal vez un poco de su ira se disiparía al derramar la sangre de los miembros del clan enemigo.

Boyd quería una batalla sangrienta y mortal, por corta que fuera esta. Los hombres O'Cain no eran rival para la fuerza y velocidad de él y sus hombres. Se acercaron a los jinetes, y el primer golpe de Boyd derribó a un hombre de su caballo. Rodó por la orilla herbosa del río, un crujido nauseabundo anunciando que no se levantaría de nuevo. Boyd pasó al jinete que tenía delante. Su caballo era rápido, pero aun así, tardaba demasiado en cerrar el espacio entre ellos. La impaciencia le revolvía las entrañas. Cuando se puso a su altura, Boyd envainó su espada en su espalda y se lanzó sobre el O'Cain en su lugar. Ambos cayeron al suelo. El dolor desgarró su espalda y su hombro cuando conectó con una roca.

El hombre chilló, pero Boyd no lo soltó. Después de que dejaron de moverse, se puso sobre él, golpeándolo varias veces antes de tomar su cabeza entre sus manos y romperle el cuello.

Se puso de pie, mirando al hombre durante varios segundos antes de alejarse y descartarlo como el enemigo inútil que era. Sus hombres luchaban a su alrededor, con las espadas desenvainadas, más fuertes y enojados que el clan O'Cain, que no tenía ninguna oportunidad.

Boyd había advertido al clan enemigo que se mantuviera lejos de sus tierras, que dejaran de robar, y no habría más derramamiento de sangre.

Pero ya no más. —Quemad los cuerpos —gritó a Douglas, que había acabado con su oponente.

—Sí, jefe.

Boyd regresó caminando a su caballo, con el brazo dolorido. Rotó su hombro, esperando no haber hecho demasiado daño. No es que pudiera lesionarse. No realmente. Era inmortal, respirando para siempre sin importar en qué condición quedara su cuerpo después de la batalla. Se curaría, y mucho más rápido debido a su maldición.

—Se están volviendo atrevidos —dijo Douglas, acercándose a él y observando a los cinco hombres O'Cain, sin vida y ensangrentados en tierra de los Macleod.

—No puedo entender por qué siguen provocando. Son como una enfermedad que no quiere ceder. Ya no los enviaré de vuelta, ensangrentados pero vivos como advertencia. Simplemente mataré a cada uno de ellos. Uno por uno si es necesario hasta que no quede clan O'Cain.

Caminaron de vuelta hacia el castillo, llevando sus caballos, observando cómo varios de sus miembros del clan arrastraban los cuerpos hacia una zona boscosa fuera de la vista del camino muy transitado donde se encontraban.

—¿Ha habido algún informe sobre los Fae? Entre los O'Cain y la reina, estoy perdiendo la paciencia.

—Todavía no hay señales de ella. Pero los hombres están nerviosos. Los he oído hablar en los barracones. Piensan que sería mejor que Maya fuera enviada de vuelta a Inglaterra.

Boyd dejó de caminar, volviéndose para enfrentar a Douglas. —¿Temen a Maya? No es ella el problema. La Reina Fae ha mostrado interés y nada más. Ella misma no es Fae, si es eso lo

que están pensando.

—Creo que necesitas hablar con ellos, Macleod. Tranquilizarlos. No necesitamos que se rebelen contra el clan además de todo lo demás que nos está preocupando últimamente.

Las palabras de Douglas tenían sentido. Era comprensible que sus hombres estuvieran nerviosos. Los Fae preocupaban incluso a Boyd más de lo que debería permitir. Tenían poder sobrenatural. Podían llevarse a la gente a su antojo, para no ser vistos nunca más. Se habían llevado a su Sorchá, y durante cien años, no había vuelto a contemplar su hermoso rostro.

La idea de que los Fae ahora quisieran jugar con Maya, llevarse a otra persona bajo su cuidado, no sucedería. Moriría antes de permitir que alguien más cayera en las garras caprichosas de los Fae.

—Hablaré con los hombres. Maya no es una amenaza, pero los Fae y los clanes enemigos como los O'Cain sí lo son. Les recordaré este hecho y su lealtad hacia mí. Cualquiera que cause problemas después de eso puede irse. Marcharse. No toleraré alarmistas.

—Sí, es un curso de acción sensato —concordó Douglas.

Montaron sus caballos y cabalaron de vuelta a Druiminn, solo para encontrar el patio del castillo lleno de sus hombres y muchos de los sirvientes afuera, mirando hacia el castillo como si fuera algo que temer.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó Boyd, desmontando y entregando su caballo a un mozo de cuadra que corrió hacia ellos.

—Los Fae, Macleod. La reina ha regresado.

El temor rodeó su corazón. Antes de que el miembro del clan terminara sus palabras, Boyd ya estaba corriendo hacia el castillo. Su único pensamiento era Maya. ¿Seguía aquí? ¿Estaba en peligro? ¿Y si la reina le había hecho algo? Los Fae no amaban nada más que los trucos y la volubilidad, provocar y confundir a aquellos a quienes atormentaban.

—Maya —llamó, corriendo a través del Gran Salón para subir las escaleras de piedra que llevaban al segundo piso.

El castillo estaba inquietantemente silencioso. Ningún sirviente realizaba sus tareas. No se oía más sonido que el del océano golpeando contra las fortificaciones de piedra del castillo en el exterior.

Como una visión, Maya salió de su habitación, con el rostro pálido, pero por lo demás ilesa. —¿Estás herida, muchacha? ¿Qué pasó? —Sujetó sus hombros, sacudiéndola un poco como si eso la ayudara a contarle más rápido.

—¿Qué pasó? —Fruunció el ceño mirándolo—. No me ha pasado nada. Estoy bien.

Boyd pasó junto a ella y entró a zancadas en su habitación, mirando alrededor. La habitación estaba vacía, excepto por el aroma distintivo a lirios que siempre flotaba alrededor de Maya. —Los Fae. ¿Estuvieron aquí? —preguntó, volviéndose para mirarla.

Sus hombros se hundieron y asintió, acercándose a su cama y sentándose. —Oh, eso. Sí, la reina estuvo de vuelta. Aunque no se quedó mucho tiempo. Fue realmente extraño.

—¿Qué te dijo? —Boyd se arrodilló frente a ella, tomando sus manos, instándola a contarle todo.

Maya frunció el ceño pensativa. —Habló como si se hiciera una pregunta sobre nosotros. Dijo algo sobre que yo no te hiciera mi última conquista.

Boyd se quedó inmóvil ante las palabras. ¿*Conquista*? —¿Has tenido muchas? —preguntó, odiando la idea de Maya con alguien más, enemigos sin rostro a los que le gustaría atravesar con una espada.

Sus mejillas se sonrojaron un poco, pero no apartó la mirada. —He estado con otros hombres, sí. Tengo veintisiete años, no lo olvides.

Boyd no podía formar palabras. ¿No era doncella? Se aclaró la garganta, forzando las palabras a través de sus dientes apretados. —¿Has estado con otros hombres, quieres decir que has dormido con ellos?

Ella cruzó los brazos, con un pequeño ceño fruncido entre sus ojos. Sus labios se adelgazaron. —Lo he hecho. ¿Y tú? ¿Has estado con muchas mujeres? ¿Cuántas? ¿Cómo fue? ¿Cuándo perdiste tu virginidad?

Boyd se puso de pie, cruzando la habitación a zancadas para apoyarse en la repisa de la chimenea. —Mi vida no está abierta a discusión.

—Bueno, ¿por qué no? —Sus palabras sonaron detrás de él, y se volvió para encontrarla mirándolo fijamente, aún fulminándolo con la mirada como una pequeña banshee.

—Se supone que las mujeres deben ser castas. Doncellas hasta que se casen. Tú no estás casada.

Ella puso los ojos en blanco. —Los tiempos han cambiado. Las mujeres ya no tienen que hacer lo que sus padres o los hombres en general les digan.

—No creo que me gustara tu tiempo.

Ella se encogió de hombros. —Y sin embargo, podría gustarte. Si nuestros roles estuvieran invertidos, y las mujeres en este tiempo tuvieran más poder, ¿te gustaría que te dijeran qué hacer? ¿Con quién casarte? ¿Qué alianza deberías hacer por el bien de tu familia?

Boyd cruzó los brazos, entrecerrando los ojos. —No, pero no es así, así que no tengo preocupaciones.

—Bueno, si lo fuera, no te gustaría más de lo que me gustaría a mí. Mi tiempo, con todas sus dificultades, y son muchas, al menos me ofrece una vida en la que puedo hacer lo que desee. Mía para crearla, disfrutarla, hacer lo que quiera.

—Deberías haberme dicho que no eras virgen.

—¿Por qué? —preguntó ella, sus ojos azules clavándolo en el lugar—. ¿Por qué debería decírtelo? Es algo personal que no necesito contarle a nadie si no quiero.

—Oh, pero yo lo sabría cuando te tomara que no eras virgen. Engañar a un hombre de esa manera es vergonzoso.

Ella negó con la cabeza, cerrando la boca de golpe. —No estoy tratando de engañarte para

nada, y ¿cómo lo sabrías? Podría fingir dolor, y tú no te darías cuenta. Vosotros los hombres sois tan exasperantes a veces. Empiezo a ver por qué no has encontrado el amor en todo este tiempo que has sido inmortal. Eres un machista.

—¿Qué demonios es un machista, muchacha? —Nunca antes había escuchado esa palabra, y no le gustaba que lo llamaran cosas cuyo significado desconocía.

—Significa que te gustaría que una mujer hiciera lo que dices, conociera su lugar y cediera a tus caprichos. Eso nunca sucederá conmigo, ni con ninguna mujer que aparezca aquí para casarse contigo si tiene algo de carácter. Cualquier orgullo que le quede corriendo por sus venas.

—¿Ah, sí? —dijo, acercándose y colocándolos nariz con nariz. Con su temperamento al límite, su mente tenía un solo pensamiento y solo uno. Cuán condenadamente hermosa era cuando estaba enfadada, furiosa como el infierno y dispuesta a defender sus creencias. Por extrañas que fueran. Era tan libre e indómita como las Highlands—. Mejor una doncella que una mujer que ha estado con la mitad de Inglaterra y Escocia juntas. Ninguna esposa mía habrá sido tan libre con sus libertades.

El sonido de su mano golpeando su mejilla resonó por la habitación. Maya cerró el puño a su costado, apartándolo, odiando que él la hubiera provocado hasta el punto de que ella reaccionara. Maldito sea. Nunca había golpeado a nadie en su vida, y tampoco había querido golpearlo a él. —Lo siento —dijo, tragando con dificultad mientras una marca roja de mano se formaba en su mejilla.

—Vuelve a golpearme, muchacha, y te pondré sobre mis rodillas con el trasero enrojecido en un suspiro.

Ella jadeó, retrocediendo. —No te atreverías.

Boyd se dirigió a zancadas hacia la puerta. —Golpéame y descúbrela.

CAPÍTULO CATORCE

Fortaleza O'Cain, Castillo Duntulm, Skye

DOUGALL SE ENCONTRABA en el salón del castillo Duntulm observando a su clansman, ensangrentado y agotado por su huida de Druiminn, que entraba en el salón. Los otros hombres que habían sido enviados a asaltar las tierras de los Macleod no estaban a la vista. Una visión ominosa que solo podía significar una cosa: que su misión había fracasado.

Cruzó los brazos, reprimiendo su ira por el hecho de que, una vez más, sus hombres habían fallado, que su clan había perdido vidas. Buenos guerreros que el Clan O'Cain no podía permitirse perder. Si sus hombres no podían asaltar y reclamar su botín con éxito, Dougall se vería obligado a realizar las incursiones él mismo. No es que le importara tal hazaña. Hacía tiempo que no tenía una buena y sangrienta batalla con espadas contra un clan rival. Y nada le gustaría más que cortarle la cabeza a Boyd Macleod, para comprobar por sí mismo si era inmortal como todos en las Highlands creían que era.

—Mi laird, fuimos atacados. Macleod y algunos de sus hombres nos sorprendieron en Druiminn antes de que pudiéramos escapar. Todos fueron asesinados.

—Parece que tú has sobrevivido —dijo, entrecerrando los ojos hacia el muchacho. Había enviado a algunos de sus mejores hombres, confiado en que regresarían con ganado y quizás algunas muchachas bonitas para calentar las camas de los hombres. Que fueran derrotados una vez más por el bastardo de Macleod era inaceptable.

—Por poco. Me escondí en el bosque y regresé aquí cuando cayó la noche. Los hombres —dijo, limpiándose el rostro como si quisiera borrar de su visión lo que había presenciado—. Fueron asesinados, abatidos sin oportunidad de defenderse. Macleod ordenó que sus cuerpos fueran quemados.

Dougall apretó los puños a los costados. Sin importar cómo planeara usarlos, la idea de que sus hombres fueran asesinados nunca era algo fácil de escuchar. Macleod se estaba volviendo audaz, y era hora de que el antiguo laird muriera. Había escuchado los rumores, por supuesto, de que el laird era inmortal, pero ningún hombre sobrevivía cuando le arrancaban el corazón del pecho y su cabeza era puesta en una pica. Macleod no sería diferente.

—Macleod habló de perder la paciencia con los clanes O'Cain. ¿Crees que incitará una guerra?

Dougall se rió, esperando que así fuera, y si no, entonces él mismo la provocaría. Quería las ricas y fértiles tierras que Macleod poseía. Quería hacer crecer su clan y ser el mayor terrateniente de Escocia. Su gente estaría bien alimentada, feliz de seguir su liderazgo. El tiempo de los Macleod en Druiminn estaba limitado.

—Esa es mi esperanza —dijo, mirando al maltrecho clansman y sintiendo nada más que fastidio por su fracaso—. Y si no lo hace, entonces tendré que hacerlo yo mismo. No sabrá qué lo golpeó cuando haya terminado —dijo Dougall más para sí mismo que para su clansman. Macleod moriría cuando se encontraran en batalla, y nada, ni siquiera los Fae, cambiaría el destino de Macleod. No esta vez.

Macleod estaba de pie junto al muro de piedra del Castillo Druiminn, mirando el océano que golpeaba continuamente contra los muros del castillo abajo. Por la noche, el mar sonaba enojado y molesto. Estaba furioso por lo que estaba sucediendo en sus tierras. El peligro que el clan O'Cain representaba para su gente. Las incursiones, el robo de sus bienes que los mantenían a todos alimentados. No solo robaban su ganado y ovejas, sino que destruían cosechas en sus asaltos. Tenía que parar.

Los O'Cain se estaban volviendo audaces, preparándose para algo, pero no sabía qué, aunque podía adivinarlo.

Querían una guerra. Y guerra tendrían si Dougall O'Cain la necesitaba tanto. El joven laird solo había heredado el año pasado. Boyd supuso que el muchacho inexperto necesitaba demostrar cuán grandes eran sus cojones. Se aseguraría de que se los metieran por la garganta cuando lo matara, aunque solo fuera por su propia diversión. Solo necesitaban atacarlo a él y a su gente una vez más, y se vería obligado a contraatacar, dura y mortalmente.

—¿Boyd?

Interiormente gimió, preparándose para mirar a Maya. Otra distracción que no necesitaba. Junto con su creciente fascinación por la muchacha que lo dejaba distraído cuando necesitaba estar alerta, vigilante y listo para atacar en cualquier momento. Su nombre en sus labios dejaba una punzada de dolor en lo profundo de su pecho, y quería, maldita sea, escucharlo una y otra vez.

La había dejado más temprano esa noche, sabiendo que necesitaba aclarar su mente de los problemas del día. Que ella lo hubiera golpeado y sus palabras después fueron deshonrosas. Nunca había golpeado a una mujer en su vida, ni siquiera en el trasero, y no empezaría ahora.

—Maya, muchacha, ¿qué haces fuera tan tarde? Pensé que te habías ido a la cama hace horas.

Ella se apoyó en el muro de piedra, mirando las olas abajo. Instintivamente, él dio un paso hacia ella, el pensamiento de que cayera a su muerte provocando miedo en su alma.

—No podía dormir. Seguía pensando en lo que te hice. Siento haberte golpeado —dijo,

mirándolo rápidamente.

Él sonrió, tratando de disipar la desesperación que leía en sus ojos.

—No te preocupes, muchacha. Mi piel es tan dura como el cuero. No me hiciste daño, pero yo también debería disculparme. Nunca te golpearía, muchacha. Espero que lo sepas.

Ella lo observó un momento antes de volver a mirar el océano negro como la tinta.

—Puede que no te conozca desde hace mucho, pero sé que eso es cierto —Suspiró, el sonido se perdió—. Sigo pensando en casa, y si el tapiz no funcionara, si no me enviara de vuelta, entonces ¿qué? ¿Qué haré?

—Te quedarás aquí conmigo —No la enviaría lejos, incluso si nunca fuera a tenerla para calentar su cama. No podía hacer eso a una mujer sin familia o clan que la protegiera.

—¿Me dejarías vivir aquí contigo? ¿Para siempre? —Lo observó un momento, sonriendo un poco—. Tienes un corazón amable, Macleod. ¿Estás seguro de que quieres que sepa eso de ti?

Se movió inquieto, no muy seguro de que le gustara el término. Tener un corazón bondadoso no sonaba fuerte ni guerrero en absoluto. Sonaba inglés, débil y frágil. —No confundas quién soy, muchacha. No tengo corazón. Ya no —No desde que los Fae le habían arrebatado a su esposa hacía cien años.

—Mientes, pero guardaré tu secreto —le sonrió ligeramente—. Gracias por dejarme quedar aquí. Aunque yo envejeceré mientras tú permaneces joven, y siempre envidiaré tu buen aspecto mientras el mío me abandona.

Boyd no había pensado en eso. Por Dios, si Maya se quedaba atrapada aquí por el resto de su vida, envejecería y, con el tiempo, moriría. La idea de que la dulce rosa inglesa envejeciera mientras él no lo hacía le revolvió el estómago. Por supuesto, ya había perdido amigos de esa manera antes. A sus 127 años de edad, eso pasaba, pero algo en ver a Maya envejecer y partir le perturbaba más de lo que nunca antes le había sucedido.

¿Qué significaba eso?

—Encontraremos la manera de llevarte a casa, muchacha. No te preocupes.

—¿Y qué hay de ti? ¿Has pensado más en encontrar una dulce muchacha escocesa a quien puedas amar para romper la maldición? ¿No crees que ya es hora?

Entrecerró los ojos, reflexionando sobre sus palabras y sin ganas de tener esa conversación. —¿Qué sabes del Clan Macleod en tu época? Dímelo.

Ella apoyó su pequeño trasero contra el muro de piedra y se cruzó de brazos. Sus dientes blancos y rectos mordieron su labio inferior, y su miembro se agitó en sus calzones. Se sentó sobre el muro y se concentró en el castillo de piedra frente a ellos, una torre de fortaleza de sólida roca, un recordatorio de su poder y capacidad para negarse a sí mismo a la muchacha a su lado.

—Hay descendientes, un Laird Macleod en mi época, así que debes tener hijos en algún momento. Ojalá pudiera decirte quién es la que rompe la maldición para ti, pero no lo sé. Pero se rumorea que tu familia tiene dones —Miró hacia las estrellas, sus luces parpadeantes

reflejándose en sus ojos. Era una muchacha hermosa. Dulce y amable. Podía verse a sí mismo cortejando a una mujer así.

—¿Qué clase de dones? —preguntó, sabiendo que aparte de su inmortalidad, no había dones para los Macleod. Solo maldiciones. Ver a todos a tu alrededor envejecer, año tras año, no era ninguna recompensa.

—No llevaba mucho tiempo trabajando en el castillo, así que no lo sé exactamente.

—Trabajabas en el castillo. ¿Cuál era tu función?

Ella soltó una risita, encontrando su mirada. —Era limpiadora, una criada. Solo llevaba un par de semanas trabajando allí antes de que... antes de que —agitó los brazos hacia el castillo— todo esto sucediera.

—Una mujer tan hermosa e inteligente como tú no debería estar sirviendo al laird. Deberías estar sentada a su lado. Casada con él.

Ella soltó una carcajada, y él frunció el ceño. —No pretendo que mis palabras sean divertidas, muchacha.

Ella seguía riendo. —Lo siento, pero no. No soy mejor que nadie más, y me gusta trabajar como limpiadora para la finca. Conozco a tanta gente de todo el mundo, visitando y disfrutando de las Tierras Altas escocesas. Aunque sería encantador estar casada con el actual Laird Macleod, ya está comprometido. Me temo que tendré que admirarlo desde lejos.

¿Admirarlo? —Hablas en una lengua extraña, muchacha.

—Solo quiero decir —continuó— que es guapo, y aunque disfruto viéndolo cuando tenemos la suerte de vislumbrarlo, no voy a intentar robárselo a su esposa. Amo mi trabajo, y me gustaría volver a él si alguna vez tengo la suerte de regresar a casa.

Boyd la estudió. La época de la que hablaba parecía extraña e irreal. No podía imaginar el castillo con alguien más que él viviendo dentro de sus muros. —¿Cómo es Escocia? ¿Ya hemos reclamado nuestra independencia, muchacha?

Ella le lanzó una mirada dudosa, insegura de cómo responder a tal pregunta, especialmente cuando sabía que no le gustaría lo que le dijera. —Hubo una votación hace unos años, pero desafortunadamente, Escocia decidió permanecer como parte del Reino Unido.

—¿Por la sangre de los dioses!, ¿qué? —Boyd se puso de pie, con el ceño profundamente fruncido—. ¿Tuvimos una oportunidad de independencia, de liberarnos del reinado de terror inglés, y no la aprovechamos?

Maya se levantó, acercándose a él y posando una mano sobre su brazo. Su rostro había palidecido, y ella nunca había visto a nadie verse tan enfermo tan rápidamente. —El país tiene su propio parlamento, así que no es tan malo.

Él no parecía convencido, y ella supuso que no lo estaría. Escuchar tal cosa, sabiendo que sus clanes, todos los escoceses vivos hoy, amarían ser libres de Inglaterra. Oír que su patria votó por quedarse sería como una puñalada en su corazón. El suyo se compadeció de él. —Estoy segura de que algún día Escocia será libre. Pero los tiempos son muy diferentes a como son ahora. No

hay guerras entre clanes, no las ha habido durante cientos de años. Escocia es pacífica, uno de los lugares más hermosos y más visitados del planeta. Inglaterra ya no busca la guerra. Creo que si la vieras, te gustaría la Escocia de mi época. En lo que se ha convertido tu Escocia.

Tan hermosa, agreste y mágica como el hombre que tenía delante. ¿Qué no había que amar en eso?

CAPÍTULO QUINCE

MAYA BAJÓ a la Gran Sala la mañana siguiente, tarde después de su charla nocturna con el laird. Una conversación que recordaría y atesoraría para siempre cuando pensara en ella. Que él estuviera interesado en su época y pensara que debería estar casada con el actual Laird Macleod era un cumplido que pocas mujeres no considerarían dulce.

Lo vio sentado en el estrado, recostado en su silla, con un pie perezosamente apoyado sobre la mesa.

Parecía haber terminado su desayuno, pero seguía observando a sus hombres y mujeres del clan que estaban sentados comiendo, rompiendo el ayuno. Maya se dirigió hacia él, reprimiendo e ignorando el aleteo que siempre surgía en su interior cuando lo veía. Últimamente, y especialmente después de su beso, su atracción por él había crecido. Su esperanza de poder ayudarlo a encontrar el amor y romper la maldición parecía un sueño inalcanzable, así que tendría que conformarse con pasar el tiempo, disfrutando de su compañía como amigos y esperando que le concediera uno o dos besos más de los deliciosos que daba.

Su mirada se apartó de la sala y se posó en ella, sus ojos oscuros y entornados observando cada uno de sus pasos.

Maya tomó una profunda y calmante respiración. Nunca había reaccionado ante un hombre como reaccionaba ante este laird. Sus ojos, oscuros y hambrientos, contenían promesas de noches de placer. Tenía pocas dudas de que las mujeres que vivían bajo su cuidado aquí en Druiminn lo consideraran atractivo. Ella lo encontraba ardiente como el infierno. Su mandíbula y pómulos cincelados eran suficientes para hacer que una mujer quisiera tocarlos. Siempre lucía un poco de barba sobre la línea de la mandíbula, dándole una apariencia ruda y peligrosa. Sus dedos se crisparon a los costados, y apretó los puños para calmarlos.

Tragó saliva, sin poder creer del todo que el poderoso laird la hubiera besado. *A ella*. Una mujer inglesa normal sin ninguna experiencia o posición particular en el mundo. Solo una persona normal como tantas otras, pero Boyd Macleod la había atraído a sus brazos y la había besado.

Era realmente maravilloso.

Maya reprimió una sonrisa ante sus pensamientos caprichosos mientras subía al estrado. Él se

giró en su silla, mirándola de frente.

—Buenos días, muchacha. Te ves hermosa hoy.

Maya miró su saya amarilla y no creyó que el color favoreciera su piel pálida, pero sonrió de todos modos, gustándole que a él le gustara su vestido.

—Gracias. Y tú te ves muy relajado esta mañana.

—Tengo varios arrendatarios que vienen a verme hoy, solicitando una audiencia sobre asuntos de mis tierras. Pensé que tal vez te gustaría sentarte conmigo y observar.

—¿En serio? —preguntó, partiendo un poco de pan que una criada colocó frente a ella antes de sumergirlo en un cuenco de gachas que había llegado a gustarle más de lo que pensaba. Especialmente cuando parecía pegamento blanco con trozos, nada parecido a las gachas que comía en su época.

—Te daría la oportunidad de ver lo que hago por mi gente, tratar de detener cualquier desacuerdo de los campesinos de las afueras que siembran y cuidan mi tierra.

Maya no pudo contener la sonrisa que estalló en su rostro.

—Me encantaría sentarme y escuchar. Estando atrapada en esta época contigo y tu gente, quiero que sepas que lo estoy disfrutando mucho más de lo que pensé que lo haría.

Él le lanzó una sonrisa torcida. Ella suspiró, sabiendo lo fácil que sería caer en la lujuria por el hombre que, con una sola mirada, podía hacer que las mujeres se levantaran las faldas.

—¿No pensabas que disfrutarías viviendo aquí en Druiminn? ¿Qué te preocupaba tanto?

Ella se rió, masticando su pan.

—Además del hecho de que no hay inodoros, ni duchas, ni papel higiénico? Esas son solo algunas cosas para empezar. Sin mencionar que no hay desodorante.

Él quitó las piernas de la mesa y se giró completamente para mirarla de frente.

—Aunque no pretendo saber qué son esas cosas, el desodorante me intriga.

Su acento hizo que la palabra fuera casi irreconocible, y Maya se rió, inclinándose hacia él.

—Lo rocías bajo tus brazos, para que no apestes.

Él frunció el ceño, olfateando su axila.

—Espero no apestar.

—Oh, no, hueles encantador.

Maya se quedó paralizada cuando las palabras se escaparon de sus labios antes de que pudiera retenerlas. El calor le quemó las mejillas, y supo que no había forma de detener el rubor que cubría su rostro.

—¿De verdad? —Su tono era persuasivo y encantador—. ¿Huelo bien, dices, muchacha? Bueno... —dijo, con la cabeza demasiado cerca de la de ella. Su aliento le hizo cosquillas en el oído, y ella jadeó cuando sus labios rozaron el borde de su oreja—. Tú hueles tan fresca como la lluvia en una fría mañana de las Highlands, tan dulce como una rosa recién florecida. —Respiró profundamente junto a ella y no se apresuró a alejarse.

Maya no podía moverse, ni quería hacerlo. Si era honesta consigo misma, había deseado

escuchar tales cosas de sus labios, que la besara de nuevo. Lo anhelaba casi tanto como anhelaba el café.

Su mano se extendió, posándose sobre la pierna larga y musculosa de él y los suaves pantalones de cuero que llevaba. Su atención se dirigió rápidamente al clan, que desayunaba frente a ellos, y se sintió aliviada al notar que nadie sabía lo que estaba sucediendo en el estrado. Fue el turno de Boyd de quedarse quieto, su aliento caliente y pesado.

—¿Qué estás haciendo, muchacha?

Ella lo enfrentó, colocándolos nariz con nariz.

—Tocándote.

Sus fosas nasales se dilataron, un músculo en su mandíbula se movió, antes de que él echara su silla hacia atrás, poniéndose de pie.

—¡Eric, preparémonos para los arrendatarios! —gritó al joven que a menudo acompañaba a Boyd. Su secretario o escudero, supuso ella.

Maya exhaló un suspiro de decepción, extrañando ya la sensación de su cuerpo bajo su mano. Lo escuchó hablar con sus hombres del clan, observó cómo sus hombres organizaban sillas y la sala para acomodar a quienes asistirían hoy. Mientras la sala se dividía en filas de asientos, frente al estrado, supuso que Boyd se sentaría aquí cuando discutiera sus quejas o ideas, sea lo que fuera que hicieran durante estos eventos.

—Maya, muchacha, buenos días —dijo Jeane sentándose a su lado con las mejillas sonrosadas. Maya frunció el ceño y, alargando la mano hacia el cabello de Jeane, sacó una larga brizna de paja. Se la mostró a Jeane con una sonrisa pícar—. ¿Una noche larga? —preguntó, sonriendo aún más cuando las mejillas de Jeane se tornaron de un tono aún más rojo.

—Calla, muchacha. Si Boyd se entera, se armará un escándalo. Él cree que nunca volveré a casarme, pero ese no es el caso, no cuando el endiabladamente guapo Douglas Albany me besa como lo hace.

—¿De verdad? —dijo Maya, feliz por su única amiga. Echó un vistazo al pasillo y vio al hombre en cuestión observando a su muchacha escocesa con nada más que devoción en sus ojos.

—Parece un buen hombre, Jeane —Maya apretó las manos de Jeane en señal de apoyo—. Me alegro por ti.

—Gracias. Yo también estoy feliz, por primera vez en lo que parecen años.

Maya sirvió dos copas de vino con miel, entregándole una a Jeane.

—¿Crees que te casarás con él?

—Me lo ha pedido y he dicho que sí. Solo tengo que decírselo a Boyd. Espero que lo apruebe.

—No puedo imaginar que lo desapruebe. Son amigos, ¿no es así?

—Aye, lo son, pero Boyd no lo esperará de mí, y le preocupará que vuelva a sufrir si algo le sucediera a Douglas. Considerando que Douglas es el jefe de la guardia de Boyd.

—Esperemos que nunca les pase nada ni a Douglas ni a ti, y que Boyd lo apruebe —Maya

terminó su desayuno, y hablaron de volver a las piscinas de baño si Boyd estaba de acuerdo. Aunque Boyd decía que olía a rosas, Maya no creía que ese fuera el caso. Hablaron de los granjeros que vendrían hoy y cuánto tiempo llevaría eso. Cuando terminaron, Boyd estaba listo para sentarse de nuevo a su lado y comenzar su día.

Jeane se excusó, y Maya observó tan discretamente como pudo junto a la puerta del salón cómo Douglas y Jeane se despedían para el día.

Echó un vistazo a Boyd para ver hacia dónde miraba, pero él la estaba observando a ella. Maya se sobresaltó, sin haber esperado que la estuviera mirando. O la chispa de deseo que se encendía cada vez que él estaba cerca la hacía querer hacer cosas con él, sin importar quién estuviera alrededor.

—Conozco sus asuntos, Maya muchacha. No te molestes en tratar de mentir por mi prima.

El alivio la recorrió como un bálsamo.

—Oh, gracias a Dios —dijo suspirando—. No quería mentirte ya que has sido tan bueno conmigo, pero me alegro de que lo sepas.

—Como te dije, muchacha, no hay nada que suceda en este castillo o en mis tierras que yo no sepa.

Las puertas del salón se abrieron y entraron todos los granjeros, jóvenes y viejos, que tenían asuntos con el laird. Vestían túnicas gastadas y calzas manchadas por su trabajo en la tierra. Sus esposas, que los seguían, estaban un poco menos desaliñadas. Aun así, era evidente su condición de clase más baja del clan.

Maya se compadeció de ellos, y estaba muy agradecida de que en su época, al menos, la gente pudiera obtener ayuda cuando vivía en el umbral de la pobreza. Quizás podría hablar con Boyd e intentar que mejorara las condiciones de vida de su gente. Ayudarlos a tener una mejor calidad de vida.

Los granjeros se alinearon uno detrás de otro, sus miradas alternando entre Boyd y ella, y Maya pudo ver que su presencia sentada junto al laird les resultaba de interés.

—Gregory, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó Boyd al primer caballero. El hombre mayor, posiblemente en sus sesenta y tantos años, dio un paso adelante y señaló a Maya con un dedo nudoso.

—Puedes empezar por librar las tierras de los Macleod de esa bruja. Su presencia aquí nos ha traído mala suerte a todos.

Maya sintió que su boca se abría de par en par. Boyd se quedó inmóvil, y ningún sonido se escuchó en el Gran Salón. Boyd se inclinó hacia adelante, y aun desde donde Maya estaba sentada, podía sentir su ira, que estaba conteniendo su furia. No se atrevía a moverse ni a hablar. Tampoco podía dejar de mirarlo en todo su esplendor, un laird de las Highlands, salido directamente de los libros de historia, poderoso, fuerte y al mando de todo lo que ordenaba.

Era cautivador y aterrador como el infierno.

—¿Qué has dicho, Gregory? Quizás te gustaría repetir tu pregunta antes de que te dé mi

respuesta.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LOS MIEMBROS del clan se reunieron, gritando en gaélico, otros en inglés, pero nada de lo que decían presagiaba nada bueno para Maya. De eso estaba segura. Los granjeros levantaban los brazos, gesticulando hacia los miembros del clan que estaban a los lados, todos inquietos por lo que se decía, algunos en contra, otros a favor de la acusación de que era una bruja y traía mala suerte al clan.

El miedo la atravesó cuando Gregory, el granjero que la había acusado, dio un paso adelante, atreviéndose a apoyarse en la mesa y gritarle en la cara.

En un instante, una hoja, larga y certera, estaba en la garganta del granjero, con un hilillo de sangre brotando de su punta. La sala quedó en silencio ante la visión de Boyd sosteniendo al hombre a un paso de la muerte.

—Habrà calma aquí —bramó en gaélico y en inglés.

Los ojos del granjero estaban abiertos de par en par, su boca torcida en un gesto desafiante, y Maya se preguntó si sería lo suficientemente tonto como para continuar con su acusación.

—Mis gallinas han desaparecido, Macleod. ¿Cómo explicas algo así? —gritó una mujer.

—Mis cosechas están pisoteadas, arrancadas de la noche a la mañana, y sin señal alguna de que fueran hombres o sus caballos. Es como si hubieran venido del cielo —declaró otro.

Sus rostros estaban pálidos, y Maya podía ver que creían que algo sobrenatural estaba afectando sus vidas. Después de lo que le había sucedido a ella, su propio viaje a través del tiempo, nada parecía fuera de lo común ya.

Boyd retiró su daga de la garganta del granjero, empujándolo. El hombre mayor tropezó entre la multitud reunida, llevándose la mano a la herida para detener el flujo de sangre que manaba.

—Estoy dispuesto a escucharos, pero no penséis que toleraré faltas de respeto a mi invitada o a mi autoridad. No somos una chusma como nuestros clanes enemigos, peleando entre nosotros. No actuamos así. Recordaremos quiénes somos y lo que representa nuestro clan.

Maya no se atrevió a decir una palabra. Todos parecían tan molestos por su presencia, y solo confirmaba que no podía quedarse. Incluso si estaba un poco encaprichada y sentía lujuria por el laird, este tiempo no era para ella. Si la consideraban una bruja, ¿qué pensarían si supieran que había llegado de un tiempo futuro que ninguno de ellos podía comprender?

Era extraño que no parecieran temer a su laird, un hombre que ni envejecía ni podía morir. Solo podía atribuirlo al hecho de que quizás la gente bajo el cuidado de Boyd solo podía soportar cierta cantidad de magia en sus vidas. Que los Fae interfirieran en sus vidas escocesas era una cosa, pero viajar en el tiempo era algo completamente distinto.

—Maya no es el problema —afirmó Boyd, su voz calmada pero con un tono acerado que incluso ella pudo discernir—. Si vuestros animales han estado muriendo o desapareciendo durante la noche, si vuestras cosechas están pisoteadas y arrancadas, es porque el clan O'Cain está decidido a comenzar una guerra. Hemos atrapado a sus miembros dos veces en nuestras tierras, la última vez no lejos del castillo mismo. Si son lo suficientemente audaces para intentar robar bajo mis narices, no tendrán ningún problema en robar de las granjas en las tierras periféricas de los Macleod.

Los granjeros y algunos miembros del clan que también mostraban preocupación por su presencia asimilaron las palabras de Boyd, entrecerrando los ojos pensativamente. La sala se calmó un poco. Aun así, Maya mantuvo la mirada baja, tratando de mostrar a la gente que no pretendía hacerles daño, que no era su presencia la que causaba los problemas.

—Lo que no he dicho a mi gente es que la Reina Fae ha regresado. Después de cien años, está buscando causar discordia. Entre los Fae y los O'Cains, tengo pocas dudas sobre quién está detrás de vuestra desgracia.

Se oyeron jadeos audibles, los ojos de las mujeres se abrieron de miedo. Maya deseó poder acercarse a ellas, consolarlas en su preocupación, pero no se atrevió. En ese momento, Boyd y ella estaban en desventaja numérica, y si no les gustaban o no estaban de acuerdo con las palabras del laird, no estaba segura de en qué situación los dejaría.

Probablemente muertos. Al menos ella lo estaría. Boyd no podía ser asesinado.

—La muchacha Maya no es una bruja, pero está siendo burlada por los Fae, por razones que desconozco. Pero lo averiguaré. En cuanto a vuestras granjas, enviaré hombres a nuestras tierras de cultivo para vigilaros y manteneros a salvo y libres de robos y conflictos. Vuestras preocupaciones han sido escuchadas, y no permitiré que os ocurra ningún daño más. No os preocupéis, no os fallaré de nuevo.

El discurso de Boyd pareció calmar a los miembros del clan, granjeros y soldados por igual. Maya se limpió el sudor de las palmas en su vestido, respirando profundamente para disipar los nervios que le carcomían por dentro.

—Todo estará bien, muchacha. No te preocupes —dijo Boyd, mirándola a los ojos antes de volverse hacia la multitud reunida frente a ellos—. Ahora, ¿hay algo más que necesite ser discutido? Si es así, acercaos y hablad conmigo.

El clan se dispersó un poco después del anuncio de Boyd. Sin embargo, algunos granjeros permanecieron y se acercaron al laird para contarle sus problemas. Iban desde pedir que dos familias se unieran en matrimonio, disputas entre granjeros que no tenían nada que ver con Maya, afortunadamente, hasta cabañas que necesitaban reparaciones, nuevos techos de paja antes

de que las tormentas de nieve invernales se asentaran en las Highlands. De niños enfermos que necesitaban atención.

Mientras escuchaba, Maya observó cómo Boyd ordenaba a sus hombres que llevaran a cabo las reparaciones o enviaran al boticario. Cada problema o petición fue atendido a satisfacción de los granjeros. Maya no creía que siempre fuera así, que los lairds de grandes tierras como los Macleods cuidaran tan bien de su gente, pero se alegró de que Boyd pareciera dispuesto a ser un líder justo y bondadoso para su pueblo. Incluso después de los problemas cuando hablaron por primera vez.

Lo hacía aún más inspirador.

Las discusiones duraron varias horas, y era poco después del almuerzo cuando el último granjero abandonó el salón. Boyd se puso de pie, se estiró y pidió vino en su solar. —Te veré en la cena, muchacha. Hay un montón de correspondencia que debo atender.

Ella asintió, viéndolo marcharse justo cuando Jeane entraba en el salón. —Maya, muchacha. Ven, tengo una sorpresa para ti.

Maya se levantó, con los huesos doloridos, el trasero casi entumecido después de tantas horas sentada, demasiado contenta de ir con Jeane a ver su sorpresa. Con suerte, sería un masaje de una hora. Cómo le encantaría tener uno de esos ahora mismo. Un día, se prometió a sí misma. Cuando regresara a su propio tiempo en el mundo. Un día de spa sonaba perfecto.

Boyd leyó la correspondencia de varios clanes aliados, todos los cuales expresaban sus problemas con los O'Cain y los crecientes asaltos y robos del clan.

No podía continuar así. Boyd había tenido suerte de que hasta la fecha, nadie hubiera muerto aparte de los O'Cain en sus tierras, pero sabía que esa suerte no duraría mucho. Eventualmente, perdería hombres, mujeres y niños, quizás a manos del clan bastardo, y eso no podía permitir que sucediera. Los O'Cain serían sometidos.

Douglas entró a grandes zancadas en su solar, y Boyd se puso de pie, notando el rostro pálido del hombre.

—¿Qué sucede? —preguntó Boyd, sabiendo que algo andaba mal.

—Son Jeane y Maya. Han desaparecido. No podemos encontrarlas por ninguna parte.

Boyd tomó su espada y su manta, lanzando el tartán de lana sobre sus hombros, y salió a grandes pasos de la habitación. Los pensamientos de que los hombres de O'Cain tuvieran a Maya y a su prima hacían que la sangre en sus venas se helara. Las violarían y las matarían, las usarían para sus fechorías, y no les importaría cuánto las torturaran antes de despojarlas de su envoltura mortal.

Atravesó el salón, salió directamente al patio del castillo, llamando a sus hombres para que ensillaran caballos y salieran en busca de las mujeres.

Si los O'Cain no las mataban a ambas, seguramente él lo haría cuando les pusiera las manos encima. Sabían que no debían ir a ninguna parte sin su escolta. ¿Cómo se atrevían a desobedecer sus órdenes por segunda vez?

—Busquen cerca de las piscinas termales, en Druiminn y a lo largo del río. Tal vez hayan ido a bañarse o a visitar a algunos de los campesinos en las tierras. Tráiganlas de vuelta al castillo. Me ocuparé de ellas aquí.

Boyd montó su caballo, espoleándolo para que galopara fuera de las puertas, y comenzó a bajar por el río. No se oía más que los cascos del caballo rompiendo el suelo bajo él, su pesada respiración a medida que avanzaba.

Lo que pareció horas pasó, la tarde se oscureció, y supo que pronto se quedarían sin luz. Que si Maya y Jeane estaban en algún lugar de las Tierras Altas, no podrían buscarlas hasta el amanecer.

Regresó al castillo con la noticia de que no habían vuelto. Saltó de su caballo, con el pánico creciendo en sus entrañas.

¿Dónde demonios estaban esas malditas mujeres?

—Cabalgamos hacia las tierras de los O'Cain, pero no hay señales de que hayan estado en nuestras tierras. Algunos granjeros de las afueras que regresaban después de la audiencia de hoy no han visto a ninguna de las damas —dijo Thomas, con el ceño fruncido.

Boyd se pasó una mano por el pelo, sin saber qué hacer. ¿Qué más podía hacer? Se sentía impotente en situaciones como esta. Si las muchachas se habían ido y se habían metido en problemas, podrían estar en cualquier parte a estas alturas, si es que no estaban ya muertas.

—No estaban cerca de las piscinas termales. —Douglas parecía tan enfermo como Boyd se sentía. Malditas mujeres tontas. ¿Nunca aprendería Jeane a hacer lo que se le decía? En cuanto a Maya, era tan tenaz y obstinada como su prima.

Les pondría el trasero colorado a ambas cuando las viera de nuevo.

Si es que las vuelves a ver.

Apartó la voz burlona en su cabeza. No dispuesto a contemplar tal pensamiento.

Risas y charlas de mujeres llamaron su atención, y se volvió para ver a Maya y Jeane subir las escaleras que conducían a la costa que el castillo dominaba.

Todos los presentes en el patio, sirvientes y miembros del clan por igual, miraban a las mujeres, las dos completamente ajenas a la preocupación del clan mientras continuaban caminando y charlando como viejas taberneras.

Boyd cruzó los brazos, mirándolas fijamente hasta que lo vieron. Ambas mujeres se encontraron con su mirada, sus sonrisas desapareciendo al darse cuenta de que el clan las observaba. Nadie presente estaba complacido con cómo habían pasado la tarde buscando a dos muchachas insensatas.

—¿Sucedo algo, Boyd? —preguntó Jeane, rodeando con su brazo el de Maya como para protegerla de él.

—Id a vuestras habitaciones, las dos. Hablaré con vosotras antes de que rompamos el ayuno esta noche.

Los grandes ojos azules de Maya se encontraron con los suyos, y pudo ver que estaba tan

confundida como su prima. Nada de eso importaba ahora. La ira palpitaba en él ante el pensamiento de que lo habían desobedecido por segunda vez. Que se habían puesto en peligro todavía mantenía sus emociones al límite. ¿Cómo podía mantenerlas a salvo cuando ambas continuaban actuando por su cuenta y desafiando sus reglas?

No es que hubieran hecho algo malo por lo que parecía. Ambas estaban perfectamente bien abajo en el mar en esa parte de los terrenos del castillo. Su ira surgía del hecho de que no sabía dónde estaban. Que podría haber perdido a Maya antes de llegar a conocerla tanto como anhelaba.

Su atracción por la muchacha era imposible de negar. Había días en los que no pensaba en nada más que en Maya. En sus largos cabellos oscuros tan diferentes a los suyos. Su figura esbelta que su saya acentuaba de manera muy agradable. Incluso la culpa que surgía en él con sus pensamientos lujuriosos no se había materializado últimamente. ¿Significaba que estaba listo para seguir adelante? Tal vez nunca volvería a amar, pero al menos podría encontrar consuelo en los brazos de una mujer después de tantos años de soledad.

Sorcha había sido una esposa apasionada, hermosa y cariñosa. Durante años había calmado su alma gritona con la idea de que ella le sería fiel, que no se habría casado con un ser de su especie. Incluso ahora, el pensamiento de tal cosa le revolvía el estómago, y sin embargo, sabía que lo habría hecho. Cien años era mucho tiempo para permanecer casto, para seguir adelante sin pasión y amor.

Boyd no estaba tan seguro de poder hacerlo por más tiempo.

CAPÍTULO DIECISIETE

MAYA ESTABA HELADA después de caminar por la costa rocosa que el castillo Druiminn dominaba. Habían buscado en los pequeños estanques que quedaban llenos de agua durante la marea baja, en busca de cangrejos y pececillos, conchas y madera flotante, cualquier cosa que llamara su atención.

La tarde había sido agradable, llena de risas y diversión. Sin embargo, sus pies estaban tan fríos como un bloque de hielo, y si los acercaba más al fuego, podrían prenderse. Aun así, seguían fríos hasta el punto de que le dolían los dedos.

Las llamas danzantes le recordaban a Boyd y su temperamento ardiente. ¿Qué le pasaba a ese hombre? No habían salido de los terrenos del castillo. Durante toda la tarde habían estado a la vista de un guardia que los vigilaba.

Su enfado al verlos subir las escaleras de piedra para entrar en el patio no tenía sentido alguno.

Se oyeron pasos en el pasillo de madera antes de que sonara un ligero golpe.

—Adelante —dijo ella, sabiendo por los pasos que era Boyd. Él entró, cerrando la puerta tras de sí. Sus ojos verde oscuro recorrieron la habitación antes de posarse en ella.

—¿Tienes frío, muchacha? —preguntó, acortando la distancia entre ellos. Se arrodilló a su lado, tomando sus pies—. Están helados.

Ella jadeó cuando él los colocó sobre sus piernas y frotó su piel con vigor. Sus manos grandes y ásperas enviaron una espiral de calor a través de ella, y no solo a sus dedos. Maya no pudo contener la pequeña sonrisa de placer que su toque le provocaba.

—Estábamos caminando por las aguas poco profundas mientras la marea estaba baja. Buscaba peces y cangrejos. Cuando el sol se ocultó tras las nubes y luego tras las montañas, ni qué decir que se volvió demasiado frío para quedarse fuera. Se calentarán pronto, estoy segura.

—Vas a coger una pulmonía.

Ella observó cómo él evitaba su mirada, y no pudo evitar preguntarse por qué. Aunque nunca había sido muy consciente de los hombres o de cómo interpretarlos, Boyd no era como la mayoría. Era un highlander, llevaba su protección hacia los demás como una insignia de honor, y su preocupación por ella era genuina. Pero el no mirarla, bueno, Maya no podía evitar esperar

que fuera porque mirarla significaría que ella podría ver en las profundidades verdes de sus ojos y leerlo como un libro abierto. Y sus crecientes sentimientos por ella.

Su toque en sus pies cambió, se volvió lánguido. Sus dedos se hundieron en la planta de sus pies, masajeando la carne fría para devolverla a la vida. —Si me haces cosquillas, puede que te patee la nariz. No presiones demasiado fuerte. —Ella le sonrió, y finalmente, él la miró. Fue todo lo que necesitó para entender. Para saber que se estaba escondiendo detrás de su escudo.

Él no dijo una palabra, y no necesitaba hacerlo. Maya deslizó sus piernas fuera de su agarre, acercándose más a él. Él no se movió, ni tampoco la alcanzó, pero ella sabía lo que quería, lo que deseaba.

Boyd.

—Quiero besarte de nuevo —admitió, observando esos mismos labios que la fascinaban, que eran tan suaves como la seda y mortales como el pecado, abrirse un poco con una inhalación. Maya se acercó aún más. Olía a cuero, a hombre y a especias. Se lamió los labios, deseando probarlo. Perderse en sus brazos. Si tan solo se permitiera encontrar un pequeño trozo de placer en su larga vida.

Él se echó hacia atrás, negándose, pero Maya no lo dejaría ir tan rápido. Habían estado jugando a este juego del gato y el ratón durante días. Ella alzó la mano, sujetando su mandíbula con barba incipiente. El dolor brilló en sus ojos, y ella supo que estaba librando una guerra interna, una promesa de permanecer casto, sin amor, sin una mujer que no fuera su esposa.

Puede que él no la amara. Demonios, ella ciertamente no creía que lo que estaba sintiendo ahora se acercara ni remotamente al amor, pero le gustaba Boyd. Ciertamente sentía lujuria por él, y era una mujer del siglo XXI. Si quería a un hombre, nada le impedía ir por él siempre y cuando él estuviera dispuesto.

Cada vez que veía a Boyd por el castillo, se le cortaba la respiración, su mente divagaba con la idea de que él perdiera el control con ella en sus brazos. Había venido a su habitación para reprenderla, estaba segura, pero hasta ahora, no había dicho una palabra.

—No me niegues de nuevo —susurró, sus labios casi tocando los de él. Podía sentir su aliento temblar sobre sus labios. Su necesidad era palpable. La expectación corría por ella como fuego líquido. Cada músculo en el cuerpo de él se tensó, y aun así, no la alcanzó. Luchó hasta el final por no tenerla. Por no hacerla suya.

Boyd se arrancó del agarre de Maya y salió furioso de la habitación. Su puerta golpeó contra la pared de piedra al salir. Las antorchas iluminaron su camino mientras huía ciegamente hacia sus aposentos como un inglés perseguido por un escocés. Qué irónico que fuera una muchacha inglesa, una sassenach, quien lo perseguía ahora.

Hasta lo más profundo de su ser, sabía que no podía negársele. Porque era su deseo tanto como el de ella. Cerró los ojos, cerrando su puerta de golpe, desplomándose contra ella como si quisiera mantener sus necesidades al otro lado. A raya, aunque fuera por una noche más.

No sirvió de nada. La anhelaba. Quería reclamarla. Por Dios, quería poseerla hasta perderse

en su calor, hasta que ella gritara su nombre en la noche de las Highlands. Besar sus pechos, besar el dulce calor líquido entre sus piernas.

Gimió, se arrancó la túnica y tropezó hacia la palangana de agua en su habitación, salpicándose la cara con agua, cualquier cosa para librarse de las llamas que recorrían su piel.

—¿Boyd?

Él se aferró a la mesa de madera, cerrando los ojos, obligándose a no moverse. —¿Qué haces aquí, muchacha? Vete ahora, antes de que sea demasiado tarde.

Su mano, ligera como una pluma, recorrió su espalda, siguiendo una cicatriz que había ganado de niño durante una de sus primeras escaramuzas con los O'Cain.

—Ya es demasiado tarde —susurró ella, el roce de sus labios sobre su columna fue su perdición.

Se volvió, atrayéndola hacia sí con fuerza, aplastando su boca contra sus labios con una necesidad castigadora. Su boca, suave y dispuesta, se movió, se abrió como una flor y lo llevó a un lugar en el que nunca pensó volver a estar.

En los brazos de otra mujer.

Boyd la levantó en vilo, cubriendo la distancia hasta su cama en solo unos pasos. No rompió el beso, necesitando saber que ella sería suya al menos esta noche. Lo que sucediera después era tan desconocido como el futuro, pero ahora, en este preciso momento, nunca deseó dejarla ir.

La depositó en la cama, retrocediendo para desatar el cinturón de cuero que sujetaba sus calzones. Estos cayeron al suelo con un ruido metálico.

Los ojos de Maya se abrieron de par en par, deslizándose sobre él, sus mejillas enrojeciendo hasta adquirir un tono rosado. El placer se extendió por sus facciones, y a él le complació que le gustara lo que veía. Que no se intimidara por su tamaño.

Ella se arrodilló en la cama, lamiéndose los labios, y él gimió. Por primera vez en cien años, Boyd se desnudaba ante una mujer. En cuerpo y alma.

Maya extendió la mano, deslizando su dedo a lo largo del impresionante miembro de Boyd.

Vaya. Parpadeó. Dos veces.

Tenía la sospecha de que sería grande, pero esto era seriamente más de lo que jamás había visto antes. Qué maravilloso regalo estaba resultando ser viajar en el tiempo. Porque podría haber sido mucho peor. Podría haber terminado en cualquier lugar, realmente, haber sido asesinada en su primer día en el pasado.

Su interior se estremeció, se contrajo con expectación por lo que estaba a punto de suceder. Una parte de su mente no podía creer que estuviera a punto de tener sexo ardiente y sucio con un highlander escocés. Y no cualquier hombre escocés, sino un laird medieval.

Una fantasía hecha realidad para cualquier mujer con semejante espécimen para hacer lo que quisiera. Su miembro se sacudió, y una pequeña gota de semilla blanca perlada apareció en la punta. Se lamió los labios, abrumada por el impulso de inclinarse, probarlo, tomarlo en su boca. Nunca le había gustado hacer tal cosa a sus amantes en el pasado, pero había algo en Boyd que la

hacía desearlo. El mero pensamiento la hizo retorcerse de necesidad.

Lo rodeó completamente con su mano, notando que sus dedos no llegaban a tocarse, y lo atrajo hacia ella.

Él gruñó.

—¿Te gusta lo que ves, muchacha? —Siseó cuando ella lo acarició por segunda vez.

Maya encontró sus ojos oscuros que prometían retribución por su juego.

—Me gusta mucho.

Tan rápido como un rayo, la sacó de la cama, dándola la vuelta. Una pared de músculo sólido se encontró con su espalda, sus manos deslizándose por su estómago, sus caderas, antes de agarrar su saya con los dedos, subiendo su vestido.

Sus respiraciones entrecortadas susurraban contra su cuello, enviando deliciosos escalofríos por su columna. Esto era demasiado, y apenas habían comenzado. Su mera presencia, el quitarle el vestido, lento y provocador, sus manos jugando sobre su trasero, su estómago, para rozar la parte inferior de sus pechos ya la tenían al borde del clímax.

No haría falta mucho para llevarla al límite.

La humedad se acumulaba entre sus piernas, más de la que había tenido con nadie más en su vida. Y él sabía lo que le estaba haciendo. La tocaba como un instrumento musical, haciéndola ronronear ante su perversa habilidad.

Su vestido se deslizó, y sus dedos se movieron rápidamente para desatar su camisa de algodón antes de que esta también fuera retirada y arrojada a algún lugar detrás de ellos.

Sus labios rozaron su cuello.

—¿Sabes cuánto te deseo, muchacha? ¿Tienes alguna idea de todas las cosas que quiero hacerte?

Su firme miembro le daba una buena idea. Él la rodeó, agarrando sus pechos, sus dedos amasando sus pezones hasta convertirlos en dolorosos picos. Su miembro se deslizó entre sus nalgas, frotándose allí, provocándola de una manera que nunca pensó que sería un punto erógeno para ella. Pero, con Boyd, bueno, todo lo era.

—Voy a hacer que te corras tan fuerte, muchacha, que nunca querrás a otro.

Su respiración se entrecortó cuando él le mordió el cuello, su cuerpo envolviéndola, poseyéndola, teniéndola a su merced. Maya empujó hacia atrás contra él, instándole a continuar.

—Apenas puedo esperar.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

BOYD JAMÁS PENSÓ que se sentiría tan fuera de control como lo estaba ahora. La muchacha le hacía dar vueltas la cabeza; su disposición a estar con él, a perseguirlo y exigir lo que quería era como una luz para su llama.

Le besó el cuello, respirando profundamente su dulce aroma floral, lamiendo el contorno de su cuello para ver si sabía tan dulce como olía.

Y así era. Incluso mejor, de hecho.

—No creo que pueda esperar, muchacha.

Ella extendió la mano hacia atrás, sujetando sus caderas y frotándose contra él. Su miembro dolía, sus testículos tan apretados como un puño. Lo dejaría sin hombría antes de que siquiera pudiera hundirse en su suave y acogedora calidez a este ritmo.

—¿A qué estás esperando? —jadeó ella cuando él puso su mano sobre el montículo de rizos entre sus piernas. Boyd frunció el ceño, tocándola, y su curiosidad pudo más que él.

La giró y se arrodilló. Sintió que sus ojos se ensanchaban al ver su sexo. *¿Dónde diablos estaba su mata de rizos?*

—Estás casi calva, muchacha. ¿Qué te has hecho?

Ella se rio, pasando sus dedos por el cabello de él. Él miró hacia arriba, vio la necesidad, la lujuria que ardía en sus ojos azul oscuro. Se le hizo agua la boca de deseo, y supo que estando de rodillas, lo correcto era rendir homenaje a su sexo.

—Me he depilado con cera —sonrió, levantando su barbilla para que la mirara—. Volverá a crecer, especialmente ahora que estoy en el siglo XVI. No hay salones de belleza aquí donde pueda hacer una cita.

Boyd no entendió todo lo que dijo, pero captó el significado. —¿Las mujeres se hacen esto a sí mismas en tu época? ¿Por qué? ¿A los hombres no les gusta una mujer en su forma original y hermosa? —Pasó sus manos por el interior de sus piernas. Podía oler su deseo, terroso y potente, y su miembro se estremeció.

Pronto, se prometió a sí mismo. Pronto la tendría para él.

—A algunos sí. No a todos. —Ella jadeó cuando sus pulgares rozaron su monte de Venus parcialmente depilado. Oh sí, estaba húmeda, lista y necesitada de él.

—Túmbate en la cama, Maya. Quiero verte.

Ella hizo lo que le pidió sin miedo. Se preguntó por un momento si más mujeres en su época eran tan ansiosas, dispuestas a extenderse ante un hombre y dejar que hiciera lo que quisiera. Una época liberadora que, si pudiera viajar en el tiempo, podría resultar interesante de visitar.

La arrastró hacia el borde de la cama. Ella dejó escapar un grito de sorpresa ante su brusquedad antes de colocar sus piernas sobre los hombros de él. Se retorció, aferrándose a las pieles de la cama mientras el pulgar de él se deslizaba sobre su sensible botón.

—¿Te gusta eso?

Ella ronroneó, mirándolo, sus ojos ardiendo de lujuria. —Sí —susurró—. Pero me gustaría más tu boca.

A él también.

Boyd no necesitó más estímulo. Casi desde el primer momento en que vio a la muchacha, supo que terminarían así. Juntos. Dándose placer mutuamente. Lamió el interior de su pierna. Maya se rio, se retorció, ya que la acción le hacía cosquillas.

—Sabes divino —dijo, antes de besar su sexo. Ella se abrió para él como una flor mientras la tomaba con su boca. Estaba húmeda, caliente, con un embriagador aroma de deseo y necesidad. Todas las cosas que lo endurecían, que lo hacían querer levantarse y empalarse en ella hasta que ambos quedaran saciados.

La lamió y besó, la folló con su lengua. Ella gimió, sus dedos hundiéndose en su cabello, atrayéndolo contra ella mientras levantaba sus nalgas, frotándose contra su boca. Tomando tanto como él le daba.

Su respiración se entrecortaba, palabras ininteligibles brotaban de su boca mientras él acariciaba su carne excitada.

Boyd, su cántico favorito de todos.

La palabra llenaba un lugar dentro de él que llevaba mucho tiempo vacío, le daba esperanza, le hacía desear y necesitar cosas como todos los hombres honorables del mundo.

Ella estaba cerca, podía sentirlo, saborearlo en su botón lloroso, pero no podía permitir que llegara al clímax. Aún no. Quería estar con ella cuando se deshiciera. Ser uno y lo mismo.

Boyd se echó hacia atrás, ignorando sus quejidos, sus manos aferrándose a sus hombros, y se colocó sobre ella, frotando su verga contra su coño húmedo e hinchado.

—Oh, sí, joder —jadeó ella, envolviendo sus piernas alrededor de sus caderas e intentando arrastrarlo más cerca.

—Voy a montarte ahora, muchacha. Hacerte mía. Dime que me deseas.

—Te deseo —jadeó. Sus manos subieron y agarraron sus pechos, frotando sus pezones rosados hasta convertirlos en duros picos. Boyd casi se corrió al verla jugar consigo misma.

Tomó un respiro calmante, necesitando satisfacerla antes de tomar su propio placer. Decidido, incluso después de cien años, a ser un buen amante.

—Mmmm —gimió ella cuando empujó la punta de su verga dentro.

Boyd cerró los ojos, forzándose a calmarse. Sus brazos temblaban, su mano guiándose dentro de ella.

—Te sientes tan... —Boyd no pudo encontrar las palabras ni contenerse. Ella estaba demasiado caliente. Demasiado húmeda y apretada. Embistió dentro de ella, empalándola hasta la empuñadura de su verga.

El placer recorrió su columna, llegó a sus testículos y atravesó su cuerpo. Sangre de los dioses, se sentía bien. Demasiado bien.

Ella lo atrajo hacia abajo para besarlo. Sus bocas se fundieron, el beso salvaje y exigente. Él la embistió, una y otra vez, profunda y largamente.

Ella le devolvió el beso, su lengua enredándose con la suya, sus dedos aferrando su cabello, castigadores y fuertes.

—Boyd —jadeó, besando el costado de su boca, su mandíbula, su cuello. Él cerró los ojos, deleitándose en su placer. En el placer de ambos. Quería quedarse así para siempre, en sus brazos, con las emociones alborotadas en su interior.

Plenitud, satisfacción, esperanza.

Ella se frotó contra él, levantó su trasero, y sus testículos se tensaron, exigiendo liberación. Profundizó sus embestidas, la llevó al punto del salvajismo, pero nada podía detenerlo ahora de tomar su placer, de derramar su semilla en su vientre.

Maya besó su hombro, echando la cabeza hacia atrás mientras su coño se apretaba a su alrededor, convulsionando y contrayéndose con los primeros temblores de su liberación. Boyd la montó hasta que ella se quebró. Su grito rasgó el aire, seguramente se escuchó en todo el castillo.

No le importaba. Sus gemidos se mezclaron con los de ella mientras el calor le recorría la columna. Los primeros vestigios de su orgasmo lo atravesaron, haciendo que se le entrecortara la respiración y se le detuviera el corazón. La tomó sin miramientos, bombeando hasta la última gota de su semilla en ella, dejando que su sexo apretado y convulso lo drenara por completo. Exhausto, se desplomó a su lado sobre las pieles, atrayéndola hacia el hueco de su brazo.

Con la respiración entrecortada y los cuerpos húmedos de sudor, miró fijamente al techo, sin recordar que el sexo con una mujer hubiera sido alguna vez tan intenso, ni siquiera cuando estuvo casado.

Frunció el ceño ante esa verdad, por dolorosa que fuera de admitir. Pero le daba esperanzas. Tal vez Maya tuviera razón y fuera hora de romper la maldición. No sabía si la moza en sus brazos sería la honorable que lo liberaría, pero después de hoy, empezaba a pensar que quizás podría serlo.

Nadie en su larga vida lo había conmovido tanto, lo había hecho sentir necesidad como el highlander escocés que una vez fue.

—No te he hecho daño, ¿verdad? —preguntó ella, su risa vibrando contra él mientras su mano se deslizaba por su estómago para jugar con el fino vello de su pecho—. Odiaría haber roto mi nuevo juguete tan pronto.

Él se rio, un sonido despreocupado y sincero. Otro hecho nuevo y extraño de cómo había cambiado desde su llegada.

—No, muchacha. No me has hecho daño en absoluto. Solo dame un minuto y te demostraré que estoy en perfectas condiciones.

Ella le sonrió. Su larga melena castaña se extendía sobre su brazo y la almohada. Su cuerpo largo y esbelto se acurrucaba contra el suyo, su perfecta piel cremosa, pálida y pura contra su piel oscura besada por el sol. Encontró su mirada y algo cambió dentro de él, se agrietó y estalló libre.

—Bien, porque hay tantas cosas que quiero hacer contigo, y solo tenemos un par de meses antes de que me vaya. Hay mucha diversión por delante antes de que me marche.

La atrajo hacia sí, la idea de su partida enviando una punzada de pánico a través de sus entrañas.

—Aye —fue todo lo que pudo responder. El discurso le falló por un momento. La idea de su futuro, tan sombrío y mundano como era antes de que ella aterrizara en el suelo de su salón, le cortó la respiración.

—Mejor continuemos entonces —dijo ella, rodando para sentarse encima de él.

Él se endureció al instante.

—Haz tu peor esfuerzo —la provocó.

Sus ojos adquirieron un brillo malicioso antes de que, de hecho, hiciera su peor esfuerzo y dejara a Boyd aferrándose para mantener el equilibrio cuando terminó con él. Horas después.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

MAYA DESPERTÓ A LA MAÑANA SIGUIENTE, estirada sobre las frescas sábanas de lino, las pieles que la cubrían, deleitándose en el recuerdo de lo que ella y Boyd habían hecho la noche anterior.

Varias veces.

Se dio la vuelta, esperando verlo dormido a su lado, y se encontró con la huella de su cuerpo grande y musculoso impresa en la cama, pero ningún hombre.

¿Dónde estaba? Se incorporó, mirando alrededor de la habitación, pero la encontró vacía, sin rastro de él por ninguna parte.

Se dejó caer de nuevo, mirando al techo, y gritó.

Sentada sobre una de las vigas estaba la Reina Fae, su rostro contorsionado en una mueca de desdén.

Maya parpadeó y chilló por segunda vez cuando la inmortal apareció de repente al pie de su cama.

—Ah, así que has despertado. Nuestra preciosa durmiente después de tu noche de juerga con el laird.

Un escalofrío la recorrió, y bajó la mirada, tirando de las mantas para cubrir su pecho desnudo.

—¿Qué quieres?

La Fae meneó un dedo hacia ella, chasqueando la lengua.

—Me enteré de que habías consumado tu relación con Macleod. No pensé que sucumbiría a tu hechizo tan pronto, pero ay, me equivoqué. Demuestra ser tan débil como cualquier hombre humano.

Maya quería decir que Boyd era cualquier cosa menos débil, pero se mordió la lengua, mantuvo la boca cerrada para que la reina no pensara en castigarla por su réplica.

—No entiendo por qué sigues atormentándome. ¿Qué quieres?

La reina se encogió de hombros, paseó por la habitación con un aire elegante, y sin embargo, la amenaza se filtraba por cada uno de sus poros.

—Macleod disgustó a los Fae hace cien años. Se atrevió a amar a una de los nuestros. Lo castigaré durante el tiempo que me plazca.

Maya negó con la cabeza.

—¿Por qué? ¿No ha pagado lo suficiente viviendo todos estos años sin la mujer que amaba? Ha estado solo todo este tiempo, ¿no ha cumplido su penitencia contigo?

—Su *esposa* —dijo, enmascarando el título con desdén—, es un problema en la Corte Seelie. Lo ha sido desde el día que llegó allí. La tonta creyó que era injusto el trato hacia Macleod y quiere que me destituyan como reina. ¡Ja! —Se rio, el sonido haciendo eco en la habitación como si estuvieran en un gran cañón—. Es tan necia como Macleod al pensar que la ira de los Fae ha terminado con él.

—¿No se supone que las hadas son amables? Dices que eres parte de la Corte Seelie. Pensé que solo los Unseelie causaban problemas —declaró Maya, harta de ser provocada y amenazada por este ser. Inmortal, mágica o no, no iba a dejarse intimidar. Saltó de la cama, tan desnuda como el día en que nació, y se plantó cara a cara con la Reina Fae—. Puede que no sepa mucho sobre el folklore escocés o los cuentos del pueblo Fae, pero sé eso sobre ustedes.

Si pensaba hacer que Maya se acobardara, no lo lograría. Incluso si su postura contra esta hembra, esta malvada hadita, la mataba. El ambiente de la habitación cambió, el aire chisporroteó de ira, y la reina pareció comenzar a brillar, pero no de blanco. En su lugar, un gris mortecino.

—Serías necia si creyeras que los Fae son amables o crueles. Un error por el que tu laird paga hasta el día de hoy, pero ay, veo que podrías ser su salvadora, y no estoy tan segura de haber terminado de jugar con él todavía. Es bastante divertido observarlo, año mortal tras año mortal, un hombre solitario, mundano y patético.

—Si Sorchia te está causando problemas, espero que tenga éxito en derrocarte. Dios sabe que pareces una alborotadora.

La reina se rio, pero sus ojos brillaron plateados, duros y fríos.

—No te enamores, mi pequeña humana. Odiaría tener que alejarte del laird también, pero —se encogió de hombros, flotando y ganando altura lejos de Maya—, ahora que las ruedas del placer, de las emociones, han comenzado a girar, ni siquiera yo puedo detenerlas, pero eso no significa que permitiré que continúe. Estás advertida, mortal.

La reina desapareció sin dejar rastro, el único indicio de que había estado allí era un extraño olor que le recordaba a moho.

Boyd entró en la habitación en ese preciso momento, con una criada detrás de él sosteniendo una bandeja de comida que chilló sorprendida. Sus ojos se agrandaron, su boca quedó laxa.

Maya se miró y jadeó, corriendo hacia la cama y tirando de una piel de animal para cubrirse, habiendo olvidado su desnudez.

—Yo llevaré la bandeja —oyó decir a Boyd a la criada, cerrando la puerta de una patada al entrar en la habitación. Le lanzó una sonrisa torcida, sus ojos llenos de luz traviesa.

—¿Sueles pasear desnuda por tu habitación, muchacha?

El calor floreció en sus mejillas, y negó con la cabeza.

—No, claro que no. No a menudo —aventuró.

Colocó la bandeja sobre un pequeño armario, caminando hacia ella y recordándole a un león salvaje que una vez vio buscando pareja durante la época de cría en el zoológico.

Incluso después de su desagradable interacción con la Reina Fae, su cuerpo reaccionó como siempre lo hacía cuando veía a Boyd. Se encendió, sus deseos y necesidades exigiendo atención. La reina le advirtió que no se enamorara de Boyd, pero de alguna manera Maya pensó que ya era demasiado tarde. Se estaba enamorando del rudo escocés, y no había nada que pudiera cambiar ese hecho, ni siquiera una amenaza que no sabía si se materializaría o no.

Él extendió la mano, levantando cada uno de sus dedos que sujetaban la piel de animal cerrada sobre su pecho. La piel se deslizó de su agarre y se acumuló a sus pies, dejándola expuesta, desnuda ante su mirada.

Sus ojos recorrieron su cuerpo, una inspección lenta y tortuosa que la dejó sin aliento. La humedad se acumuló impudicamente entre sus piernas.

—Tengo asuntos que atender en la fortaleza, pero tú, muchacha, me haces querer tomarte en mis brazos y hacerte el amor dulcemente toda la mañana.

¿Iba a dejarla? Oh no, no, no, no podía permitirlo. No con el calor que lamía su piel con tan solo su mirada.

—No puedes mirarme así, Boyd, y no atender primero los asuntos aquí —declaró, decidida a salirse con la suya.

Boyd no podía creer lo que su muchacha había dicho, pero su determinación por conseguir lo que quería era tan cierta como su desnudez. Lo deseaba. Lo deseaba tanto como él ardía por ella. Se había despertado al amanecer, decidido a no dejar que la muchacha del futuro complicara su vida, cambiara la estructura de sus días.

Pero lo había hecho, y con muy poco esfuerzo de su parte.

Su mente no podía dejar de pensar en ella durmiendo arriba, completamente saciada hasta el límite. Se había obligado a permanecer en la sala, leer informes de clanes aliados, hablar con Douglas sobre el entrenamiento de hoy. De lo que sus hombres del clan decían después de sus viajes a los límites de su tierra.

Todo el tiempo, su mente se había desviado hacia sus horas de amor. Hacia la disposición de Maya de dejarlo hacer su voluntad, de besarla y acariciarla donde quisiera, de lamer besos en sus lugares más íntimos, de tocar y saborear su cuerpo como la diosa que era. Incluso ahora, ardía por ella, anhelaba el momento en que pudieran estar a solas.

Sus hombres estaban reunidos en el patio, listos para un día de entrenamiento. Tenían que prepararse para los O'Cain, pues pronto seguiría otra refriega. Estando distraído como lo había estado las últimas semanas con Maya aquí en Druiminn, sentía que su capacidad requería un estudio dentro de sí mismo.

—No te miro de ninguna otra manera que no sea la habitual —respondió, sabiendo muy bien que la miraba como un hombre privado de una mujer durante cien años.

Ella negó con la cabeza, acortando la distancia entre ellos, sus delicadas manos deslizándose por sus brazos para entrelazarse en su nuca.

—Me estás mirando como si quisieras una repetición de los eventos de anoche. No digas que no es así.

Oh, claro que quería una repetición. Quería más que eso.

—No tengo tiempo, muchacha. Debo irme.

Ella hizo un puchero, y él gimió. Maldita fuera la mujer y su creciente incapacidad para decirle que no.

—Bueno, si debes irte y dejarme así, supongo que no tendré más remedio que hacerlo yo misma.

El mero pensamiento de Maya tocándose lo puso duro como una roca. Ella se dirigió a la cama con paso seductor, gateando sobre ella antes de acostarse de espaldas. Boyd sintió que cada músculo de su cuerpo se tensaba. Por un momento, le costó respirar. Se aferró a la cama en busca de apoyo. Esta mujer lo pondría de rodillas si cumplía su amenaza.

—No lo harías —aventuró, una pequeña parte de él esperando que lo hiciera.

Ella arqueó una ceja desafiante.

—¿No lo haría?

Su mano se deslizó sobre su estómago, un dedo delineando su ombligo antes de moverse más allá hacia los rizos bien cuidados que lo habían fascinado la noche anterior. Su atención se desvió hacia su rostro, y encontró sus ojos enfocados en él. Su respiración aumentó, sus pechos subían y bajaban en un movimiento seductor. Con una perversidad que nunca pensó ver en una mujer, su mano se deslizó entre sus piernas, agarrando su sexo. Arqueó la espalda, un suave suspiro de satisfacción escapando de sus labios.

Fue todo lo que necesitó. Boyd estaba sobre ella en un instante. Sus hombres, su entrenamiento, misivas y la protección de su hogar olvidados, al menos hasta que hubiera saciado sus necesidades. Posiblemente más de una vez.

CAPÍTULO VEINTE

MAYA SUPO que estaba jugando con fuego en el momento en que se tocó a sí misma. El fuego que ardía en los ojos de Boyd era suficiente para abrasarla, incluso con él al pie de la cama, observándola con una intensidad que la dejaba sin aliento.

Cuando siguió adelante con su provocación, tocándose, no pensó que Boyd se rompería tan rápidamente. Qué equivocada estaba.

Él se abalanzó sobre ella en un instante, tomando sus manos y sujetándolas por encima de su cabeza. Con su mano libre, rasgó sus pantalones, abriéndolos solo lo suficiente para liberar su deliciosamente grande miembro.

La penetró sin esperar a que recuperara el aliento. La tomó con embestidas duras, enloquecedoras y profundas que la dejaron aturdida.

Sus ojos verdes, tan parecidos al color de las Highlands, chispeaban con fuego, necesidad y algo más, pensó ella. Quizás dominación, pero definitivamente posesividad.

Maya no estaba segura de cómo la hacía sentir eso, pero lo que sí sabía era que ahora no era el momento de profundizar en esas emociones nuevas y misteriosas que crepitaban entre ellos.

Con solo sus piernas para sujetarlo, las envolvió alrededor de sus caderas, levantándose para encontrarse con su reclamo.

No le tomó mucho tiempo a Maya sentir la tensión de su cuerpo, su falta de aliento cuando el clímax estaba sobre ella. Se corrió, fuerte y rápido, convulsionando a su alrededor mientras él se derramaba dentro de ella. Su jadeo ahogado de su nombre cálido contra su oído.

Boyd se desplomó a su lado, y Maya miró al techo por segunda vez esta mañana, recordando lo que necesitaba decirle a Boyd sobre la Reina Fae.

Él puso un brazo sobre sus ojos, su pecho cincelado y su estómago firme subiendo rápidamente con cada respiración. Ella sonrió, notando que estaba prácticamente vestido por completo excepto por donde su miembro, aún medio erecto, yacía contra sus pantalones.

—Eres una distracción, muchacha. Una que me mantiene alejado de mis responsabilidades.

Maya no quería ser una distracción, no si eso significaba que su hogar y sus compañeros de clan estaban en riesgo, pero también sabía que quería verlo. A menudo y preferiblemente a solas.

—No te seduciré de nuevo —bromeó ella—. Al menos no cuando sepa que te necesitan en

otra parte. ¿Eso te vendría mejor?

Él giró la cabeza, observándola. —Aye, eso vendría mejor, pero aún está por verse si se puede hacer. No creo que pueda mantener mi necesidad de ti a raya. Ni siquiera por un día.

El placer resonó a través de ella, y se acurrucó a su lado, lanzando su pierna sobre su cintura. Agarró su mandíbula, haciendo que la mirara a los ojos. —¿Es tan malo que disfrutemos de la compañía del otro?

—Nay, no es malo, pero lo haremos mejor. El clan ya sospecha de ti, no necesitamos que piensen que has poseído mi alma.

Maya se rió. Si solo pudiera tener la suerte de poseer a tal hombre, hacerlo suyo. Pero no podía. Este tiempo aquí en la antigua Escocia era solo un sueño pasajero. Un error en la composición del tiempo mismo. Corregiría su error, la arrojaría de vuelta a casa y entonces se quedaría con el corazón roto porque el hombre que había llegado a gustarle más que cualquier otro antes que él, hacía mucho que había dejado el mundo.

La Reina Fae tenía razón. Necesitaba proteger su corazón. Antes de perderlo en la Escocia del siglo XVI, para nunca volver a ser devuelto a ella.

Dougall O'Cain se sentó en una cabaña de campesinos, a solo varias millas del Castillo Druiminn, la fortaleza de su enemigo y el laird del que él mismo se desharía del mundo si hubiera alguna justicia en él.

Se sentó frente a la pareja recién casada, ambos atados a sillas, la boca de la mujer al menos cerrada con un trozo de tela atado.

—Háblame de la invitada de tu laird. Es inglesa, y bastante hermosa según me han dicho. ¿La tiene en alta estima? —preguntó Dougall, entrecerrando los ojos mientras el joven escocés apretaba la mandíbula. La moza inglesa podría ser una manera en la que Macleod lucharía. Si pudiera poner sus manos sobre la forastera.

Dougall hizo un gesto con la cabeza ante el continuo silencio del muchacho, y un cuchillo apareció en la garganta de la joven mujer. Sus lágrimas marcaban sus mejillas mientras caían constantemente, sus gimoteos poniendo a prueba los últimos nervios de Dougall.

—Es inglesa. Algunos dicen que tiene a nuestro laird embelesado por primera vez desde que su esposa desapareció. Es protector con ella, se enfrentó a sus compañeros de clan cuando cuestionaron su estancia en Druiminn. Algunos del clan pensaban que traía mala suerte, que ella estaba causando los problemas en algunas de las granjas periféricas.

Dougall se rió para sus adentros, sabiendo que no era ninguna moza de Inglaterra quien estaba causando los problemas que el clan Macleod estaba teniendo. Que, de hecho, eran sus hombres los que estaban asaltando, robando, disfrutando de los botines de la tierra fértil.

—¿Qué piensas de la muchacha? ¿Crees que es una bruja? —Dougall no era tonto, y no quería embarcarse en la conquista de las tierras de Macleod si se enfrentaba a algo más que un hombre mortal y su chusma.

—Nay, no lo creo. Macleod nunca pondría en peligro a su gente permitiendo que alguien con

magia oscura permaneciera en Druiminn. Ni siquiera si esa persona fuera una mujer.

Dougall se frotó la mandíbula, no tan seguro de que eso fuera cierto. El laird Macleod era inmortal según todos los informes, maldecido por los Fae por ir contra las reglas. No es que creyera tal cuento. Ningún hombre vivía para siempre. El joven laird era simplemente un doble de sus antepasados, no una continuación del mismo hombre. Y sin embargo, descartar los rumores como lo había hecho últimamente, lo dejaba inquieto.

Si los Fae habían jugado un papel en maldecir al laird, no deseaba enojarlos, creyera o no que fuera cierto. Los Fae podían maldecir a su gente, hacer que su tierra nunca diera una buena cosecha de nuevo. Hacer que su ganado y ovejas fueran estériles, nunca para reproducirse.

—Quiero que viajes a Druiminn después de que nos vayamos. Quiero que le hagas saber a Macleod que estuve en su tierra y que bajo mi espada, caerá. La inmortalidad no significa nada para los O'Cains. Dile a tu laird que vamos por él, y que perderá, tanto sus tierras como por segunda vez, a su moza.

Dougall se arrancó de la silla, dirigiéndose a la puerta. —Viola a la mujer, y haz que el marido mire. Necesito que Macleod sepa que no perdonaré a su gente.

Salió de la cabaña mientras se escuchaban los gritos amortiguados de la mujer y los alaridos del hombre. Sonrió con malicia al montar su caballo. —Volveremos a la fortaleza de los O'Cain. Ya he logrado lo que quería por ahora —. Pero pronto regresaría con un ejército de hombres, superando en número a los Macleod, y los ríos de su tierra correrían rojos de sangre. La tierra pronto sería suya, y no permitiría que nada se interpusiera en su camino.

Ni una moza inglesa. Ni brujería ni los Fae. Nada.

CAPÍTULO VEINTIUNO

A LA TARDE SIGUIENTE, Maya encontró a Jeane cerca de los establos, hablando con Douglas. Estaban de pie, muy juntos, con las cabezas inclinadas, observando a varios miembros del clan frotar a los caballos, que sudaban y respiraban pesadamente después de su carrera. El patio estaba más concurrido de lo normal. Los hombres caminaban completamente armados, como si estuvieran a punto de partir a la batalla o acabaran de regresar de ella.

—Och, Maya, muchacha, me alegro de verte. Siento que te he estado descuidando estos últimos días. Espero que no pienses que es así —dijo Jeane, apartándose de Douglas como si su interés en él estuviera prohibido.

—Nunca —respondió Maya, saludando a Douglas con un gesto de cabeza—. ¿Has visto a Boyd hoy? Salió temprano esta mañana y no lo he visto por el castillo. No está en su solar.

Una sombra cruzó los ojos de Jeane antes de que parpadeara y desapareciera. ¿Tendría Boyd algo que ver con los caballos que habían regresado fatigados y cansados? ¿Con los hombres que caminaban armados? El estómago se le retorció y no pudo evitar preguntarse si algo estaba ocurriendo.

—Acabas de perderlo, muchacha. Se dirigió a las pozas calientes para bañarse. Hubo una pequeña escaramuza a unas pocas millas de aquí.

El miedo la atravesó. Un sudor frío le heló la piel. Apartó a Jeane a un lado, necesitando saber más. —¿Está todo el mundo bien? ¿Qué pasó?

Jeane la guió por el patio hacia la parte trasera del castillo que daba al mar. —Más hombres de los O'Cain están causando problemas. Anoche tarde, o debería decir esta madrugada, un granjero buscó refugio y ayuda después de que los O'Cain atacaran su granja. El propio Dougall O'Cain envió un mensaje de advertencia a Boyd.

¿*Un mensaje de advertencia*? ¿Qué significaba eso? ¿Iba el clan a entrar en guerra? Maya odiaba la idea de tal cosa, tanta muerte y destrucción, ¿y para qué? Nada realmente, cuando todo estaba dicho y hecho. —¿Cuál era el mensaje? —preguntó, sin estar del todo segura de querer saberlo realmente.

—Que Boyd moriría por su espada antes de que terminara el año. Boyd y varios hombres cabalgaron esta mañana para buscar retribución. Para ver si podían interceptar a Dougall O'Cain

antes de que cruzara de vuelta a sus tierras, pero no pudieron. Sin embargo, se encontraron con otros que estaban robando ganado y se encargaron de ellos apropiadamente.

Maya no era lo suficientemente ingenua como para no saber lo que significaba "encargarse apropiadamente". Suspiró, incapaz de sentir una pizca de lástima por el clan enemigo, no si estaban empeñados en causar tantos problemas. Era asombroso que alguien sobreviviera a estos tiempos difíciles en la historia para continuar sus familias hasta el futuro lejano. Supuso que la familia de Boyd era una de las pocas que no se perdieron en la historia. Todavía tenían el título y un laird en el siglo XXI, pero este laird O'Cain sonaba como un problema para Maya. Oh, cómo le gustaría decirle a O'Cain que su lucha contra Boyd era en vano. Que no ganaría. La historia ya había probado ese punto.

—Iré a verlo.

—No —dijo Jeane, agarrando su brazo con fuerza—. No puedes ir sin una carabina, y la mayoría de los hombres acaban de regresar de la batalla. No querrán escoltarte.

—Jeane, estaré bien. Está a cinco minutos de aquí, y Boyd está allí.

Jeane se mordió el labio, con el ceño fruncido mientras pensaba en las palabras de Maya. —Me despellejará vivo si te encuentra allí sola.

—Le diré que fui sin decírselo a nadie. —Afortunadamente, Jeane la dejó ir, y Maya se dirigió rápidamente fuera del patio y bajó hacia los árboles, asegurándose de seguir el sendero bien marcado hacia las pozas calientes.

Cuanto más se acercaba, más podía oír el agua cayendo en la poza, y el chapoteo intermitente mientras Boyd se bañaba en el agua.

Se quedó entre los árboles antes del claro, disfrutando de la vista de Boyd mientras se lavaba los brazos, su estómago flexionándose y mostrando su impresionante abdomen. Todos los problemas de antes se desvanecieron ante su visión. Tan fuerte y capaz. Alto y musculoso, un dios de la Isla de Skye y suyo, por el momento en cualquier caso.

Sin nadie más presente, Maya se acomodó apoyándose en un árbol, sonriendo para sí misma mientras él sumergía la cabeza, intentando lavar su cabello enmarañado.

—¿Necesitas ayuda con eso? —preguntó, riendo cuando él se sobresaltó al oír su voz, sus ojos encontrándola rápidamente entre la maleza.

Frunció el ceño, buscando a otros entre los árboles. —¿Estás sola, Maya?

Su voz era tranquila, pero ella podía oír la censura en su tono. Suspiró, caminando hacia la poza, quitándose las botas de cuero y metiendo los dedos de los pies en el agua caliente. —Lo estoy, pero antes de que vayas a regañar a todos en el castillo, nadie sabe que vine aquí. Oí a alguien decir que te estabas bañando, y quería unirme a ti.

Una de sus cejas se alzó con incredulidad, si es que las cejas podían alzarse de esa manera. —No se te permite salir de los terrenos del castillo sin mí. No es seguro para ti, muchacha. —Se puso de pie, a varios metros dentro del agua. Su atención se desvió hacia su pecho, su estómago que solo ahora se dio cuenta que sangraba. Jadeó, acercándose a él y olvidando que aún estaba

completamente vestida. —Te has cortado —dijo, tocando la herida. La juntó, un corte considerable justo encima de su ombligo. Afortunadamente no era demasiado profundo, pero aun así, su jadeo la apartó de inspeccionarlo.

—Aye, no fui lo suficientemente rápido para esquivar ese golpe. No te alarmes, muchacha. Sanará en un día o dos.

Su toque en la herida la agravó, y comenzó a gotear sangre. Ella hizo una mueca. —He hecho que sangre, lo siento.

Su divertida risa llamó su atención de vuelta a su rostro, y levantó la mirada para encontrarlo sonriéndole.

—¿De qué te ríes? No es gracioso. Mira —dijo, señalando la herida—. Está sangrando peor ahora. —Frunció el ceño pensativa—. Necesitas volver al castillo y que te la venden.

Él se inclinó y salpicó un poco de agua sobre la herida. —Estará bien. Es solo un pequeño corte.

Maya lo miró un momento, esperando que no estuviera herido en ningún otro lugar. —Peleaste hoy. ¿Fue malo?

Él negó con la cabeza, atrayéndola hacia sí y abrazándola con fuerza. No parecía querer hacer nada más, contento tal como estaban. Maya lo rodeó con sus brazos, apretándolo con igual intensidad.

—Los O'Cain atacaron una granja apartada. Violaron a la esposa y la golpearon. Su marido viajó toda la noche para contárnoslo después de que ella falleciera. No podía permitir que los O'Cain se salieran con la suya después de semejante atrocidad —depositó un suave beso en su hombro—. Si es una guerra lo que quieren, la tendrán.

El estómago de Maya se revolvió al imaginar el dolor de la esposa del granjero al ser golpeada y violada. Esta época era tan dura, cruel y peligrosa.

—No quiero que te pase nada —admitió. La idea de que Boyd resultara herido o muerto le aterrorizaba más que el hecho de que quizás nunca pudiera regresar a casa. No sabía mucho sobre las batallas entre clanes, la historia de la Isla de Skye. Las guerras entre clanes y quién las ganó a lo largo de los siglos. Todo lo que sabía era que el clan Macleod aún existía en su tiempo, pero eso no significaba que fueran descendientes directos de Boyd. El actual laird podría ser un pariente lejano, incluso del linaje de Jeane. Él podría haber muerto, haber sido asesinado, incluso con la maldición de la inmortalidad acechando cada uno de sus pasos.

—Ni siquiera quiero pensar en que vayas a la guerra. Aunque lo siento mucho por el granjero y su esposa. Debe estar devastado.

—Lo está. Perder a una esposa nunca es fácil, pero perderla a manos de otra persona mientras te obligan a mirar es un castigo que nadie merece.

Maya reflexionó sobre sus palabras, preguntándose si, en parte, hablaba de su propia pérdida, de cómo se había visto obligado a presenciar, impotente, cómo Sorcha le era arrebatada.

—Buscarás venganza. ¿Cuándo crees que lo harás? —preguntó, sabiendo que, aunque Boyd

fuera inmortal, no estaba tan segura de hasta qué punto esa inmortalidad lo protegía. ¿Qué pasaría si fuera herido tan gravemente, cortado en pedazos como el legendario William Wallace? ¿Qué le sucedería si sufriera un destino semejante?

—Necesitamos prepararnos. Un mes o dos, si conozco bien a los O'Cain. Esperarán a que su clan se una, entrene y planee. Pero no te angusties, muchacha. No seré yo quien muera. Puedo asegurártelo —afirmó, apartándose y continuando con su aseo, alcanzando entre sus piernas y lavando sus partes íntimas. Por un momento, ella no pudo hacer otra cosa que mirar y admirar al viril y atractivo escocés.

—Debería dejarte con tu baño. Me sentaré en la orilla y te esperaré —se dio la vuelta para irse, pero él la sujetó por el estómago, atrayéndola hacia sí.

—No, muchacha —susurró contra su oído, provocando que la piel se le erizara—. No quiero que me dejes.

Maya cerró los ojos, sin haber pensado que su visita a la poza terminaría de una manera tan placentera, pero ahora que Boyd lo sugería, tenerlo aquí, en esta agua clara y cálida, era todo lo que deseaba.

—Quizás deberías ayudarme a quitarme el vestido, entonces —sugirió, mirando por encima del hombro y encontrándose con sus ojos.

Un destello de calor brilló en sus orbes verdes, con una sonrisa pícara en los labios. —Será un placer, muchacha —metió las manos en el agua, levantando el vestido medio empapado por encima de su cabeza y arrojándolo a la orilla cubierta de hierba.

Deslizó un dedo por su columna vertebral antes de que sus labios siguieran el recorrido de su dedo. —Tu piel es tan suave y tersa. Creo que nunca he visto nada tan hermoso.

Maya cerró los ojos, deleitándose con su tacto. Las manos de él se movían sobre ella, acariciando y provocando su cuerpo. Le agarró los pechos, los amasó. Provocó sus pezones hasta que se endurecieron, antes de deslizar su mano entre sus piernas.

—Me haces desearte, toda tú, para siempre —gimió contra su hombro, besando su cuello, su oreja, avanzando hacia su nuca. Se frotó contra ella, su duro miembro deslizándose contra sus nalgas.

Maya gimió, alzando los brazos detrás de ella para sujetar su rostro mientras él besaba su cuello. El calor se acumulaba entre sus piernas. Ella también lo deseaba. Mucho. Más de lo que jamás pensó desear a alguien en su vida, pero ahora mismo, en este preciso momento, si él no la tomaba, seguramente moriría.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

LA NECESIDAD RUGÍA a través de Boyd. Su miembro duro como una roca lloraba por tomarla. Ella era simplemente la mujer más perfecta que jamás había conocido. Lo hacía reír, olvidar sus problemas, era amable y dulce. Y por la sangre de los dioses, lo hacía arder.

La mantuvo sujeta contra su pecho, inclinándose un poco, y la tomó desde atrás. El suspiro de placer de ella se mezcló con el suyo. Tan apretada y húmeda, increíblemente lista para él. Su necesidad tan grande como la de él.

Se mecía dentro de ella, sosteniéndola por el estómago, su otra mano jugando con su pezón erecto. Esta noche besaría sus dulces cimas, pero ahora mismo... Ahora necesitaba liberarse, olvidar, aunque fuera por un momento, la amenaza contra la mujer en sus brazos, su clan y su hogar.

Ella gimió su nombre, y casi lo desarmó. La embistió con más fuerza, dándole lo que quería, lo que ambos querían, y entonces lo sintió. Los primeros temblores de su liberación, contrayéndose alrededor de su miembro y ordeñándolo de su esencia. Se corrió fuerte y rápido, el nombre de ella en sus labios como una súplica sagrada. Ella se movió contra él, tomando de él lo que quería, su placer, antes de desplomarse contra su hombro. Un encuentro tan rápido como ese era suficiente para marear a cualquiera.

Con la respiración entrecortada, se retiró, girándola para que lo mirara. —¿Qué voy a hacer contigo, muchacha?

Ella rodeó su cuello con sus manos, inclinándose para darle un ligero beso en los labios. —Más de lo mismo, espero.

Un poco delirante, por un momento no pudo recordar qué le había preguntado, y luego lo hizo. —Aye, por supuesto —estuvo de acuerdo, pero eso no era en absoluto lo que quería decir con su declaración. ¿Cómo podría dejarla ir cuando llegara el momento? Cuando el tapiz estuviera listo, ¿cómo podría quedarse de pie y permitirle tocarlo, posiblemente catapultándola de vuelta a través del tiempo a su antigua vida?

Apartó los largos mechones oscuros de su rostro, necesitando ver su dulce boca, su pequeña nariz y sus grandes ojos luminosos de los que se había enamorado. —Te echaré de menos, Maya muchacha.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, sus ojos apagándose un poco con tristeza. —Yo también te echaré de menos.

—Dime por qué no puedes quedarte —preguntó, sabiendo ya la respuesta a su pregunta. Esta época no era la suya. Ella había nacido siglos en el futuro, tenía una vida allí, amigos y familia que querían saber dónde estaba. Esta época era dura, antigua para su forma de vivir, y peligrosa. Ya había clanes conscientes de su presencia y dispuestos a lastimarla para llegar a Boyd. No podía permitir eso. Aunque deseaba ser lo suficientemente egoísta como para hacer que se quedara, que viviera con él aquí, para siempre.

—Por mucho que me gustaría, sabes que no puedo. Debe haber reglas para los viajes en el tiempo. Ciertamente, estoy fuera de lugar, y mi presencia aquí tendría que tener un efecto cambiante en el futuro. No quiero arriesgarme a eso, por muy tentador que sea para mí quedarme contigo.

Por supuesto, lo entendía. Aun así, no era fácil escucharlo. ¿Se quedaría si se enamorara de ella? ¿Si le dijera que ella era su salvadora? ¿Si ella se enamorara de él? Un sueño inalcanzable, al parecer.

Boyd la levantó en sus brazos y la bajó al agua, bañándola después de hacer el amor.

Pasó su mano por su cuerpo, rindiendo homenaje a la dulce delicadeza entre sus largas piernas, sus pechos que requerían ser limpiados múltiples veces. Ella rió, gimió en sus brazos mientras él la llevaba a un segundo orgasmo. Boyd la miró, maravillándose de su belleza, su confianza en él después de solo unas pocas semanas.

Y los años se extendían por delante, solitarios y vacíos de vida, solo honor y deber, y no estaba tan seguro de que cuando Maya se fuera, quedara algo por lo que vivir. Al menos no en esta época.

La Reina Fae flotaba en los árboles, enmascarada por la magia, y observaba a Boyd Macleod saborear y apreciar a su Maya muchacha del futuro con un afecto que no había visto antes.

Ni siquiera con su esposa, Sorcha.

Sus ojos se entrecerraron, la ira vibrando a través de ella y amenazando con romper el control de su hechizo de invisibilidad. Esto se estaba saliendo de su control, y tendría que hacer algo al respecto.

Su maldición contra el laird que había creído inquebrantable, ciertamente su amor por Sorcha la había llevado a creerlo así. Cuán equivocada estaba después de ver a los dos amantes retozar en el agua. Dos amantes despreocupados que parecían como si no hubiera problemas en el mundo.

Ya no toleraría semejante farsa. Tendría que actuar sobre Maya, asegurarse de que regresara a su tiempo o a algún otro lugar donde nadie pensaría en buscar. Ningún humano se enfrentaba a los Fae y simplemente se alejaba ileso. Él merecía pagar por romper las reglas, y cien años no eran ni de cerca suficientes. Un parpadeo en el tiempo para los Fae. No, él merecía vivir solo y solitario en su gran castillo.

Titania sonrió con malicia, pensando en el laird cuando encontrara a su nueva amante desaparecida. Oh sí, esto sería divertido de verdad, ahora solo necesitaba decidir cuándo llevarse a su dama. Cuanto antes, mejor, por lo que parecía, antes de que se enamoraran y rompieran su control sobre el laird para siempre.

Maya enlazó su brazo alrededor del de Boyd un poco más tarde mientras caminaban de regreso al castillo. Saciados y algo cansados después de su placentera tarde, hablaron poco mientras caminaban por el sendero desgastado, perdidos en sus pensamientos. Boyd no elaboró sobre qué más había dicho el Laird O'Cain al granjero que había buscado refugio en el castillo Druiminn, pero tampoco necesitaba hacerlo para que ella supiera que no era bueno.

Que la esposa del granjero hubiera muerto era lo suficientemente grave, desgarrador para el hombre y para las mujeres en general que eran susceptibles a tal violencia, ahora e incluso en el futuro.

Los hombres podían ser unos idiotas a veces, sin importar los siglos.

El clan estaba nervioso. Maya podía verlo en sus ojos atormentados, en la forma en que se paraban, miraban alrededor. Parecían estar permanentemente en guardia. O'Cain había emitido una amenaza de advertencia, y todos sabían que el laird enemigo la cumpliría.

Un día y pronto.

Caminando por el patio, Maya vio a Jeane sentada en una mesa con un grupo de mujeres, cada una ocupada cortando y pelando verduras. —Voy a ir a ayudar a Jeane. ¿Te importa? —le preguntó a Boyd, que se había detenido para ver a varios hombres entrenando con espadas.

—No, muchacha, haz lo que quieras. Yo me quedaré aquí.

Maya le lanzó una pequeña sonrisa antes de unirse a Jeane, sentándose y tomando un cuchillo para cortar las verduras. Por un momento, la mujer del clan no habló hasta que Jeane rompió el silencio.

—No dejéis de hablar por Maya. Ella es como nosotras, una mujer. Podéis hablar libremente.

Maya no esperaba que las mujeres fueran demasiado amables con ella. No después de la reunión donde la acusaron de ser una bruja. Aunque Boyd había explicado su presencia, la gente seguía siendo distante y temerosa.

—¿Es cierto que estáis aquí para ganar la mano de nuestro laird en matrimonio? Es una hazaña imposible, ¿no lo sabéis? Nunca volverá a casarse. Nuestro laird tuvo un solo amor y un solo amor, y ella se ha ido ahora.

Maya levantó la vista de cortar una zanahoria para encontrarse con una joven de largo cabello rojo recogido del rostro por dos largas trenzas, mirándola con una sonrisa conocedora.

¿Estaba celosa la muchacha? ¿Quería a Boyd para sí misma? El pensamiento hizo que la ira hirviera en su sangre. —¿Qué sabéis de la esposa de Macleod? Él no ha hablado mucho de ella. —O nada en absoluto, al menos no a Maya. Le encantaría saber sobre la mujer que tenía su corazón en la mano. Por lo que podía recordar del tapiz, era hermosa, pero aparte de eso, una figura histórica, olvidada en el tiempo.

—Mi bisabuela la recordaba. Ella ya ha fallecido, pero mi madre sabe todo lo que mi bisabuela conoció durante su vida. Mi familia vive justo fuera de los terrenos del castillo, cerca del río. Hemos sido leales al clan Macleod durante siglos.

—Eso es asombroso —dijo Maya, notando el orgullo que florecía en el rostro de la joven. Mejor que el desdén—. ¿Puedo preguntar qué se decía de Sorchá?

—Algunos dicen que era una criatura cambiada, arrojada al mundo mortal cuando era solo un bebé. Criada por padres humanos y sin conocer el poder, la verdad de su vida.

Era muy extraño escucharlas hablar de las hadas, de otros mundos y reinos. De la inmortalidad, pero entonces, ella había viajado en el tiempo, había visto por sí misma a la Reina de las Hadas, y no podía refutar los cuentos de las mujeres. Hacerlo sería igual a imaginarse tan loca como ellas, y ella no estaba loca. Todo esto era real, estaba sucediendo y era válido. Había pocas dudas al respecto.

—Sorchá creció en una gran finca cerca de Loch Carron, fue traída aquí con sus padres como una posible pareja para el hijo de Macleod. Se enamoraron durante ese verano y se comprometieron antes de la primera nevada del año siguiente. La única vez que el laird ha sido feliz.

—Hasta ahora. —Maya escuchó las palabras susurradas de Jeane y las ignoró.

—Y entonces se la llevaron —presionó Maya, necesitando saber tanto como pudiera. Para darle sentido al pasado en el Castillo Druiminn.

—Sí, un año después de que se casaran, justo allí cerca del puente que cruza el río, sucedió. Las hadas encontraron a su hija perdida, ahora una mujer, y exigieron su regreso. Por supuesto, no podían simplemente llevarse a Sorchá. Tenían que hacer que Macleod pagara por atreverse a amar a una de las hadas.

Maya miró a través del patio y vio a Boyd de pie con Douglas, una tensión en la boca de Boyd le decía a Maya que su conversación no era agradable. Más malas noticias, supuso.

—¿Creéis que Sorchá volverá alguna vez?

Otra joven asintió con entusiasmo. —Oh, sí, lo hará. Amaba a nuestro laird, y tan pronto como pueda, volverá. Su amor era tan grande como cualquier cordillera, tan profundo y entrañable como el fondo del océano. Sorchá volverá, es escocesa de corazón, y su corazón se quedó aquí en Druiminn.

Maya tragó el pánico que la invadió ante la idea de que Sorchá regresara. ¿Qué haría Boyd si lo hiciera? ¿Qué le pasaría a ella? Probablemente haría que terminaran el tapiz antes de lo planeado y empujaría su mano contra la imagen de seda más rápido de lo que ella podría decir su nombre.

Jeane le lanzó una mirada de consuelo. —Mientras que yo no creo que Sorchá vuelva. Han pasado cien años. No, la muchacha de las hadas ha seguido adelante, tiene otra vida, así como nuestro laird necesita hacer. Encontrar a alguien más.

Todos en la mesa se volvieron para mirar a Maya, y ella luchó por no inquietarse. Deseando

ser esa persona que Boyd necesitaba mientras también rezaba por no serlo. ¿Cómo podía elegir entre dos tiempos, dos vidas? Sorchá no tuvo elección. Una pequeña voz dentro de Maya deseaba no tenerla tampoco, porque no estaba segura de cómo elegiría cuando llegara el momento de tomar esa decisión.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

ANTES DE DARSE CUENTA, Maya llevaba un mes en el Castillo Druiminn, lo que significaba que solo le quedaban tres meses hasta Samhain y la fecha en que Boyd esperaba la entrega del tapiz.

Se había sumergido en la vida del castillo, ayudando a la señora Fletcher a administrar la casa lo mejor que podía. No había sido criada para dirigir una casa tan grandiosa, un castillo antiguo e histórico como Druiminn.

Aun así, ayudaba con las tareas en el jardín, caminaba diariamente con Jeane, a veces hasta la orilla del mar durante la marea baja, o incluso hasta la piscina climatizada, ya que Boyd parecía lo suficientemente afable como para dejarlas ir allí con solo tres guardias armados ahora, en lugar de él mismo y un ejército de hombres.

Hoy Jeane necesitaba que Maya la ayudara a inspeccionar una pequeña cabaña que se estaba construyendo no muy lejos del castillo y que sería el hogar del boticario que la finca había conseguido.

—No te alejes del camino ni del lado de Jeane. Observa el trabajo de construcción, pero no te aventures más allá. No es seguro —le dijo Boyd, sujetando su rostro entre sus manos, con una luz de advertencia en sus ojos—. Tus guardias habituales te acompañarán.

Maya rodeó perezosamente su cuello con los brazos, sonriendo al sobreprotector laird. Realmente era adorable cuando le aparecía ese pequeño ceño de preocupación entre las cejas que ella había aprendido a atesorar.

—Estaré bien, Boyd. La cabaña es visible desde lo alto de las almenas del castillo, y los tres guardias que nos siguen seguramente nos protegerán. Solo vamos a discutir la distribución interior de la casa. Creo que Jeane ha sugerido que se debe construir un sótano en la estructura.

—Aye, lo sé todo sobre los planes de mi prima. Tal vez sea hora de que regrese a su hogar.

—No —declaró Maya—. No la alejarías de Douglas tan pronto, ¿verdad? ¿Sabes que le pidió matrimonio?

—Nay, no lo sabía. ¿Cuándo?

—Hace unas semanas —dijo, saliendo de su abrazo y recogiendo el chal de lana que estaba sobre la silla frente al fuego. Durante las últimas semanas, no se habían separado, al menos no por la noche, y era perfectamente encantador que no lo hicieran.

Maya había empezado a temer la llegada de octubre. A medida que los cultivos crecían más altos en los campos, también se acortaba su tiempo con Boyd. Mientras tanto, Boyd se volvía cada vez más distraído durante el día debido a la amenaza inminente que el clan O'Cain había emitido. Que la Reina Fae hubiera estado ausente este último mes tampoco ayudaba. Maya no la había visto desde que apareció flotando en las vigas, y un sentimiento de expectación se cernía sobre el castillo. Como si en cualquier momento todo pudiera cambiar, y no para mejor.

—Les daré mi bendición para que se casen —dijo Boyd, sacándola de sus pensamientos.

—Les encantará eso. Y deberías hacerlo. Sé que Jeane preferiría tener tu aprobación —sonrió desde la puerta del dormitorio—. Sabes que cuanto más tiempo pasen juntos, menos tiempo necesitará ella para hacerme compañía, y yo podré ser toda tuya.

—Hmm, bueno entonces —su acento se volvió profundo y persuasivo mientras cruzaba la habitación—. Tal vez la busque ahora y le diga que apruebo para que pueda correr hacia Douglas y permitirte quedarte conmigo.

Maya se rio, inclinándose para besar a Boyd antes de apartarlo juguetonamente cuando él intentó agarrarla. —No, hoy vamos a hacer algo importante para el clan. Y te diré esto, Boyd Macleod. El pequeño edificio que vamos a discutir aún sigue en pie en mi época, así que necesita construirse. No me distraerás de mi propósito.

—Bien, muchacha. Haz lo que quieras, pero sabe que cuando estés libre, estaré en la sala solar —le guiñó un ojo, y ella se rio mientras cerraba la puerta, comenzando a bajar por el pasillo y sabiendo todo el tiempo que tenía una sonrisa tonta y ladeada en los labios.

Maya se encontró con Jeane en el patio donde tomó una cesta de la señora Fletcher. —Comida para los trabajadores, muchacha —dijo el ama de llaves, con orgullo en su voz—. No queremos que pasen hambre mientras trabajan.

—Buenos días, señora Fletcher. Un día encantador —dijo Maya, sonriéndoles a ambas, mientras el olor a pan recién horneado emanaba de la cesta.

—Och, aye, lo es, Maya muchacha, pero por desgracia no durará mucho. Pronto tendremos nuestra primera helada, y luego las nieves del invierno caerán sobre nosotros —dijo la señora Fletcher, mirando hacia el cielo como si el clima ya estuviera cambiando.

—Espero que te guste el frío —dijo Jeane, sonriendo—. El invierno escocés seguramente será diferente a uno inglés.

—Creo que estaré bien —Maya encontró la mirada de la señora Fletcher y supo que la mujer mayor estaba pensando en su regreso a su propio tiempo mientras Escocia se preparaba para el invierno.

Agradecieron nuevamente al ama de llaves antes de salir del castillo. Solo les tomó varios minutos llegar a la pequeña cabaña. Varios hombres estaban cavando un hoyo dentro de un límite de madera que delineaba las paredes de la cabaña. Otros estaban descargando un carro de piedras rectangulares, similares en color al castillo que podía ver justo a través de las copas de los árboles.

El día era más cálido que el último de esta semana pasada, y Maya fue a sentarse bajo un alto pino mientras observaba cómo Jeane discutía sobre la cabaña con un hombre que parecía estar a cargo de todos los demás que trabajaban allí.

Se sobresaltó cuando dos hombres con pantalones claros y túnicas a juego se sentaron a su lado, dejándola atrapada entre ellos. —Hola, Maya. Qué encantador encontrarte al fin. He oído tanto sobre ti.

Maya miró entre los hombres, sintiendo una oleada de poder emanando de ellos. Intentó ponerse de pie, pero ambos le sujetaron la parte superior de los brazos, manteniéndola quieta. —No te muevas ni hagas una escena, humana. Con un movimiento de mis dedos, todos los que están frente a ti podrían morir. ¿Te gustaría tener eso en tu conciencia?

Los ojos del hombre destellaron con un plateado escalofriante, y ella contuvo su pánico, preparándose para sus razones de estar allí. —¿Qué quieren?

El otro *chasqueó* la lengua ante su pregunta, ladeando la cabeza como si nunca antes hubiera visto a una mujer, o al menos a una humana. —No es lo que nosotros queremos, sino nuestra reina. Tu presencia es requerida en la corte.

—¿Qué corte? —Maya tomó un respiro para calmarse, incapaz de respirar o pensar con claridad.

—La Corte Seelie que ella gobierna. —El otro Fae deslizó su mano por su brazo, tomando su mano y apretándola, advirtiéndole que no armara una escena. Esto solo aumentó sus temores, y sintió que sus ojos se humedecían con lágrimas al estar a merced de ellos. Ni le gustaban ni confiaba en los Fae, y no iba a empezar ahora, aunque los hombres sentados a su lado fueran más hermosos que cualquiera que hubiera visto en su vida, incluido Boyd.

—No le he hecho nada a vuestra reina, y su interés en mí es innecesario. Soltad mis manos —dijo, tratando de liberarse de su agarre.

—Me temo que tus deseos no son atendidos. Vayámonos, y veremos qué ordena nuestra reina.

Maya gritó llamando a Jeane, y lo último que vio fue el rostro pálido de su amiga mientras el paisaje escocés que había estado admirando solo un momento antes se desvanecía y un mundo que ni siquiera podía imaginar se formaba ante ella.

La Corte Seelie.

Boyd estaba sentado en su escritorio, mirando los mapas que mostraban dónde estaba estacionado su ejército y hacia dónde marcharían cuando se enfrentaran a O'Cain. Justo al norte de allí, se encontraba Glendale, un claro, una hondonada plana adecuada para el conflicto. El puerto cercano también serviría para ayudar a traer clanes aliados para la lucha.

Si tenían alguna posibilidad de vencer a los O'Cain, de una vez por todas, la guerra necesitaba tener lugar lejos de Druiminn. Preferiblemente en un lugar que beneficiara más a sus hombres del clan que a los O'Cain.

Un alboroto estalló en el pasillo, y múltiples pasos se escucharon afuera, dirigiéndose hacia

la puerta de su solar. Boyd alcanzó a su lado, desenvainando su espada, y se puso de pie, esperando a quien se atreviera a irrumpir en su hogar.

Pero cuando la puerta se abrió de golpe y una Jeane llorosa entró corriendo en la habitación, con un Douglas de rostro gris y pálido a su lado, supo que algo le había sucedido a Maya.

—¿Qué? —bramó—. ¿Dónde está Maya?

—Se ha ido, primo. Dos hombres del mundo Fae se la han llevado. Estaba sentada bajo un árbol, solo observando, y luego lo siguiente que recuerdo es que gritó mi nombre y desapareció en el aire. —Jeane chasqueó los dedos, señalando cuán rápida había sido la desaparición de Maya.

—¿Dónde estaban sus guardias? —exigió a Douglas, quien inclinó la cabeza antes de responder—. No estaban lejos. Pero nadie habría sido lo suficientemente rápido para detener a los Fae. Vi con mis propios ojos que fue instantáneo. Un momento estaba allí, y al siguiente, ya no.

¿Desaparecida? Boyd se agarró el pecho, seguro de que el dolor que allí rebotaba lo mataría, inmortalidad o no.

La reina no se atrevería a quitarle a otro ser querido, y si lo había hecho, la Gyre-Carling lo pagaría con su vida.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

MAYA ABRIÓ los ojos y parpadeó. Sintió que su boca se abría ante la visión que contemplaba. La Reina Fae avanzaba delante de ella, caminando con naturalidad entre el grupo de personas, o gente Fae, si Maya entendía bien adónde la había llevado la reina.

Esto no podía estar sucediendo. ¿Cómo era posible algo así? Maya juntó las manos frente a ella, el sudor le humedecía las palmas mientras los Fae la miraban con interés, aunque no todas las miradas eran acogedoras. Uno podría haber pensado que los Fae eran seres dulces, amables con todos, pero por el desdén y el juicio en sus rasgos perfectos, ese no era el caso.

Maya necesitaba recordar que era una intrusa aquí, una forastera en su corte, y en la vida de Boyd también.

La corte parecía estar dentro de un jardín en medio de un bosque exuberante. Flores, enredaderas y musgo cubrían todo lo que miraba, los árboles, el río burbujeante que atravesaba la corte como música de fondo. Era una de las escenas más hermosas que uno pudiera imaginar y, sin embargo, sabía que no la querían allí.

¿Qué estaba haciendo la reina? ¿Por qué seguir acosándola a ella y a Boyd, de hecho, de esta manera? ¿Estaba celosa la reina? ¿Había codiciado a Boyd durante más de un siglo, solo para perderlo ante otra de su especie? O, pensó Maya, más realísticamente, simplemente era horrible. Una alborotadora que nunca estaba feliz a menos que estuviera causando problemas.

—Mi gente, no presten atención a mi humana. No la mantendré aquí por mucho tiempo, pero quería que vieran quién es la que ha capturado el corazón del Laird Macleod después de todos estos años. Por quién ha sido reemplazada nuestra estimada Sorch.

Maya se cruzó con la mirada de una Fae, su largo cabello rubio y rizado enmarcaba un rostro tan angelical y perfecto que la hizo suspirar. Flores y diamantes entretejidos en sus largas hebras le daban una apariencia regia. Era alta y esbelta, y absolutamente impecable. Pero donde otros la miraban con aversión y fastidio, esta mujer la miraba con lástima, sus ojos cálidos donde los de los demás eran fríos. Dio un paso adelante, dos hombres grandes y escasamente vestidos custodiaban sus costados.

—¿Qué significa esto, Titania? La corte te advirtió que no interfirieras en la vida de Macleod y en el viaje que está realizando. Cómo te atreves a romper ese juramento y traer a una humana

aquí.

La reina se rio, sus ojos brillando plateados. —Te traje aquí, ¿no es así? Otra humana.

—Ella es Fae y libre de su cadena humana. No le faltes el respeto —dijo uno de los hombres a la reina, su voz baja y dura.

La comprensión golpeó a Maya, y supo quién era la mujer Fae dispuesta a enfrentarse a la reina. Quién tenía que ser sin un ápice de duda en la mente de Maya.

Sorcha.

La primera esposa de Boyd. Su único amor. La mujer por quien permaneció inmortal, aunque solo fuera para encontrarla de nuevo algún día. O porque no había encontrado a otra que ocupara el lugar en su corazón donde amaba.

Maya se tragó su decepción, sabiendo que nunca podría estar a la altura de tales estándares. No era especial, ciertamente no mágica, y en cuanto a parecerse a Sorcha, Maya no pudo evitar preguntarse qué era lo que Boyd encontraba tan interesante en ella.

Sorcha la miró, una pequeña sonrisa jugando en sus labios. —No dudes de tu atractivo, muchacha Maya. Hay mucho que amar.

¿Podía Sorcha leer mentes? La pregunta se materializó en su mente, *¿Puedes leer mi mente?* Sorcha asintió levemente antes de volverse hacia la reina.

Oh, Dios mío, eso podría ser vergonzoso.

—Debes devolver a Maya a su mundo. Ya ha pasado demasiado tiempo y amenazas el futuro de Macleod. Tú creaste la maldición, pero no debes interferir en cómo o cuándo se rompe.

—Yo soy la reina aquí, Sorcha. Sé obediente y cállate antes de que tenga motivos para castigarte junto con tu esposo.

Un murmullo recorrió la sala, los Fae incómodos y alarmados por el enfrentamiento entre las dos mujeres. La amenaza de la reina contra uno de los suyos.

Maya observó a la reina y no pasó por alto su rápida lectura de los Fae que estaban al alcance del oído, notando su desagrado ante sus palabras y pensando mejor antes de ser más divisiva.

La reina sonrió. —Muy bien, la dejaré regresar con Macleod, pero pensé que deberías conocer a la mujer que busca sucederte en el corazón de Boyd. ¿No es una decepción? ¿No crees, Sorcha, que tu reemplazo habría sido algo más grandioso que esto? —La reina hizo un gesto hacia Maya, y con timidez, la mirada de Maya bajó hacia su vestido de lana y sus sencillas botas de cuero. En algún momento de su viaje desde el mundo real a este reino de las hadas, había perdido su chal de tartán. Maya se abrazó a sí misma, consciente de lo fría que se sentía y lo anticuada que se veía en comparación con todos los demás aquí.

Los Fae eran los seres más críticos y horribles que Maya había conocido en su vida, y decidió que si nunca volvía a ver uno después de regresar a casa en su tiempo, sería demasiado pronto.

Parpadeó y retrocedió tambaleándose cuando Sorcha apareció frente a ella, su rostro lleno de curiosidad, sus ojos plateados tan parecidos a los de la reina, y sin embargo, de alguna manera los de Sorcha eran cálidos donde los de la reina eran fríos.

Habló varias palabras que Maya no pudo entender antes de levantar su barbilla, examinándola. —Creo que eres perfecta, muchacha Maya.

Que Sorchá usara el mismo apelativo cariñoso que Boyd, envió una cascada de calidez a través de ella. ¿Ya sabía esta mujer de ella? La reina la había traído aquí para molestar a los de su especie, pero algo le decía a Maya que Sorchá había sabido de ella desde hacía más tiempo del que nadie sabía.

—Lo harás bien para Macleod, y sabe que estoy feliz de que te haya encontrado.

Por un momento, Maya no pudo hacer más que mirar a la mujer, hermosa más allá de lo imaginable, y la despojó de su voz. Boyd había amado a esta mujer. La había amado con su cuerpo, incluso se había casado con ella. Su piel era tan perfecta, luminiscente, sus ojos grandes, sus labios de un suave rosa perfecto.

¿Cómo podría competir con semejante belleza?

—¿Lo echas de menos? —no pudo evitar preguntar. Una pequeña parte de ella temía que Sorchá lo hiciera y que algún día lo devolviera. Que se rebelara contra las reglas de las hadas y volviera con su verdadero amor.

Un hombre al que Maya estaba empezando a adorar, a querer más de lo que jamás creyó posible. Lo que sentía por Boyd era nuevo, extraño y, sin embargo, correcto. Tan correcto que le dolía no estar con él.

Sorchá sonrió, con una mirada nostálgica en el rostro.

—Siempre extrañaré a Macleod, pero no estábamos destinados a estar juntos. Hace mucho tiempo aprendí que nuestra unión solo podía ser fugaz. Un regalo en el tiempo que me fue concedido y que se me permitió disfrutar por un momento. A Boyd le ha llevado más tiempo entender este hecho, pero está cambiando. Es un proceso lento con alguien tan orgulloso y atado al honor como Macleod, pero dale tiempo, Maya, muchacha. Ten paciencia y tendrás tu recompensa.

La reina apareció junto a ellas, con el rostro endurecido.

—No te extralimites, Sorchá. Aquí no tienes jurisdicción.

—Y tú harías bien en saber que tu control sobre la corte de las hadas se está debilitando —susurró Sorchá, lo suficientemente alto como para que solo Maya y la reina la oyeran—. He venido a tu corte sin problemas. He seguido tu decreto, pero si te extralimitas con Macleod, me aseguraré de que pierdas tu posición como reina. Haré que te expulsen y no se te permitirá volver jamás.

Maya parpadeó, percibiendo que Sorchá tenía más poder allí del que quizás incluso la reina comprendía. Sin duda, había más cosas entre las dos mujeres hada de lo que todos sabían. Su antipatía era palpable, dejaba un sabor amargo en la lengua de todos los presentes cuando presenciaban sus enfrentamientos.

—¿Me estás amenazando? —preguntó la reina.

Maya miró a las dos mujeres, sin poder creer que estuviera escuchando su discusión. Había

mucho rencor entre ellas. Todos los presentes podían verlo, pero no podía decir quién sería la vencedora final en esta pelea.

Miró alrededor de la sala, la corte estaba tan interesada en la conversación entre las dos hadas como Maya. ¿Se volverían estos seres mágicos contra su reina o permanecerían fieles a su gobierno?

Maya no pudo evitar esperar que se volvieran, que todos se pusieran de parte de Sorch y permitieran que la bondad volviera a formar parte de sus vidas. Vivir bajo el gobierno de la reina no sería agradable, y Maya ciertamente quería marcharse. No volver a verla nunca más.

—Envíala de vuelta, Titania. Maya no pertenece a este lugar, y pierdes autoridad cuando nos haces acatar nuestras reglas, pero las incumples a tu vez para burlarte y crear conflictos con una humana que no merece tu atención.

La reina pareció meditar las palabras antes de alejarse, sonriendo de nuevo como si nada pasara.

—Muy bien. Vuelve, Maya. —Agitó la mano y Maya aterrizó con un golpe seco sobre el suelo de madera, una rodilla cayendo sobre un clavo expuesto y raspándole la piel. Maldijo, sentándose sobre su trasero y frotándose la pierna—. Maldita zorra —murmuró.

—¿Maya?

Levantó la mirada, suspirando aliviada cuando Boyd se cernió sobre ella, más grande que la vida misma, con una expresión de asombro en el rostro. Maya miró a su alrededor, dándose cuenta de que la habían dejado caer en la habitación que compartía con Boyd en el castillo de Druiminn.

—Boyd —susurró, poniéndose de pie—. Oh, gracias al cielo que estoy de vuelta.

Él la estrechó entre sus brazos, abrazándola tan fuerte que apenas podía respirar. Murmuró dulces palabras contra su cuello, besándola y aferrándola como si comprobara que realmente estaba allí. Maya le permitió su extraña bienvenida. Disfrutaría de cualquier atención tan generosa si venía de Boyd.

—Och, muchacha. Pensé que no volvería a verte.

Ella se rio, acariciándole la espalda con una mano tranquilizadora.

—No seas tonto. Solo me fui un par de horas.

Boyd la apartó, frunciéndole el ceño. Ella observó su hermoso rostro, rasgos que se habían vuelto preciosos para ella, aún más después de que la reina se la llevara y pensara que no volvería a verlo.

—Maya, muchacha, ¿cuánto tiempo crees que estuviste fuera?

Por primera vez, notó que la barba incipiente de su mandíbula era más larga de lo normal, con algunas canas entre el pelo oscuro. Apenas tenía vello facial cuando lo había visto esta mañana. Su cabello también estaba más largo, más desaliñado, pero también un poco menos blanco. ¿Era eso posible? Su pelo siempre había sido tan luminiscente que a veces pensaba que era plata líquida.

—Unas pocas horas. Te vi esta mañana —dijo, sintiendo un nudo en el estómago ante la incredulidad en sus ojos.

—No, muchacha. —Negó con la cabeza, con los ojos doloridos—. No has estado fuera solo unas horas. Has estado fuera tres meses.

Ella jadeó.

¿Qué carajo?

CAPÍTULO VEINTICINCO

BOYD ATRAJO a Maya contra sí por segunda vez. Respiró profundamente su dulce aroma, dando la bienvenida a la sensación de su adorada presencia después de habersele negado durante tanto tiempo. Calmaba su alma torturada y a la vez lo enfurecía. La reina pagaría por su papel en el robo de su Maya.

Los primeros días de su desaparición, pensó que la Reina Fae simplemente lo estaba provocando, haciéndole pagar por sus crecientes sentimientos hacia Maya y frustrando su maldición. Pero cuando las semanas se convirtieron en un mes, luego dos y tres, toda esperanza se desvaneció. Lo dejó con la devastadora comprensión de que la reina, de hecho, había robado a otra persona que le importaba y no se la devolvería pronto.

La había perdido, y era impotente para cambiar su destino.

Boyd cerró los ojos, abrazándola con fuerza y decidido a no dejarla ir nunca más. Por los dioses, había caído en un lugar oscuro con su ausencia. Todo en lo que había pensado estas últimas semanas había sido Maya, cómo nunca volvería a ver su dulce rostro ni escuchar su risa cristalina. Que tendría que vivir otros quinientos años antes de poder rastrearla en su tiempo y estar con ella de nuevo.

Algo que estaba dispuesto a hacer y que había aceptado después de un mes de su ausencia.

—Tres meses. No, me estás tomando el pelo. Solo he estado fuera unas horas —murmuró contra su hombro, incapaz de apartarse debido a su abrazo.

Ojalá hubieran sido horas, no meses. Demasiado de su tiempo, robado a ambos. Samhain estaba sobre ellos. Pero eso no era lo peor que había sucedido durante su ausencia.

—Maya, muchacha —dijo, apartándose solo un poco para poder mirar las oscuras profundidades de sus ojos azules y deleitarse con su belleza. Una belleza que creyó perdida—. Estuviste ausente tres meses. Te lo juro por la vida de mi gente. No te hemos visto durante doce semanas.

Ella lo miró fijamente, y él pudo ver que estaba contando el tiempo, calculando lo que eso significaba para ellos.

—¿Cuándo es Samhain? —preguntó, el miedo en sus ojos destrozando su alma.

—En una semana.

Su boca se abrió y cerró varias veces.

—Pero nos quedaban meses. ¿Cómo pude haber estado ausente solo horas para mí, pero meses para ti? No tiene sentido.

—No, muchacha, tiene perfecto sentido. ¿Adónde te llevó la Reina Fae?

—A la Corte Seelie. Fue confrontada por llevarme allí. No todos los Fae parecían complacidos con sus acciones o su interferencia en tu vida.

La idea de que la reina mestiza fuera cuestionada alivió un poco la ira rugiente de Boyd. Si hubiera logrado poner sus manos alrededor del cuello de esa hada, habría apretado hasta que ya no fuera un problema para nadie.

—El tiempo funciona de manera diferente para los Fae. Más rápido que para nosotros los mortales. Un momento allí puede ser cientos de años para nosotros. No dejaré que te lleve de nuevo —prometió, apoyando su frente contra la de ella, su presencia calmando su alma.

—Boyd, se nos acaba el tiempo. El tapiz llegará pronto.

Cerró los ojos, alejando el pensamiento de tal cosa. No quería saber lo que significaba para ambos que el tapiz estuviera en el castillo.

—No, muchacha. No pienses en eso. —La levantó, envolviendo las piernas de ella alrededor de su cintura. Dio un par de pasos y la alzó contra la pared. Su necesidad de ella, su obsesión por saber que era de carne y hueso, de vuelta en sus brazos con certeza, no solo un producto de su imaginación, era demasiado para ignorar. Los ágiles dedos de Maya desgarraron sus calzones, empujándolos lo suficiente para liberarlo. Su miembro saltó a la mano de ella, y lo agarró, acariciándolo. Su respiración se entrecortó, y gimió cuando los dedos de ella se apretaron alrededor de su carne.

Él rasgó el vestido de ella para apartarlo y la tomó, rápido y duro, inmovilizándola con su peso mientras la follaba contra la pared. Tan apretada, tan húmeda. Su mente daba vueltas, celebraba que ella estuviera de vuelta con él, en casa, sana y salva.

Los dedos de ella se clavaron en sus hombros mientras él la embestía. Ella se mecía contra él, dando tanto como recibiendo placer. Era demasiado y, sin embargo, no suficiente. Nunca sería suficiente.

¿Cómo podría dejarla ir alguna vez?

Boyd aumentó el ritmo, tomándola con una necesidad primaria que nunca antes había sentido. Ella gimoteaba en sus brazos, su cabeza recostada contra la pared, sus jadeos empujándolo a darle más. A tomar tanto como pudiera darle mientras duraran.

Si solo esto pudiera durar para siempre.

Maya se aferró a Boyd tanto como pudo mientras él la follaba. *Duro*. Esto no era una dulce seducción, una bienvenida a casa en absoluto, sino una toma de posesión, una contundente declaración de lo que era suyo.

Ella.

Jadeó mientras él la tomaba, su gran miembro llenándola por completo, demasiado y, sin

embargo, nunca suficiente. La pared, fría y dura contra su espalda, rozaba su piel mientras él reclamaba su cuerpo. Pero no le importaba. Todo lo que quería era Boyd. Con cada embestida, cada enloquecedor empuje, se hacía una promesa, una declaración.

Ella era suya y de nadie más.

Maya estaba perfectamente feliz con tal declaración. Boyd había llegado a significar tanto para ella. Cuando estuvo en la Corte Seelie, su único pensamiento fue volver a él. No a su propio tiempo, sus amigos, su trabajo, sino Boyd. Su highlander del siglo XVI.

Gimió, podía sentir su orgasmo construyéndose, vibrando justo al borde de la liberación. Y entonces se desmoronó. Jadeó, susurró su nombre, besándolo profunda y largamente mientras él también la seguía hasta la liberación.

Su miembro pareció hincharse, llenándola, dándole lo que ella deseaba. Su cuerpo le drenaba la semilla, tomando y dando mientras ambos se mecían a un ritmo más lento a medida que sus orgasmos se desvanecían.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, colocando su rostro a escasa distancia del suyo. — Nunca había sido así para mí. Con nadie.

Él la besó, larga y lentamente, sus lenguas enredándose, sus labios tentándola y llamándola a caer. Pero Maya sabía la verdad. Ya había caído. Hacía semanas, quizás. Posiblemente desde el mismo momento en que puso sus ojos en el Laird Macleod.

¿Cómo no amar a un hombre así? Un hombre de honor, fuerza y lealtad. Confiaba en ella, la había acogido en su hogar cuando no tenía otro lugar adonde ir. Un hombre bondadoso, sin importar lo que dijeran los demás. ¿Qué no había que amar?

Él no dijo nada. Simplemente los llevó a la cama y la recostó. Se unió a ella, despojándolos a ambos de sus ropas, antes de hacerle el amor lenta y desgarradoramente durante el resto de la noche.

Si una punzada de temor la había atravesado ante su ausencia de palabras, su incapacidad de expresar lo que sentía, sus acciones le decían a Maya algo diferente.

Porque si el amor tuviera un movimiento físico, su manera de adorarla le decía todo lo que necesitaba saber.

Que Boyd también la amaba. Tanto como ella a él.

Dougall O'Cain caminaba a grandes zancadas entre su ejército de hombres, hombres que durante las últimas semanas habían entrenado, aprendido y luchado entre sí para hacer sus habilidades precisas y mortales.

Había enviado a varios miembros del clan para traer a todos los jóvenes O'Cain de sus tierras para que aprendieran a luchar, para unirse a él en hacer el clan más fuerte, más próspero. Para derrotar a Macleod y su antiguo clan de una vez por todas.

—Los hombres están listos, Dougall. No creo que Macleod tenga oportunidad contra nosotros —Dougall asintió, observando a los hombres combatir en las tierras bajas al pie de su fortaleza.

Las tiendas salpicaban el terreno. Los fogones ardían, el olor a carne cocinándose impregnaba el aire. Su ejército era fuerte y saludable. Todas cosas que Macleod no esperaría.

Que su enemigo hubiera estado distraído los últimos meses le había permitido prepararse, planear, espiar.

Macleod ya no tenía oportunidad contra él y su ejército. La emoción vibraba en sus venas ante el pensamiento de su victoria. De tomar el Castillo Druiminn para sí mismo, y toda la riqueza que venía con él.

Saborearía la caída de Boyd Macleod, haría que el hombre viera cómo tomaba a la mujer que se decía era su amor, su salvadora después de todos estos años.

Vería por sí mismo si Macleod era inmortal. Cuando un cuchillo te atravesara o te quitara la cabeza, dudaba que la inmortalidad pudiera salvar a nadie entonces.

—¿Cuándo marcharemos hacia las tierras de Macleod?

Dougall se frotó la mandíbula pensativo. —Apuntaremos a después de Samhain. Dejemos que sus hombres estén aturdidos por su noche de jolgorio y cansados por su viaje a Glendale. Que nos enfrenten en batalla con la mente nublada y manos lentas y el estómago lleno de festín. Será como sacrificar ovejas.

Se rió para sí mismo ante el pensamiento de su victoria. Que en una semana no habría más clan Macleod. Que toda Escocia e Inglaterra también sabrían que los O'Cain gobernaban Skye y que no había lugar para nadie más.

Nunca más.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

BOYD TRAMABA ALGO, y Maya no estaba segura de qué. Durante los días desde su regreso, él había mostrado un nerviosismo evidente. Lo sorprendía a menudo mirándola como si algo le preocupara. La rondaba como un hombre aterrorizado de perder lo que custodiaba. Ella sabía que su ausencia lo había asustado, posiblemente incluso le había hecho darse cuenta de lo que ella significaba para él, y aunque no había dicho las palabras, sabía que la amaba tanto como ella lo amaba a él.

Si tan solo se declarara.

Con solo unos días hasta Samhain, el clan estaba ocupado preparando el festín para celebrar el final de la temporada de cosecha. Ya se estaban preparando las carnes para cocinarlas sobre las muchas hogueras. Las mujeres estaban ocupadas preparando pasteles para dejar a los muertos, siguiendo las creencias paganas de la época. Maya no había dicho nada al respecto, ni lo haría. Después de haber sido arrojada al siglo XVI y de que la Reina Fae se la llevara durante meses, si los muertos se levantara en Samhain, Maya dudaba que pestañeara siquiera.

Salió de su habitación, cerrando la puerta y encontrando a dos criadas charlando en secreto cerca de una puerta que conducía a la parte superior de la torreta. Cuando la vieron, una de las jóvenes se apresuró a marcharse mientras la otra fingía limpiar el polvo de un candelabro en la pared.

Los sirvientes también habían estado actuando de manera extraña, ahora que lo pensaba. Siempre había alguien cerca de ese candelabro en particular. Sin duda, debía ser el objeto más limpio del castillo.

Maya caminó hacia las escaleras, acercándose a la criada, y notó que la mujer evitaba hacer contacto visual con ella. También parecía nerviosa, si sus ojos abiertos y su postura inquieta eran alguna indicación.

Maya se detuvo junto a ella.

—Buenos días —dijo, esperando que la joven hablara. Lo hizo, pero fue más bien un chillido.

—Mi señora —dijo, haciendo una reverencia antes de frotar el candelabro nuevamente con renovado vigor.

Maya extendió la mano, deteniendo la suya.

—Has estado aquí mucho últimamente. ¿Hay alguna razón por la que has estado merodeando por el pasillo estos últimos días?

—No, mi señora. En absoluto —la criada la miró entonces, con los ojos abiertos de miedo. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Por qué estaría asustada de responder una pregunta tan sencilla?

—Creo que el candelabro está limpio. De hecho, creo que todo este pasillo es el más limpio de Escocia. No necesitas quedarte aquí, muchacha. Puedes volver abajo si quieres.

La mujer negó con la cabeza, con la boca apretada.

—No puedo, mi señora. Debo quedarme aquí y trabajar. Esas son mis órdenes.

—¿Quién te dio esas órdenes? —preguntó Maya, curiosa. Se preguntaba si habría sido Boyd o el ama de llaves.

—El laird, mi señora —la mujer se mordió el labio, sus ojos desviándose por encima del hombro de Maya.

Hmm. Maya se dio la vuelta y vio la puerta que conducía a la parte superior de la torreta. Nunca había subido allí —no era amante de las alturas— mirar las tierras desde lo alto de una torre nunca le había interesado. Incluso el pensamiento ahora le hacía sudar las palmas.

Pero ¿por qué siempre merodear en esta parte del pasillo?

—¿Te han dicho que vigiles la puerta detrás de mí? —preguntó, sin pasar por alto cómo se agrandaron los ojos de la joven ante su pregunta.

Así que le habían encargado tal misión. ¿Qué estaba tramando Boyd? ¿Qué estaba escondiendo?

—No, mi señora. Solo estoy limpiando, como es mi trabajo.

—Puedes bajar. El pasillo está lo suficientemente limpio —ordenó Maya, sabiendo que la criada aceptaría su tono severo. La mujer se apresuró a bajar, casi corriendo por las escaleras como si el mismo diablo la persiguiera.

Maya se volvió hacia la puerta, preguntándose si Boyd también la habría cerrado con llave. Sorprendentemente, cuando empujó la manija de metal, se abrió, abriéndose de par en par. Unas escaleras que subían se encontraron con su mirada, y Maya entró, cerrando la puerta detrás de ella para evitar que alguien la encontrara y detuviera su progreso. Necesitaba averiguar qué demonios estaba pasando.

La escalera dio dos vueltas antes de abrirse a una habitación circular con toscos tablones de madera. No había ventanas, solo estrechas ranuras utilizadas durante las batallas para los arqueros. No tan aterrador y ciertamente no en el techo donde se sentiría mareada.

Maya bajó del último escalón al suelo y se giró, observando todo el espacio y se quedó inmóvil.

Boyd le había estado ocultando algo.

—Mierda —susurró, dando un pequeño paso hacia el gran tapiz de seda, completo y

brillando con sus muchos colores que colgaba frente a ella, mirándola fijamente como un matón burlón listo para saltar.

Su imagen favorita era exactamente la misma, excepto que donde el tapiz en el siglo XXI se había opacado con el tiempo, ahora era brillante, nuevo y absolutamente hermoso, al igual que las personas que representaba dentro de sus tejidos.

Maya se acercó a él, con cuidado de no acercarse demasiado por miedo a olvidarse y extender la mano para tocar el tapiz y enviarse catapultada de vuelta al futuro.

Aún no estaba lista para esa elección. Necesitaba más tiempo aquí con Boyd. Si más tiempo con él alguna vez sería suficiente. Maya ya sabía que no lo sería.

Pasos apresurados sonaron en la escalera. Maya no necesitaba darse la vuelta para saber que Boyd se dirigía hacia ella. Cerró los ojos, deleitándose con su presencia, sabiendo que sin importar la historia que contara el tapiz, la de Boyd había cambiado desde aquel día.

Ahora estaba con ella. La amaba, estaba segura.

—Maya, querida. Puedo explicarlo.

Ella negó con la cabeza, volviéndose para mirarlo.

—¿Temías que corriera hacia el tapiz y lo tocara en cuanto lo viera?

Él se encogió ante su pregunta, y ella casi pudo reírse de que quizás ese fuera un temor real suyo.

—Aye, pensé que querías despedirte de todos y desearnos lo mejor antes de lo que yo estaba preparado para separarme de ti.

Su corazón se estremeció ante sus palabras. Maya extendió la mano, agarrando su túnica y atrayéndolo hacia sí.

—Jamás haría eso. A estas alturas deberías saber que tampoco estoy lista para irme.

—Querida... —Sus ojos se encontraron con los de ella, tan verdes y puros como la tierra—. Con todo lo que te ha pasado aquí, no pensé que quisieras quedarte.

—No quiero irme. —De eso estaba segura sin un ápice de duda. ¿Cómo podría regresar a su época, continuar con sus días en este mismo castillo y no languidecer por el hombre que amaba y que había vivido en él cientos de años antes?

Él la alejó del tapiz, llevándola de vuelta a las escaleras. Se dirigieron al solar, asegurándose Boyd de que la puerta estuviera cerrada y atrancada.

—Debes saber que la reina volverá. No escucha a nadie, y con el clan O'Cain respirándonos en la nuca, deseando una guerra, estás en peligro aquí. Te protegeré hasta el día en que muera, pero no quiero ponerte en una situación en la que tenga que tomar esa decisión.

—Se le ha advertido a la reina que se mantenga alejada, Boyd. La mujer... —Maya cerró la boca, temerosa de decirle quién era la mujer que se había enfrentado a la reina. ¿Qué haría Boyd si supiera que había conocido a Sorcha? ¿Preguntaría por su esposa? ¿Buscaría respuestas que Maya no tenía para darle? No quería verlo languidecer por una mujer que se había ido hacía un siglo.

—Quienquiera que fuese esa mujer, no es tan poderosa como la reina. Todas las hadas se doblegan ante la voluntad de Titania.

Maya no estaba tan segura. Sorchá ciertamente parecía dispuesta a poner a prueba esa teoría. Negó con la cabeza, descartando las palabras de Boyd.

—Esta hada no.

Él rodeó el escritorio, cruzó los brazos y se enfrentó a ella.

—No, querida. Todas son iguales. Dicen y hacen lo que se les ordena, siempre ha sido así y siempre lo será. La reina diría cualquier cosa para mantener a su gente ajena a sus acciones. No le agrado, no está satisfecha con los cien años que he vivido sin Sorchá, no es suficiente para ella. Ahora que estás aquí, y la reina sabe lo mucho que significas para mí, no se detendrá ante nada para hacer tu vida un infierno. Hasta el punto de que subirás corriendo las escaleras y tocarás el tapiz sin que nadie te persuada.

Maya recordó las palabras de Sorchá. Que ella era digna y buena para Boyd. No, nadie la haría hacer nada si ella no quería, ni siquiera la Reina de las Hadas a cargo de otro reino.

Boyd no le creería a menos que le dijera la verdad sobre su tiempo lejos de él. Él confiaría en la palabra de Sorchá, aunque estuviera enojado por el hecho de que nunca regresó.

—La reina se mantendrá alejada, y la razón por la que lo sé es porque Sorchá me lo dijo. Le ordenó a la reina que se apartara, en cierto modo. Mi única amenaza aquí es el tapiz y los O'Cain, y tú te encargarás de ellos. —Maya se sentó en la silla frente a Boyd. Él se había puesto pálido como si hubiera visto un fantasma, y sus ojos habían adquirido un tono atormentado—. Cuando esté lista, y ni un día antes, elegiré mi destino. Tocaré el tapiz y volveré a casa, y nada más me obligará antes de ese momento.

CAPÍTULO VEINTISIETE

BOYD LUCHÓ por no reaccionar ante la declaración de Maya. Cómo le hizo dar vueltas la cabeza y se le revolvió el estómago.

¿Maya había conocido a Sorch?

Debería haber sabido que con la Reina Fae acosándolos como lo estaba haciendo, era inevitable que otra persona se presentara y reprendiera a su líder. Que fuera Sorch, no lo esperaba. No había esperado que Sorch estuviera tan involucrada en la Corte Seelie. Por supuesto, se había equivocado antes cuando se trataba de su esposa, de lo que pensaba que haría cuando pudiera, así que realmente no debería estar tan sorprendido.

—¿Conociste a Sorch? —Después de cien años sin ver a la única mujer que había amado, la había imaginado como un fantasma del pasado que algún día esperaba que formara parte de su futuro.

Ya no estaba tan seguro de eso.

Si Sorch regresara, ¿cómo sería su matrimonio ahora? Antes de que la reina se la llevara a la Corte Seelie, su unión había sido feliz. De risas y amor. Ella era una feroz guerrera, capaz de defenderse en una batalla si surgía la necesidad, pero también era amable y cariñosa. Una dama gentil. Una esposa apropiada.

Pero cien años en la Corte Seelie tendrían que cambiar a cualquiera que se aventurara allí. Boyd no podía evitar preguntarse si ella también había aceptado el camino de los Fae, abrazado su magia y su herencia. Por mucho que luchara por no hacerlo, sabía que desde que Maya había entrado en su vida, él no era el mismo hombre que era cuando la vio por primera vez.

Durante el tiempo que ella había estado aquí, él había comenzado a reír de nuevo, a querer seguir adelante, no mirar atrás, liberarse de su maldición y vivir de nuevo, como un hombre debería. Tener una esposa, tener hijos.

La idea de Maya, redonda y pesada con su hijo, lo llenaba de una necesidad que anulaba toda su ira, el resentimiento que guardaba por lo que los Fae habían hecho. Por el hecho de que Sorch nunca regresó, ni siquiera para despedirse.

Estaba cambiando. Su cabello era evidencia de eso, lentamente con cada día se oscurecía más, más parecido al castaño rojizo que alguna vez fue. Ya no era tan blanco como la maldición

Fae lo había hecho.

No podía evitar esperar que fuera una señal de que la maldición también estaba disminuyendo.

Maya asintió, juntando las manos en su regazo. —Sí. Ella fue la razón por la que me enviaron de vuelta. Si no hubiera reprendido a la reina, creo que me habría mantenido por más tiempo en ese reino.

Él no quería preguntar sobre su esposa, pero también necesitaba un cierre. Para avanzar con Maya, necesitaba saber que Sorchá estaba contenta, feliz con la elección que le fue impuesta. —¿Sorchá es feliz?

La luz en los ojos de Maya se atenuó, y él se maldijo por hacer la pregunta. No quería herir a Maya. Necesitaba decirle que tal vez quería saber sobre Sorchá, pero que eso no significaba nada. Ya no.

No desde que Maya había llegado a su vida.

—Creo que sí —respondió ella, con la voz tensa—. Sé que probablemente no es algo que quieras oír...

Boyd iba a disuadirla de ese hecho, pero ella levantó la mano, deteniendo sus palabras. —Entiendo que lo que hemos estado haciendo estas últimas semanas, antes y después de mi pequeña estancia en la Corte Seelie, nunca iba a llegar a ninguna parte. Estoy destinada a regresar a mi tiempo, y tú estás destinado a permanecer aquí. Espero de todo corazón que encuentres a alguien que rompa la maldición y que seas feliz. Y tal vez de alguna manera, mi estancia aquí contigo te ha demostrado que está bien seguir adelante con tu vida. Que no estás rompiendo ningún juramento a Sorchá al hacerlo.

—Maya —dijo él, pero se detuvo cuando ella se levantó y prácticamente salió corriendo de la habitación. Miró fijamente la puerta durante varios momentos antes de que el miedo le retorciera las entrañas. ¿Maya había subido? ¿Iba ahora al tapiz para enviarse a casa?

Boyd se arrancó de la silla y prácticamente corrió hacia la escalera. Su miedo por su partida se disipó un poco cuando vislumbró su vestido deslizándose en la habitación que compartían.

Se unió a ella allí, cerrando la puerta y echando el cerrojo. —Maya, muchacha —dijo, acortando la distancia entre ellos, sin pasar por alto que su dama tenía lágrimas en sus hermosos ojos azules—. Och, muchacha, nada de eso. —Le besó la mejilla, la nariz, los ojos cuando ella los cerró, sus lágrimas resbalaron por su rostro. Boyd las limpió con sus pulgares, besando sus labios—. Maya, ¿aún no lo entiendes?

Ella lo miró, limpiándose la nariz con el dorso de la mano. Su corazón dolía, y sabía, hasta lo más profundo de su alma, que ella era la mujer que estaba rompiendo su maldición. Ella era la razón por la que se levantaba cada mañana, buscaba mantener a su gente y su hogar a salvo. Ella era la razón por la que ya no añoraba a una esposa que se había ido hace cien años.

—¿Entender qué? —preguntó ella, sorbiendo.

—No te pregunto sobre Sorchá para molestarte, muchacha. Necesito saber que Sorchá está

bien porque para seguir adelante, saber esta verdad libera mi corazón. Mi corazón libre para amar a otra.

Los ojos de Maya se agrandaron, y lo miró tan rápidamente que su corona casi golpeó su nariz.

—¿Qué estás diciendo?

Él sonrió, besándola lentamente, mostrándole exactamente lo que quería decir. —Estoy diciendo, muchacha, que te amo. Que imaginar mi vida sin ti es una miseria peor que la muerte. No te pediré que te quedes, pero debes saber que te quiero a mi lado para siempre. Nunca quiero perderte.

Maya no sabía qué decir. *Boyd la amaba*. Se sentía nerviosa y emocionada al mismo tiempo. Junto con eso también llegó el miedo. ¿Qué haría? ¿Se quedaría o volvería a casa? ¿Cómo podría dejarlo cuando sabía, sin duda alguna, que lo amaba tanto como él a ella?

—¿Estás seguro? ¿Y si Sorchá regresa? —preguntó, odiando la duda que la atormentaba incluso con su sincera declaración—. ¿No te arrepentirás de tu elección?

Él negó con la cabeza, lanzándole una mirada de *¿en serio?*—. No, muchacha. No cambiaré de opinión, aunque Sorchá regresara. Cien años es mucho tiempo, y aunque no he sido el más rápido en darme cuenta de que lo que tuvimos, tan maravilloso como fue, es parte del pasado, te quiero a ti —afirmó, apretándola un poco—. Solo a ti.

Ella lo miró fijamente, incapaz de creer que lo que decía fuera cierto. Boyd la amaba solo a ella. Era demasiado maravilloso para expresarlo con palabras.

—¿No sientes lo mismo? —dijo él, con voz hueca cuando ella permaneció en silencio.

Oh no, no podía dejar que pensara eso. No cuando estaba tan equivocado. Maya tomó un respiro calmante antes de decir palabras que nunca le había dicho a nadie más en su vida—. Yo también estoy enamorada de ti, Boyd Macleod.

Boyd frunció el ceño mirándola, retrocediendo como si sus palabras le dolieran. Su respiración se aceleró y se estremeció.

Maya observó asombrada cómo lo último de su cabello plateado se desvanecía y en su lugar aparecían gruesos, oscuros y ondulados mechones rojos que le pasaban los hombros. Así que ese era el aspecto del Boyd Macleod del siglo XV antes de la maldición.

Su corazón latió con fuerza en su pecho al saber que ese highlander viril, dulce y guapo era suyo. Era demasiado. ¿Cómo podía ser tan afortunada?

—Boyd, ¿estás bien?

—Sí, muchacha. Estoy bien, solo... —Tomó dos respiraciones profundas, frotándose la mandíbula con una mano—. Un dolor, eso es todo. No, un peso. Siento como si se hubiera levantado un peso.

Maya se mordió el labio, la esperanza floreciendo en su interior—. La maldición. Tiene que ser eso —Extendió la mano hacia él, tomando las suyas—. Creo que puede haberse levantado.

Eso tenía que haber sido. No había otra razón para que se transformara de nuevo en el laird

que había sido cien años antes. Era mortal, y su amor era verdadero.

La amaba sin la más mínima duda.

Sus ojos se encontraron con los de ella, y pudo ver que él pensaba lo mismo. Que lo que ella había dicho era exacto y que ser inmortal ya no era parte de su vida.

—Estoy libre de ella, muchacha —dijo sonriendo. A ella se le cortó la respiración al ver la expresión de su rostro, tanta felicidad, tanta anticipación—. ¿Ahora me crees que te amo tanto?

Ella se rio, negando con la cabeza ante su broma—. Creo que sí.

Él se inclinó y la levantó en sus brazos, caminando lentamente hacia la cama—. Aunque no sé qué nos depara el futuro, sí sé que ahora, muchacha, te necesito. Necesito amar a la mujer que adoro.

Un nudo se formó en su garganta, y ella tomó su rostro entre sus manos y lo acercó para besarlo.

El abrazo, lleno de amor y todo lo que había entre ellos, los unió como un hilo que cruzaba siglos.

Una promesa de para siempre.

Si tan solo Maya pudiera elegirlo a él por encima de todo lo que había conocido.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

LAS EMOCIONES BURBUJEABAN en el interior de Maya mientras Boyd la llevaba a la cama, depositándola suavemente sobre las pieles y mantas. Su estómago se retorció en deliciosos nudos. Su mente daba vueltas con la idea de que la amaba solo a ella y a nadie más. Que la quería en su vida, en su futuro, cuando durante tanto tiempo había permanecido estancado en el pasado.

Nunca antes había sentido por un hombre lo que sentía por Boyd. Lo amaba tanto. La idea de que fuera suyo era abrumadora y un poco surrealista.

Maya se retorció y se quitó el vestido, arrojándolo a un lado, y observó con satisfacción cómo Boyd trabajaba rápidamente con los cordones en la parte delantera de sus pantalones antes de deshacerse de sus calzones.

Su centro se contrajo ante la visión que ofrecía. Maya se mordió el labio mientras él se bajaba los pantalones por sus largos y musculosos muslos. Aun así, su virilidad permanecía oculta. Bloqueada de la vista debido a su túnica que colgaba baja sobre sus caderas.

Sonrió y supo que parecía traviesa.

—Sabes, en mi época, lo que estás haciendo se llama striptease.

Él se arrancó la túnica por la cabeza, sus músculos abdominales eran una hermosa carretera ondulada hacia su miembro erecto. Tan duro y el pene más perfecto que jamás había visto.

Alcanzó su eje, acariciándose aún más fuerte, y el calor se acumuló en su centro.

—¿Los hombres se desnudan para las mujeres en tu época? —Sacudió la cabeza, claramente confundido—. No lo entiendo.

Maya se arrodilló, caminando sobre sus rodillas hacia el lado de la cama y alcanzándolo. Pasó su mano por su estómago, rindiendo homenaje a la perfecta V que dirigía su mirada hacia su miembro.

—Las mujeres también lo hacen, pero sí, los hombres se desnudan para el disfrute de las mujeres. Pero no se nos permite tocar.

Él frunció el ceño, trabajando el músculo de su mandíbula.

—¿Has ido a ver hombres desnudarse?

Ella se rio de su tono molesto, amando que este highlander pudiera estar celoso por sus

acciones, de cosas que había hecho antes incluso de conocerlo.

—Sí. Fui con amigas cuando estaba en la universidad en Inglaterra. Los hombres estaban tan tonificados como tú, tal vez no tan altos o musculosos, pero ciertamente muy agradables de admirar —Maya se inclinó hacia adelante, besando su pecho, lamiendo su pezón erecto con su lengua.

Él gruñó.

—Nunca mirarás a otro hombre de esa manera, Maya.

Ella sonrió contra su piel, escuchando la advertencia, la exigencia en su tono. Su sensibilidad del siglo XXI, su feminismo gruñó en respuesta a su autoritarismo, pero lo dejó pasar. El hombre que amaba era diferente a cualquiera de su época. Las cosas eran diferentes aquí, y aunque nunca permitiría que nadie la pisoteara, sabía que elegiría a Boyd por encima de cualquier otro.

Él era suyo. Su alma gemela. Su amor. Le permitiría esta única exigencia.

—No quiero mirar a nadie más —susurró, pasando sus manos por sus hombros y maravillándose de su tamaño. Era tan tonificado, ancho y devastadoramente alto. Solo estar a su lado la hacía sentir delicada y femenina.

Dos cosas en las que Maya nunca pensaba la mayor parte del tiempo.

—Ahora —dijo, entrelazando sus manos en su cabello—. Hazme el amor antes de que muera de esperar.

Una luz traviesa entró en sus ojos antes de empujarla de vuelta a la cama, arrancándole un pequeño chillido de sorpresa. Se puso sobre ella, cubriendo su cuerpo con el suyo.

Maya se envolvió alrededor de él, deslizándose sus piernas alrededor de sus caderas. No podía tener suficiente de este hombre. Sabía que nunca lo tendría. Él entró en ella rápidamente, con una embestida profunda y dura que los hizo gemir a ambos.

—Pon tus manos sobre tu cabeza —exigió Boyd, sujetándolas con las suyas cuando ella lo hizo. La observó, su mirada desbordante de adoración, con tanto calor que su corazón dolía.

Se quedaron así, en una lenta progresión hacia el clímax. Él la provocaba, la llenaba y la inflamaba. Maya cerró los ojos, incapaz de seguir viendo las emociones jugar en su rostro. De cuánto lo extrañaría si decidiera dejar esta época.

—Mírame, muchacha —suplicó.

Después de un momento, Maya hizo lo que le pidió. Su cuerpo se sentía en llamas, tenso y anhelante de liberación. Él la encajaba tan bien, la empujaba a un ritmo constante. Estaba tan cerca, ya sentada en un precipicio, lista para caer.

—Eres todo para mí —susurró, inclinándose para besarla. Boyd liberó sus manos, y ella las envolvió alrededor de él mientras el beso se fundía en algo mucho más que cualquier cosa que hubiera conocido. Era una promesa, una declaración de cariño, honor y amor.

Tanto amor.

—Yo también te amo —jadeó ella cuando, con una última embestida profunda, él entró en ella, lanzándola al borde. Maya se elevó, alto y largo. Su orgasmo la atravesó, extendiéndose a

cada punto de su cuerpo. Gimió su nombre, clavó sus uñas en su espalda mientras él aún se negaba a aumentar su ritmo, cabalgó su clímax con enloquecedoras y lentas embestidas que la habían llevado al orgasmo en primer lugar.

Boyd jadeó contra su boca, su nombre como un cántico mientras la seguía, derramándose en ella con abandono.

Por un momento, ninguno de los dos se movió, simplemente contentos de yacer entrelazados y unidos mientras ambos recuperaban el aliento.

Boyd rodó hacia un lado, llevándola al hueco de su brazo.

—Necesitas tomar una decisión, Maya, muchacha.

Se mordió el labio, odiando tener que hacerlo. Quedarse o irse. Permanecer en el siglo XVI o regresar al XXI. Su mano recorría distraídamente la ligera capa de vello en el estómago de él mientras pensaba. ¿Qué le pasaría a él si ella se iba? ¿Volvería a ser inmortal? ¿Se le rompería el corazón por segunda vez? ¿O envejecería, permanecería mortal como estaba, eliminando la posibilidad de que ella lo volviera a ver en el siglo XXI?

Maya levantó la mirada hacia él y lo encontró observándola. Negó con la cabeza, sabiendo que cuando se trataba de Boyd, no había elección. Nunca la hubo si era honesta consigo misma. No desde el día en que se enamoró del highlander.

—No quiero volver a mi tiempo, Boyd. Haya o no reglas para viajar en el tiempo, no puedo irme. Mi corazón está aquí. ¿Cómo podría vivir sin mi corazón si se quedara en el siglo XVI?

—Och, muchacha —la atrajo sobre su pecho, besándola dura y largamente—. Esta época no es fácil. Iremos a la guerra cualquier día. ¿Estás segura de que quieres quedarte?

Sería una mentirosa si dijera que tal futuro no la asustaba. La idea de las guerras entre clanes era algo que solo se leía en los libros de historia. Vivir en una época donde esto era una amenaza constante... Sin mencionar a los Fae y su aversión por Boyd, o al menos la antipatía de la reina Seelie, lo que también añadía una pizca de preocupación.

Con todo esto, aun así, su corazón y su mente permanecían firmes. Su futuro estaba en el pasado, aquí con Boyd. Se amarían, tendrían una familia, serían tan felices como pudieran hasta que llegara su hora.

—Sí, quiero —nunca había estado más segura de una decisión en su vida—. Pero con una condición —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho de él y observándolo.

—Aye, lo que sea, muchacha.

Maya sonrió.

—Me quedaré, Boyd Macleod, laird y jefe del Clan Macleod, si me haces el honor de casarte conmigo —la conmoción que se reflejó en sus facciones fue cómica, y ella se rio—. ¿Qué dices? ¿Te casarás conmigo?

Él la volteó sobre su espalda antes de que pudiera parpadear.

—Se supone que yo soy quien debe preguntar, muchacha.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, te estás casando con una mujer del siglo XXI si dices que sí, y tendemos a pedir lo que queremos e ir tras ello cuando huye.

Él gruñó, un retumbo profundo en su pecho que hizo cosas extrañas en su interior.

—Aye, muchacha. Me casaré contigo siempre que me prometas una cosa también.

—Lo que sea —dijo ella.

Él se deslizó hacia un lado, su mano bajando por su frente, sobre su pecho, antes de posarse en su vientre.

—Sé la madre de mis hijos. No creía querer una familia, pero después de cien años viviendo una existencia solitaria, una vida que no lo era en absoluto, la idea de verte hinchada con mi bebé, bueno, es un sueño que ahora anhelo, más que la vida misma.

Maya tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta, asintiendo.

—Me encantaría ser la madre de tus hijos, si tenemos la fortuna de tenerlos —alzó la mano, apartándole el cabello de la cara, queriendo ver sus dulces facciones—. ¿Cuándo podemos empezar? —bromeó, atrayéndolo hacia sí.

Él sonrió, con una luz diabólica en sus ojos.

—Ahora es tan buen momento como cualquier otro.

Boyd tomó sus labios en un beso abrasador, sumergiéndola en un mundo de pasión por segunda vez en otros tantos minutos. Horas de hacer el amor, de adorarse y de deseo, y quizás incluso comenzando su familia esta noche. Creando un futuro: el destino del clan Macleod que aún vivía hoy, en el tiempo de Maya.

Tal vez...

CAPÍTULO VEINTINUEVE

MAYA ESTABA FRENTE al espejo en su habitación, observando el vestido que Jeane había ajustado y alterado para que lo usara el día de su boda.

Que hoy fuera el día en que se uniría en matrimonio con Boyd era algo que Maya aún estaba asimilando. ¿Cómo era posible que en el corto número de semanas que había estado en el castillo de Druiminn, excluyendo el tiempo que la Reina Fae la había secuestrado, hubiera llegado a amar tanto a un hombre?

La idea de dejar a Boyd era una imposibilidad que no podía afrontar. La idea de tocar el tapiz le hacía estremecer el estómago de miedo. No, esta era la época en la que debería haber nacido. Una época en la que vivía el hombre que amaba, y no quinientos años en el futuro.

Jeane se arrodilló y sujetó el vestido un poco mientras añadía un bonito borde de encaje sobre la saya de sarga de lana teñida de azul. Aunque Maya siempre había pensado que su vestido de novia sería de satén champán, con una falda amplia y un corpiño estilo princesa, el vestido que llevaba hoy era igual de bonito. Vivían en la Isla de Skye, a cientos de kilómetros de cualquier tienda de costura. No, su vestido serviría muy bien. Le quedaba perfecto. Mientras se casara con el hombre que amaba, el día sería perfecto.

—Och, muchacha, Boyd no sabrá qué hacer consigo mismo cuando te vea. Estás tan bonita como una nomeolvides.

Jeane había modificado el vestido para que el corpiño bajara un poco más sobre sus pechos, y con el encaje blanco corriendo alrededor del dobladillo, no pudo evitar estar de acuerdo en que tal vez Jeane tenía razón.

—No puedo agradecerte lo suficiente por arreglar el vestido para mí. Sé que es con poco tiempo de antelación.

Jeane desestimó sus preocupaciones con un gesto de la mano, con una aguja en la otra, mientras cosía a lo largo del dobladillo de su vestido. —Es un placer darte la bienvenida a la familia. Ya es hora de que Boyd se case y vuelva a amar. —Jeane le sonrió, con los ojos brillantes de aprobación y esperanza—. Su esposa, dondequiera que esté, ha seguido con su vida. Es hora de que Boyd también lo haga. Me alegro por los dos. Serás una buena esposa para él.

Maya esperaba que eso fuera cierto. Ciertamente iba a intentarlo. —¿No te preocupa que

Sorcha siga viva? Supongo que nuestro matrimonio no será legalmente vinculante debido a ese hecho, pero...

Jeane se puso de pie, tirando del vestido en su cintura y comprobando la longitud. —¿Qué, muchacha? ¿Pero qué?

Maya se encogió de hombros, con el estómago hecho un nudo por casarse con un hombre que aún tenía esposa. Seguramente alguna ley entraba en vigor cuando uno era abandonado por tanto tiempo. Sin mencionar que Boyd tenía más de cien años. Algunos en Inglaterra y Escocia probablemente ni siquiera pensaban que estaba vivo, sino que era simplemente un antepasado del primer Boyd Macleod.

—¿Eso me convierte en una mala persona si me caso con Boyd aunque él siga casado? —le preguntó a su amiga. No era una mala persona, nunca había sido del tipo que fuera cruel o hiciera cosas contra la ley. Casarse con Boyd cuando aún tenía esposa era moralmente incorrecto y no vinculante por ley, pero después de tantos años, ¿eso seguía en pie? Lo dudaba, y aun si lo estuviera, sabía que Sorcha aprobaba que ella estuviera aquí con Boyd. Tenía su aprobación de cierta manera. Eso era suficiente para ella.

—No, tú amas a Boyd. ¿Cómo puede haber algo malo en eso? —Jeane dio un paso atrás, sonriéndole en el espejo—. Ahí está, muchacha, el vestido está listo, y con solo unas horas de sobra. Tu unión de manos que ocurrirá esta noche cuando el sol se esté poniendo y la luna esté saliendo será una para recordar.

Maya asintió, incapaz de dejar de sonreír ante la idea de ser esposa. La esposa de Boyd. —¿Me ayudarás a bañarme? Con varios guardias, estoy segura de que estará bien viajar hasta las piscinas termales si quieres.

Jeane recogió sus cosas de costura, apresurándose por la habitación. —Ahora, esa sería una idea bienvenida. Hace varios días que no me baño, y sé que nadie en la ceremonia de esta noche quiere estar oliendo mis axilas.

Maya se rio, desatando su vestido antes de salir de él. —Me vestiré, y buscaremos algunos guardias para que nos lleven allí. Quiero oler como una flor para mi nuevo esposo —dijo, riéndose de sí misma. ¡Hoy era el día de su boda! Maya se pellizcó para asegurarse de que estaba despierta y que esto no era simplemente un sueño.

No lo era.

La boda tuvo lugar con vistas al océano en el castillo de Druiminn, un edificio magnífico y antiguo que se alzaba detrás de ellos en el crepúsculo. Las velas y antorchas ardían, iluminando el área, y algunos de los niños del pueblo habían esparcido flores silvestres por el suelo, cubriendo la tierra lo mejor que pudieron. Esta noche había luna llena, solo la más ligera brisa marina, y el aire olía dulce y salado.

Maya caminó hacia Boyd, que estaba de pie observándola junto al sacerdote del castillo. Su mirada oscura y profunda brillaba de amor y Maya tragó con dificultad el nudo en su garganta. No lloraría. Hoy era un día feliz, uno para recordar para siempre. Boyd era todo lo que siempre

había deseado y más, y no podía evitar preguntarse cómo era posible que él la amara.

Una mujer inglesa normal que no tenía poder no aportaba nada al matrimonio, ciertamente no una familia aliada para respaldar a los Macleod en las guerras de clanes. Sin dote, nada más que ella misma.

Boyd tomó sus manos cuando ella llegó a su lado, guiñándole un ojo antes de volverse hacia el sacerdote. El clan los rodeaba. Jeane se unió a ellos, atando un delgado trozo de tartán alrededor de sus manos, anudándolo firmemente.

El sacerdote recitó las palabras que los unían, pidiéndoles que repitieran los votos cuando fuera necesario. Maya no podía entender mucho, pero repitió lo mejor que pudo, prometiéndose a Boyd, el Laird Macleod, hasta que la muerte los separe.

Ella jadeó cuando la ceremonia terminó, y Boyd la atrajo con fuerza hacia sus brazos, besándola apasionadamente. Ella rio durante el abrazo, los silbidos, las carcajadas y los gritos del clan eran ensordecedores.

Afortunadamente, después de que Boyd les hubiera hablado sobre ella viviendo allí con todos ellos, habían llegado a confiar en ella, a saber que no estaba allí para hacer daño o causar problemas. Simplemente para vivir, para ayudar como todos lo hacían cada día hasta que pudiera regresar a su tiempo.

Eso ya no era un problema. A partir de ese día, ella sería una highlander como su marido, una escocesa, y esposa por encima de todo. Maya rodeó con sus brazos el cuello de Boyd, atrayéndolo hacia sí para besarlo con todo lo que tenía. El clan rio con más fuerza, pero a Maya no le importaba. Besaría a este hombre hasta su último aliento.

Tal como estaba segura de que él también lo haría.

Titania se quedó en la parte trasera del clan Macleod, observando cómo la gente del laird felicitaba a los novios por su handfasting. Miró su vestido de lana amarilla sencilla, echando de menos sus sedas y satenes mientras estaba disfrazada aquí.

El clan llevó a la feliz pareja al castillo, y ella los siguió. Un trovador comenzó a tocar una melodía alegre que pronto atrajo a los juerguistas al suelo del Gran Salón para bailar.

Observó cómo Boyd llevaba a Maya al estrado, sacando su silla y asegurando su comodidad con un cojín para sentarse y una copa de hidromiel antes de unirse a ella. Era un tonto por haberse enamorado de la mujer. No era porque pensara que el amor fuera una emoción tonta, sino simplemente porque Boyd sentía tanto por la mujer, le daba poder sobre él. Una forma de hacerle hacer lo que ella quisiera si significaba que el daño llegaría a aquellos que él amaba.

Sacudió la cabeza, tomando una copa de vino de un sirviente que desconocía quién era ella. Estúpida y simplona gente, estos antiguos miembros del clan. Vivir cada día como un medio de supervivencia. No tener la libertad de disfrutar los placeres de la vida, de lo que el mundo ofrecía, bueno, no sabían lo que se estaban perdiendo.

Ni lo sabrían nunca, nacida hada. Ella había viajado al futuro y muy atrás en el pasado. Vivir como esta gente haría que su alma inmortal se marchitara y muriera.

Qué lamentable era esta gente.

Bebió el vino, sabiendo que en solo unos días, el Samhain caería sobre este clan y otros en toda Escocia. Las celebraciones continuarían, la bebida y el festín. Si solo supieran que los O'Cains llegarían al final de la cosecha.

Titania sonrió. El clan Macleod no era lo suficientemente fuerte para ganar una guerra contra los O'Cains. Había más de ellos, y estaban sedientos de sangre Macleod.

La del laird en particular.

Levantó su copa, brindando por los recién casados. —Disfrutad vuestro tiempo, mis queridos mortales, porque será tan fugaz como vuestra vida.

CAPÍTULO TREINTA

LAS FESTIVIDADES por su matrimonio con Maya continuaron durante los días siguientes, con Samhain al día siguiente. Numerosas hogueras, apiladas con abundante leña, se encontraban alrededor del castillo, tanto dentro de la fortaleza como en los terrenos de la propiedad.

Su gente llegaba desde sus tierras a Druiminn. Sus soldados estaban contentos de reencontrarse con viejos amigos que no habían visto en varios meses. Algunos de sus hombres se escabullían al bosque o a las cabañas cuando querían estar a solas con sus damas.

Boyd se despertó temprano esa mañana, deseando entrenar con sus hombres. Aunque le había resultado difícil apartarse de Maya, de su calidez y el consuelo que ella le brindaba, necesitaba volver a la vida normal. Era el laird, el jefe de su gente. No podía permanecer recluido en su habitación para siempre.

Sus espías en la frontera de las tierras de los Macleod habían informado que los O'Cain parecían estar formando un ejército de hombres y preparándose para marchar.

Llegarían cualquier día, pero Boyd estaba preparado. Había esperado ese movimiento de su enemigo. Dougall O'Cain nunca estaba satisfecho con lo que tenía. Siempre buscaba obtener más. Tomar lo que no era suyo.

Bien, podría marchar hacia Druiminn, pero perdería incluso si Boyd moría luchando por salvar a aquellos que le importaban, su tierra, su esposa, su gente.

Douglas se acercó a él, con una sonrisa en los labios.

—Ah, así que el laird se nos ha unido al fin. Ya pensábamos que no te volveríamos a ver.

Boyd se rio, deseando haberse quedado envuelto en los brazos de Maya o besando su suave vientre hasta llegar al parche de rizos oscuros en el ápice de sus muslos. Sonrió con la certeza de que habían vuelto a crecer desde la primera vez que los había visto.

Las piernas de una mujer, envueltas alrededor de la cabeza de uno, era la satisfacción más dulce que se podía tener. Por mucho que disfrutara escaramuzando, verbal y físicamente, con sus hombres, sabía dónde habría preferido estar tan temprano en la mañana.

—Sabes que tengo que asegurarme de que todos sepáis luchar. Con el afán de guerra de los O'Cain, pensé que sería mejor que os ayudara a entrenar.

Douglas soltó una carcajada, pero sus ojos se nublaron de preocupación.

—Recibimos un informe esta misma mañana hablando de nuestro enemigo. Me alegro de verte tan pronto. Los números no son buenos, Boyd. Nos superan en número según el último recuento. Por varios cientos.

Boyd ajustó su postura, sintiendo una inquietud recorrer su columna. Esas no eran las noticias que esperaba. Los O'Cain eran más astutos de lo que pensaba. Normalmente, el clan desordenado no podía organizar ni una reunión, mucho menos una guerra.

—La mayoría del clan permanecerá aquí hasta después de Samhain. Esperarán disfrutar de la fiesta, pero quizás tengamos que hablar con los soldados, evitar que consuman demasiada comida y vino. Si los O'Cain se están preparando para marchar, solo significaría que vendrán a por nosotros cuando crean que menos lo esperamos. Cuando estemos menos preparados.

—Y aún borrachos de vino caliente y cerveza —afirmó Douglas, frunciendo el ceño mientras observaban a varios miembros del clan cruzar espadas entre sí. El estruendo del metal contra metal era música para los oídos de Boyd.

—¿Qué hay de las mujeres? El castillo no está lo suficientemente fortificado como para mantenerlas a salvo si lo peor nos sucede en el campo de batalla.

Boyd se volvió hacia Douglas. La idea de que Maya o cualquiera bajo su cuidado fuera herida por manos de los O'Cain provocó en él una ola de ira tan grande que amenazaba con consumirlo. Pero Douglas tenía razón. Druiminn era un castillo de una sola torre. Sin una muralla exterior inexpugnable para mantener a salvo a los que estaban dentro, cualquiera que permaneciera dentro de sus muros era vulnerable.

Si sobrevivían a la batalla que se avecinaba, se aseguraría de que el castillo tuviera modificaciones, fuera ampliado y hecho más difícil de conquistar, quizás una segunda torre, pasadizos ocultos que permitieran a quienes vivían dentro de sus muros una vía de escape cuando estuvieran bajo ataque.

—Tendremos botes preparados para evacuar a las mujeres y los niños si ocurre lo peor. Pueden viajar por mar al Castillo de Duart, quedarse con los Maclean. Allí estarán seguros y cuidados.

Boyd reflexionó sobre la idea de Douglas, inseguro de que funcionara. Las mujeres no podían quedarse aquí, no si estaban bajo asedio, pero esa opción podría no estar disponible para ellos.

—Eso puede ser imposible. Los O'Cain han estado devastando las tierras cerca de Loch Bracadale y Minginish. Tienen barcos, algunos de los cuales podrían estar cerca de las islas. No pensarán que estamos vigilando esos puertos. No —dijo Boyd, descartando la idea de que las mujeres y los niños escaparan en bote—. Estacionaremos hombres en Druiminn y los esconderemos en el bosque si es necesario. Haz que los hombres preparen hoy varios sitios adecuados para permitir eso.

Douglas asintió, pero Boyd pudo ver la preocupación en sus ojos, la misma que él sentía. Que los O'Cain podían tener la ventaja en este momento, y no había nada que pudiera hacer al

respecto.

—Envía a nuestro jinete más rápido, averigua dónde están los hombres de Donald Mor. Los necesitaremos si queremos ganar.

—Según el último informe, están al menos a diez días de distancia, Boyd. Tal vez si viajamos a Glendale, la tierra es más llana allí, y hay una fuente de agua dulce, buena para los hombres. Hagamos que el Clan O'Cain venga a nosotros. Con los hombres de Mor dispuestos a desembarcar en Loch Pooltiel, si podemos mantener a raya a los O'Cain el tiempo suficiente para que lleguen, puede que tengamos la oportunidad de ganar esta batalla.

Boyd meditó sobre las palabras de Douglas, que eran ciertamente sabias.

—Cabalgaremos hacia Glendale el día después de Samhain.

Boyd miró hacia el castillo, pensando en Maya. Dejarla aquí, con solo un ejército esquelético para protegerla a ella y a las mujeres que quedaban, lo dejaba intranquilo. Pero poco podía hacer al respecto. Ciertamente no podía llevarla con él, por mucho que quisiera mantenerla siempre a la vista. Era demasiado peligroso, demasiado difícil, y estaría distraído sabiendo que ella estaba en la base, sola y sin protección.

¿Y si los O'Cain se abrían paso alrededor de sus fuerzas y ponían sus sucias manos sobre ella? Boyd apretó los puños a los costados antes de caminar hacia donde yacían las armas listas para usar. Agarró una espada de entrenamiento, ajustando su agarre mientras se acostumbraba a su peso, a la sensación del arma en su mano.

Uno de sus soldados se presentó ante él, rodeándolo con su arma, listo para pelear. El pobre muchacho no debería haber elegido este día para entrenar, porque Boyd estaba de humor para derramar sangre, incluso con una espada de madera y de uno de sus propios hombres.

Maya observaba a Boyd desde los escalones del castillo, con Jeane a su lado. Su prima chasqueó la lengua en señal de censura mientras Boyd luchaba contra varios hombres, todos sangrando, ya fuera por la nariz o por pequeños cortes de la espada de Boyd. Cómo era eso posible cuando estaba usando madera, no podía entenderlo. Se estremeció cuando su espada conectó con el antebrazo de uno de los hombres, haciendo que el soldado hiciera una mueca de dolor.

Maya lo estudió, preguntándose por qué estaba tan enojado. Qué punto estaba tratando de demostrar.

Boyd no se contenía, sus golpes eran fuertes y seguros, su cuerpo sudoroso, polvoriento y absolutamente delicioso de ver, sin importar cuán sanguinario fuera. Aun así, estar allí luchando contra Boyd ni siquiera era algo que Maya consideraría. Parecía un poco enloquecido e inestable.

—Los O'Cain están cerca, ¿verdad? —dijo Maya a Jeane, más como una afirmación que como una pregunta. Esta tenía que ser la razón del malestar de Boyd. Estaba preocupado por su clan, por ella.

Jeane frunció los labios, mirando a los miembros del clan que luchaban. —Aye. Escuché a Douglas mencionar que han estado causando problemas en Skye y que su objetivo final es

Druiminn. Es posible que el ejército principal de los O'Cain ya esté en camino.

—¿Hacia aquí? —Maya jadeó, el miedo envolviéndole el corazón ante la idea de que esos hombres vinieran a pelear. No cualquier pelea, sino una que terminaría con un perdedor y un conquistador.

Oh, si tan solo hubiera estudiado más la historia de los Macleod, sabría quién ganaría esta batalla. Con Jeane aquí, una pariente lejana de Boyd, no sabía si el clan Macleod actual descendía de su linaje o del de Boyd.

¿Y si Boyd fuera asesinado? Se aferró el estómago, la náusea retorciéndose en su interior, tan incontrolable como la guerra inminente. Maya bajó corriendo los escalones, se apresuró hacia un arbusto cercano y vomitó. Boyd ya no era inmortal. Ahora era mortal.

¿Cómo no había pensado en eso antes?

Lo que significaba que podía morir. Que cuando luchara contra los O'Cain, podría morir, y sería su culpa. Su amor por ella lo había puesto en peligro.

Volvió a vomitar, limpiándose la boca con el dorso de la mano mientras unos brazos reconfortantes la alejaban. Boyd la envolvió, consolándola con palabras en gaélico que no podía entender pero que deseaba comprender.

—¿Qué te preocupa, muchacha? —preguntó al fin, su mano haciendo movimientos circulares y reconfortantes en su espalda.

Las lágrimas le picaron los ojos, y se aferró a él como una niña aterrorizada. La idea de que en unas semanas, posiblemente días, Boyd pudiera estar en peligro hizo que su estómago se revolviera con renovado vigor.

—¿Cuándo pensabas decirme que los O'Cain marchan hacia Druiminn?

Él suspiró, apoyando la barbilla en la cabeza de ella. —No quería preocuparte, Maya. Está bajo control, y lucharemos a millas de aquí. Me aseguraré de que tú y Jeane estéis a salvo.

Ella negó con la cabeza, echándose hacia atrás para mirarlo. Necesitaba ver su rostro, ver si hablaba en serio y con sinceridad. —No quiero separarme de ti.

Una expresión de determinación se asentó en sus facciones, inamovible y sólida como los cimientos de su castillo. —Me temo que eso no es una opción. Te quedarás aquí, o te encerraré hasta que regrese.

—No te atreverías —jadeó ella, nunca antes lo había escuchado hablarle de esa manera.

Él dio un paso atrás, cruzando los brazos sobre el pecho. —No me pongas a prueba en esto, muchacha, porque descubrirás que mi palabra es tan cierta como el sol y la luna en el cielo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

—VAMOS —dijo Jeane, interponiéndose entre ellos cuando ambos permanecieron enfrentados por las palabras de Boyd—. No más desacuerdos. Los escoceses ya tienen suficientes.

Él no intentaría encerrarlas en el castillo. ¿Y si necesitaban escapar? Dejarlas encerradas para que los O'Cain entraran y hicieran lo que quisieran no era nada seguro.

Más bien una insensatez.

—No te dejaré —Maya estaba decidida a salirse con la suya. Quedarse aquí sin Boyd sería mucho más peligroso, en su opinión. Una vocecita le susurraba que estaba siendo irrazonable, que no debía ir a la guerra ni estar cerca de una, pero también necesitaba vigilar a Boyd. Asegurarse de que no le pasara nada, de que sobreviviera.

La idea de que muriera era insoportable de por sí, pero la idea de estar a kilómetros de distancia si algo así ocurriera era aún peor.

—Esto no está en discusión. Las mujeres y los niños se quedan en Druiminn, donde estarán a salvo —miró hacia su castillo. Sus labios se tensaron en una línea de disgusto—. Bueno, tan a salvo como se puede estar en un castillo así, pero me aseguraré de que tengáis otras opciones si los Macleod caen ante los O'Cain.

Jeane se santiguó, murmurando una oración.

—No digas esas cosas, Boyd Macleod. Nos maldecirás a todos.

Boyd suspiró, lanzándoles una mirada conciliadora, tratando de apelar a su lado razonable. Maya no tenía un lado razonable. No cuando se trataba de vivir sin el hombre que amaba.

—No podré concentrarme si sé que estáis cerca, en peligro por estar tan próximas a la batalla. Debéis quedaros aquí. No hay otra opción.

—Por supuesto —dijo Jeane, agarrando el brazo de Maya e intentando llevársela.

Maya no se movió.

—¿Y si te pasa algo? No estaré allí.

—No me pasará nada, Maya, muchacha. Los O'Cain no son rivales para nosotros.

Jeane gruñó, fulminando a Boyd con la mirada.

—Ya estás otra vez tentando al destino, muchacho.

Toda la situación no era justa ni necesaria, al menos en opinión de Maya. ¿Por qué los

estúpidos O'Cain no podían largarse y dejar en paz a Boyd y su clan? ¿Qué le pasaba a la gente de esta época que necesitaba pelear con todo el mundo todo el tiempo?

Era absurdo, y estaba harta de ello.

Maya se zafó del agarre de Jeane y pasó junto a Boyd, dirigiéndose al castillo. Necesitaba estar sola. Pensar y planear. ¿Qué haría si Boyd perdía y los O'Cain volvían a Druiminn para reclamar su botín? ¿Qué sería de ellos?

No podría quedarse en la Escocia medieval entonces. Por mucho que amara a la gente de Macleod, a Jeane y a Boyd, esta no era su época. Sin el hombre que amaba, viviendo y respirando en ella, no podría quedarse aquí entonces.

Si la obligaban a quedarse en el castillo durante la batalla, se quedaría en la torre, al alcance del tapiz. Al alcance de volver a casa, a salvo de la ira y la destrucción de los O'Cain. Si tan solo pudiera llevarse a todos con ella también. Especialmente a Boyd.

Llegó Samhain, y las hogueras iluminaron las tierras circundantes. El castillo también estaba iluminado con todas las velas y candelabros encendidos. El aire exterior era sorprendentemente cálido, fresco y limpio, y pronto el firmamento estaría sobre ellos, centelleando como si quisiera formar parte de las celebraciones.

Boyd se quedó a un lado de la hoguera principal, ya bien encendida en el patio. Maya estaba lejos de él en el lado opuesto, con el ceño fruncido y disgusto en cada palabra que le dirigía desde su discusión de esa tarde.

No era así como quería pasar la última noche con su muchacha, pero también necesitaba que ella entendiera que seguiría sus órdenes. Que no había discusión sobre el asunto.

—Parece que te están dando la ley del hielo. Es una lástima que un soldado vaya a la guerra con mal rollo entre él y su esposa.

Boyd apretó los dientes ante las palabras de Douglas. No podía permitir que su disgusto hacia él continuara. La muchacha tenía que entender sus razones para quedarse, y si no lo hacía, bueno, entonces la haría entender.

Tal vez hacerla...

—Sí, conseguiré que lo entienda. Cuando partamos al amanecer mañana, no habrá hostilidad entre nosotros.

—Quería preguntarte antes de que partiéramos hacia Glendale si darías tu bendición para que me case con Jeane.

Boyd se volvió para mirar a Douglas, frunciendo el ceño.

—Se lo pediste hace semanas, ¿por qué buscas mi aprobación esta noche?

—Porque quiero tu aprobación y casarme con ella esta noche con tu bendición. No la busqué antes, y debería haberlo hecho. Fue un error de mi parte.

Boyd sonrió, dándole varias palmadas en la espalda.

—Gracias por preguntar, y sí, por supuesto, tienes mi bendición y mis mejores deseos para tu boda esta noche. Pero —dijo Boyd, señalando hacia donde estaba el sacerdote del clan con

varios hombres y mujeres, una gran jarra de cerveza en sus manos, sus ojos vidriosos y desenfocados ya—, te sugeriría que te cases antes en lugar de dejarlo para más tarde. El padre parece estar ya bien bebido.

Douglas miró hacia donde estaba el sacerdote y se dirigió hacia allí sin dudar. Boyd sonrió, viendo a su amigo más cercano y guardián del clan buscar la ayuda del sacerdote para casarse con Jeane. Supuso que eso significaba que Douglas pronto sería familia. Tendría que asegurarse de que se les asignara una casa más grande en la tierra cuando regresaran de la batalla.

Le complacía que su clan estuviera feliz. Al menos esta noche lo estaban. Boyd los dejó con sus celebraciones, deseando repasar los planes para los próximos días. Se dirigió a su estudio, queriendo revisar los mapas, los hombres y las habilidades una última vez antes de partir en solo unas horas.

Una criada trajo una jarra de cerveza, pan y estofado. Boyd se sentó y comió, pensando en todas las formas en que los O'Cain podrían atacarlos en Glendale y qué hacer si eso sucediera. Una multitud de jugadas de batalla que veía en su mente y contrarrestaba. Con varios cientos de hombres menos, necesitaban actuar con inteligencia y rapidez si querían tener alguna posibilidad de ganar.

La puerta de su estudio crujió, y al levantar la vista encontró a Maya de pie en el umbral. Se veía cansada y preocupada. Pequeños círculos grises se dibujaban bajo sus ojos, y él sabía que no había dormido bien la noche anterior. Demonios, él tampoco había dormido bien. Había sido la primera noche que no se habían unido, hecho el amor y dado placer mutuamente.

No había intentado buscar su aprobación o su consentimiento. Ella necesitaba reflexionar sobre su postura y aceptarla por sí misma. O al menos, acostumbrarse a la idea de que él no cambiaría de opinión y que su palabra era ley.

Ella no dijo nada, solo lo miró fijamente, pero él entendió el silencio que se instaló entre ellos. Mañana por la mañana cuando partiera, podría ser la última vez que se vieran. ¿Cómo se podía llenar ese espacio con palabras sin sentido cuando las palabras nunca serían suficientes? No para abarcar lo que él sentía por ella y ella por él.

—Ven aquí, muchacha —susurró, necesitándola más que al aire. Ella prácticamente corrió a través de la habitación y se arrojó a sus brazos, abrazándolo con fuerza inamovible.

Boyd elevó una silenciosa plegaria para que su clan, sus hombres, las mujeres y los niños que quedaban en Druiminn estuvieran a salvo. Que sobrevivieran las próximas semanas y se librarán de los O'Cain cuando todo esto terminara.

Quería formar una familia con su esposa. Quería un futuro con ella, tanto que sabía que mañana cuando cabalgara desde Druiminn, su cuerpo y alma no estarían completos hasta que volviera aquí de nuevo.

Levantó su rostro, besándola con fuerza, mostrándole sin palabras todo lo que ella significaba para él. Ella era su única razón para vivir, el futuro que anhelaba con una desesperación que lo asustaba.

Una emoción que no necesitaba la noche antes de cabalgar hacia la batalla.

Podía sentir la humedad de sus mejillas, las lágrimas que caían sin control. Su corazón se desmoronó en su pecho, sabiendo que esta noche podría ser la última que pasaran juntos.

—Maya —dijo, apartándose. Se deleitó en sus hermosos ojos azul oscuro, queriendo recordarlos para siempre—. Si algo me sucediera, no debes quedarte. Tienes que regresar a tu tiempo. No puedo morir si sé que te quedarías. Te pondrías en peligro, cuando para ti al menos, hay una salida.

Su labio tembló, y casi lo partió en dos, pero ella asintió, apenas perceptiblemente, y el alivio lo inundó como un bálsamo. Sin importar el resultado, su muchacha, su amor estaría a salvo.

Viviría en algún lugar del tiempo, incluso si él no lo hacía.

CAPÍTULO

TREINTA Y DOS

LLEGARON a Glendale dos días después y establecieron su campamento al otro lado del río Hamra. Boyd caminó por el campamento del clan. Cada uno de sus hombres estaba ocupado con los preparativos para la batalla inminente. Afilaban espadas, revisaban armaduras, examinaban el terreno y planeaban.

Pasó una semana antes de que llegaran los O'Cain, tarde como de costumbre. Se instalaron al otro lado del río, ambos ejércitos a la vista y listos para lo que vendría.

—Donald Mor y sus hombres estarán aquí mañana. Tienes mi palabra —Boyd asintió ante las palabras de Douglas, asimilando cuántos hombres tenían los O'Cain. No quería inquietar a sus hombres, pero eran más de los que había pensado. Estúpidamente esperaba que las estimaciones hubieran sido erróneas. Incluso con la ayuda de Mor y sus hombres, cuando lucharan contra tal número, el resultado no sería uno que quisiera imaginar.

—He subestimado a Dougall O'Cain. ¿Cuáles son tus cálculos de cuántos tiene a su lado?

—Al menos quinientos, según nuestras estimaciones. Trescientos más que nosotros, incluyendo a los hombres de Mor.

Maldita sea. Boyd se encogió de hombros, el peso de las vidas de sus hombres como un anillo de hierro alrededor de su cuerpo, empujándolo hacia abajo, incómodo, incluso doloroso. Los había guiado hasta aquí, y ahora muchos de ellos podrían estar muertos en un día o dos.

—Lucharemos y venceremos —afirmó Douglas, sus palabras seguras, pero ¿qué importaba? Los ojos de su amigo más antiguo mostraban una duda que ninguno de los dos quería expresar. La batalla sería brutal, dura, implacable, y les faltaban trescientos hombres.

Estaban condenados.

—Sí —respondió, cruzando los brazos, observando a los O'Cain encender fuegos, preparándose para la noche—. Así será.

Boyd no durmió esa noche, y como se había notificado el día anterior, al amanecer, Donald Mor y sus hombres, que completarían su ejército, anclaron botes en la cabecera del Loch Poolteil. Los hombres habían luchado juntos previamente en otras batallas de clanes, tanto en Skye como en la Escocia continental. Su alianza se remontaba a cientos de años, cada clan dispuesto a luchar por el otro, sin importar el costo.

Boyd llevó a Donald Mor aparte, necesitando que supiera la verdad de lo que estaba por venir. —Nos faltan trescientos hombres, Donald. Será un día sangriento mañana —Se frotó la mandíbula, odiando que la noche terminaría demasiado pronto y, al amanecer, enviaría a sus hombres a una muerte segura.

Incluido él mismo, a menos que ocurriera un milagro.

Mor se burló, bebiendo su copa de cerveza. —No, no pienses así, muchacho. Hemos luchado batallas más duras que esta y ganado, ¿debo recordártelo? Los O'Cain pueden ser un ejército de muchos hombres, pero nosotros somos un ejército de habilidad y resistencia. No tienen poder sobre mí o mis hombres, y no debes permitir que su número ensombrezca tu mente.

Mor tenía razón. La idea de la batalla, o de morir y dejar a Maya sola e indefensa, lo estaba debilitando. Amaba a la muchacha más que a nada en el mundo y no quería dejarla. La idea de ellos, de un futuro, era todo lo que quería ahora. El maldito O'Cain podía arder en el infierno por toda la eternidad por querer luchar. Había tenido suficiente de guerra. Después de vivir tanto tiempo, participando en cientos de batallas, sus viejos huesos estaban cansados, agotados, y estaba listo para establecerse, descansar y disfrutar de su vida con su nueva esposa.

—Tienes razón. Venceremos. Pensar lo contrario es tentar al destino —Boyd le dio una palmada en la espalda, llevándolo de vuelta a su tienda—. ¿Terminamos nuestras bebidas, brindamos por nuestras mujeres y nuestros hombres? ¿Por nuestras esposas que mantienen el fuego del hogar encendido para nosotros?

Una luz divertida entró en los ojos de Mor ante las palabras de Boyd. —Sí, muchacho, oí que te casaste con una hermosa muchacha inglesa. ¿Es tan bonita como dicen?

—¿Has oído hablar de Maya? —preguntó Boyd, sorprendido de que las noticias de su boda hubieran llegado a la Escocia continental. Se habían casado hacía solo días. Tales noticias serían imposibles.

Mor se rió. —No, muchacho, me lo dijeron al llegar aquí esta mañana, pero sí había oído que estabas enamorado de la forastera —Bebió su cerveza, levantándola hacia un sirviente para que la llenara de nuevo—. Algunos decían que el Laird Macleod nunca se casaría de nuevo. Has oído los rumores sobre tu inmortalidad, ¿no?

—Sí, he oído los rumores —Y habían sido ciertos, hasta la noche en que le dijo a Maya que la amaba. Su destino había cambiado después de esa declaración, y para mejor, añadiría.

—Aunque no creo toda esa tontería de que estabas maldito, debo admitir que tengo un poco de curiosidad sobre cómo tu cabello es ahora tan rojizo. En todos los años que te he conocido, tu cabello siempre ha sido tan blanco como las nubes. Tampoco has envejecido un día, pero —se encogió de hombros, bebiendo su cerveza de nuevo—, como dije, no creo en esas cosas de magia, pero hace un debate interesante cuando no hay mozas alrededor para distraernos a los hombres.

Boyd se rió, alcanzando su pierna y sacando su sgian dubh, pasándola por encima de su dedo hasta que sangró. —Soy de carne y hueso como el resto de vosotros, y mañana, si una espada

encuentra su marca, yo también caeré. No hay magia aquí —declaró, nunca palabras más verdaderas dichas.

Terminó su cerveza, mirando fijamente el fuego mientras caían en un silencio amistoso. Ni siquiera por ver a Maya de nuevo desearía ser inmortal una vez más. Haber visto su rostro iluminarse, cobrar vida ante sus palabras, no había placer más grande. Ser mortal significaba estar completo, entero una vez más después de cien años. No le desearía esa vida vacía y sin sentido a nadie, ni siquiera a sí mismo.

Nunca más.

La niebla de la mañana aún no se había levantado de la hierba, pero aun así el sonido de sus hombres marchando a la batalla resonaba como un tambor en el valle.

Boyd estaba al frente de sus hombres, listo para morir por su causa, para proteger a los que amaban, su tierra y su sustento.

La niebla se levantó y se disipó, y en la bruma, reconoció al clan O'Cain, y sin embargo su laird, Dougall, no se veía por ninguna parte. ¿Estaba el bastardo parado en la retaguardia, dejando que otros lucharan primero, para morir en su lugar, para que él pudiera intentar tomar lo que no le pertenecía?

El bastardo moriría hoy. Ningún otro resultado era aceptable.

Un tambor empezó a retumbar en algún lugar detrás de Boyd, y supo que era el momento. Momento de luchar. Momento de morir. Momento de hacer lo que debía.

Su grito de guerra resonó fuerte y potente en el aire. Sus hombres se unieron a él, desenvainando sus espadas, el sonido del metal raspando metal era música para los oídos curtidos en batalla de Boyd.

Y entonces corrieron, con las espadas listas, mientras se estrellaban contra el clan O'Cain, cuyos hombres también corrían hacia la guerra, no lejos de ella. Los cuerpos chocaban entre sí, los hombres caían a su alrededor, tanto los suyos como los O'Cain. Boyd blandía su espada, cortando y derribando hombres a medida que se acercaban, mientras mantenía la vigilancia, buscando al laird O'Cain y su oportunidad de llevarlo a la tumba.

Varios hombres O'Cain lucharon bien y por largo tiempo. Bloqueó varios intentos de que le arrancaran la cabeza antes de apuñalar a uno en la garganta. Al otro en el estómago, girándose para enfrentarse a su siguiente enemigo mientras las entrañas del hombre se derramaban sobre el suelo escocés.

El sudor corría por su rostro, escociendo sus ojos. Su boca sabía a sangre, no la suya, sino la de otros que había derramado. El olor a muerte inundaba sus fosas nasales. Miró a su alrededor, buscando, siempre cazando a O'Cain, pero aún no podía verlo. La visión de sus hombres cayendo, siendo mutilados, masacrados por los O'Cain a un ritmo alarmante hizo que el miedo recorriera su espina dorsal.

No, no podían perder.

Rugió, luchando con renovado vigor, cortando ciegamente hacia cualquiera que se acercara a

menos de un metro de él. Todos caían ante su mano, y entonces divisó a Dougall O'Cain, rodeado por sus hombres y observando a Boyd con malicia.

Boyd se dirigió hacia él, derribando a dos hombres más que corrían hacia él, sin apartar nunca la vista del hombre que había matado a tantos de su clan.

El ejército privado de O'Cain se apartó, permitiendo que Boyd se enfrentara a su laird.

—Tantos hombres han luchado y muerto hoy bajo tu mando. Sin embargo, debería haber sido una batalla entre nosotros. Pero sé por qué no elegiste tal pelea —un músculo se tensó en la mandíbula de O'Cain, sin deleitarse en ser llamado el líder asustado de una horda de chusma.

—Una guerra entre nuestros clanes o un duelo de espadas entre nosotros terminará de la misma manera, Macleod. Contigo muerto y tu hogar, tus tierras finalmente bajo el control de O'Cain —Dougall rodeó a Boyd, y este se giró, observando, esperando que el bastardo atacara—. Espero que tus despedidas hayan sido dignas de la eternidad. Porque no volverás a ver a tu preciosa sassenach —O'Cain se rio, y varios de sus hombres se unieron a él—. Tal vez la tome como mi esposa. Dime, Macleod, ¿sus labios son tan apretados alrededor de tu verga como su coño?

Una neblina roja descendió sobre los ojos de Boyd, y se abalanzó, blandiendo su espada hacia la cabeza de O'Cain. No se detendría hasta verla separada de su malvado cadáver.

O'Cain bloqueó su golpe, trastabilló hacia atrás, pero se enderezó lo suficientemente rápido. Boyd no lo mataría a menos que estuviera de pie. Nunca mataba a un hombre que no empuñara un arma y tuviera control de su destino. Nadie acusaría jamás a un Macleod de ser otra cosa que noble en la batalla.

Su combate continuó, ambos blandiendo sus espadas y propinando golpes destinados a ser mortales. Boyd no perdería esta pelea. Hacerlo significaría que todo lo que alguna vez amó se perdería. No podía permitir eso.

Boyd notó que algunos de sus hombres estaban luchando contra los guardias alrededor de O'Cain y él mismo, ganando ventaja. Se movió rápido, blandiendo su espada, tratando de aprender los movimientos de su enemigo y contrarrestarlos. No le llevó mucho tiempo a Boyd darse cuenta de que O'Cain no era el mejor cuando se trataba de luchar, pero era un hombre fuerte, cada uno de sus embates sacudía el brazo de Boyd con su poder.

El pensamiento de Maya lo mantuvo en marcha, lo empujó hacia adelante, hacia la vida, no hacia la muerte.

O'Cain trastabilló hacia atrás, ambos respirando con dificultad. El sudor caía a raudales por el rostro de Boyd. Su mano dolía por el peso de la espada. Solo necesitaba una apertura, una oportunidad para hundir su espada en la garganta del hombre, y todo esto terminaría.

El sonido de los hombres luchando a su alrededor era ensordecedor, lo impulsaba, y entonces la vio. La Reina Fae se acercó a ellos como si no hubiera una guerra a su alrededor. Como si simplemente estuviera disfrutando del paisaje escocés.

Boyd se quedó inmóvil mientras él y O'Cain observaban la presencia de la mujer. El placer

de O'Cain al ver a la reina era evidente, y Boyd supo que hoy sería su último día.

CAPÍTULO

TREINTA Y TRES

BOYD OBSERVABA lo que sucedía a su alrededor, tanto los miembros del clan O'Cain como los del clan Macleod ajenos a Titania, la Reina de las Hadas, que caminaba entre ellos. Boyd se estremeció al ver cómo su amigo y aliado Donald Mor caía muerto a los pies de un miembro del clan O'Cain tras recibir un corte en el pecho.

Se volvió hacia Titania y entrecerró los ojos ante la caprichosa hada mientras esta se colocaba junto a Dougall O'Cain.

Ella sonrió, con los ojos iluminados de placer.

—Y así llega el día, por fin —dijo, con voz ligera y dulce. Tan dulce que irritó el último nervio de Boyd. Ya había tenido suficiente de esta siniestra mujer.

La reina se inclinó y besó a Dougall O'Cain, y Boyd cayó en la cuenta. No estaban allí para luchar con honor, esto era una masacre, y él había llevado a sus hombres hacia los O'Cain como corderos a una manada de lobos.

—¿Qué día sería ese? —preguntó Boyd, prefiriendo saber lo que iba a ocurrir a no saberlo.

Ella soltó una risita, y Dougall sonrió con suficiencia.

—El día en que mueres —respondió ella con naturalidad—. El día en que por fin me libero de ti, para que nunca regreses y nunca vuelvas a ver a tu preciosa Maya.

Boyd tragó saliva y luchó por no reaccionar. Tenía que haber una salida. Tal vez muriera, pero al menos se llevaría a uno de ellos primero. Preferiblemente a Titania, si es que no desaparecía en el éter.

Ella agitó la mano en su dirección, y Boyd se echó hacia atrás. Jadeó al sentir la sensación de una hoja que lo atravesaba, penetrando sus órganos y saliendo de nuevo con fuerza.

Miró hacia abajo, a su vientre, su mente incapaz de comprender lo que había sucedido. Volvió a mirar a O'Cain, incluso él un poco desconcertado por la forma desleal en que ganaría la batalla. Ningún highlander, ningún escocés querría que se supiera que había ganado una batalla de clanes gracias a una mujer.

Ni siquiera una mujer. Sino un hada.

Presionó contra la herida, la sangre caliente manando entre sus dedos, imparable.

—Has dejado que una mujer gane por ti, O'Cain. La historia recordará tu cobardía.

Titania se rio.

—No, no lo recordarán, porque no habrá mención alguna de mi intervención en esto —se volvió hacia O'Cain—. Volveré. No toques a Macleod hasta que me veas de nuevo.

Desapareció en el aire, y Boyd cayó de rodillas, la oscuridad lo envolvía, su último pensamiento fue para su muchacha. Maya apareció ante sus ojos, y él acogió la visión. Sin importar lo que dijera Titania, volvería a ver a su dama. Tal vez no en este mundo, pero sí en el siguiente. El alma viajaría a través del espacio y el tiempo, tal como Maya lo había hecho para encontrar su verdadero amor.

No podía creer que fuera diferente para él.

Maya estaba de pie mirando el océano. La noche anterior les había llegado la noticia de que la batalla tendría lugar al amanecer, hacía ya algunas horas. No había dormido, ni lo haría de nuevo hasta que Boyd estuviera de vuelta en casa, a salvo y, lo más importante, vivo. Su estómago se revolvía con el miedo a lo desconocido. ¿Estaría vivo? ¿Habrían ganado? No sabía nada, no habían llegado más noticias, y ahora eran casi las ocho de la mañana.

Seguramente ya debería haber alguna noticia.

—Maya, muchacha, qué bueno verte de nuevo.

Ella jadeó, se giró para ver cómo la Reina de las Hadas flotaba hacia ella, sus ropas ya no blancas o grises como las había visto la última vez, sino casi negras como la noche. Solo podía significar una cosa. La mujer se había vuelto hacia la oscuridad, su corazón cruel en lugar de bondadoso.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti, pero veo que te unirás a la Corte Unseelie en lugar de la Seelie a partir de hoy. Cuánto has caído en desgracia.

Los ojos de la reina destellaron, su color plateado casi parecía como si una tormenta se estuviera gestando en su interior, retorciéndose como una serpiente.

—Tengo una propuesta para ti. Una que creo que te agradará.

Nada agradaría a Maya a menos que esta mujer estuviera muerta. Eliminada de su vida y la de Boyd para que nunca más tuvieran que lidiar con ella.

—¿Qué es? —preguntó de todos modos. Sabiendo que la reina se lo diría en cualquier caso.

La reina extendió su mano.

—Boyd te necesita, y puedo llevarte con él.

¿Qué? ¿Boyd la necesitaba? ¿Eso significaba que estaba herido? ¿O habían ganado contra los O'Cain? Cerró los ojos, rezando que fuera lo segundo. No podían perder. Ella no podía perderlo. Apenas habían comenzado.

Maya extendió la mano, tomando la de la reina y apretándola hasta que esta hizo una mueca. Bien, esperaba haberle hecho daño, aunque fuera de esta pequeña manera. El Hada necesitaba saber que sin importar el poder que tuviera sobre ellos, siempre habría repercusiones que podrían ser infligidas a cambio. Tal vez no por ella, Boyd o el clan Macleod. Quizás no hoy ni en cien años, pero algún día la reina se cruzaría con alguien con quien no debería, y entonces pagaría por

sus pecados.

—Llévame con él —dijo, alzando la barbilla en desafío. Sin estar dispuesta a acobardarse ante este ser.

La reina asintió.

—Por supuesto.

Maya apenas tuvo tiempo de parpadear antes de encontrarse en un campo, con hombres luchando a su alrededor, el olor metálico de la sangre haciendo que sus ojos se humedecieran. Miró hacia abajo y jadeó. Boyd yacía a solo unos metros de ella, agarrándose el estómago. O'Cain estaba de pie sobre él, con una sonrisa en los labios.

Maya corrió hacia él, apartando a O'Cain. Los ojos del hombre se abrieron de par en par, pero luego se llenaron de interés.

—No lo toques —advirtió ella, poniendo su mano sobre el estómago de Boyd, la sangre que se filtraba entre sus dedos derramándose sobre los de ella.

Boyd gimió, y los ojos de ella se llenaron de lágrimas. Se estaba muriendo, podía verlo por la palidez de su piel, un color gris horrible, su piel fría como si ya se hubiera ido.

—Boyd —suplicó—. Boyd, cariño, mírame —Él lo hizo, y ella sollozó, alcanzándolo, abrazándolo. El peso de una de sus manos llegó alrededor de sus hombros, sosteniéndola.

—Te amo, Maya, muchacha.

No, esto no estaba sucediendo. No se suponía que les ocurriera a ninguno de ellos.

—Hay una manera de salvarlo, Maya. Puedo permitir un último regalo de mi especie.

La palabra *no* escapó en un susurro de los labios de Boyd, pero Maya ya estaba mirando a la Reina Fae. Sabía que no se podía confiar en ella, pero tampoco podía dejar morir a Boyd. Si al menos estuviera vivo, tendría una oportunidad de vencer a los O'Cain. De vencer a esta hada que se había vuelto oscura.

—¿Cómo? —preguntó, su visión de la reina borrosa a través de la bruma de lágrimas.

—Le concederé la vida. Una vida mortal, por supuesto, si regresas a tu tiempo. No perteneces aquí. Estás fuera de tiempo y fuera de lugar. Un error en el tapiz tejido del tiempo. Necesitas volver a casa, a tu vida anterior.

—¿Qué quieres decir con devolver a la moza a su tiempo? Es de Inglaterra —afirmó el O'Cain, cruzando los brazos y mirando al hada como si estuviera loca.

Por supuesto, los O'Cain no sabían que Maya no era de su tiempo. Eran tontos al confiar en la Reina Fae como obviamente lo habían hecho. ¿Les había ayudado a ganar ventaja? Por el aspecto de la guerra que se libraba a su alrededor, así había sido.

Bastardos.

—Hay mucho que no sabes, O'Cain, y no tengo la paciencia para explicártelo. Solo sabe que la moza está fuera de tiempo, literalmente. —Hizo un gesto hacia Boyd, que yacía inmóvil como la muerte.

Sus ojos se abrieron con un parpadeo, y Maya se inclinó, besando sus labios. —No puedo

dejarte morir, Boyd. No importa dónde esté, el tiempo que nos separe, debes saber que no puedo vivir sabiendo que te has ido. Necesito saber que viviste. Que tuviste una vida, aunque sea una sin mí.

—No. —Luchó por levantarse, y ella lo empujó hacia abajo. Su herida comenzó a sangrar profusamente, y ella arrancó un trozo de su saya, tratando de detener la sangre. Había demasiada.

—Me iré —declaró, memorizando cada rasgo del hermoso, apuesto y dulce rostro de Boyd. Su nariz recta, su mandíbula afilada, sus largas pestañas y labios demasiado perfectos para ser los de un hombre. Su corazón dolía. Su mente gritaba ante la injusticia de todo. Se inclinó, abrazándolo con fuerza—. Te amo tanto —susurró solo para que Boyd lo oyera—. Cuando estés curado, libra a la tierra de ambos.

Lo besó, se apartó y leyó el pánico en sus ojos, no por lo que vendría una vez que ella se fuera, sino porque se iba. —Ojalá tuviéramos más tiempo.

—Maya —jadeó, su voz apenas audible, al igual que su vida apenas se aferraba.

—Envíame de vuelta —dijo, sin apartar los ojos de Boyd, queriendo que cada último momento fuera de él. Nada más. Solo él.

—Como desees —dijo la reina, y al igual que antes, en un instante, se había ido.

Maya parpadeó, y estaba en un lugar diferente. Había regresado al castillo Druiminn, excepto que no era el castillo del siglo XVI que había llegado a amar. Era el del siglo XXI.

La habitación estaba vacía, la pared de piedra tocaba su espalda, y miró alrededor, divisando el tapiz de seda que debía colgarse en la pared a su espalda. Las mesas en el Gran Salón, preparadas para exhibición al público que pagaba. La habitación estaba exactamente como la había dejado la noche que fue enviada al pasado.

Maya se puso de pie, mirando sus manos, dándose cuenta de que ya no estaban ensangrentadas, su saya de lana también había desaparecido, reemplazada por su uniforme. Corrió hacia el tapiz y lo tocó, pasó sus manos sobre las imágenes, y aun así nada. Sin viaje en el tiempo, nada más que la sensación de la seda contra su palma.

Vagó hacia la cocina, al área de casilleros del personal. Su teléfono y bolso estaban donde los había dejado, y comprobó la fecha y la hora. El mismo día que se había ido.

¿Cómo podía ser? Se desplomó en una silla en la mesa, incapaz de procesar lo que había ocurrido. Todo lo que había sucedido. Todo lo que había perdido.

La emoción la abrumó, y se derrumbó como una piedra. Las lágrimas corrían por su rostro, sus jadeos le quitaban el aliento. Lo había perdido. Lo había dejado, y sin importar las razones detrás de hacerlo, no cambiaba el hecho de que no volvería a ver a Boyd.

¿Cómo se suponía que viviera sin él?

Sabía que no podía. Un sollozo se arrancó de ella, un sonido que no encarnaba más que dolor.

Fuera lo que fuera que había hecho, sabía una cosa. No podía volver.

CAPÍTULO

TREINTA Y CUATRO

LA VOLUNTAD de vivir lo abandonó con la desaparición de Maya. Se había ido, arrojada cientos de años hacia el futuro. Siendo mortal como era ahora, no podía esperar su tiempo, vivir los años que los separaban para poder verla de nuevo.

La amaba, y con esa declaración, su destino había sido sellado.

Boyd oyó lo que parecía ser un trueno, y de no haber sido por el jadeo de la Reina Fae, habría mantenido los ojos cerrados, dejando que la muerte lo liberara de su dolor. Pero algo en la alarma de la reina lo arrancó de su muerte inminente.

La reina estaba de pie junto a Dougall O'Cain, o lo que quedaba de él, ya que su cabeza cercenada yacía ahora a sus pies. La máscara de shock era su mortaja.

La Reina Fae, ahora sujeta por dos hombres grandes, le dijo a Boyd que no podía escapar de sus ataduras, ni siquiera con sus poderes.

—Hola, Boyd.

Si hubiera sido capaz de sorprenderse, habría jadeado como la reina. En cambio, todo lo que pudo hacer fue levantar ligeramente su labio superior. —Sorcha —susurró—. No puedo verte muy bien, muchacha.

Ella se arrodilló a su lado, colocando su mano sobre su herida. El calor lamió su piel, el dolor de la lesión disipándose, desvaneciéndose con cada respiración superficial.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, su voz más fuerte, incluso para sus propios oídos.

—Salvándote. No es tu momento de morir. La reina se ha excedido en sus límites y no lo volverá a hacer.

Respirar se volvió más fácil, y la visión de Sorcha se aclaró. Entonces sí jadeó, porque era hermosa. Tan hermosa como la recordaba. Los años se desvanecieron, y se sentó, mirando la cicatriz en su estómago, ahora perfectamente curada como si nunca hubiera existido.

—¿Salvarme? ¿No va eso demasiado en contra de las reglas?

—Debemos tener equilibrio en el mundo, Boyd. Tu vida fue arrebatada en una guerra que no debía ser. Te la estoy devolviendo. Con el tiempo, como todos, pasarás. Pero no hoy. No en esta batalla.

Boyd miró a su alrededor. Sus hombres, muchos de ellos superados en número, seguían

luchando. Era como si los Fae, Dougall O'Cain y él mismo hubieran estado ocultos por un velo mágico, invisibles e intocables todo este tiempo.

Se puso de pie, recogiendo su espada. —Debo luchar.

Sorcha puso su mano en su hombro, deteniéndolo. —Tengo algo para ti, Boyd Macleod. Algo que debí haberte dado hace mucho tiempo. Lamento no haber vuelto para despedirme.

Boyd miró a la hada que solía ser su esposa, un hecho que ya no era cierto. Ahora era diferente. Un ser poderoso, místico e intocable por el mundo mortal. El año que pasaron juntos lo atesoraría para siempre, pero Sorcha nunca perteneció al mundo humano. Era lo único en lo que ahora, al verla de nuevo, podía estar de acuerdo con la Reina Fae.

El arrepentimiento corrió por su sangre. —Pasé tanto tiempo perdido en el odio, en mi autocompasión que no miré hacia arriba para ver lo que la vida podía regalarme. No hasta Maya, eso es.

Ella sonrió, sus ojos brillando con acero líquido. —Me agrada Maya.

Boyd observó cómo Sorcha extendía su mano, sosteniendo entre sus dedos un material parecido a una bufanda de seda amarilla con los puntos rojos más ligeros. Se lo entregó, cerrando sus dedos alrededor.

—La magia cae sobre los muros de Druiminn. Con esta bandera, ningún daño vendrá al Clan Macleod y a todos. Úsala sabiamente, solo tres veces o ninguna. Te la regalo a ti, Boyd Macleod, y a todos los que nazcan de tus lomos. Por siempre y para siempre.

Él miró a Sorcha, incapaz de comprender el regalo que le había dado. —¿Cómo funciona? —preguntó. La idea de un trozo de tela tan mágico no tenía sentido, pero aun así, no lo rechazaría, no si significaba darle protección, seguridad a su clan. Solo un tonto haría tal cosa.

—Cuando se alce la Bandera Fae, y tu orden sea dada, tu deseo será concedido. —Miró hacia los hombres que luchaban a su alrededor, sus hombres más allá del agotamiento, junto con los O'Cain.

Boyd alzó la bandera por encima de su cabeza. —Un deseo por un ejército de hombres dentro de este valle para ganar esta guerra contra el clan O'Cain.

Tal como Sorcha había dicho, los hombres que luchaban contra los O'Cain se multiplicaron, aumentando en cientos si no miles en cuestión de momentos. Boyd no podía moverse, no podía decir una palabra mientras los O'Cain eran rechazados y asesinados. Aquellos que vieron que no tenía sentido continuar huyeron tan rápido como sus cansados pies se lo permitían.

Sorcha se volvió hacia él, tomando sus manos y apretándolas un poco. —Este es mi agradecimiento, por amarme como lo hiciste, por ser un esposo tierno todos esos años atrás. Nunca te olvidaré, Boyd Macleod.

Boyd la atrajo hacia sus brazos, abrazándola con fuerza, incapaz de expresar cuán agradecido estaba con la mujer en sus brazos. Tal vez esta bandera mágica también pudiera traer de vuelta a su Maya. Ella le frotó la espalda en caricias reconfortantes.

—Puedo leer tu mente, Boyd, y lo entiendo, pero también debes saber que la bandera no

funciona de esa manera. No traerá de vuelta a tu Maya. —Se echó hacia atrás, regalándole una triste sonrisa—. Ahora debo irme. La reina enfrenta las consecuencias de sus acciones. No serás molestado por ella nuevamente. Te lo prometo como la nueva Reina de los Fae.

Y entonces se habían ido. Boyd se quedó de pie en el campo herboso de Glendale, la guerra terminada, sus hombres victoriosos. Dougall O'Cain yacía muerto a sus pies, y el clan Macleod estaba seguro una vez más. A salvo de su enemigo y protegido de los Fae.

Boyd envainó su espada detrás de su espalda, caminando hacia donde Donald Mor yacía muerto. Enterrarían a sus muertos antes de emprender el regreso a Druiminn. No tenía prisa por volver a casa. Por mucho que apreciara su tierra, Druiminn, y la gente que formaba su clan, había una persona que no lo estaría esperando en el castillo. Ni lo haría nunca más.

Boyd reprimió el conocimiento, la verdad de que Maya se había ido, que los pocos meses que había pasado con ella era todo lo que iba a recibir. No había forma de que pudiera verla de nuevo. Atesoraría el tiempo que habían tenido, viviría con sus recuerdos hasta que llegara su hora.

En cuanto al futuro del Clan Macleod que Maya le había dicho que sobreviviría hasta su época, bueno, le otorgaría a cualquier hijo varón que Jeane diera a luz su derecho de nacimiento. El Clan Macleod continuaría, no con su semilla, sino con la de su primo. Había paz en ese conocimiento, que quizás sería la única paz que volvería a tener.

Maya pasó los siguientes días en su pequeño piso en Druiminn. No podía soportar volver al castillo para ver los recordatorios de Boyd, el tapiz, seguramente detrás de la cubierta de Perspex, había sido demasiado, y se había quejado de no sentirse bien y se había ido a casa enferma.

Su excusa no duraría mucho más, y eventualmente tendría que volver al castillo, regresar a limpiar después de los muchos turistas y seguir con su vida.

Levantó las rodillas hasta el pecho, acurrucándose en posición fetal. Pero aún no. No estaba lista para aceptar esa verdad. Si Boyd pudiera verla ahora, la levantaría de la cama y la mantendría ocupada. La pondría en movimiento otra vez, pero su fuerza de voluntad simplemente no estaba ahí.

Su corazón se sentía como si se estuviera rompiendo en un millón de pedazos, y no había nada que pudiera hacer para volver a pegarlo.

Ayer había tenido un arrebató de energía y se había conectado a internet, necesitando averiguar todo lo que pudiera sobre la batalla de Glendale. Había muy poco escrito al respecto, y relatos vagos sobre quién ganó, quién resultó herido o muerto, nada concreto. Se decía que tanto el clan Macleod como O'Cain habían sufrido grandes pérdidas, pero también que las Hadas habían dado al Clan Macleod una bandera mágica, y habían ganado.

Sin importar la verdad, esperaba que el maldito laird O'Cain recibiera lo que se merecía. Que hubiera muerto una muerte horrible después de llevar a sus hombres a una batalla que no era necesaria.

No en la mente de Maya, en cualquier caso. Solo un desperdicio de buenas vidas, como la mayoría de las guerras en la historia.

Se estremeció, apartando las lágrimas que no cesaban. Bueno, supuso que eso no era del todo cierto. Las guerras eran importantes, especialmente cuando las personas eran perseguidas por sus creencias religiosas o su raza.

Pero O'Cain simplemente quería la tierra, la riqueza, asaltar a otro clan para obtener lo que no tenía. Ese tipo de guerras, bueno, esperaba que Dougall O'Cain estuviera ardiendo en el infierno ahora mismo y arrepintiéndose de su elección.

Su estómago se revolvió y corrió al baño. Necesitaba detener esta interminable ronda de autocompasión en la que estaba viviendo. Estar tan deprimida la estaba enfermando, literalmente, y necesitaba parar.

Boyd no querría que fuera así. Que viviera de esa manera.

Pararía. Mañana, se prometió a sí misma. Hoy terminaría de llorar. Se castigaría por sus muchos arrepentimientos y elecciones que hizo en el campo junto a Boyd. De todas las cosas que había dicho, que no fueron suficientes. De no ser lo suficientemente fuerte, de no levantarse para luchar en lugar de hacer lo que la reina quería que hiciera. Incluso si hubiera muerto, al menos habría hecho *algo*!

Maya se estremeció. —Basta —se dijo a sí misma—. Ya es suficiente. —Necesitaba seguir adelante, amar y recordar su tiempo con Boyd y estar feliz de haber recibido semejante regalo.

No todo el mundo tenía la suerte de haber encontrado a su alma gemela, el amor de su vida. Maya se desplomó contra la pared del baño, limpiándose la boca. —Si tan solo... —suspiró—, hubiera durado para siempre.

CAPÍTULO

TREINTA Y CINCO

HABÍAN PERDIDO A MÁS de la mitad de sus hombres en el campo de batalla de Glendale. Afortunadamente, los O'Cain sufrieron más bajas ya que un ejército de hadas, obsequiado por Sorch, llegó y los salvó de ser erradicados de Escocia.

Esperaba que Sorch pudiera lidiar con la antigua Reina de las Hadas de una vez por todas y que nunca más lo molestara a él o a sus clanes. Se desplomó en su silla en el solar, estremeciéndose por los dolores que su cuerpo sufría desde la guerra.

Pasaría algún tiempo antes de que se curara y volviera a su fuerza anterior, pero había una parte de él que nunca volvería a ser la misma. Su corazón. Aunque latía, su cuerpo envejeciendo como el resto de sus clanes, todo era inútil. Nada era suficiente, ya no. La comida no tenía sabor, la música era aburrida y sin vida. El sol ya no calentaba su piel, el cielo ya no era tan azul. La vida estaba muerta para él, pues había perdido lo que le daba alegría.

Maya.

Ni siquiera podía calmar su mente con el conocimiento de que esperaría los siglos y la vería de nuevo. Mortal una vez más, incluso esa opción se había esfumado.

Boyd pasó su dedo por la fina seda de la bandera que las hadas le habían dado. Un extraño color amarillo con diminutos puntos rojos no parecía el tipo de bandera que las hadas tendrían, pero era lo que le habían regalado. La mantendría a salvo y, con suerte, durante su vida, no necesitaría usarla de nuevo.

—¿Boyd? —dijo Jeane, atrayendo su atención hacia ella. Estaba de pie en el umbral de la puerta, retorciéndose las manos en la cintura.

—¿Qué ocurre, muchacha? —preguntó, sin ánimos para conversar pero tampoco queriendo estar solo con sus pensamientos. Su mente ya estaba demasiado ocupada lamentándose. Jeane sería una buena distracción.

—Regresaste tan tarde anoche, pero luego no te vi en el desayuno. —Entró en la habitación, sentándose frente a él en una silla—. Sabes que Maya se ha ido, pero nadie parece saber adónde. ¿Qué le ha sucedido?

Boyd se reclinó en su silla, frotándose la sien con una mano. Supuso que tendría que decirle la verdad a su prima. No es que le fuera a gustar lo que escucharía. La verdad la lastimaría

porque pensaría que no confiaron lo suficiente en ella como para contarle la situación cuando Maya estaba aquí.

—Es una larga historia, Jeane. ¿Estás segura de que quieres oírla?

—Aye, por supuesto que sí. Maya era mi amiga. Necesito saber si le ha pasado algo malo o si está bien. Por favor, dímelo.

Boyd miró a los ojos de Jeane, leyendo la súplica en ellos. —Maya no era de nuestro tiempo, Jeane. Al igual que yo era inmortal, de alguna manera la magia la trajo de vuelta del siglo veintiuno. La señora Fletcher es la única otra persona que conoce la verdad. La única sirvienta en quien se confió tal secreto, ya que su familia ha trabajado para la mía durante un siglo y porque encontró a Maya el día que tropezó con nuestro tiempo.

La boca de Jeane se abrió, trabajó como si fuera a soltar palabras, pero ninguna salió. Podría haber sido la primera vez que vio a su prima sin palabras.

—La Reina de las Hadas, la misma que me maldijo, le ofreció un trato a Maya. Mi vida, a cambio de que Maya regresara a su tiempo.

—Oh, pobre muchacha. —Jeane sorbió, buscando un pañuelo en su vestido—. Por supuesto que habría elegido tu vida. Te amaba tanto.

Boyd miró fijamente el escritorio, la bandera, su espada que yacía sobre él también, aún sucia con sangre y carne. —Aye, ella eligió mi vida, tal como yo habría elegido la suya. No lo hace más fácil de aceptar, ¿verdad?

Jeane negó con la cabeza, sus ojos llenos de lástima y desesperación. Todas las cosas que Boyd sentía acumulándose en su alma. ¿Cómo podría seguir adelante? ¿Entrar en su futuro sin ella?

—No sé qué voy a hacer, Jeane —dijo, incapaz de evitar que su voz se quebrara. Sus ojos se sentían calientes y su nariz picaba. Se frotó las manos por la cara, arrancándose de su silla y yendo hacia la puerta—. Trae cerveza. Mucha —le dijo a una criada que estaba afuera para atender.

—Bueno, no es suficiente. Tenemos que traer a Maya de vuelta. Ella vino aquí una vez. Tenemos que hacer que vuelva otra vez.

Boyd caminó hacia donde una estrecha ventana daba al saliente rocoso sobre el que se había construido el castillo, a lo lejos los árboles y el sendero que conducía a las piscinas termales.

—No sé cómo la traeremos de vuelta, pero ella pertenece aquí, con nosotros, contigo. Te casaste con ella, y te ama tanto. No podemos permitir que esto quede así.

Boyd no podría haber amado más a su prima en ese momento. Su tono decidido, su firme creencia de que Maya algún día regresaría, haciendo que su dolor de corazón fuera un poco menor. —Vi a Sorchá de nuevo en la batalla. Sin duda has oído que regaló la Bandera de las Hadas a los Macleod.

—Escuché algo así de Douglas. —Jeane frunció el ceño pensativa—. ¿Crees que Sorchá podría ayudarte? Tal vez si la llamas. Le suplicas que conceda un regalo más.

Boyd había pensado en hacer tal cosa. Tenía pocas dudas de que Sorchá sabía lo que había sucedido en el Castillo Druiminn en los últimos cien años, había estado siguiendo la pista en las sombras sin mostrarse. Lo escucharía si se lo pidiera.

De alguna manera parecía incorrecto pedirle a la mujer que una vez fue su esposa que trajera de vuelta a su nueva esposa. Aun así, dudaba que ese incómodo temor le impidiera hacer lo que Jeane sugería.

Todo lo que importaba era Maya. Su felicidad, que estaba seguro coincidía con la suya. La amaba como ella lo amaba a él. Odiaba imaginar lo que estaba pasando ahora, quinientos años en el futuro, sola y con el corazón roto.

Quería rodearla con sus brazos, abrazarla y besar sus miedos, su dolor. El hecho de que no pudiera hacerlo le daba ganas de rugir hasta que las paredes se desmoronaran a su alrededor.

—Lo intentaré —le dijo a Jeane, dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperar al amor de su vida. Su alma gemela—. Creo que después de todo lo que las hadas y su reina le han hecho pasar al clan, es lo mínimo que podrían hacer. ¿No estás de acuerdo?

Jeane asintió, con esperanza iluminando sus ojos. —Aye, lo hago —Una criada entró apresuradamente con una jarra de cerveza y dos vasos—. Ahora, brindemos por ganar la guerra contra Dougall O'Cain y por recuperar a tu muchacha Maya.

Boyd se acercó a Jeane y le dio un rápido abrazo. El optimismo de su prima le daba esperanza. Todo lo que necesitaba ahora era que Sorchá escuchara sus súplicas y realizara un último milagro antes de dejarlo en paz para siempre. Su estómago se retorció con lo desconocido, con el temor de que ella ignorara su súplica y Maya nunca regresara.

Maya se encontró al día siguiente en lo que quedaba de las piscinas termales cerca del castillo Druiminn. El río de flujo lento aún corría no lejos de las piscinas termales, eso no había cambiado mucho a lo largo de los años, pero las piscinas ya no estaban allí. Todo lo que quedaba era un rocalla cubierta de maleza. Maya la estudió, sabiendo que sería lo suficientemente profunda para contener agua nuevamente si se limpiara de arbustos y ramas caídas.

Se abrazó a sí misma, mirando fijamente el lugar donde había nadado con Boyd. El calor le picó la piel al pensar que eso no era todo lo que habían hecho en las cálidas aguas.

Tanto tiempo. Hace quinientos años. Era imposible de comprender.

Más temprano ese día, había renunciado a su trabajo y empacado las pocas cosas pequeñas que había guardado en su casillero en el castillo. Cada vez que miraba el edificio, le recordaba todo lo que había perdido.

Todo lo que nunca volvería a ver, nunca amaría ni apreciaría.

—Maya, ¿verdad?

Esa voz... Se dio la vuelta, jadeó cuando vio al laird de los Macleod, no el del siglo XVI, sino el del XXI. Aunque lo había visto de lejos antes, nunca le había hablado. Cielos, él no habría sabido que ella existía, incluso si ella lo hubiera encontrado atractivo. Bueno, lo suficientemente atractivo, pero nada comparado con Boyd. Un posible pariente lejano, tal vez.

La forma de su mandíbula, el arco de sus cejas... ella no era experta en genealogía ni en rasgos que las personas transmiten a través de sus linajes, pero este hombre ciertamente tenía características de Boyd.

Tragó la bilis que le subió por la garganta. ¿Se habría casado Boyd después de que ella se fue? ¿Habría encontrado el amor? Había estado tan absorta en su propio dolor que hoy había sido la primera vez que salía. ¿Por qué no fue a la biblioteca? O por todos los cielos, simplemente buscar la historia de los Macleod en internet, no solo la batalla como lo había hecho.

Idiota.

—Sí, soy Maya —respondió, sin estar segura de si estaba traspasando ahora que había renunciado. Descartó la idea casi instantáneamente. Estos caminos alrededor del castillo estaban abiertos al público diariamente. No estaba haciendo nada malo.

Él hizo un gesto hacia la rocalla detrás de ella. —Sabes dónde estaban las viejas piscinas termales. No muchos lo saben, ¿sabes?

Ella se volvió, mirando el lugar donde una vez había nadado. —¿En serio? Pensé que lo había leído mencionado en alguna parte de la guía de información del castillo —mintió, sabiendo que no lo había leído en el folleto en absoluto. Pero tampoco quería decirle cómo sabía de las piscinas. Pensaría que estaba loca.

Él sonrió, con afecto iluminando sus ojos. Se acercó a ella, extendiendo su mano. —Soy Richard Macleod. Es un placer conocerte, Maya Macleod.

Maya sintió que la sangre se le iba del rostro. Soltó su mano, después de haberla estado estrechando, y dio un paso atrás. —Es Harris —lo corrigió, incapaz de comprender cómo sabía que ella tenía el mismo apellido que él. ¿Qué demonios estaba pasando?

—No, es Macleod. No podía interferir en tu vida antes de que viajaras al siglo XVI, pero la familia sabía que ibas a llegar en algún momento de este año. Te reconocí en cuanto te vi, que eras tú. Compartimos los mismos ojos y sonrisa si no lo has notado ya.

Una abrumadora sensación de amor la invadió, y parpadeó para contener las lágrimas mientras el hombre la envolvía en sus brazos. —Eres mi abuela, varias... varias generaciones atrás, pero lo eres. Es un placer conocerte, muchacha Maya.

¿Qué? Lo miró fijamente, incapaz de asimilar lo que estaba diciendo. Todo lo que significaba. —Pero si soy tu abuela, ¿cómo es que todavía estoy aquí? —Maya jadeó, tropezando fuera de sus brazos y agarrándose el estómago—. ¿Eso significa que estoy embarazada?

—Creemos que sí. Los diarios familiares ciertamente indican que estabas enferma en los días previos a la batalla de Glendale. Los Fae te hicieron mal, pero puedo reparar ese daño. Haré que bajen el tapiz, y tú, cuando estés lista, podrás tocarlo. Estoy seguro de que volverás con mi abuelo, Boyd Macleod.

Maya tragó saliva pasando el nudo en su garganta. Se secó las mejillas, incapaz de comprender todo lo que Richard, posiblemente su antepasado, le estaba diciendo. —Pero intenté tocar el tapiz de nuevo cuando regresé a este tiempo. No funcionó.

—Ven —dijo, colocando la mano de ella sobre su brazo mientras comenzaban a caminar de regreso al castillo—. Los Macleod tienen una larga historia con la magia, entrelazada con los Fae. No estabas destinada a regresar aquí, Maya. Tu corazón late en otra época, y sé que en este momento, mientras caminas en el futuro, un hombre te llora en el pasado.

Boyd...

Maya estudió al hombre que afirmaba ser su descendiente, y no podía creerlo del todo. Tenía los mismos ojos que ella, una forma de almendra encantadora, y tan azules que harían envidiar al cielo. —¿Y si el tapiz no me envía de vuelta? —le preguntó de nuevo, con el miedo deslizándose a través de ella como una serpiente.

—Ah, hay otras opciones que podemos intentar si el tapiz no funciona. Hay mucho que no sabes, muchacha Maya. Pero lo sabrás. Con el tiempo.

CAPÍTULO

TREINTA Y SEIS

SU NIETO, a quien Maya ahora consideraba Richard Macleod, era demasiado encantador para describirlo con palabras. Casi desde el momento en que le dijo quién era, quién era ella para él, supo en lo más profundo de su alma que decía la verdad.

Él era su nieto, cientos de años en el futuro, su sangre era su sangre. Le dio esperanza de que pronto vería a Boyd de nuevo cuando Richard cerró el castillo al público por varios días. La vistieron con una saya recién confeccionada y le prepararon un bolso lleno hasta el borde de comodidades modernas que podría necesitar en los próximos meses y años. Demasiado pronto, Maya estaba lista para regresar con Boyd, y no podía contener su emoción por este hecho.

Maya estaba sentada en el Gran Salón, mirando el tapiz de Boyd el día que perdió a su primera esposa ante los Fae, cuando la puerta del salón se abrió y entraron dos personas que Maya nunca había visto antes.

Sintió que su boca se abría ante la vista del hombre y la hermosa mujer que caminaba delante de él, viva, vibrante e incandescentemente feliz.

—Kenzie —dijo Richard, besando su mejilla antes de estrechar la mano del otro hombre.

Richard se volvió hacia ella, y Maya se puso de pie, juntando las manos al frente y sintiéndose ridícula vestida como estaba. —Esta es Maya Macleod, la mujer que ganó el corazón de Boyd Macleod —Se acercó a Maya, acercándola a la pareja—. Estos son Kenzie y Ben Ross del Clan Ross. Kenzie también era una Macleod.

Kenzie acortó la distancia entre ellas y abrazó fuertemente a Maya. —Es un placer conocerte, Maya. Eres la razón por la que el clan Macleod existe hasta el día de hoy, por la que puedo hacer lo que hago. La razón por la que mi esposo, el otrora reconocido Black Ben, Laird de Ross, está vivo. Te debo todo.

Sorprendentemente, Maya había oído hablar del notorio Black Ben, un sinvergüenza del siglo XVII y buen amigo del Clan Macleod. Miró al hombre, su cabello negro como la tinta lo hacía parecer aún alguien con quien no querría cruzarse, incluso si su rostro estaba cincelado para parecer el de un ángel.

—Buen día, muchacha —dijo Black Ben, haciendo que las manos de Maya temblaran.

Tragó saliva. —Es un placer conocerlos también —La cabeza de Maya daba vueltas con todo

lo que le estaban diciendo. Cosas que aún no entendía o comprendía, pero sabía que todo lo que le decían era verdad—. ¿De qué dones estás hablando? —le preguntó a Kenzie, necesitando saber.

—Ven, te explicaremos lo que podamos —dijo Kenzie.

Se sentaron a la mesa, y Maya escuchó la historia de cómo llegó a conocer a su ahora esposo, el Laird Ross. Cómo había ayudado a Abby Cross a regresar con Aedan Macleod para casarse con el hombre que amaba. Cómo a través de las acciones de Maya en el campo de batalla de Glendale, todos sus destinos, sus futuros que en un momento estuvieron entrelazados con el pasado, llegaron a ser.

Puso una mano sobre su vientre, habiendo pensado que su malestar previo a la batalla había sido relacionado con el estrés. Que el pensamiento de perder a Boyd, de que él fuera mortal y entrara en batalla, había provocado un miedo tan grave dentro de ella que la había enfermado físicamente.

Frunció el ceño, tratando de recordar la fecha de su último período, y supo una cosa. Había pasado mucho tiempo desde el último. ¿Podría ser cierto? ¿Podría estar embarazada? Una cosa que sí sabía con certeza era que tenía que regresar con Boyd.

—Te haremos tocar el tapiz, pero si no te devuelve a casa, y a veces lo que inicialmente nos envió al pasado no siempre nos devuelve a nuestro tiempo, entonces te ayudaré.

Ese era el punto que no podía entender. ¿Cómo era que Kenzie podía ayudar?

—¿Cómo? —preguntó Maya.

Kenzie sonrió. —La línea femenina está dotada de magia, la habilidad de saltar en el tiempo. Cuando regreses con Boyd, con el tiempo, todo será explicado. Pero necesitamos que vayas para que eso ocurra. Si no regresas, entonces Richard y yo dejaremos de existir. Y no quiero perder mi vida, mi amor —dijo, mirando a Black Ben.

Se movieron hacia el tapiz, todos ellos al alcance de sus hilos sedosos. —Toca el tapiz y ve si regresas con Boyd Macleod. Si no lo haces, entonces te ayudaré.

El estómago de Maya se retorció de miedo de que no funcionara, de que nunca regresaría a casa. Con Boyd.

—Debido a cómo funciona la magia, cómo el pasado se entrelaza con el futuro, no quiero decir demasiado. Nuestras vidas dependen de lo que te suceda a continuación. La historia podría cambiar si decimos demasiado antes de que sea el momento adecuado para que lo sepas. Así que —dijo Kenzie, tomando sus manos y besando sus mejillas—, fue un placer conocerte, Maya. Te deseo una vida maravillosa llena de amor, familia y felicidad.

—Fue un placer, por fugaz que haya sido —dijo Ben Ross, con su voz profunda y áspera.

Richard se acercó a ella, con los brazos extendidos antes de abrazarla. —Gracias por amarlo. Gracias por todo lo que sacrificaste para ganar a tu escocés de las Highlands.

Maya abrazó a Richard en respuesta, incapaz de detener el flujo de lágrimas. —Supongo que "de nada" encaja, pero de alguna manera no parece ser suficiente. Pero sepan —dijo,

recomponiéndose y saliendo de su abrazo—, que adoro a Boyd. Él lo es todo para mí, y no me arrepiento de mi elección. Nunca sentí que este fuera mi tiempo. Siempre me sentí no deseada, incluso desde muy joven —No quería culpar en parte a crecer en hogares de acogida, pero sin embargo, era cierto—. Estoy en casa cuando se trata de Boyd. Este castillo, esta misma habitación, ya alberga muchos dulces recuerdos para mí con él. Mi corazón se alegra al saber que mi regreso a él les permite a todos ustedes vivir, tener felicidad y amor. No me extrañen demasiado —bromeó.

Richard se rio, yendo a pararse junto a Kenzie y Ben. —Toca el tapiz, muchacha, y que Dios te bendiga.

Maya los observó a los tres, grabándolos como piedra en su memoria. —Adiós —dijo. Extendió la mano, tocando a Boyd, tal como lo había hecho anteriormente, y despertó en una oscuridad total, sin cielo, sin suelo, sin nada.

¿¿Dónde demonios estaba ahora?!

Solo le tomó un momento orientarse, y se dio cuenta, con no poco alivio, de que estaba en la habitación que había compartido con Boyd. Excepto que de alguna manera era diferente.

La luz era más tenue, la habitación varios grados más fría de lo normal, pero al menos el fuego estaba bien avivado y encendido, quitando algo del aire helado.

Maya se acercó a la ventana y jadeó. Una manta de nieve blanca y crujiente cubría todo lo que podía ver. Sabía que había estado ausente solo una semana más o menos en su tiempo, pero ¿qué significaba eso en el pasado? ¿Se había perdido solo semanas o años?

Por favor, que no hayan sido años. Podría soportar un mes, o incluso un año o dos, pero no más. Sería demasiado cruel que Boyd hubiera vivido sin ella tanto tiempo.

Se dirigió a un gran baúl que Boyd le había asignado durante su estancia, y lo abrió, sintiendo alivio al ver que su chal de lana a cuadros aún estaba allí. Lo recogió, recordando antes de salir de la habitación la bolsa colgada sobre su hombro con sus suministros para ayudarla a vivir en el pasado. Maya se acercó a la cama y, arrodillándose, la empujó debajo. Nadie debería encontrarla allí.

Sin esperar un momento más, salió de la habitación. Podía escuchar voces que venían del Gran Salón, no muchas, pero definitivamente una era la de la señora Fletcher.

Maya entró en el salón justo cuando la señora Fletcher se giraba para irse. El ama de llaves la vio y, con un grito de asombro, procedió a caer al suelo, siendo su única gracia salvadora los juncos que amortiguaron su caída.

—Oh, cielos —dijo Maya, corriendo hacia ella e intentando despertar a la mujer mayor. Hasta ahora, su regreso no había ido bien. Solo podía esperar que el encuentro con Boyd terminara de una manera mucho más agradable.

CAPÍTULO

TREINTA Y SIETE

—¿QUÉ quieres decir con que no está aquí? —exigió Maya varios minutos después de que la señora Fletcher hubiera recuperado el sentido. Estaban sentadas frente al fuego en el Gran Salón, cada una con una copa de vino para calmar los nervios, principalmente los de la señora Fletcher más que los de Maya.

—Debía regresar la semana pasada, pero tuvimos varios centímetros de nieve. Creo que eso es lo que ha retrasado al Laird Macleod. Estaban terminando algunas reparaciones en las cabañas de los arrendatarios. A dos días de viaje al sur de aquí cuando la ventisca llegó. Supongo que el laird estará de vuelta en una semana más o menos, una vez que la nieve se derrita un poco.

Maya se estremeció, odiando la idea de que Boyd estuviera fuera con este clima. Con suerte, la cabaña en la que se alojaba era una de las que habían sido reparadas y estaba bien equipada para mantenerlos seguros y cálidos hasta que el tiempo mejorara. —¿Y si no se derrite? ¿Y si esta nieve permanece y él queda atrapado allí durante meses?

La señora Fletcher desestimó sus preocupaciones con un gesto. —No, muchacha. Volverá. Nuestro laird nunca está lejos de Druiminn durante los meses de invierno.

—Siempre hay una primera vez —refunfuñó Maya, terminando su vino. No podía quedarse quieta. Necesitaba verlo. Asegurarse de que estaba a salvo y bien. Que la Reina Fae realmente lo había curado como había prometido.

—¿Y estás segura de que no tiene heridas de la batalla?

Una sombra cruzó los ojos de la señora Fletcher antes de decir: —Solo su corazón, muchacha Maya. No ha sido el mismo desde que te fuiste. Ha habido varias ocasiones en los últimos dos meses en que lo hemos llevado a la cama, bien borracho, y ha murmurado sobre los Fae y lo que te hicieron hacer. No sé todo lo que pasó en Glendale, pero sí sé que el Clan Macleod tiene una deuda de gratitud contigo. Nos has devuelto a nuestro laird, a nuestros hombres y nuestros hogares. No podríamos estar más agradecidos.

Maya le dedicó una pequeña sonrisa. —De nada, pero no fui solo yo. —Se volvió hacia la ventana, mirando la tarde gris, los árboles colgando bajos por el peso de la nieve. Debía de haber varios centímetros de espesor en el suelo. ¿Cómo iba a regresar en esas condiciones?

—Y no se te ocurra tener ideas de salir a buscarlo, muchacha Maya. No en tu estado.

Maya jadeó, sin haber contado a nadie sobre su estado. Miró a la señora Fletcher. ¿Cómo demonios se había enterado?

—Ay, muchacha, no te sorprendas tanto. Tienes una dulce barriguita, algo que no estaba ahí la última vez que estuviste aquí, y hay un brillo saludable en tu piel y ojos. Puedo ver desde lejos que llevas al bebé del laird. —La ama de llaves sonrió—. Me alegro por ti, muchacha. Es una verdadera bendición.

—Gracias —dijo Maya, inundada de felicidad ante la idea—. Pero por favor, no le digas nada a nadie. Quiero que Boyd lo escuche de mí.

—Por supuesto, muchacha. Y así será. Estoy segura de que estará en casa en uno o dos días.

No fue así. Tres semanas después y Boyd aún no había regresado. Cuando Douglas y Jeane volvieron después de pasar un tiempo en la nueva finca de Jeane tras su matrimonio, incluso ellos estaban preocupados, aunque su emoción por ver a Maya de nuevo les diera alegría.

La ausencia de Boyd era demasiado larga. Algo andaba mal, y si el clan no hacía nada al respecto pronto, entonces ella lo haría.

Durante las últimas semanas, Boyd no había sentido gran necesidad de regresar a Druiminn. No había nada allí para él, y su clan estaba a salvo por el momento. Durante las últimas semanas, sin importar cuán severas habían sido las tormentas de nieve, habían logrado reparar varias cabañas de arrendatarios y graneros de almacenamiento.

Había aprovechado el tiempo mientras estaba aquí para conocer a sus miembros del clan que trabajaban sus campos, criaban su ganado y mantenían prósperas las tierras de Druiminn y Macleod.

Podía notar que los hombres que había traído aquí para trabajar estaban listos para regresar a su fortaleza, y así, con la primera mejora del clima, habían iniciado el viaje de dos días hacia el norte de regreso a Druiminn.

Qué haría allí cuando regresara, no estaba seguro. Lanzarse de nuevo al trabajo de mantener el castillo, el nombre de su clan fuerte. No es que hubiera futuras generaciones para disfrutarlo.

A menos que Jeane y Douglas, ahora casados, tuvieran hijos. Tal vez su viaje de bodas de regreso a la finca de Jeane había sido exitoso.

Sonrió ante la idea. Sería agradable tener niños corriendo por los pasillos de Druiminn una vez más. Boyd reprimió la punzada de envidia de que los pequeños no serían suyos y de Maya. Que no podría sostener a una hija en sus brazos, enseñarle a ser una fuerte espadachina como su madre hubiera deseado ser.

Boyd se frotó la cara con la mano, suspirando. *Basta, hombre*, gritó en su mente. La muchacha Maya se había ido. Había renunciado a su vida aquí con él para que él viviera. Nadie podía hacer un sacrificio mayor, no cuando sabía cuánto lo había amado la muchacha.

Cuánto la había amado él...

Miró hacia adelante. Para esta noche, estarían de vuelta en Druiminn. No viviría en la autocompasión, ya no más. Su gente lo necesitaba. A Maya no le gustaría verlo revolcarse, y no

era quien él era. Quizás si los dioses lo bendecían en una vida futura, se reuniría con Maya. Ahora que era mortal, al menos era una posibilidad, aunque improbable.

—Macleod. —Thomas levantó la mano, deteniendo su caravana de caballos y hombres—. Jinetes, justo más allá de esos árboles.

Boyd entrecerró los ojos, viendo el parpadeo de las patas de los caballos a través del bosquecillo de árboles adelante. Los jinetes estaban fuertemente cubiertos de pieles de animales y lana. Había varios de ellos, tal vez cinco si contaba correctamente. Boyd reconoció el caballo marrón de Douglas en un momento, y la pata blanca del caballo que se extendía hasta su rodilla.

—Es Douglas. Sin duda comprobando que estemos bien. Me imagino que nos esperaban hace semanas.

—Sí, es Douglas, sin duda —asintió Thomas.

Boyd siguió adelante, levantando su manta sobre sus hombros cuando la nieve comenzó a caer. Al menos no era tan fuerte como había sido durante las últimas semanas.

Observó cómo los otros jinetes se hacían cada vez más nítidos en su visión, y un hormigueo de conciencia recorrió su espina dorsal como agua helada. Entrecerró los ojos, tratando de ver de quién estaba compuesto el resto del grupo, y no pudo distinguir... La sangre se le subió a la cabeza y, por un momento, se sintió mareado.

No, no podía ser. —¡Arriba! —gritó, espoleando a su caballo.

El otro jinete, del que sus ojos no se apartaban, hizo lo mismo, y casi perdió el equilibrio cuando supo, hasta lo más profundo de su ser, que Maya galopaba hacia él, montando mucho mejor que la primera vez que se había subido a un caballo.

Espoleó a su caballo con más fuerza, agradecido de que siguieran un sendero muy transitado por los animales, incluso en esta época del año, y que estuviera razonablemente libre de nieve. Ella se detuvo y lo esperó, y él detuvo su montura junto a ella, notando que su clan, tanto detrás como delante de él, se había detenido para darles privacidad.

La devoró con los ojos, sin creer que fuera real. Colocó su caballo junto al de ella, de frente, y alargó la mano, sujetando su rostro. Tenía las mejillas sonrosadas, la nariz deliciosamente roja, y sus ojos, húmedos de lágrimas, tenían copos de nieve posados en las pestañas.

—¿Cómo? —preguntó, desconcertado y abrumado. Ella no podía estar aquí. No podía ser tan bendecido en su vida.

—Con la ayuda de tu nieto de varias generaciones —dijo ella, riendo—. Te lo explicaré todo esta noche, cuando estemos solos, en nuestra habitación. En nuestra cama.

Él soltó una carcajada mientras el calor le recorría la columna. Quería arrancarla de la silla y besarla. Al diablo, la besaría de todos modos. Boyd se inclinó, tomando sus labios. Estaban fríos y, sin embargo, tan perfectos. La besó larga y profundamente, demostrándole con todo su ser cuánto la amaba.

—Te he echado de menos, muchacha. Te amo tanto —dijo entre besos en sus labios, sus mejillas, sus ojos, en todas partes donde podía.

Ella se rió, rodeándole la cintura con las manos. —Yo también te amo y te he echado de menos. Pensé que nunca te volvería a ver. He estado esperando semanas, y no regresabas, y no podía esperar más. Espero que no estés enfadado.

Estúpido tonto, se maldijo por haberse mantenido alejado. —No, nunca podría enfadarme contigo, muchacha. —Se reprochó no haber regresado antes. Si hubiera sabido que Maya estaba en Druiminn, ni siquiera una tormenta de nieve lo habría mantenido alejado.

—No creía que hubiera nada a lo que volver. Al menos no con prisa. Debes saber que nunca me habría mantenido alejado si hubiera sabido que estabas allí.

—Lo entiendo. —Ella se inclinó y lo besó de nuevo. Por la sangre de Dios, lo enloquecía. Lo hacía desearla, y sabía que desde este momento, era esclavo de cada una de sus órdenes, de cada uno de sus deseos.

—¿Vamos a casa? —preguntó ella, mirándolo con esperanza. Con amor.

Su corazón estalló, lleno de la misma emoción. —Oh, sí, volvamos a casa. Tenemos una vida que vivir.

Juntos.

CAPÍTULO

TREINTA Y OCHO

Seis meses después

MAYA ESTABA SENTADA en el estrado del Gran Salón, observando cómo el clan disfrutaba de su cena nocturna, las risas, las bromas, las pullas y las chanzas de buen humor que resonaban por la sala, haciéndola sonreír.

El clan, Druiminn, se había convertido en su hogar desde el momento en que había regresado a la Escocia del siglo XVI, y no podría haber sido más feliz. Excepto por una cosa. El inminente nacimiento de su hijo. Maya bajó la mirada hacia su vientre embarazado, acariciándolo con la mano. Estaba demasiado grande. O bien sufría de exceso de líquido amniótico o estaba esperando gemelos.

No estaba segura de ninguna de las dos opciones, pero ambas la inquietaban. Un parto de gemelos podría ser peligroso. Estadísticamente, uno de los niños podría venir de nalgas. Aunque Boyd no había entendido nada de lo que le explicaba cuando le contó sus preocupaciones, aun así, intentaba consolarla, pero era inútil.

Estaba aterrada de que algo malo pudiera suceder.

Algo que la alejara de la vida que amaba. Lejos del hombre que amaba y adoraba.

—Estás frunciendo el ceño de nuevo, Maya, muchacha —Boyd colocó su mano sobre la de ella, acariciando su vientre—. No te preocupes, lass. El clan tiene una de las mejores comadronas, ha estado trayendo bebés al mundo durante treinta años. No dejará que nada le pase a la señora del Clan Macleod.

Maya suspiró, odiando ser tan obvia con sus preocupaciones. Tanto que los demás notaban su inquietud. —Lo sé. Es solo que estoy preocupada. ¿Y si son dos?

Boyd negó con la cabeza. —No, muchacha. Solo hay uno. El futuro Laird Macleod. Nuestro hijo. Es solo un niño grande, ya fuerte. Por eso te has redondeado tanto.

Maya le dio una palmada en el brazo, mirándolo con el ceño fruncido. —Boyd, no tienes permitido decirme eso. No estoy tan grande —dijo, mirando hacia su vientre, que en realidad era enorme.

Él sonrió, bebiendo su cerveza. —Eres perfecta para mí, muchacha. Tal y como estás.

Jadeos y el sonido de sillas arrastrándose por el suelo de piedra llamaron la atención de Maya hacia el salón. Una luz, cegadora en su intensidad, flotaba hacia ellos hasta que se detuvo frente a la mesa. Una figura parecía caminar hacia ellos en la luz antes de detenerse justo frente a ellos.

Maya apenas podía creerlo. Habían pasado meses desde que tuvieron problemas con los Fae, y ahora, aquí estaban de nuevo, violando sus reglas al interferir con el clan una vez más.

—Hola, Maya, Macleod.

Maya deseó poder sonar tan complacida de ver a la Fae, pero no lo estaba. —¿Sorcha? —dijo sin calidez. Los Fae casi habían hecho que perdiera a Boyd. Nunca les perdonaría tal maldad—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Maya sintió a Boyd tensarse a su lado antes de notar que agarraba la espada que se apoyaba contra sus piernas. Que él la protegiera contra una mujer que Maya sabía que había amado durante un siglo la hizo amarlo aún más. Le hizo saber que él era suyo tanto como ella era de él.

—No deberías estar aquí, Sorcha.

Sorcha sonrió a Boyd, sus ojos se suavizaron y la irritación se encendió en la sangre de Maya. La Fae no quería estar comenzando nuevos problemas, o Maya usaría la espada en la mano de Boyd contra ella misma.

—Os lo prometo. Esta será la última vez. Por todos los problemas que habéis tenido con la reina, la Corte Seelie creyó que deberíais recibir un regalo más. La reina ha sido castigada ahora y no volverá a caminar por el mundo mortal.

—No necesitamos más regalos. Tenemos la Bandera de las Hadas.

Maya asintió, recordando todo lo que Boyd le había contado sobre lo que sucedió después de que ella regresara al futuro. Cómo Sorcha había hecho que la reina enfrentara las consecuencias de sus acciones. Cómo el clan había recibido el regalo de una bandera que supuestamente tenía poderes mágicos que les había permitido ganar la guerra.

—Este es un regalo de mi parte para el clan que amé tanto como una vez amé a su laird. Un regalo para tu nueva esposa, que sé que es tu futuro y el del clan. Permíteme este único favor. Por favor, Boyd —dijo Sorcha en un tono que Maya nunca había escuchado antes. Era casi humano, y sintió que Boyd se relajaba ante sus palabras, su mano alejándose de la empuñadura de su espada.

—Muy bien. Un favor más.

Sorcha se acercó, sus ojos brillando con poder. —Os he regalado la Bandera de las Hadas. Esta bandera debe ser transmitida de hijo a hijo, de laird a laird, para mantener al Clan Macleod y a Druiminn a salvo de daños. También os regalo a ti, Maya y Boyd, que cualquier hija del linaje Macleod tenga el don de la vista, el don de viajar en el tiempo, tanto al pasado como al futuro. Estos dones os los concedo.

Maya pensó en Kenzie, en cómo Richard la había traído a Druiminn para ayudarla a regresar con Boyd en caso de que el tapiz no funcionara. Se reclinó en su silla, comprendiendo lo que Kenzie le había dicho sobre la visión y que con el tiempo lo entendería. Que si no regresaba con

Boyd, su futuro, el que Kenzie, Richard y el Negro Ben apreciaban tanto, estaría en peligro.

—Todo es un poco mecánico, Maya muchacha, pero tienes razón. Kenzie tenía los poderes que se te otorgaron hoy, mientras que al mismo tiempo no los tenía porque aún no se te habían concedido en ese momento. Pero —Sorcha se encogió de hombros, sonriéndole—, cuando se trata de viajar en el tiempo, siempre encuentro que es mejor aceptar lo que es y no tratar de averiguar nada más allá de eso.

—¿Estás diciendo que cualquier hija de sangre Macleod, no solo de nuestra sangre, sino primas, hermanas, tendrán este don?

—Así será. El clan Macleod en el futuro las necesitará para continuar, para prosperar. Vosotros fuisteis mi familia una vez también. Nunca olvidaré vuestra bondad, y os regalo esto ahora para manteneros siempre a salvo del peligro.

Boyd asintió, tomando la mano de Maya. —Te lo agradezco, Sorcha muchacha.

Maya asintió, agradecida también. —Gracias, Sorcha, por ambos regalos. Estaremos eternamente agradecidos. De verdad.

Sorcha se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso hacia la luz. —Es mi placer —dijo, con su acento escocés tan marcado como el de Boyd. Maya sonrió, sabiendo que hablaba así para complacer a su antiguo amor. Un adiós. Un punto final a esa parte de su vida.

Maya se volvió hacia Boyd. —Puedo ver por qué te gustaba tanto.

Boyd se rio, atrayéndola a su regazo y besándola, con sus brazos protectoramente sobre su vientre. —Te amo más a ti —dijo, sus ojos oscureciéndose con deseo.

Ella le sujetó el rostro, devolviéndole el beso, sabiendo que él lo hacía. Y que, a cambio, ella lo adoraría hasta su último aliento.

Varios días después, Maya yacía en la cama, con sus dos pequeños bebés dormidos a cada lado. Boyd estaba al pie de la cama, tumbado de espaldas, y también dormido como si hubiera hecho todo el trabajo. Lo cual, ella le recordaría, no fue así.

Miró a su pequeña familia. Ahora eran cuatro. Todos ellos absolutamente adorables, y cada uno capaz de romperle el corazón si algo les sucediera.

Maya mentiría si dijera que no temía por el futuro de su hijo. Este era el siglo XVI. Los hombres eran guerreros en esta época. Las guerras entre clanes aún ocurrirían durante cien años, así que no dudaba que su pequeño también lucharía en algún momento.

Pero también sabía que tenía un futuro. Hijos propios, y eso calmaba un poco su temor.

Miró a su hija. Tenía la nariz más dulce y largas pestañas oscuras como su padre. Su corazón se hinchó, y no podía dejar de mirarlos.

—Necesitas descansar, muchacha.

Maya encontró la mirada de Boyd al otro lado de la cama, sabiendo que lo que decía era cierto, pero también sabiendo que quería disfrutar de este momento. Demasiado pronto, se habría ido, y ellos tendrían sus propias aventuras, sus propias vidas.

—Descansaré, lo prometo. Estaba viendo cómo todos descansaban.

Boyd se rio, se bajó de la cama y le sirvió un vino, trayéndoselo. Ella no le dijo a Boyd que el alcohol durante la lactancia era un no-no, y en su lugar, tomó el vino y lo dejó a un lado.

—¿Te he dicho, muchacha, cuánto te amo a ti y a nuestros bebés? Nunca he sido tan feliz — Se sentó a su lado, atrayéndola para que se recostara en el hueco de su brazo.

Maya se acurrucó contra él, apoyando la cabeza en su pecho y escuchando el latido de su corazón, deleitándose con el sonido—. Me alegro tanto de que hayan nacido y estén bien. Estaba un poco preocupada.

—No puedo creer que hayas dado a luz gemelos.

Ella sonrió, pasando la mano por su pecho—. Prométeme que los protegerás con tu vida.

Él encontró su mirada, frunciendo un poco el ceño—. Aye, siempre, muchacha. Igual que siempre te protegeré a ti —Hizo una pausa por un momento, inclinándose y levantando a Lily-Rose, que se chupaba el pulgar—. Mi pequeña será una guerrera. Fuerte y poderosa, y tendrá el mundo a sus pies.

Maya levantó a Samuel Harrison, besando sus dulces mejillas regordetas—. ¿Y nuestro niño? —preguntó.

—Será un laird poderoso y noble, fuerte y leal.

—¿Y nosotros? —preguntó Maya a Boyd, con los bebés dormidos en sus brazos.

—Nosotros, Maya muchacha, viviremos para siempre. No importa cuándo venga finalmente la muerte a llamar, nuestro amor perdurará, y te encontraré de nuevo. Aunque me lleve mil años la próxima vez, te volveré a ver.

Maya contuvo las lágrimas, incapaz de tragar por el nudo en la garganta—. Te amo, gracias por nosotros.

—No, soy yo quien está agradecido —dijo él, inclinándose para besarla, y aun apenas unas horas después de haber tenido a los niños, su estómago se estremeció con su tacto.

No importaba cuántos años pasaran, ese sentimiento nunca cambió. No para ninguno de los dos.

Ni siquiera con sus últimos alientos.

EPÍLOGO

Dieciséis años después

—BOYD, tu hija ha desaparecido otra vez después de que le dije que no lo hiciera. Sé adónde ha ido, y esto tiene que parar.

Boyd levantó la vista de su escritorio para contemplar a su esposa, con el cabello revuelto como si se hubiera pasado la mano por él o, más probablemente, hubiera estado volando por el castillo tratando de encontrar a su hija.

—Volverá para la cena. Siempre lo hace.

—Sé que ha saltado al futuro. Lo sé.

Su hijo entró detrás de su madre y se dejó caer en la silla frente al escritorio de Boyd, colocando una pierna sobre el brazo del asiento, con una manzana en la mano.

—Creo que tiene un pretendiente.

Maya casi dio una patada en el suelo, mirándolos a ambos con los ojos muy abiertos. Boyd intentó contener la risa, pero su esposa, tan desconcertada por las acciones de su hija en las últimas semanas, era demasiado divertida como para no reírse. Lily había estado saltando entre épocas y, aunque Boyd se preocupaba por ella, también sabía que estaba bien preparada para defenderse, y los tiempos futuros, según lo que Maya le había contado, parecían más seguros que el pasado. Seguramente no podría meterse en demasiados problemas.

—Ven aquí, muchacha, y deja de preocuparte tanto. Lily volverá y, como siempre, traerá grandes historias que contar.

—Tiene que parar esto. El hecho de que pueda viajar en el tiempo no significa que deba hacerlo. Podría estar estropeando el futuro o el pasado. ¿Y si hace algo en el futuro y yo desaparezco?

Boyd frunció el ceño, desagradándole la idea.

—Hablaré con ella. La detendremos para que no juegue con su poder.

—Ojalá yo tuviera un poder —dijo Samuel, murmurando mientras comía su manzana—. Laird o no, creo que me habría gustado ver el futuro.

Maya levantó las manos, acercándose a Boyd y sentándose en su regazo.

—Me rindo. Ahora los dos niños quieren ir al futuro. Creo que tu primera esposa nos hizo esto a propósito. Probablemente estaba celosa de mí y esta fue su venganza.

Boyd aún tropezaba con algunos de los términos que Maya utilizaba. ¿Venganza? Negó con la cabeza, sabiendo que Sorchá no había dado el regalo por malicia sino por amor. Así como él amaba y adoraba a Maya hasta el punto de la distracción.

—Hablaré con Lily.

—¿Hablar conmigo sobre qué? —dijo su hija, entrando en la habitación con un chico o joven a su lado. Maya se levantó de un salto de su regazo, acercándose a Lily y apartándola.

—¿Qué has hecho? —exigió Maya, mirando al chico con temor en los ojos.

—Familia, este es mi amigo, Caelan Bruce. Ha venido a quedarse con nosotros por un tiempo.

Boyd se puso de pie, irguiéndose sobre su hija, quien no parecía preocupada en lo más mínimo por estar en problemas. No es que Lily se preocupara alguna vez. La muchacha siempre había tenido una manera de envolverlo alrededor de su dedo sin el menor problema.

—Lily, ¿de dónde es Caelan? —exigió Boyd, intuyendo que su esposa ya lo sabía.

—De la época de madre.

Samuel se rio. Maya abrió la boca, y Boyd se estremeció, y sin embargo, aunque su hija había desafiado más reglas, no podía evitar amar a su familia y los problemas que enfrentaban cada día. No lo querría de ninguna otra manera.

POSTFACIO

El corazón de un highlander es el tercer libro de mi serie Amor escocés a través del tiempo, y espero que hayas disfrutado la historia. Al escribir esta serie, quise utilizar eventos históricos para añadir aventura, acción y tragedia a las historias. La batalla entre los clanes MacLeod y O'Cain se basó en las disputas reales entre el Clan MacLeod y el Clan MacDonald.

Estos clanes se habían desagradado mutuamente durante mucho tiempo, y se dice que durante la Batalla de Glendale (Skye), se izó la Bandera de las Hadas, duplicando las fuerzas de MacLeod diez veces, lo que finalmente salvó al clan que estaba perdiendo frente al Clan MacDonald (O'Cain). Se dice que la Bandera de las Hadas fue un regalo del pueblo Fae al Clan MacLeod, y permanece hasta el día de hoy en el Castillo de Dunvegan (Druiminn). Allí aguarda para cuando el clan necesite nuevamente la ayuda de las hadas.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

